

Frankfurt blues
BODO KIRCHHOFF



Lectulandia

«Una *delicatessen* literaria, un libro de culto».

Tagesanzeiger

«Una historia policíaca y de amor divertida, irónica, maravillosa y compleja».

Hannoversche Zeitung

¿Por qué es más doloroso amar que matar?, dirá el protagonista de esta parodia, homenaje a la literatura *pulp* americana de los años 1930 y 1940. Willem Hold, un prófugo de la justicia alemana, regresa a Frankfurt después de diez años con el encargo de asesinar a un importante hombre de negocios. Nada más aterrizar su avión, se ve envuelto en la muerte del crítico literario más famoso de Alemania, precisamente en plena Feria del Libro de Frankfurt. Ladrón, impostor y hombre violento, la vida de Willen parece cambiar cuando conoce en el avión a la prostituta Lou, pero realmente será el expolicía Carl Feuerbach quien se encargue de frenar la espiral de violencia en la que vive Willen.

Frankfurt blues es una succulenta historia de gánsters con un alto grado de diversión y un increíble potencial adictivo.

Lectulandia

Bodo Kirchhoff

Frankfurt blues

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *Schundroman*
Bodo Kirchoff, 2002
Traducción: María Falcón Quintana
Fotografía de cubierta: Elliott Erwitt (1978)

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Rüger, el librero anticuario de Frankfurt, le debo el haber conocido los libros de Charles Willeford; a la obra *Miami blues* de Willeford, las ganas de escribir una historia de gánsters, con la diferencia de que la primera víctima accidental aparece en un aeropuerto; y el carácter siciliano de esta empresa literaria proporcionó las condiciones necesarias para la elaboración de esta novela, incluida la idea de que esa primera víctima no podía ser otra que el propio Padrino.

B. K., marzo 2002

¿Por qué es más doloroso amar que matar?

Willem Hold

Willem Hold ya había reparado en él durante el despegue, cuando —debajo de la manga de una camisa blanca de caballero— a consecuencia de la aceleración del aparato o de los nervios que le obligan a uno a estirar el brazo, emergió balanceándose alrededor de una delgada articulación, delgada pero delicada, el Jaeger-Le Coultre Reverso con segundero, uno de los relojes de sus sueños desde que era capaz de recordar, además del Rolex Daytona Newman, al que se parecía tanto como el bien al mal.

Durante largo rato había clavado la mirada únicamente en la mano y en aquel balanceo. Sólo cuando repartieron los antifaces para dormir se atrevió a lanzar también una mirada a los labios y a la nariz de aquella mujer. Encontró que armonizaban con un Reverso, con su estructura plana y sus elegantes números arábigos, y los ojos que cubrían el antifaz se los imaginó de un color verde tirando a castaño, inquietantes en cualquier caso. Willem Hold —que creía tener veinte años, aunque en realidad ya estaba bien entrado en los treinta— no lograba recordar la última vez que había estado tendido tan relajadamente junto a una mujer, y al mismo tiempo rodeado de otras féminas complacientes, si bien era la primera vez que viajaba en primera clase. Resultaba de lo más agradable, un pequeño universo servicial con una azafata personal que le llamaba a uno por el nombre, incluso después de que se apagaran todas las luces: «¿Desea que le despierte, señor Pallas?». Aquella pregunta salió con naturalidad de su boca, la boca de una belleza suburbana, y su respuesta fue un leve movimiento negativo del dedo índice. En absoluto podía pensar en dormir. Si Willem Hold confiaba en algo, era en su vigilia y en las facultades de un falsificador de pasaportes filipino.

No había recibido el documento hasta el mediodía del día anterior de la mano del mal afamado Homobono Narciso —en otro tiempo activo en los comandos especiales y conocido por sus víctimas, mientras seguían con vida, como el comandante Bony—. De la mano izquierda, hay que decir, pues al ex comandante le faltaba la derecha, y desde el derrocamiento de Estrada, del presidentucho, se ganaba la vida como detective manco en Manila al servicio básicamente de abogados que intentaban encontrar trapos sucios a la parte contraria y que, de hacer falta, también los encargaban. Alguien había encomendado a Narciso contratarle: probablemente un alemán, puesto que volaba hacia Alemania; y el ex comandante había encargado el pasaporte a personas que tenían acceso a una imprenta estatal, se entiende. Quienquiera que estuviera detrás de todo aquello debía tener dinero, mucho dinero —y quien trabajaba para él viajaba precisamente en primera clase— aunque al parecer

no el suficiente todavía, pensaba Hold, pues de lo contrario no le hubieran requerido sus servicios.

En «primera», así la llamaban siempre, se podía dormir, pero Willem no podía hacerlo en ninguna parte. Tampoco le ayudaba el que una mujer estuviera a su lado, pues entonces creía que debía vigilar su sueño y la observaba, como observaba ahora a su compañera de asiento con el Reverso, pese a que se encontraba a más de un brazo de distancia de él. Desde un punto de vista técnico, se hallaba a su lado. Estaba tendida boca arriba de forma relajada, con un pie encima del otro y las manos apoyadas sobre los muslos. Llevaba puestos unos vaqueros de los de doscientos dólares, y el pecho y el vientre los tenía cubiertos por algunas secciones del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* perfectamente agrupadas alrededor de un ombligo al descubierto, y qué ombligo: un óvalo perfecto, sin cartílago, un cráter plano, y no precisamente con una perla falsa en su interior, sino con un tatuaje auténtico a su alrededor —que se dejaba ver ahora por primera vez tras una breve turbulencia que hizo deslizar la sección cultural del periódico hacia el asiento—. Un dibujo apenas mayor que un cartucho de 9 milímetros. Desde su perspectiva, el emblema de la masculinidad tal y como aparece en las paredes de los urinarios (en realidad, el diminuto contorno de un lago del norte de Italia, pero ¿quién iba a sospechar que en la zona del ombligo hubiera una indicación geográfica?).

Calculó que a lo sumo tendría veintitantos años y ni su camisa blanca ni tampoco sus uñas cándidamente iluminadas y limadas con moderación, ni tan siquiera su maravilloso reloj con la correa de cuero amarillo, lograron disuadirle de que en aquel asiento abatible ella estaba fuera de lugar, tan fuera de lugar como él. Willem Hold se vio sentado junio a una de esas mujeres que, al servicio de ciertos hombres con dinero, cruzan medio mundo por una noche: una prostituta, pero de alto nivel —de lo contrario difícilmente podría leer aquel periódico que incluso a veces se podía encontrar tirado en los bares alemanes de Manila confundiendo con el *Bild Zeitung* en la suciedad de chismes y economía— y lanzó un vistazo a la sección cultural que estaba desplegada. Al día siguiente comenzaba la mayor Feria del Libro del mundo —«Récord en novedades», rezaba uno de los titulares—. Por tanto, hacia Frankfurt viajaban también algunos hombres con dinero, y era pues comprensible que una mujer como ella regresara a casa. Sólo conservaba una vaga imagen de aquella Feria, que ya existía en la época en que asistía al colegio en Frankfurt —la vaga imagen de unos tipos barbudos con gafas, rodeados de humo de cigarrillos, y de unas mujeres delgadas vestidas de negro que leían libros todavía más delgados— como tampoco guardaba una imagen clara de la ciudad de Frankfurt, ni tan siquiera de Alemania, que había abandonado hacía diez años de forma precipitada.

Hold echó también un vistazo a las noticias sobre las estrellas fugaces de la Feria. Al frente de todos estaba un tal Ollenbeck —que representaba a un nuevo portento masculino, con estas palabras, presuntamente tímido delante del público, con una primera novela de las que llaman sensacionalistas—, así como una mujer de la que

había oído hablar, Vanilla Campus, autora del abecé del sexo, *Bodymotion*. De ella había incluso una foto en la que aparecía posando como una diva con su cabello ondulante, los labios entreabiertos bosquejando un beso y unos ojos casi tan oscuros como los suyos, aunque algo entornados para hacerla parecer peligrosa. Un rostro con los contornos difuminados y al que sólo daba forma el cabello y los ojos, sin edad, por así decir, ya que lo mismo podía tener treinta años que cincuenta, como si entremedias todo viniera a ser lo mismo, la misma crema de caramelo; y cuanto más se fijaba en aquel rostro, más recordaba otro, también de boca grande, constantemente húmedo y difuminado de forma muy parecida —realmente fraternal— que no contenía más que dos ojos severos, terriblemente severos para un quinceañero.

Recordó los años en su casa tras la temprana muerte de sus padres, y recordó a Zidona, que había cambiado su vida. Una noche —en la que habían estado modelando una maqueta de avión en el polideportivo— éste llegó con otros dos y le empujó hacia los aseos, donde sus ayudantes le sujetaron los brazos detrás de la espalda y le bajaron los pantalones, mientras Zidona, sosteniendo la botella de laca tensora —laca para tensar las alas del avión forradas de papel encerado como un fino cristal— le propinaba primero un puñetazo en el estómago y, aprovechando su falta de aire, daba a todo el contenido de la botella un único uso cuyas consecuencias seguía arrastrando.

—¿Qué hora es?

La mujer del diminuto tatuaje en el ombligo había susurrado aquello sin quitarse el antifaz, y Willem Hold miró el reloj de ella.

—Son casi las dos —dijo.

—¿Las dos de qué?

Las dos de la madrugada en Manila.

—¿Cuántas horas llevamos volando?

Aproximadamente cinco.

—O sea que aún faltan ocho —dijo ella.

—Así es.

—¿Y qué hora es en Frankfurt?

Hold reflexionó un instante. Hacía mucho tiempo que no viajaba hacia Occidente; siempre iba hacia el norte o el sur para descansar en Bali o ir de compras en Hong Kong.

—Las diez de la noche.

—Entonces todos los bancos están aún iluminados. ¿Conoce usted Frankfurt?

—No —respondió—, como tampoco sus ojos.

—Pero su voz tiene un ligero acento francfortés.

—Mi madre era de Offenbach.

—La mía no —dijo ella levantando ligeramente el antifaz y parpadeando tras los bordes—. Me llamo Lou.

—Mi nombre es Willem. ¿De verdad se llama usted así?

—Sí.

Él intentaba ver sus ojos inútilmente.

—¿No se llama usted Jennifer, Tanja o Chantal?

—No. ¿Por quién me toma usted? —dijo soltando su antifaz y sonriendo como si sus ojos estuvieran compinchados—. ¿Y ese nombre, Willem?

—Es Wilhelm sin H.

—Entonces le diré algo, Wilhelm sin H —volvió a susurrar—. Mi nombre es en realidad un poco más largo, pero Lou es mi nombre profesional. Y no estoy muy lejos de la persona por quien usted me toma.

—Yo no la tomo a usted por nada.

—¿Por qué mente, Willem?

La mano que llevaba puesto el Reverso se acercó a la suya buscándola y él fue a su encuentro, al mismo tiempo que ella susurraba igual que en el colegio, como si quisiera copiarle.

—Me toma usted por una furcia. No una barata, pero sí por una furcia. No me importa. Sólo me gustaría que me vigilara un poco mientras duermo.

—Ya lo hago en cualquier caso.

—Pues mejor. Buenas noches, entonces.

Y diciendo esto se giró sobre su costado, volviéndose hacia él con total confianza, y Willem Hold —que ya en el colegio le había dado a su nombre de pila un mayor brío— volvió a quedarse solo consigo mismo y con el mundo, mientras el enorme aparato sobrevolaba algún lugar de la India rumbo a Frankfurt, donde la noche siguiente debía asesinar a un hombre a cambio de cincuenta mil euros.

Lou —aunque en su pasaporte figurara otro nombre—, de apellido Schultz, conocida simplemente por «la Schultz» en la residencia de estudiantes Herrmann-Lubbe de la periferia de Frankfurt, padecía trastornos de sueño similares a los de Willem Hold y andaba siempre preocupada porque le pudiera suceder alguna desgracia mientras dormía. Dos antiguos niños residentes o ex internados yacían allí acostados en primera clase, uno junto al otro por pura casualidad, en tanto que los números de los asientos de primera clase de los pasajeros Pallas y Schultz, del vuelo Manila-Frankfurt de Lufthansa, eran todo menos casuales.

Por tanto, ninguno de los dos dormía, pero sólo uno de los dos lo sabía: la mujer de los ojos tapados hacía como que dormía, igual que su vecino, que hacía como si la vigilara. En realidad, Willem Hold sólo observaba su magnífica boca de pichón, flanqueada por dos tiernas mejillas, y pensaba en Zidona.

Zidona y él se habían vuelto a encontrar una sola vez, veinte años después del incidente, en el viejo aeropuerto de Hong Kong: mientras daba vueltas en la planta del duty free después de realizar unas compras —porque en el vuelo a Manila, al parecer, había una rata que corría de un lado a otro y tenían que atraparla— vio en el espejo de una tienda de gafas de sol aquel rostro imposible de olvidar: unos labios color rojo clavel, unos ojos de un gris azulado y la nariz de un obispo. Zidona se estaba probando las nuevas Armani y le pareció que casi no había cambiado; sólo estaba más grande y más ancho, como si alguien hubiera inflado al muchacho de entonces y lo hubiera enfundado en un traje. «Hola, Zidona» —así sin más se había acercado a él, al hombre que había arruinado su vida amorosa— y los dos se reflejaron entonces en el espejo: «Soy yo, Hold. Seguramente me recuerdas». Y Zidona le sonrió y le extendió una tarjeta suya como si fuera mudo o sintiera asco. Era abogado y tenía despacho en Munich y Singapur. De todo, por así decir, se saca provecho. En cualquier caso, a Hold le resultó difícil abordar la vieja historia sobre su pene. En primer lugar habló de Manila y de sus pequeños negocios —«servicios de intermediación, lo que va saliendo»—, pero consiguió llevar a Zidona desde la tienda de gafas hacia uno de los rincones apartados para fumadores, al tiempo que le contaba un cuento chino, empezando por su época como soldado, una misión en Somalia y la posterior necesidad de abandonar Alemania tras un tiroteo con los rusos. Estaba dispuesto a impresionarle a toda costa, pero Zidona únicamente se rió y comenzó a hablar de sus propios asuntos sobre complicados contratos para estar a la altura —«Pero alrededor de todo el globo, Hold»—; habría resultado ridículo volver de nuevo a un pedacito de piel arruinada, así que no le quedó otro remedio que actuar

sin palabras cuando, de pronto, se quedó a solas con él en el rincón para fumadores. Le asestó un codazo en el estómago y oprimió su rostro contra una fuente plana de arena humeante, arena en la que los fumadores apagan sus cigarrillos. Pero no acabó con él, sino que lo fue soltando hasta que Zidona cogió aire y gritó sofocado en la arena; entonces se inclinó sobre su oreja enrojecida y le dijo: «Acuérdate, cabrón, erais cuatro: Kickler, Wolke, tú y la laca tensora... No tenías siquiera vello en las pelotas, pero ya sabías lo que era un trauma. “Te voy a producir un trauma, Hold”. ¡Ésas fueron tus palabras!». Y diciendo esto le soltó, y Zidona escupió, jadeó y se limpió la arena y la sangre de la nariz, pero no perdió el control o lo recobró al instante. La próxima vez le tocaría de nuevo a él. Con esa frase se marchó de allí sin más, de forma relativamente imponente. En cualquier caso, las manos todavía le temblaban cuando su vuelo despegó tras dos horas de demora, después de que la rata, como dijeron, hubiera sido liquidada.

Sólo necesitó unos segundos para recordar todo aquello, tras lo cual regresó de nuevo junto a su bella compañera de asiento. Su silencioso ronquido tenía algo de teatral, como si pretendiera timarle y acercarse a su cartera y a su pasaporte falso en cuanto se quedara dormido, pero eso no iba a suceder. Willem Hold estaba desvelado por el simple hecho de que regresaba al lugar que había abandonado en realidad para siempre. Cincuenta mil euros eran, en verdad, un buen argumento pero ningún sedante. En el fondo estaba desvelado desde que el ex comandante manco le había hecho la oferta basándose en un conocimiento absoluto. Narciso conocía el atolladero en que se había metido con sus negocios de intermediación; sabía a quién le debía qué importe y en qué fechas debía pagar, o los cargos que aún había contra él en Alemania; sí, incluso en qué había destacado durante su época de soldado: unos resultados en el tiro que casi le conducen a las fuerzas rápidas de intervención. Estos y otros detalles se los había contado a alguien en Manila en algún momento, pero sólo una persona había reunido todos los datos, el comandante Bony, para el que arrojaban una imagen clara: la imagen de un talentoso asesino amateur. Uno no se podía acercar al buitre a sueldo, Narciso, en su territorio; sólo podía estar de acuerdo con él, y el acuerdo era el siguiente: él, Willem Hold, debía disparar en Frankfurt al empresario de leasing, Busche, un saco de dinero con negocios en todo el mundo. Una quinta parte de los honorarios la había recibido ya en Manila, otros diez mil los recibiría inmediatamente después de cumplir el encargo y el resto a su regreso. Y con eso no sólo saldaría todas sus deudas, pensaba Hold, sino que se ganaría también las simpatías de una mujer como Lou durante un par de noches que, entonces, dormiría realmente junto a él, en lugar de tomarle el pelo con ronquidos silenciosos.

Mientras el aparato de Lufthansa sobrevolaba el mar Árabe (quizá sobre el golfo, con sus llamas de gas en la oscuridad, la imagen del mar Árabe puede asociarse más fácilmente a la de un crimen) con dos pasajeros insomnes en la parte delantera del avión, un tercero tampoco podía dormir: el hombre que unas horas más tarde debía levantarse para estar en el aeropuerto a la llegada del aparato. Era su primera misión tras un prolongado descanso, la primera en su nuevo cargo. En calidad de socio de una pequeña agencia de detectives —aparte de él sólo estaba la dueña— y por encargo de una comunidad de herederos, debía seguir los pasos de una pasajera que regresaba de Manila (la encantadora compañera de asiento de Willem Hold, ¿quién si no?). Todo apuntaba a que había vendido un Picasso en el sur de Asia que le había sido adjudicado a ella tras el fallecimiento en una cama de hotel de un cliente habitual según su última voluntad, voluntad de la que los herederos dudaban, al igual que dudaban de su muerte por paro cardíaco. No era un caso para los de homicidios o para la asociación que Carl Feuerbach había dejado atrás un año antes, después de una tragedia durante el servicio que se consideró como absolutamente personal.

En lugar de dormir, Feuerbach estaba sentado en la cocina de una vivienda de doscientos metros cuadrados, situada en Sachsenhausen, la región francfortesa productora de vino de manzana, en la Morgensternstrasse, y reflexionaba sobre su vida. Desde ese mismo día subarrendaba un cuarto de niños aun sin desocupar, con cama y armario, y con derecho a utilizar también el baño y la cocina. La arrendadora principal era la mujer que le había aceptado como socio y que hasta hacía poco tiempo pertenecía también al servicio de policía, presumiblemente separada del reino de los funcionarios por una disputa y, de modo algo menos presumible, con dificultades económicas, aunque en ningún caso dispuesta a desalojar la hermosa vivienda. Pedía trescientos por la habitación, que se dice pronto. En el fondo sólo había respondido a un anuncio de colaboración —«Se busca socio con experiencia en homicidios para nueva agencia de detectives»—, pero enseguida había sido identificado como un posible subinquilino provisional, como si su ajustado presupuesto, después de viajar durante un año por todo el mundo, lo llevara escrito en la frente; de ese modo había aceptado finalmente por partida doble, engatusado en último lugar con el argumento de que para llegar a la oficina no tenía más que cruzar el pasillo. Además, en esa época, al comienzo de la Feria del Libro, no habría conseguido ni por asomo encontrar el cuchitril más miserable de todo Frankfurt o de sus alrededores.

Estaba sentado a oscuras en la cocina. La lucecita roja de la máquina de café le

bastaba. La lluvia golpeaba tras los cristales y en los pies ya se empezaba a notar el mes de Octubre, especialmente después de haber pasado un año al calor. En un principio sólo había pensado en tomarse un respiro, esto es, regresar al servicio de policía cuando el shock hubiera remitido. Pero no remitió, ni en el Amazonas ni en la lejana Australia, ni siquiera en el despacho de un psicólogo elogiado en los círculos policiales. «De esto nunca se librará completamente», le había dicho él, «aun cuando usted no sea el culpable desde el punto de vista jurídico. Pero usted ha disparado contra un chico que sólo portaba un arma de juguete».

El café estaba listo y Feuerbach buscó una taza en la oscuridad. Junto al fregadero se alzaba toda una pila de vajilla, tazas y platos encajados unos en otros. Intentó sacar una taza como una varilla del Mikado, pero todo amenazó con tambalearse y un plato resbaló de la pila, acelerado quizá por unos restos de mantequilla, pasó zumbando sobre el canto y se estrelló contra el suelo de terracota recién estrenado, que en cierto modo él cofinanciaba.

Durante algunos segundos el silencio invadió la gran vivienda y Feuerbach ya se estaba inclinando para recoger los añicos cuando una puerta se abrió, la puerta que daba a la habitación de la estudiante que también hacía descender el total de los gastos, supuestamente en la misma proporción. Su nombre era Nola, se lo había anotado para no olvidarse, y estudiaba teología sin peros que valga, por tanto, con el objetivo de subirse al púlpito y ser una futura pastora —una de esas animadoras que acusan—. Nola parecía ser bastante osada, tanto que era imposible olvidarlo.

—¿Puedo ayudar? —preguntó antes de entrar en la cocina, en lugar de hacer un teatro, y él le pidió que no encendiera las luces, pero ella ya lo había hecho, así que vio su pijama blanco con el cabello desordenado sobre los hombros, algo que siempre le había puesto de los nervios.

—Siento lo del plato.

—A cambio hay café recién hecho —Nola le alcanzó la pala y la escobilla, y Feuerbach recogió los añicos mientras ella fregaba dos tazas.

—Debería seguir durmiendo —le dijo él.

Nola dejó las tazas sobre la mesa, y también el azúcar y la leche.

—Ahora ya estoy despierta.

—De veras lo siento —dijo. Vertió los añicos en el cubo de la basura y al hacerlo se dio cuenta de que sólo llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta, y que ambas prendas estaban agujereadas.

—No tienes, o no tiene *usted*, por qué sentirlo...

—No importa —le dijo él—, como prefieras.

Pero, en verdad, aquello no le daba igual; no quería tutear a aquella futura pastora de cabellos desordenados y hombros redondos bajo aquel pijama blanco, como tampoco quería que ella le tutelara. Le parecía la forma más segura de soportar indemne el tiempo que iba a pasar en aquel piso, pero ya había sucedido. El incidente con el plato había puesto todo patas arriba. A veces hay platos rotos al final de una

historia y otras al comienzo. No se habría metido en aquella situación, pensaba, de haberse quedado en la cama hasta que el despertador sonara.

—¿Y tú? —le preguntó Nola—. ¿No puedes dormir o ya te has levantado?

—He de salir temprano hacia el aeropuerto.

—¿Tú solo?

Feuerbach se sirvió azúcar.

—Sí, es mi primera misión —dijo moviendo la cabeza en dirección al pasillo, y entonces susurró—: Ella no me puede acompañar. Se reúne hoy con su ex marido, creo que por algo relacionado con su hijo.

—Todo en Helen está relacionado con su hijo. Y con el dinero. Su ex no gana un duro.

—¿Y por qué vive entonces su hijo con él?

—Porque ella consigue el dinero, así de simple —Nola se colocó el cabello por detrás de las orejas. Tenía unas mejillas grandes y redondas—. ¿Y qué ocurre en el aeropuerto tan temprano?

—En mi opinión, no es un tema personal.

—¿No? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Un día.

—Yo un año, y aquí sólo existen temas personales.

Feuerbach miró por encima de la taza los ojos castaños que había debajo de unas espesas pestañas.

—Tengo que seguir a una mujer, una especie de prostituta de lujo que llega desde Manila en un vuelo de Lufthansa —bebió un trago y sostuvo después la taza junto a la boca—. Puede que haya ayudado a morir a un cliente rico en una cama de hotel. Él era coleccionista y al parecer le legó un picasso, un cuadro que se consideraba perdido porque nunca apareció en su colección de manera oficial. Lo guardaba en una caja fuerte, pero desde hace tiempo ella estaba en posesión de una carta que debía abrir en el caso de que falleciera. La carta contenía la combinación y una breve declaración de amor. De este modo consiguió el cuadro y probablemente lo haya vendido en el sur de Asia.

—¿Y cómo le ayudó a morir?

—¿Cómo? —de pronto vio la posibilidad de eliminar todas las demás posibilidades—: Se ocupó de que el tipo follara hasta morir.

—¿Y eso funciona? —fue la única pregunta de Nola.

—¿Y por qué no? —Feuerbach vació la taza. Nola le miraba ahora fijamente con interés acusador, como dando a entender que él sabía muy poco de mujeres y sexo como para querer justificar un seguimiento de ese tipo basándose en una teoría semejante. Dejó la taza y se inclinó sobre la mesa de la cocina hasta que percibió el olor de su cabello—: El hombre estaba enfermo del corazón y ella provocó que su aparato circulatorio reventara.

—¿Estabas tú allí?

—Existen pruebas de ello.

—¿De qué? ¿De que lo hiciera bien?

Él volvió a llevarse la taza a la boca, aunque estaba vacía, pero en cierto modo aquel gesto le ayudó a disimular su asombro.

—Fue más de lo habitual, parto de eso.

—Te has puesto rápidamente al corriente —dijo Nola.

—No quedaba otro remedio.

—¿Y a qué llamas tú «más de lo habitual»?

—Yo que sé, a tres por noche.

—¿Y por qué no cuatro?

—De acuerdo, quizá cuatro. Creo que estudias teología...

—Entonces digo cinco.

—Vale, lo han hecho cinco veces.

—¿Y desde cuándo la pasión es un crimen? —preguntó Nola.

Feuerbach dejó de nuevo la taza, esta vez de forma definitiva. Ella intentaba conseguir algo, quizá dejar clara una especie de jerarquía en el piso.

—Ahora escúchame con atención —susurró—, la única pasión de una furcia es el dinero.

Nola juntó las manos, un gesto desconcertante en aquel contexto.

—Seguro que tienes una foto de ella. A ver si podemos reconocer esa pasión.

Él vio cómo su boca se transformaba en una sonrisa y fue en busca de la foto al antiguo dormitorio de los niños. Mostraba a la Schultz enfundada en una gabardina clara. Probablemente no llevara nada debajo. Los labios pintados no los llevaba pintados y su cabello rubio estaba mojado. Intentaba parecer malhumorada, pero más bien resultaba ridícula. Nola observó la foto durante un buen rato; de pronto se levantó.

—¿Cuántas mujeres de éstas conoces?

Feuerbach hizo como si reflexionara. Bien pensado no conocía a ninguna.

—Yo qué sé —contestó.

Y Nola sonrió antes de salir de la cocina.

—Gracias por el café.

—Espera...

Su cabeza volvió a aparecer en el resquicio de la puerta.

—¿A qué?

Feuerbach no supo qué responder y Nola desapareció.

Permaneció un rato sentado como queriendo demostrarse que también era capaz de resistir solo en aquella cocina con nuevo suelo italiano. Después se dirigió a su habitación y se vistió para la misión. Durante aquel año había perdido la práctica en algo, así lo creía. En cualquier caso, se sentía indefenso frente a una mujer como Nola, mucho más que en su nuevo trabajo, sin la placa de servicio ni el arma: sólo bastaba con desaparecer un tiempo, qué fácil. De una caja de mudanzas sacó el abrigo

de otra época mejor, apagó la luz y abandonó la gran vivienda de construcción antigua.

La lluvia había cesado. En su lugar un viento húmedo soplaba de camino a la estación de metro. Iba a llegar demasiado pronto al aeropuerto, pensaba Feuerbach, pero el tiempo allí pasaba más rápido que en un piso que no le interesaba nada. Todavía un año antes había vivido bien, en Berlín, donde en general todo era mejor que en Frankfurt, y ahora vivía subalquilado. Esa palabra le persiguió hasta que pisó algo blando, levantó el zapato y empezó a despotricar. Despotricó tanto que algunas ventanas se abrieron, mientras al final de la calle un pedazo de perro salía de detrás de una furgoneta de reparto de Tengelmann seguido de su dueña.

—¡Alto ahí! —gritó Feuerbach como acostumbrado—. ¡Alto ahí! —y comenzó a perseguir al autor de los hechos. Apenas cien metros le separaban de aquel pedazo de perro, pero le pareció una distancia insalvable, tan insalvable como la que le separaba del estilo de vida que había llevado antes de su descanso.

—No está usted durmiendo —susurró Hold.

Su compañera de asiento, desde el punto de vista técnico, dejó de roncar. Yacía allí como de cuerpo presente, con las manos juntas sobre el ombligo. Únicamente sus labios se movían un poco, como si aguardara un beso. Después se llevó la mano izquierda a la cara y dobló el antifaz. Observó sus ojos castaños bajo unos delgados párpados rectos, una mirada tierna y dura a la vez.

—Wilhelm sin H —dijo ella—, haznos un favor a los dos: conviértete en una cama de verdad y me subiré encima.

—No se puede estar más cómodo en este avión.

—Y no se puede responder de una forma más estúpida —respondió, volviendo a deslizar el antifaz sobre sus ojos. Pero parecía seguir observándole.

—Lo siento —dijo Hold—, no puedo hacer milagros.

—Entonces cuéntame algo, al menos para que me pueda dormir.

—¿Como qué?

—Lo que sea, cualquier cosa relacionada con el amor.

Willem se inclinó hacia ella. No la comprendía. O bien estaba bebida o no desperdiciaba ninguna oportunidad para ampliar su clientela.

—¿Estás bebida?

—No.

—De acuerdo, cualquier cosa relacionada con el amor.

—Sí.

Reflexionó un instante y recordó entonces una historia que había vivido siendo un muchacho, durante las únicas vacaciones en compañía de sus padres, subido a un patín acuático junto a una chica en un gran lago.

—Yo tenía quince años —comenzó— y nunca antes había besado a nadie ni tampoco había hecho lo otro. Una chica me preguntó si quería acompañarla en el patín de agua. Se llamaba Annika.

—Por favor —interrumpió Lou—, ese nombre arruina toda la historia.

—Pero se llamaba así.

—¡Pues invéntate otro, Wilhelm sin H!

—*Silence!* —siseó alguien desde atrás, e inmediatamente un auxiliar de vuelo se acercó acariciándose el cabello con la mano y rogó silencio mientras la luz del techo estuviera apagada. Pero Hold no se sintió molesto por ello, aun cuando odiaba ser amonestado por un marica. En aquel momento no se sentía lo bastante fuerte como para una historia de amor y, conforme se acercaba al país natal que había

abandonado, más débil se sentía. Sí, incluso pensaba que no iba a ser capaz de enfrentarse a aquella misión. En Alemania, además, aún existía una orden de detención contra él, presuntamente por robo con homicidio, a pesar de que en aquel entonces había actuado en legítima defensa, únicamente en legítima defensa.

—Acérquese, le quiero contar a *usted* algo —le susurró Lou, y Willem no se hizo de rogar. Se agachó entre los asientos sobre el suelo, con la cabeza a la altura del pecho de ella, y una mano, la izquierda, se le aproximó entonces y le cogió por la espalda acercando su cabeza todavía más—. No queremos despertar a nadie —le susurró al oído—, así que tendremos que conversar de este modo. ¿Le parece bien?

Él asintió con la cabeza y ella prosiguió. Como un niño que después del colegio convierte una alegría en desgracia, ella le habló del cliente fallecido, muerto en la cama de un hotel de Frankfurt, del picasso que éste le había legado en vida y sobre los encolerizados herederos y la policía que se le habían echado al cuello.

—Pero a la policía —susurró— le faltan pruebas y por eso los herederos amenazan con contratar a detectives en el caso de que no devuelva el cuadro. Me lo tendrán que arrebatar, pero también me tendrán que demostrar que llegó a mi poder por medio del asesinato. De camino a Manila pude haberme esfumado con el cuadro, porque no es muy grande, lo metí dentro de la maleta entre periódicos y ropa interior, pero sencillamente no podía quedarme allí; mi territorio está, por desgracia, en Frankfurt. Y, naturalmente, han contratado a alguien que estará esperándome en el aeropuerto, quién sabe dónde, con fotos mías, y que me reconocerá y después me seguirá los pasos y se deshará de mí de alguna forma. «La atraparemos», me dejó grabado uno de los herederos en el buzón de voz, «¡La atraparemos, furcia!». Me quieren meter en la cárcel para toda la vida, ¿comprendes?

—Sí, comprendo. ¿Y dónde está en estos momentos el picasso?

—Ni idea. Ha sido vendido...

—¿Por cuánto?

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo era de grande?

—Ya te lo he dicho, cabía en la maleta.

—¿Y qué había pintado en él?

—Alguna mierda.

La boca de ella rozó entonces su oreja, y él sabía que si continuaba le vendrían al instante los dolores de ahí abajo. Lo mejor era pensar en otra cosa.

—¿Qué tipo de mierda?

—Una de verdad, quiero decir, un hombre cagando. Yo no habría pagado ni cien marcos por él.

—Los marcos ya no existen.

—No habría pagado absolutamente nada por él.

—Pero alguien habrá pagado algo...

—De hecho una pasta, supuestamente.

—¿Cómo que supuestamente?

—No lo he vendido yo directamente, lo ha hecho un conocido.

—¿Y ahora él tiene la pasta?

—Lo colocó para mí, descontándose una comisión.

—Eso dice él. ¿Y por qué me cuentas todo esto?

Hold desconfiaba. Algo no encajaba bien, ya fuera la historia del picasso o la mano de ella sobre su pelo.

—Muy sencillo —susurró ella—, quiero que más tarde me ayudes en el aeropuerto. Me encuentro en una situación delicada.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Sólo cuidar de que pueda escapar. Despistar de alguna forma al tipo que me tiene que seguir.

—Ése no se dará a conocer. Sólo podemos saber que estará aguardando directamente detrás de la aduana.

—Entonces haga *usted* algo que distraiga a todos los que estén allí.

Lou, el nombre lo llevaba escrito en la frente, de pronto volvió a tratarle de usted y Hold dedujo por ello lo extremo de su delicada situación. El agua le llegaba al cuello.

—Bien. ¿Y a cambio qué obtendré?

Ella le besó en el lóbulo de la oreja.

—Mi número de móvil. Me puede llamar por la noche, estaré en mi piso. Y después ya veremos...

—Sería mejor que te alojaras en algún otro lugar.

—Nadie conoce el piso, el contrato de alquiler no está a mi nombre.

—Está a nombre de tu conocido.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Lo he supuesto —dijo Hold—. ¿Y él, cómo se llama?

—Eso no importa —Lou cogió la servilleta sobre la que reposaba su última bebida y escribió a bolígrafo un número—. Mi aparato está siempre encendido. Pero aguarda hasta la noche.

—Por la noche tengo un compromiso.

—Pues llámame después.

—¿Y tu conocido?

—Aún sigue en Manila.

¿Fue allí donde se vendió el cuadro?

—Sí, es posible.

—Entonces ese conocido tiene algo pensado.

La compañera de asiento de Willem sonrió, pero a él no le gustó aquella sonrisa, parecía mayor.

—¿Y de qué vive ese tipo?

—De hablar. Hace tratos para una empresa.

—¿Ah, sí? —Hold giró la cara hacia ella mientras detrás de ellos volvían a sisear e inmediatamente el auxiliar de vuelo marica se aproximó—. ¿Y qué tratos hace?

—No hace tratos, da información sobre productos.

—Un representante, pues.

—Algo parecido —dijo Lou—. ¿Piensa entonces ayudarme?

Las luces de lectura se encendieron y se oyó un susurro encolerizado. El auxiliar de vuelo fue en busca de su compañera de atractivo suburbano, mientras Hold, impasible ante todo aquello, sujetaba el antifaz de su compañera de asiento.

—En primer lugar, me llamo Willem. En segundo lugar, sólo estaré veinticuatro horas en Frankfurt. Y en tercer lugar, ya tengo bastantes problemas —y diciendo esto levantó el antifaz y se encontró de frente con una mirada irresistible. Tras un breve suspiro, prosiguió—: Y en cuarto lugar, veré lo que puedo hacer.

La antigua comisario jefe Helene Stirius, afanada siempre por aligerar su nombre de una pequeña «e», Helen por tanto, de treinta y seis años, en crisis general desde hacía un año —retirada del servicio de policía a causa de una hipersensibilidad, separada de su marido y con la pérdida de la custodia de su hijo Kasimir, con una vida sexual que se había enfriado al quedarse en una vivienda de lujo, agarrada al último clavo ardiendo de una comunidad de inquilinos adulta y la fundación de una empresa—, estaba sentada en la cocina con su gata Naomi, observando la reproducción de un cuadro que no era precisamente apto para menores, ni siquiera quizá para adultos, realizado por el artista más importante de la Era Moderna, eso sí, ligeramente turbada por el motivo del cuadro, pero en ningún caso afectada como consecuencia de su conocida sensibilidad (que en el fondo sólo se veía afectada por los superiores con barba de tres días o por los uniformes de la policía alemana).

En él se veía a un hombre defecando de pie, incluyendo lo que expulsaba de sí mismo; un hombre de ojos grandes y oscuros que guardaba un cierto parecido con el artista, así como dos viejas prostitutas que presenciaban los hechos o que ayudaban al hombre de un modo indirecto; ésa era en cualquier caso la opinión de su nuevo colaborador: «Ellas le liberan del estreñimiento. Creo que el cuadro va de eso», le había dicho Feuerbach mientras cambiaba la ropa de cama, y de alguna manera aquello le seguía pareciendo convincente.

Pero Helen también estaba dispuesta a dejarse convencer por aquel hombre que había acogido en su pequeña empresa y de inmediato también en su vivienda, supuestamente en periodo de prueba. Carl Feuerbach no era ningún tipo fracasado del departamento de homicidios —enseguida se había dado cuenta de ello—; a lo sumo había fracasado para sí mismo, pero no había perdido las ganas de investigar. Afirmaba, además, que le gustaba su gata y todos los animales, incluidos los perros gigantes y, en lo referente a las personas, al igual que ella, distinguía únicamente entre cerdos grandes y pequeños y, naturalmente, él mismo se incluía en estos últimos, dispuestos desde tiempos inmemoriales, como él decía, a llevar a los grandes ante la justicia. Desde el punto de vista de ella —el punto de vista de la mayor de los dos, cuatro años, según los documentos de él— eso era una cierta negación del *pathos*, pero aquella negación no era el problema que presentía; el problema era su aspecto físico. Feuerbach tenía el pelo de color rubio oscuro, ojos azules y dos arrugas a ambos lados de una boca que se agrandaba sin cesar cuando reía. Y una mujer como ella, a la que le gustaba ir al cine, tenía que estar medio ciega para no ver en él al joven Steve McQueen. Por lo demás, él creía que el picasso debía haber

generado un buen millón en Asia. Ahora sólo faltaba demostrar el intento de asesinato de esa Schultz y encontrar el dinero o, mejor aún, al comprador y al propio cuadro, ya que entonces se devengarían unos sustanciosos honorarios, el diez por ciento de los ingresos o del valor del picasso. Su nuevo inquilino y colaborador se había peleado, literalmente, por el trabajo del aeropuerto a primera hora de la mañana. De esa forma ella podía levantarse con calma para encontrarse con su hijo, cuyo progenitor en paro le reclamaba de nuevo más manutención.

Helen estaba ya vestida y sentada de espaldas a la ventana, como siempre que llovía. Junto al huevo del desayuno había un reloj caro, el viejo Baume & Mercier de su padre, y delante de ella la reproducción del picasso sacada de un catálogo privado.

—Me gustaría saber por qué ha pintado algo así.

—No podía pintar el *Guernica* eternamente. O mujeres torcidas, sean las que fueran.

Nola trajo el té y se sentó mientras la gata saltaba desde la mesa. A Naomi no le gustaba cualquiera, pero a todos les gustaba Naomi, y en cierto modo eso parecía ser su perdición. Ésa era la teoría de Nola que no obstante se guardaba para sus adentros. Sabía lo apegada que Helen estaba a su gata, como si Naomi no corriera hacia ella por pura casualidad sino porque la estuviera buscando. Helen no creía para nada en las casualidades y, en ese punto, Nola y su casera habían coincidido enseguida, aun cuando había sido la franqueza con la que había redactado el anuncio la que le condujo un día a la Morgensternstrasse: «Se busca compañera de piso tranquila e inteligente, ¡sin el ambiente de una comunidad de inquilinos!».

Helen golpeó el huevo, más bien efectuó un redoble en torno a la cáscara. No estaba concentrada, seguía pensando en el cuadro.

—A pesar de todo, sigo sin comprender algo. Un hombre en esa actitud no puede ser un motivo para un pintor.

—Olvidas a las dos mujeres que le observan.

—¿Y por eso es mejor?

—No —respondió Nola—, pero es más complejo.

Helen decapitó el huevo; estaba demasiado blando. Probablemente Nola tenía razón, al fin y al cabo era estudiante. Y aquella pequeña lección tampoco le desagradó, pues ella misma había insertado la palabra «inteligente» en el anuncio. Nola le había resultado enseguida simpática: una niña de familia bien interesada en Dios, contenta al parecer por vivir con una antigua agente de la policía judicial; una subinquilina mejor era prácticamente impensable. Feuerbach le pareció, por el contrario, una mera solución provisional: un colaborador viviendo en el mismo piso no podía salir bien. Y para más inri la había invitado además, esa misma noche, por desconocimiento o fanfarronada —era difícil de decir—, a un pequeño local en la plaza de la Ópera, uno de los mejores y más caros de toda la ciudad, si no el mejor y el más caro. Desde hacía días estaba reservada a su nombre la mesa más solicitada de todas, con vistas a la fuente.

—El huevo se va a enfriar —dijo Nola.

Helen comió un bocado. La invitación de alguien más joven tenía a menudo algo de avasalladora, como los regalos que los niños hacen a sus padres. La pequeña debilidad que sentía era, por tanto, comprensible. ¿Y qué podía suceder? Feuerbach la trataba de *usted* y la llamaba *Helene*, era sumamente discreto en todos los aspectos. Ni siquiera dejaba gotitas en el cuarto de baño.

—¿Es posible que anoche hubiera alguien en la cocina?

Nola se colocó el cabello por detrás de las orejas; nunca se ponía colorada cuando mentía.

—No tengo ni idea, quizá estuviera el nuevo.

—Pero alguien estaba hablando. Y antes se escuchó un ruido —Helen se levantó y miró en el interior del cubo de la basura. Alguien lo había vaciado—. Quizá lo haya soñado.

—Esas cosas ocurren —dijo Nola.

—Pero alguien estaba hablando.

—Entonces era la radio. Es el típico tío que escucha la radio.

—Si tú lo dices... ¿Quieres té?

—No.

—La tetera está vacía de todos modos —Helen acarició el cabello de Nola y le tiró de él antes de abandonar la cocina seguida de la gata. Aquí pasa algo, pensó.

El aeropuerto de Frankfurt, antes llamado Rhein-Main y actualmente Fraport, es seguramente junto a los rascacielos y a la Feria anual del Libro lo más impresionante que esta ciudad tiene para ofrecer, aun cuando el nuevo nombre fuera sólo un intento de copiar a otros grandes aeropuertos, un nombre que a Willem Hold le resultaba tan estúpido como el que aparecía en su pasaporte falso, Hagen Pallas. Pero, al parecer, eran precisamente los nombres estúpidos los que pasaban por normales y, por eso, se hallaba relativamente tranquilo en la cola de los trasnochados delante del control de aduanas alemán.

Le había prometido a Lou no perderla de vista y hacer algo en caso de que surgieran complicaciones. Sólo faltaba saber el qué, si al mismo tiempo quería pasar inadvertido. Ella sujetaba ahora un abrigo de charol rojo en un brazo, que había sacado de su equipaje de mano, como una segunda piel en caso de necesidad. Sólo una pareja anciana se hallaba en medio de los dos en la cola de la así llamada «ventanilla europea», algo que le sorprendió. ¿Qué había sido de Alemania en los últimos diez años? ¿Y qué había sido de su Frankfurt natal si hasta el mismo aeropuerto se llamaba Fraport? ¿Sería capaz siquiera de encontrar, sin preguntar a nadie, la plaza de la Ópera, en donde debía entrar en acción esa misma noche? Era posible que la plaza tuviera ahora un nombre completamente diferente y necesitara procurarse un plano de la ciudad.

Llegó el turno de Lou y enseguida vio o creyó reconocer al hombre al que habían contratado para seguirla. Parecía estar solo, decidido a pegarse a sus talones, a hacerla entrar en razón. En el hueco de su mano sujetaba una foto que miraba de vez en cuando. Hold conocía esa expresión por sus clientes, cuando examinaban las fotos de algunas bellezas y tenían que decidirse. Se preguntaba si su intervención sería o no oportuna. Aquel tipo —que le recordaba a alguien, a un actor americano rubio fallecido hacía tiempo— iría directo al grano y se tiraría de paso a Lou. En cualquier caso, una sonrisa se había dibujado en su boca al descubrir a Lou en la cola, una sonrisa que era cada vez más grande, al mismo tiempo que retrocedía lentamente, delante de un quiosco de prensa con libros, con la mirada puesta en el ojo de aguja de la barrera aduanera. Hold le siguió con la vista cuando Lou cruzó la barrera, al tiempo que llegaba su turno. A la pareja anciana le habían hecho señas para que pasara.

Él mostró su pasaporte; el funcionario lo deslizó sobre un cristal y una luz resplandeció. Contó los segundos, el flujo de datos, hasta que constató que no había ningún cargo contra un tal Hagen Pallas. Eso fue todo. Volvía a pisar el país, primero con un pie y después con los dos. El país cuyas autoridades tenían derecho a

encarcelarle, aun cuando en aquel entonces actuara en legítima defensa: en el desesperado tramo final del Zeil, un joyero libanés había sacado de repente un Uzi. En una situación así tenía que actuar rápido y él lo había hecho; esto es, había disparado y lo había hecho con el P1 armado o el viejo P38 registrado en el Ejército federal y para colmo había dado en el blanco, un tiro demasiado perfecto para tratarse de legítima defensa. Aquella bala entre los ojos de un conciudadano extranjero le perseguiría hasta la tumba.

El rubio tenía en ese momento a Lou en su punto de mira, pero sin observarla directamente. La despacharía sonriendo, no cabía la menor duda. Willem conocía a los tipos como él, por fuera encantadores y por dentro duros. Sólo se podía acabar con ellos distrayéndoles. Cualquier ataque directo resultaría peligroso para su misión, pero también estaba Lou —pensó en su boca— y Hold no reflexionó demasiado, como siempre que había algo importante, y sus sentimientos lo eran. Necesitaba un aliado en el caso de que algo saliera mal esa noche y Lou había hablado de un piso que podía utilizar. Sólo tenía que llegar hasta allí sin que nadie la siguiera. Sabía, pues, lo que tenía que hacer e instintivamente se dirigió hacia un hombre que entraba en ese momento en el quiosco de prensa y libros, y que se encaminaba hacia un expositor; un hombre mayor de boca blanda y ojos de lechuza: sólo tenía que caer al suelo, con eso bastaría.

Se trataba del expositor de best sellers, las novelas de los showmasters y de los presentadores de informativos, cuyo lado posterior protegía relativamente de las miradas. El hombre con ojos de lechuza tenía al parecer intención de leer un periódico sin ser molestado. Tenía unos labios húmedos, agotados en cierta manera, además de la nariz de un prelado, y Willem se acordó de Zidona, a pesar de que éste era mucho más joven. Pero aquel pensamiento apareció así, sin más, y aquello le dio el último empuje para cometer una acción que quizá no habría sido del todo necesaria para proporcionar ventaja a Lou. Pero para Hold sólo contó el instante en que se acercó al señor que leía y lanzó una mirada al periódico, a un artículo con una gran foto que le desconcertó momentáneamente, pues mostraba a ese mismo hombre que sujetaba el periódico como si se estuviera mirando en un espejo y los ojos de lechuza se dirigieran a él, un instante de asombro que provocó que los hechos se desbordaran, porque en verdad Hold levantó su codo —aproximadamente a la altura de la nariz de la víctima, más bien rechoncha— mucho más de lo previsto, para a continuación hacerlo aterrizar de forma bien calculada sobre aquel órgano, produciendo un ruido muy desagradable, como cuando se aplasta una pelota de ping-pong, antes de que la sangre brotara de su nariz y de que un grito bronco paralizara las idas y venidas delante del quiosco de prensa.

El afectado, sangrando y gimiendo, se tambaleó. Un leve empujón en la espalda fue suficiente para que saliera como patinando de detrás del expositor de best sellers y se deslizara sobre los atónitos pasajeros y aquellos que iban a recogerles. Todavía logró avanzar dos o tres metros más y después sus rodillas se doblaron justo a los pies

de la atractiva rubia, mientras Hold salía sin más por el otro lado del quiosco de prensa y su hermosa conocida, con el abrigo de charol rojo puesto ahora sobre los hombros, desaparecía entre un grupo de hombres de lustrosos cabellos engominados, el despliegue completo de la concordia de Frankfurt que marchaba hacia un partido de segunda división.

Feuerbach había reconocido en el acto al hombre mayor, a pesar del chorro de sangre, y no dudó ni por un momento en que era testigo de una conspiración de venganza. Ahora sólo quedaba atrapar al autor que había derribado al eminente crítico literario, quizá el más eminente de todos. Después, su entrada como detective privado sería perfecta. Pero, en primer lugar, eran necesarios los primeros auxilios y la verdadera misión, que atañía a la dama Schultz, tendría que esperar.

Louis Freytag yacía completamente inmóvil en el suelo. Sólo su sangre daba señales de vida, pues no paraba de brotarle de la nariz.

—¡Un médico! —gritó Feuerbach comenzando con el masaje de corazón, pero no había ninguno entre la multitud, excepto un estudiante de medicina que habló enseguida de defunción, mientras otros, respetuosos, susurraban el nombre del célebre personaje. Todavía pasaron algunos minutos antes de que los enfermeros y un médico de urgencias llegaran, además de la policía fronteriza con sus pistolas ametralladoras y un equipo de la televisión que precisamente en ese momento rodaba en el aeropuerto.

—¿Está muerto? —preguntó la redactora, y Feuerbach simplemente asintió con la cabeza. Sabía cuando alguien estaba muerto, eso no se olvidaba nunca. El golpe debía haber destrozado el tabique nasal y algunos de esos trozos de hueso le habrían atravesado los ojos o la cabeza; como resultado, se habría producido un shock y la pérdida de las funciones vitales. Por tanto, había sido probablemente un paro cardíaco en un corazón, por lo demás, débil, como era sabido por todos. El médico de urgencias lo siguió intentando con los medios habituales, desde la inyección hasta las descargas eléctricas, pero quien se había vengado, pensaba Feuerbach, lo había hecho a conciencia.

Su siguiente pensamiento fue para el autor fugitivo de los hechos y para la mujer que se había escapado, aun cuando la relación entre ambos acontecimientos (el atentado contra Louis Freytag y su fracasada misión) no pudiera siquiera incluirla. Sólo tenía claro que debía atrapar a los dos —al autor homicida y a la prostituta con el dinero del picasso— si no quería pasar por debajo de su socia, que además le ofrecía cobijo. La invitación de esa noche, la cena en el local junto a la plaza de la Ópera, habría supuesto tirar el dinero.

Feuerbach miró a su alrededor. Aunque estaba plagado de agentes fronterizos, la policía se hacía esperar, por lo que, sin más, tapó los huecos. Se dirigió a la encargada del quiosco de prensa, con el expositor de best sellers, le preguntó por el vídeo de vigilancia y ella le mostró la pequeña cámara, oculta tras un cartel de Isabel Allende

con un agujero diminuto en el ojo de la retratada; desde su marcha del servicio de investigación criminal aquellas vigías que había colocadas por todas partes eran aún más pequeñas, más pijas; la propia encargada afirmaba no haber visto nada, sí, no parecía siquiera saber a qué célebre hombre le había llegado su trágico final a sus espaldas, pero enseguida puso a su disposición el vídeo y Feuerbach abandonó el quiosco con él. Caminó lentamente hasta que pudo abrirse paso entre los últimos curiosos (como quiera que fuera, ya se había corrido la voz respecto a quién era la persona que yacía en el suelo extenuada o acaso asesinada) y, sólo después, comenzó a correr con el fin de llegar quizá antes que la Schultz a la parada de taxis, pero ella ya le había dado esquinazo, a él o a quienquiera que fuera el sujeto del que huía, y a Feuerbach no le quedó más que el camino tortuoso.

Se hizo pasar por agente y le mostró su foto a los taxistas que estaban allí listos para partir; uno de ellos afirmó haberla visto: «Una modelo con un abrigo rojo». Pero no pudo indicarle con qué colega se había marchado. Sólo que había cogido un taxi, y eso ya era algo. Feuerbach se subió al vehículo.

—A la Morgensternstrasse —dijo, y se anotó el nombre y la dirección del conductor antes de llamar a su arrendataria que aún estaba desayunando. Oyó el crujir del *Knäckebröt*, mientras al fondo Nola tarareaba algo de Mozart. Se sabía de memoria todos sus conciertos. Helen le había vendido, en sentido literal, a su compañera de piso tal y como él tenía ahora que venderle su fracaso. El único triunfo era que podía empezar con un bombazo.

—¡Alguien acaba de asesinar a Louis Freytag! —gritó y resumió lo sucedido para después ir al grano y contar que, por desgracia, la persona a la que seguía había aprovechado el alboroto general después del crimen para huir. Habló de crimen con decisión, pero Helen se mantuvo serena:

—Quiere *usted* decir que no ha conseguido seguirla a pesar del alboroto general...

—Escúcheme bien. Louis Freytag se desplomó directamente a mis pies. Se tambaleó desde un quiosco de prensa lleno de libros; tengo el vídeo de la cámara de vigilancia conmigo. Pero esa Schultz va sentada ahora mismo dentro de un taxi, uno de miles, con un abrigo rojo en el brazo, uno de esos de charol. Puede haber ido a cualquier sitio.

—Entonces lo que hay que hacer es hablar con esos miles de chóferes y después sabremos algo.

—¿Y qué pasa con nuestra cena de hoy?

—Se mantiene. ¿O el local le parece de repente demasiado caro? También podemos cenar en el Ostend.

—Jamás —respondió Feuerbach y colgó.

El Ostend de Frankfurt siempre fue un barrio miserable, todavía hoy lo es y lo seguirá siendo en el futuro, no importa el número de bares con chismes de colores y las galerías llenas de trastos que se inauguren en las plantas de las fábricas que hay alrededor de la zona prohibida del nuevo Banco Europeo. Un edificio como el Ostbahnhof bastaba para alojar a todo el barrio y a sus habitantes, quizá no a los que se habían mudado allí, porque en el fondo éstos no estaban más que de paso, pero sí a los vecinos de siempre, entre los que se seguía contando Willem Hold. Únicamente una guerra, con bombas aún más devastadoras que las últimas, podría borrar los viejos estigmas, estigmas como el Hotel Burger, en la esquina de la Zobelstrasse, en el que había reservada para él una habitación, su deseo más expreso. Naturalmente también se habría podido alojar en el Frankfurter Hof, pero Hold se había decidido sentimentalmente por el Hotel Burger, ubicado en un edificio de los años sesenta con persianas de madera y una entrada de cristales empañados, a tiro de piedra de la antigua pequeña tienda de relojes y joyas de sus padres, en la que, entretanto, un sastre de arreglos de Bosnia ejercía su oficio, y a tan sólo un minuto caminando de la Ostbahnhofstrasse, donde había vivido de adolescente, en el número nueve, debajo del tejado, cuando sus padres aun vivían antes de emprender su último viaje de vacaciones hacia el sur en un escarabajo sin cinturones de seguridad ni otras cortapisas, un viaje que acabaría poco después de Hanau junto a una valla protectora.

Hold dio en la recepción el nombre que aparecía en su pasaporte, y el hombre de detrás del mostrador, más concentrado en el televisor que en el cliente, le extendió las llaves y el bloc de registros. Era un televisor relativamente grande para una recepción tan pequeña, y en ella estaban transmitiendo algo relacionado con un crucero. Fue todo lo que Hold pudo pillar mientras se registraba con su dirección de Manila.

—Es la serie *Das Traumschiff* —comentó el hombre de la recepción—. Tengo toda la serie en vídeo si no le gusta la televisión de pago —dijo, tomando el bloc de registros y echando en él una mirada—: ¡Manila! El crucero no ha estado nunca allí. ¿No hay marcha allí o qué?

—Depende...

—En caso contrario, habrían atracado allí —gritó el conserje mientras Hold subía las escaleras.

La habitación estaba situada en la primera planta, con vistas a la Zobelstrasse y a una gasolinera Shell, y si todo había salido según el plan, la noche anterior había dormido allí la persona que debía representar un importante papel esa noche. Willem cerró la puerta y corrió las cortinas. Era una habitación suicida, con una cama doble

de color marrón, un pequeño televisor colgado de unas varillas, una celda húmeda con la luz de un acuario y una mesa adornada con un jarroncito de claveles junto a un cenicero; el suelo era de fieltro gris, el techo de losetas de *styropor* y del mismo centro colgaba una lámpara. Willem encendió el televisor. Una mujer tenía que contestar a una pregunta: «¿Quién presentaba el programa “El precio justo”?». Cuatro eran los nombres a elegir; unas luces palparon. Hold se dirigió a la cama y levantó el colchón. Sobre la rejilla había una bolsa de Hertie junto a una gabardina color cáscara de huevo cuidadosamente extendida, de la que aún sobresalía la etiqueta de H&M. Le tranquilizó la forma de trabajar de su socio desconocido. Todo estaba colocado de tal manera que en la cama no se notara nada y en todos los laterales sobraba todavía espacio en el caso de que, al cambiar la ropa de la cama, la camarera de piso tuviera que meter las manos debajo del colchón. Pero, probablemente, en el Hotel Burger las sábanas usadas una sola vez no se cambiaban, sino que se alisaban.

Willem cogió el abrigo y la bolsa, y vació su contenido sobre la cama; aquella visión le tranquilizó todavía más. Allí, junto a un gorro negro de lana con unos orificios para los ojos perfectamente recortados, yacía una nueva, pero no flamante, y por tanto usada, Beretta Cougar 45 junto a un cargador de reserva con ocho cartuchos, balas expansivas, tal y como había pedido. Cogió entre sus manos su arma favorita y apuntó como un rayo a los claveles.

—Me gusta —dijo, y no pudo evitar pensar en Czerny, su amigo y socio en Manila, el alegre vienés Czerny con su eterno «Me gusta» hasta que finalmente pilló el sida. Cuántas veces le había prevenido de aquella María Rosa, que tenía un crucifijo y los huesos salidos, pero él lo sabía mejor que nadie o prefería no saberlo. Dos años más tarde apareció la primera llaga y finalmente volvió a recuperar los brazos de cuando era niño. Czerny, a quien había conocido tras el fracaso de la OTAN en Somalia durante la construcción de infraestructuras en Dschidda, un trabajo temporal, y que inmediatamente le llevó a una ejecución, «Sólo tienes que llevar una camisa de dormir como los saudíes y no debes sacar fotos cuando la cabeza rueda», y con quien se volvió a encontrar más tarde en Manila, en donde continuaba trabajando en la construcción, pero entonces ya estaba hasta las narices y quería forrarse montando un negocio con él: primero de neveras, aquello fracasó, y después de servicios de intermediación, que durante un periodo fue como la seda bajo el mandato de Estrada, el doctor de la Selva Negra de las Filipinas.

El teléfono le arrancó de sus pensamientos. Al otro lado de la línea había un hombre falsamente amable:

—¿El señor Pallas? —preguntó, y él respondió que sí; el otro nombró entonces una marca de cigarrillos, Reval, y colgó. Podía empezar.

Duchado y afeitado, después de haber pagado por adelantado la habitación, propina incluida, Willem Hold salió del Hotel Burger portando el arma bajo el cinturón y la bolsa de Hertie con la gabardina de H&M y el gorro de lana en la mano. Caminó en dirección al Allerheiligentor pasando por delante del estudio deportivo Semjan, que todavía existía. Cuántas tardes vacías había estado ahí antes de huir de Frankfurt, a menudo charlando con un tipo joven que también vivía en el Ostbahnhof; no recordaba su nombre, pero sí lo que el tipo solía decir: «Yo soy tal y como es mi vida, pero nadie se da cuenta».

Dobló en la Allerheiligenstrasse y caminó hasta el desolado tramo final del Zeil, para después descender esa milla llena de trastos, en la que, al igual que en Manila, por todas partes había vendedores ambulantes y mendigos; en la tienda que una vez había atracado había ahora un cibercafé, mientras que el Uzi del joyero libanés, que llevaba tiempo en descomposición, reposaba en la cámara de depósitos. Hold pasó muy lentamente por delante de la ventana y recordó las horas seguidas al disparo mortal; en aquel entonces se había cuestionado en qué tipo de persona se convertía alguien tras un acto así, y de pronto lo supo: uno seguía siendo el mismo de siempre. No soy ningún asesino, pensaba, y procuró seguir avanzando, Hauptwache, Rossmarkt, Kaiserplatz, hasta adentrarse en el barrio de los bancos. La majestuosidad de aquellos edificios le imponía y en todos ellos sólo había una cosa que prevalecía: el dinero. Qué ridícula resultaba ahora la suma que le habían ofrecido por disparar a una persona, a Johann Manfred Busche, seguramente ningún ciudadano digno de ser amado. En cualquier caso, Narciso había hecho todo lo posible por presentárselo como un tipo que no merecía seguir viviendo, un esfuerzo innecesario. Y él se había decidido a hacerlo y punto.

Muchas cosas en aquella esquina de la ciudad habían cambiado, pero Hold consiguió encontrar el camino hacia la plaza de la Ópera, el lugar en que sus padres solían aparcar entonces, delante de las casas —donde ahora estaban los hermosos locales— o del viejo caserón restaurado de la Ópera, en el que en ningún caso se escuchaba ópera sino una musicucha cualquiera que agradara a la gente que entraba y salía de allí y que seguramente se sentaría más tarde en el elegante Charlot, en donde desde hacía días había una mesa reservada para Busche y su esposa. Todos los detalles que podían ser planificados ya lo estaban, y Hold se sentía relativamente seguro. La vida le había enseñado que cualquier debilidad de carácter contrariaba siempre los planes, aun cuando el estado de ánimo de Busche le hiciera ese día quedarse en cama, teniendo en cuenta su conocido carácter versátil y los ataques de

melancolía que se comentaban. Y, sin embargo, confiaba en que todo se desarrollara sin complicaciones, pues sabía lo que tenía que hacer y por qué lo hacía. Tenía, además, el billete de regreso en el bolsillo. La salida era a las veinte treinta horas. No habría el menor problema en hacerlo: la mesa de Busche estaba reservada para las siete y media.

Willem había memorizado todo, incluido un croquis del local en donde estaba señalizado el asiento de Busche así como la mesa del hombre que le había telefonado y que más tarde debía representar a un héroe para obligarle a disparar, el disparo que convertiría a Busche, presuntamente ajeno a todo aquello, en víctima. No sabía nada de aquel hombre, solo que existía, que estaba metido en el ajo y que, cuando entrara en acción, podía producirle a lo sumo una herida leve. Todo estaba perfectamente estudiado y él habría podido pasar toda la tarde tranquilamente tumbado en la cama de la habitación suicida, si no fuera porque, cuando se tiene en el pensamiento a una determinada mujer, Lou en este caso, éste se disipa mejor andando. No quería pensar en su boca ni en el tatuaje, pero los pensamientos sólo son libres en el «Himno a la libertad». En la vida real es uno su propio cazador, aquello lo percibió y se rindió. Increíblemente feliz, como en la época en que tenía dieciséis años, cuando el pronunciar con suavidad el simple nombre de una chica le proporcionaba alas, atravesó la Opernplatz casi deseando que más tarde algo fallara y que tuviera que recurrir al número de teléfono de Lou, hasta que se dio cuenta de que algo había fallado hacía tiempo, cuando el pequeño paquistaní se acercó a él con el *Rundschau* —al menos éste continuaba existiendo en Frankfurt— y leyó los titulares: «Louis Freytag ha sido asesinado: ¿un acto de venganza contra el crítico más célebre de Alemania?».

Se compró un ejemplar, pero no lo leyó enseguida, sino que hizo el esfuerzo de recorrer un tramo con el periódico debajo del brazo. Sólo cuando llegó a la Goethestrasse lanzó un vistazo a la cabecera y se esforzó por reprimir las manifestaciones de su aflicción que, al fin y al cabo, le salían de forma involuntaria porque iban dirigidas sólo a él. De modo que, sabe Dios que sin querer, se había cargado a ese crítico con un simple empujón, que en principio no debía sino hacerle sangrar por la nariz y gritar, nada más, y todo eso por otra parte sólo para sacar a Lou de un aprieto, a consecuencia de lo cual pensaba demasiado en ella, y ahora para colmo aquello. Al menos resultaba tranquilizador saber que no parecían existir dudas respecto al móvil. La policía buscaba escritores a quienes aquel célebre hombre hubiera, por decirlo así, «despedazado» a lo largo de su trayectoria profesional, un hombre en cualquier caso cuyo nombre y profesión habían llegado, gracias a la cadena Deutscher Welle, hasta Manila, aun cuando Hold era incapaz de imaginarse nada concreto bajo aquella profesión.

Willem se deshizo del periódico y miró el reloj. Todavía faltaba una hora para hacer su entrada en el local con el rosno cubierto por el gorro de lana con aberturas, para después, en el plazo de un minuto, dejar correr el aire entre él y el mundo. Y

para él, una hora era mucho tiempo si lo seguía perdiendo de aquella forma, esto es, allí de pie cruzado de brazos pensando otra vez en Lou, así que recorrió un tramo de la Goethestrasse con una mano debajo de la chaqueta y encima de la Beretta.

La Goethestrasse siempre había sido la pequeña milla de los elevados precios, de Gucci a Pucci, pero ahora incluso había una filial de Tiffany con una pomposa fachada en una casa como las del Ostend. Parecía que los habitantes de Frankfurt se hubieran vuelto ricos, ricos, o que tuvieran delirios de grandeza, en tanto que, en los últimos años, él se había sentido, sobre todo, cansado, cansado de esperar su suerte, una especie de regreso al nueve de la Ostbahnhofstrasse, a la época en que estaba sentado en el salón con sus padres y veía a Rudi Carrel en *Am laufenden Band*. Hold pasó junto a Bogner, Versace y Escada, entró en la zapatería Linda, que ya existía entonces, y se dirigió a una vendedora que llevaba pantalones de campana de color blanco, que estaba ociosa con cara de amargada, descontenta con la nueva moda o con su suerte:

—Enséñeme zapatos de señora.

—Sólo vendemos zapatos de señora.

—Por eso precisamente quiero ver zapatos de señora —dijo Hold.

La vendedora echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y de qué tipo?

—Me da igual, que sean bonitos. Bonitos y ligeros.

—¿Qué número?

Reflexionó brevemente:

—El treinta y nueve —y la vendedora desapareció mientras su compañera, más joven y toda vestida de negro, salía de detrás de la caja. Llevaba cadenas en los dos tobillos y, además, estaba obsesionada por la simetría hasta en el peinado con raya en medio. Hold la saludó con un gesto de cabeza y ella miró hacia la calle, hasta que la mayor de las dos regresó con un solo par:

—Le puedo ofrecer éstos —dijo con el modo de hablar de los alemanes del Este, a quienes había llevado en coche a través de la luz rojiza de Manila.

Eran unos zapatos de punta fina, color verde diamante, con tacón de aguja y unas finísimas hebillas: un par de libélulas. Se inclinó hacia ellos y pasó la mano sobre las hebillas.

—Se romperán enseguida.

—¿Por qué dice eso?

—Salta a la vista —tomó uno de los zapatos y olió la piel de la suela—. ¿Cuánto cuestan?

—Doscientos cuarenta y ocho.

—Doscientos, es más fácil de pronunciar.

—Lo siento mucho —dijo la vendedora.

—¿A quién pertenece esta tienda?

—A una señora de Königstein, pero está de vacaciones.

—¿Y su nombre es Linda?

—Su madre se llamaba así.

—¡Ah! ¿Está muerta? —Hold introdujo la mano en el zapato todo lo que pudo. El interior era de lo más suave, suave y cálido—. ¿Y ha oído usted lo del asesinato de Louis Freytag?

—¿De quién?

—De Louis Freytag, esta mañana en el aeropuerto. Iba camino de la Feria del Libro y ocurrió. Louis Freytag...

—No le conozco.

—Un crítico —dijo Hold—. Uno que comenta libros. ¿Entiendes?

La vendedora volvió a echar la cabeza hacia atrás.

—Un gran hombre, pero ahora está muerto y bien muerto. —Hold hurgaba ahora en toda regla en el interior del zapato. Cada vez le gustaba más aquel par—. Quizá pueda usted telefonear a esa señora en su lugar de vacaciones —dijo—. Hágale llegar mi oferta: doscientos.

—Creo que debería usted marcharse —intervino la compañera.

—Yo creo que trabajan ustedes como el culo —respondió Willem Hold—. ¿Por qué no estudió para auxiliar de médico?, así se habría equivocado menos —y diciendo esto sacó el dinero de su chaqueta de mil dólares, una Versace classic V2 comprada en Hong Kong cuando las cosas aún le iban bien, y lo deslizó en la mano de la mayor de las dos que llevaba los pantalones de campana—: Doscientos veinte, es mi última oferta. Al fin y al cabo, corro el riesgo de que los zapatos no le sienten bien a la señora.

—Podría haberla traído con usted.

Metió los zapatos de libélula en la bolsa junto con el gorro de lana y la gabardina de H&M —que se pondría enseguida sobre la chaqueta para más tarde deshacerse de ella— y se dirigió hacia la puerta:

—La señora es de las que trabajan con seriedad.

Helene Stirius, a la que su nuevo socio e inquilino no estaba aún preparado para llamar Helen, era, como hemos dicho, cuatro años mayor que Feuerbach, aunque aparentaba treinta y pocos o estaba en condición de dar esa impresión. Cuando Helen se miraba en el espejo veía en él un rostro con el que estaba conforme, congeniaba con su vida o a la inversa: aquel rostro encajaba también en una vida como detective privado con un pasado de comisaria de investigación criminal y esposa, sí, incluso descubría de nuevo en él su desdicha por no ser la madre que a veces le habría gustado ser, esto es, desayunar con su hijo Kasimir en lugar de con la gata Naomi.

Pero ella llevaba la vida que encajaba con ella, aun cuando, sólo en apariencia, tuviera madera para hacer también otras cosas tan distintas como el cielo y la tierra. Porque la naturaleza o el buen Dios le había dado un anticipo inestimable de una belleza modesta a prueba de bombas —unas proporciones resultonas de ojos, nariz y boca que coincidían unas con otras en tamaño y dulzura, así como una necesaria desviación de lo habitual—. Sin embargo, con ese anticipo, ella nunca había picado alto y sólo brevemente, con diecisiete años, lo había intentado, pero quién no lo ha intentado con diecisiete. Según su ex marido, Richard Huemmerich, al que mantenía porque ya no recibía ofertas como director artístico —a cambio de lo cual él ayudaba al hijo que ambos tenían en común a pasar la pubertad— ese anticipo consistía en lo siguiente: una boca no demasiado grande, aunque ancha, con ese punto de estrechez que le proporciona a una mujer un atractivo mucho mayor que si fuera todo morros; sobre ella una nariz ligeramente prominente, pero en ningún caso puntiaguda o grande, en la que con cada carcajada se formaban unas diminutas arrugas temblorosas. A continuación, dos ojos castaños y brillantes debajo de dos párpados ligeramente hundidos —que conferían a la mirada un aire burlón unas veces, otras cierta tristeza y a veces ambas cosas, y que hacían juego con su cabello liso y oscuro — y una piel muy clara aunque no blanquecina, más bien como iluminada desde dentro; y, por último, si se le hubiera preguntado a su ex, también era digno de mención su trasero que daba la mejor forma a cualquier tipo de pantalones (algo que no viene al caso). Helene Stirius tenía una estatura media, pesaba cincuenta y seis kilos desde el nacimiento de su hijo y había conseguido en el examen de aptitud para el servicio superior de policía un cociente de inteligencia de ciento veinte, tres puntos más que Feuerbach, que había advertido todas sus cualidades externas desde el primer contacto en la puerta de la vivienda y que, desde entonces, intentaba convencerse de que, aparte de la diferencia de edad, ella no era realmente su tipo.

No, era más bien el tipo de mujer que un hombre desea tener como pariente —

una prima segunda— por el modo en que estaba allí sentada enfrente de él, enfundada en un vestido de lino de color azul marino con los brazos desnudos y el bonito reloj viejo de su padre como único adorno. Carl Feuerbach la contempló con la mayor discreción posible y finalmente volvió al planchazo del aeropuerto.

—Hice lo que pude —dijo.

—Sí, claro. Íbamos a por esa Schultz y ahora tenemos un vídeo con el asesino de Louis Freytag.

—Por desgracia sólo se ven los zapatos, unas Nike con cámara de aire. ¿Y qué pasará con nuestro caso?

Helen miró por encima de la carta del restaurante:

—He telefoneado a nuestros clientes. Nos han concedido tres días más. También usted debería hacer algunas llamadas, Feuerbach...

—Ya las he hecho. Pero la mayoría de los taxistas creen en Alá y al parecer no se fijan en las señoras.

—Pues tendrá usted que preguntar con más destreza. ¿Carne o pescado?

—¿Por qué no ambos?

Helen arqueó las cejas y su inquilino manoseó su única corbata. Estaban sentados a la mesa más solicitada a un lado del ventanal del local, con vistas a la animación nocturna del Altes Oper, separados por un delgadísimo doble tabique, las cartas del restaurante que sostenían en alto y que ambos estudiaban.

—Si nos decidimos por un pescado —explicó Feuerbach— podríamos compartir uno grande.

—Entonces, prefiero el filete de ternera rebozado.

—¿Usted come carne?

—Con mucho gusto, de hecho —dijo Helen— filetes sangrientos, hígado fresco y, de vez en cuando, una grasienta pata de cerdo.

Su mirada apuntaba ahora hacia el local, mientras continuaba charlando a media voz, describiendo el placer de una crujiente corteza de cerdo. Una de las parejas más deslumbrantes de Frankfurt, si no la que más, acababa de hacer su entrada en el local y se dirigía hacia una mesa del rincón, saludada por el chef italiano y todos los camareros: el magnate del leasing Johann Manfred Busche, conocido como Big Manni —desde hacía años en el punto de mira, sin éxito, de la fiscalía—, junto a su esposa Vanilla Campus —anteriormente presentadora de televisión, después celebridad y, desde hacía poco, escritora representada en la ya inaugurada Feria del Libro con un abecé del sexo.

Busche —alto pero encorvado, un gigante fatigado—, que llevaba como siempre una mariconera en la mano que hacía juego con su traje oscuro, miró hacia la mesa que no le habían ofrecido por estar ya adjudicada, antes de tomar asiento en la segunda mejor mesa, de espaldas a la pared entarimada, mientras su famosa mujer, bajo la mirada de todos los clientes, optaba por una silla a la derecha de su marido.

—Le hemos quitado el sitio de la ventana a ése —susurró Helen—. Sus

quinientos millones no le han servido de mucho.

—Nada de «le hemos quitado» —dijo Feuerbach—. Se lo he quitado yo —también él miraba ahora hacia la mesa del rincón, como lo hacían todos, esto es, hacia Vanilla Campus, llamada también «Schampus» en ciertos medios de comunicación, que no tuvo reparos en sacar su libro del bolso. Se lo dedicó al chef del Charlot a la vez que no le quitaba ojo a todos los que la miraban, en especial a un hombre que había apagado su cigarrillo para sacar una cámara de su bolsillo y hacerle una foto de recuerdo.

Helen se inclinó sobre la mesa:

—¿Conoce usted su libro?

—El sexo se hace, no se consulta en un libro. Quizá debería usted probar el arenque, no viene acompañado de filete de ternera.

—Prefiero la carne, ¿no se ha enterado usted?

—Como usted prefiera —Feuerbach hizo señas a uno de los camareros—. ¿Qué tiene la fiscalía contra Busche?

—En el fondo sólo siente envidia de todo su dinero. O de Vanilla Campus. De una vida tan variopinta.

—Pero un negocio en el que alguien gana tanto dinero no puede ser honrado...

—Lo importante es que funciona.

—¿Y según qué principio?

—Quizá el mismo que las ventas de los abecés del sexo.

El camarero se acercó a la mesa y Feuerbach pidió dos filetes de ternera, una botella de Brunello y, de primero, unas gambas sobre una base de rúcola con una botella de Gavi di Gavi.

—Solamente lo probaremos —explicó.

—¿Está usted loco? —susurró Helen—. Sólo el vino equivale casi a la mitad de su alquiler.

—Pero, entonces, eso es culpa también del alquiler.

Feuerbach miraba ahora por la ventana a un hombre con gabardina clara que llevaba una bolsa de Hertie en la mano y que estaba de espaldas.

Helen se inclinó sobre la mesa:

—En cualquier caso, estoy contenta.

—¿A pesar de que esa Schultz se me haya escapado?

—La atraparemos. Seguirá viéndose con sus clientes en ciertos hoteles.

—Si no se ha forrado ya con la venta del picasso. Sabía perfectamente lo que hacía cuando se llevó, de pronto, a ese viejo coleccionista a la cama.

—Quizá debería usted hacer lo mismo, Feuerbach, llevarse a la Schultz a la cama, averiguar lo que sabe sobre las enfermedades coronarias y después fijarla con clavos.

—Quiere decir, a cargo de las dietas...

—No quiero decir nada. Hablemos mejor de otra cosa. ¿Está contento con su habitación?

El camarero trajo el vino blanco dentro de una cubitera, por lo que Feuerbach pudo tomarse algún tiempo para responder. Encontraba la habitación detestable, con esos pósters de la infancia de Kasimir en todas las paredes.

—Quizá podría cambiar los cuadros.

—¿Y qué pondría en su lugar? —preguntó Helen mientras Feuerbach catava el vino—. ¿Algo parecido a ese picasso?

—Y por qué no.

—Cómo no, es *su* habitación.

Helen miró de nuevo hacia Busche, que parecía aún no concebir que Vanilla Campus fuera su esposa. Tenía, pues, que descolgar las cosas de Kasimir, bueno. Y tampoco el picasso le parecía tan mal. Esas dos mujeres que miraban al hombre tenían una expresión que le gustaba. Lo que hacían, lo hacían conscientemente, como también el joven de ojos grandes se desahogaba de forma consciente. Existía una palpable franqueza entre las tres personas del cuadro, pero también una confusión o una combinación entre fealdad y belleza que ejercía una cierta atracción sobre ella, no el deseo pero sí quizá la idea de barrer hacia fuera, al menos una vez, algo desagradable, como haberse acostado a veces con un hombre del que estaba convencida que no le haría ningún bien, porque con cada uno de sus besos percibía algo más que el simple calor y la suavidad de la lengua, una duda respecto a la forma que ella tenía de vivir y amar. De nuevo dirigió la mirada hacia Feuerbach.

—¿Quiere saber lo que estoy pensando?

—No, mejor no —dijo él al tiempo que sintió una corriente de aire en la pierna. Alguien había abierto la puerta del local, oculta tras una cortina semicircular.

—Como prefiera —dijo Helen alzando su copa—. Pero ¿no esperará que después del primer trago le pida que me tutee?

—Sólo espero que el vino le guste.

Y de este modo al fin los dos brindaron, precisamente en el mismo instante en que alguien, enfundado en una gabardina barata y con la cabeza cubierta por un gorro negro de lana, corría la cortina hacia un lado portando una pistola de gran calibre en la mano izquierda y la típica bolsa de Hertie en la derecha, a la vez que gritaba, con una voz en la que sólo un oído ejercitado sería capaz de apreciar los buenos modales del Este de Frankfurt:

—¡Esto es un atraco!

En ese momento (en que Helen y Feuerbach al fin brindaban) Hold recordó su primera actuación de ese tipo con el mismo picor en el rostro, pues el gorro de lana le hacía sudar: el atraco en el tramo final del Zeil, el primero que no era de mentira, aun cuando no había dinero de por medio sino que se trataba más bien de una especie de venganza estúpida, como si el joyero libanés hubiera perjudicado a sus padres y a su tiendecita de relojes y joyas. Pero, en cierto modo, creía poder volver a levantar su pequeña y tortuosa existencia si le quitaba al libanés los relojes más caros —los Vacheron & Constantin, los Chopard y los macizos Rolex o un Glashütte de oro de ley, unos relojes que no desvelaban el secreto del tiempo con la rapidez de un Timex o de un Junghans— cuando, de pronto, éste sacó un Uzi de un cajón y hubiera podido acribillarle sin dificultad cuatro agujeros por segundo. Conocía bien aquella arma; en Somalia, en un acto de aburrimiento, habían convertido a una gallina en un aluvión de plumas rojas con el Uzi; entonces, lo recordó y fue más rápido que el joyero, disparó en medio de los dos ojos y listo, y todo aquello, un robo con homicidio en toda regla, por un reloj sumergible de color amarillo que se hallaba casualmente sobre el mostrador y que se lo había guardado antes de utilizar la salida de atrás, un disparo que nunca debió efectuar, pues procedía de un arma robada, registrada en su antigua unidad y, por tanto, sólo era cuestión de tiempo que la policía se presentara en su casa, tiempo que él había aprovechado para huir, vía Bruselas, hacia Manila.

—¡Es un atraco! —repitió—. ¡Que nadie se mueva!

Apenas gritó aquello se produjo el silencio, a excepción de los sublimes ruidos de unos cubiertos o de una copa que eran puestos sobre la mesa cuidadosamente, como ocurría directamente a su derecha, donde había una pareja sentada cerca de la ventana, el hombre estaba de espaldas a él y la mujer tenía un Baume & Mercier con estructura plana de veintitrés por treinta y uno, que codiciaba desde hacía tiempo. El plan era, al menos, manosear a un cliente, o mejor a dos, y después dirigirse a Busche —Willem ya le había descubierto junto a una mujer cuya cara le resultaba conocida, un hombre de poco pelo pero con un peinado complicado, delante del cual había una mariconera en la que debía haber dinero, en principio diez mil aproximadamente: su segundo pago. Pero, después de todo, quizá debía manosear a todos los clientes empezando directamente por la señora del Baume & Mercier, aun cuando su rubio acompañante —que mostraba ahora un rostro que le resultaba más conocido aun— era un riesgo, pero un riesgo así era fácil de reducir, y apuntó a la cabeza del rubio sin apartar de vista el local y en especial a los camareros.

—El Mercier —le dijo a Helen—, déjelo sobre el canto de la mesa.

—Era de mi padre.

—Entonces no lo echará de menos.

—No tengo ningún otro recuerdo de él.

—Déjelo ahí, maldita sea.

—Le he dicho que es lo único que tengo.

—No, tienes dos segundos —Hold le quitó el seguro al arma y entonces ella depositó rápidamente el reloj y él lo deslizó, como botín personal, en su chaqueta de Versace, introduciendo la mano debajo de la gabardina de H&M antes de dar un salto y alejarse de la mesa, un salto hasta la pared entarimada que le cubría la espalda. A su izquierda tenía ahora a dos mujeres, probablemente madre e hija. La madre tenía un Philippe Charriol de platino, la hija un Swatch, impensable en otros tiempos. Detrás de ellas había una mesa con un hombre solo de unos treinta años —su socio desconocido— que sujetaba una cajetilla de Reval en la mano, tal y como estaba planeado, pero junto a la muñeca, quién iba a creerlo —saltándose todos los planes— un auténtico Daytona Newman que asomaba disimuladamente por debajo de la manga de una chaqueta gris de cachemir.

Willem se lo había imaginado diferente, completamente diferente, con un cierto aire más bien polaco o en cualquier caso más estrecho, pero el hombre parecía un futbolista de nombre Sven u Oliver, y nadie así permitía que una bala le rozara a cambio de dinero. Fue uno de esos pensamientos que se activan con más rapidez que los latidos del corazón, anticipándose, igual que las reacciones del tráfico, y Willem Hold se desvió instintivamente algo del plan acordado.

—El Charriol —le dijo a la madre—, introdúzcalo en la bolsa —e inmediatamente la mano temblorosa se acercó, junto con un balanceo de toda la cabeza, mientras, al siguiente instante, de forma paralela, dos cosas más le cruzaron por la mente, dentro y fuera de ella, en su campo de visión: aquel rubio era el rubio del aeropuerto, que, probablemente, tenía bastante con un fracaso al día; un polizone privado, pues, Steve McQueen con una novia robada.

Pero ¿qué hacía allí? Casualidad o no, en cualquier caso aquello era la mierda número uno y para colmo la mano de su presunto socio se iba acercando al cinturón. Según el plan, a continuación debía apuntar con el arma a la mujer de Busche y obligarla a que le entregara la mariconera para después plantarse con ella delante del futbolista y exigirle el reloj, pero quién se deja robar un Rolex Newman. Y, en consecuencia, el amante de los Rolex, su socio, arremetería contra él, de tal forma que no le quedaría más remedio que disparar: con el primer tiro alcanzaría la manga izquierda de la chaqueta de cachemir y, al mismo tiempo, de forma casi inevitable, también le destrozaría, cuando menos parcialmente, el brazo izquierdo, que se utiliza menos, pero con el segundo disparo acabaría por completo con la vida de Busche.

En el fondo era un plan perfecto pero a la mierda número uno —un polizone privado en el local—. Hold tuvo que añadir una segunda cosa que olía mal en el momento en que se dirigió a Busche, esto es, la sorprendente tranquilidad del

ayudante desconocido a pesar de que debía saber que en unos segundos algunos trozos de su antebrazo saldrían volando en torno a sus orejas, una tranquilidad que contrastaba con el espectáculo que la mujer de Busche ofreció cuando le exigió su Piaget. Abrió la boca e hizo estremecer sus labios con las dos manos enfundadas en refinados guantes y colocadas a ambos lados de la cabellera ondulada, y entonces la reconoció: era la autora del abecé del sexo, cuya foto aparecía en el *FAZ*, representando una comedia, mientras él amenazaba a su marido.

—Dame tu mariconera o de lo contrario te demostraré que las mujeres tienen más cerebro que los hombres —y en ese momento ella rompió a llorar a la vez que le quitaba el bolsito a Busche y lo introducía junto con el Piaget en la bolsa de Hertie, unas lágrimas que se convirtieron, para él, en la mierda número tres, por ser muy poco creíbles. Mucho más auténticos eran los nervios de su socio hacia el cual se dirigió a continuación, sin perder de vista el local y sobre todo al rubio con la novia robada, del que no se fiaba un pelo. Hold clavó la mirada en los ojos del desconocido:

—El Newman, rápido.

—Ven y cógelo tú.

Su voz sonaba serena y también auténtica: no pensaba en absoluto introducir el reloj en la bolsa.

—Rápido —dijo Hold levantando el arma. El futbolista efectuó un movimiento con la mano izquierda, la más débil, en dirección hacia la gran Cougar y dijo:

—Jódete —al tiempo que introducía la derecha, cuyo brazo no tenía que recibir ningún daño, dentro de la chaqueta de cachemir que se abrió por un lado, y en un solo segundo Willem Hold advirtió tres cosas: la chaqueta era de Boss, más barata pues de lo esperado, lo que afectaba, por tanto, a todo en aquel tipo, incluyendo el Rolex, probablemente de contrabando, y la mano que se había introducido en la chaqueta Boss buscaba algo. Su socio, que no era tal, estaba sólo esperando a que él le disparara un tiro a Busche para acabar con él en ese mismo instante y, a continuación, aparecer como un héroe. Después de todo, era un guardaespaldas contratado por Busche y tenía licencia de armas. El plan era endiabladamente perfecto.

—El reloj —repitió Hold—, quiero el Newman —el hombre se levantó entonces y Hold le disparó en el brazo izquierdo.

Aquello era algo más de lo pactado. Un grito atravesó el local. El hombre se tambaleó brevemente —en su mirada había asombro, casi respeto— pero mantuvo la mano debajo de la chaqueta, mientras él también mantenía la calma. Lo único que le sorprendió fue lo que le asomaba por el hueco de la manga. Sin duda, le aguardaba un dineral —quizá más que a él, pensaba Willem— por el modo en que se dirigía ahora hacia él, casi sonriendo, como si resultara divertido contemplar los huesos de uno mismo.

—No se mueva.

Sudando bajo el gorro de lana y con unas palpitaciones que le subían hasta la garganta, Hold susurró aquella frase en medio del silencio que se había producido

tras el estallido y el grito, apuntando ahora, a muy poca distancia del cuello del falso socio, a Busche, cuando la chaqueta —con la mano debajo— de pronto se ahuecó y no tuvo sino un breve espacio de tiempo para tomar una decisión. Ninguna computadora trabaja tan rápido como el cerebro humano cuando se trata de decidir entre la vida o la muerte, cuando un abismo amenaza para la eternidad. Para Wilhelm Hold no hubo vuelta de hoja —era mejor dejar a Busche con vida y cargarse al otro, porque era preferible sobrevivir que ser asesinado— cuando giró la Beretta hacia la derecha y dijo «Buen provecho», al tiempo que contraía su dedo y el cuello del hombre, cuyo Newman seguía codiciando, salía volando literalmente.

En el mismo instante en que Willem Hold decía «Buen provecho», Feuerbach tenía intención de saltar de su sitio y en el aire —como vemos con frecuencia en la televisión los viernes por la noche— sacar la botella de vino de la cubitera para arrojarla sobre el enmascarado, después de que Helen le hubiera dado ya dos patadas en la espinilla alentándolo, pero en ese momento se produjo el disparo con las fatales consecuencias. Algunos trozos del cuello aterrizaron contra la pared entarimada que había detrás de Busche y de su esposa, mientras el chorro de sangre, que brotaba de las arterias formando un arco, hacía la ronda por así decirlo —el afectado todavía se mantuvo de pie unos instantes— antes de que el hombre diera una vuelta de trescientos sesenta grados y se desplomara esparciendo la sangre por todas las mesas de alrededor como un aspersor a los jardines circundantes.

Los gritos en el pequeño local se precipitaron entonces y, con ellos, también los acontecimientos parecieron hacerlo, como si causa y efecto se hubieran invertido. Willem Hold —a quien el chorro de sangre le recordó la ejecución en Dschidda a la que su amigo Czerny le había llevado— necesitó sólo dos segundos para serenarse y después arrancó a la víctima el reloj de la muñeca —tras lo cual llevó su mano hacia el cuello como si de golpe y porrazo todo se pudiera arreglar— lo deslizó en la chaqueta junto al otro y con la Beretta en la mano izquierda lista para disparar dio un giro completo sobre los talones, justamente a tiempo para man tener a raya al rubio que echaba mano de la cubitera de vino, pero la suela produjo tal chirrido que alguien como Feuerbach reparó en las zapatillas con cámara de aire.

—No lo haga —susurró Helen, y Feuerbach expulsó el aire. Era demasiado tarde en cualquier caso, demasiado tarde para efectuar un salto heroico. Sólo podía quedarse quieto y esperar. Los clientes seguían gritando confundidos en un estridente ir y venir, dependiendo de dónde apuntara la sangre en ese preciso instante. Hasta él estuvo a punto de gritar, como lo había hecho un año antes cuando derribó a tiros, preso del pánico, a un chiquillo que le había amenazado. También entonces brotó sangre de una arteria y tuvo que meter el dedo entero para detener aquel borboteo mientras gritaba «¡No te mueras!», hasta que vio la pistola de plástico en el suelo y su consiguiente final como agente de homicidios, y sólo pudo gritar «¡No!». El enmascarado se acercaba a él. En una mano llevaba la bolsa con el botín y lo que sostenía en la otra apuntándole era sin duda de acero: una Beretta Cougar 45, la célebre prometida de la mafia.

—No llegarás muy lejos —dijo Feuerbach cuando el enmas carado, rodeándole a él y a la cubitera de vino, se dirigió hacia la puerta.

—Lo mismo pensaba el tipo del suelo.

—¿Qué te ha hecho?

—Me quería matar.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Helen.

—Sólo tienes que abrir su bonita chaqueta y en ella encontrarás un arma con el seguro quitado.

—Comprobémoslo —propuso Feuerbach. Por un segundo el enmascarado pareció confundido. Miró hacia la puerta que casi había alcanzado, después a su víctima, y ese ir y venir le bastó a Feuerbach para echar mano de la botella. Todo lo demás sucedió con tanta rapidez que cualquier director de cine mediocre hubiera recurrido a la cámara lenta. Willem Hold disparó a Feuerbach y alcanzó la botella, una casualidad digna de ser filmada, mientras que el siguiente disparo, que pasó delante de la rodilla, seguramente habría dado en el blanco si de nuevo la botella, hecha pedazos en el suelo, no se hubiera dirigido a él a toda velocidad alcanzando su rostro cubierto. La punta más larga atravesó el gorro de lana y también la mejilla, antes de que la botella o sus restos cayeran y se estrellaran contra el suelo, mientras Hold, en un acto reflejo, se llevaba la mano a la mejilla agujereada, para lo cual sólo podía utilizar la que sujetaba la bolsa del botín y no la del arma. La bolsa cayó, pues, al suelo y Helen, presurosa y cauta a la vez, le dio una patada lanzándola debajo de la mesa del fallecido.

—No está mal —susurró Feuerbach antes de que se produjera el silencio en el pequeño local, un silencio sepulcral.

El enmascarado se encontraba en una nueva situación. De su mejilla o del gorro brotaba sangre, como si alrededor aún no hubiera suficiente, y el botín completo se hallaba fuera de su alcance. Respiró hondo y apuntó alternativamente a la pareja que le había perjudicado, al hombre y a la mujer.

Hold reflexionó. Tenía consigo el Newman y un Baume & Mercier, pero el Piaget, la mariconera con el dinero y los zapatos de libélula —el regalo para Lou, que sólo él sabía— continuaban dentro de la bolsa, en tanto que cualquiera que supiera sumar —con certeza el rubio— tendría claro el número de cartuchos que le quedaba aún en el cargador: cuatro. Sopesó rápidamente los hechos y llegó a la conclusión de que un Busche que seguía entre los vivos en lugar de entre los muertos según lo planeado, representaba un triunfo con el que poder multiplicar el valor de la bolsa. Cumpliría con el encargo, pero él pondría las condiciones.

Y con esa evidente probabilidad de éxito, Hold se precipitó —tras disparar en medio de los zapatos de Feuerbach con el fin de mantenerlo a raya— sobre la vespertina plaza de la Ópera, en concreto sobre un hombre que empujaba una lujosa bicicleta de color negro, el mismo color que su conjunto de cuello alto. Willem le tiró al suelo y se subió al sillín en forma de pico. Tras él llegaron gritos enfurecidos, «¡Canalla! ¡Cerdo! ¡Te mataré!», que se alejaron rápidamente tan pronto comenzó a pedalear, hasta que sólo pudo oír el follaje del jardín público bajo las ruedas y después sus propios gemidos de dolor. Guardó la Beretta, se recogió hacia arriba el gorro y se tocó donde le escocía, mientras la otra mano sujetaba el manillar. Las yemas de sus dedos tropezaron con un diente al que normalmente sólo se accede a través de la boca. La mejilla estaba agujereada y a su jadeo —no encontró ninguna marcha más reducida— se unieron entonces exclamaciones de susto, pero tras el susto por la gravedad de la herida le sobrevino enseguida la certeza de que todo correría ahora por cuenta de Lou.

Hold buscó en el bolsillo de su chaqueta la servilleta con su número de móvil, pero no estaba allí y recordó que había estado buscando monedas en los bolsillos de la chaqueta antes de abandonar la habitación del Hotel Burger —monedas para la propina— y probablemente entonces la servilleta se le cayera al suelo, así que seguiría en alguna parte del suelo de fieltro de la habitación que le pertenecía hasta la mañana siguiente, quizá semioculta debajo de la cama. No había otra explicación o, más bien, aquella era la única que no le sacaba de quicio.

Había alcanzado la Neue Mainzer y pedaleaba entre los bancos en dirección al teatro, mientras una nueva certeza le hacía soportar el dolor en la mejilla: pasaría la noche en su antiguo barrio y, con algo de suerte, en compañía de alguien. Willem conducía en medio de la calle vacía —vacía como un domingo cualquiera aunque era martes por la noche— cuando, de pronto, un coche de policía le salió al encuentro, a la vez que en alguna otra parte se escuchaban sirenas. Le estaban buscando, pues,

pero los ocupantes del vehículo miraban hacia atrás en vez de a él y de repente se oyó un murmullo y, desde la Kaiserstrasse, una multitud oscura, como patinando, dobló la esquina en dirección a la Neue Mainzer. Eran cientos, si no miles, los que se deslizaban detrás del coche de la policía en unas botas especiales con cascos sobre sus cabezas —*skaters* que últimamente también atravesaban las calles de Manila a la velocidad de un rayo, temerarios en el tráfico nocturno—. Hold se apartó de la acera y prácticamente desapareció junto a la silbante masa. Eso es pues lo que sucedía: la policía escoltaba a aquellos tipos y de paso a él también. Sin ser molestado, Willem alcanzó el cruce del teatro, desde hacía poco la plaza de Willy Brandt, y torció hacia la Braubachstrasse, mientras la sangre le bullía a lo largo del cuello.

La Braubachstrasse seguía siendo ligeramente empinada, al menos eso no había cambiado. Tuvo que pedalear aún con más fuerza en aquella marcha tan elevada y los latidos de la mejilla se convirtieron de pronto en redobles de campana. Los ojos le ardían, sudaba y lloraba. Esto último más bien por rabia. Su vida no había sido nunca fácil. De golpe todo parecía hundirse, pero en cualquier caso ya había dejado atrás la Allgemeine Ortskrankenkasse y llegaba a su viejo Ostend, que aún era un poco más empinado, cuando subió la Hanauerstrasse. En la esquina de la Zobelstrasse descendió y lanzó la bicicleta de lujo y la gabardina de H&M sobre la superficie de carga de un camión que se hallaba parado delante de un semáforo apestando a diesel y que, enseguida, se los llevaría consigo a alguna parte. Aquello salió bien.

Con una mano sobre la mejilla anduvo el último tramo a pie y pasó por delante del antiguo negocio de sus padres. En la pared de la casa aún quedaban rastros de una palabra, «Reparaciones», que apenas podía distinguirla. De eso habían vivido en el fondo, de las reparaciones de relojes anti guos hasta que por fin llegaba la Navidad o la época de las confirmaciones y entonces podían retirar un Junghans con indicador de fecha del escaparate. Willem se colocó el gorro de lana sobre la herida abierta en su mejilla, que por suerte estaba en la derecha, pues la pequeña recepción quedaba a la izquierda según se entraba al Hotel Burger. Subió la esca lera hacia la puerta de cristal empañado y la abrió con el codo murmurando un saludo y el número de habitación.

El hombre de la recepción estaba viendo *Das Traumschiff* y sólo levantó algo la cabeza, pero dijo «Buenas noches señor Pallas» al entregarle la llave, y Hold subió al primer piso. Abrió la habitación, encendió la luz y vio la servilleta con el emblema de Lufthansa en el suelo. Todo marchaba bien, incluyendo el ardor en la mejilla. Willem cerró la puerta con llave, sacó el Newman y el Mercier de su chaqueta y los lanzó sobre la cama: allí estaban los dos tumbados como una pareja, uno más hermoso que el otro. Alzó la servilleta y cubrió los dos con ella. Después se quitó el gorro de la mejilla y la cabeza, y dio una patada de dolor contra el suelo. Y con el gorro todavía en la mano se acercó al espejo del lavabo, vio el agujero y vomitó.

El ex compañero de Helen, Baltus —una antigua roca de la Brigada de Homicidios con bigote, aunque no un tipo bruto sino más bien de los de camisa vaquera planchada— llegó a los diez minutos al local, visiblemente aliviado porque un aviso lo había sacado de una representación en el *Frankfurter Schauspiel*. De sus primeras averiguaciones se desprendían, en cualquier caso, el mismo número de absurdos que de indicios. Debajo de la chaqueta de la víctima había aparecido una SIG Sauer de 9 milímetros —el último grito en armas policiales— cargada y con el seguro quitado, con el dedo aún en el gatillo. Según los documentos, el hombre trabajaba, en vida, como detective privado y estaba registrado en Colonia. Pero Baltus partía de que el carnet de identidad era falso. El siguiente absurdo tenía que ver con el reloj robado al fallecido, identificado por Vanilla Campus —que ya estaba firmando autógrafos— como el Newman *sauteur* de la marca Rolex. Pues, al igual que el Baume & Mercier de Helen, no había ido a parar a la bolsa de Hertie que había dejado atrás junto a la mariconera de Busche que se había abierto al volcar —diez mil euros, a ojo de buen cubero, el ojo de Feuerbach, a quien el comisario Baltus miraba sin cumplidos por encima del hombro.

Para el ex colega de Helen era evidente que el autor sabía del dineral, especialmente cuando Busche declaró que ésa era la suma de dinero que solía llevar encima. Pero, por otro lado, el enmascarado se habría llevado entonces a toda cosía la bolsa, otro absurdo que mantenía ocupado a Baltus y que brindó a Helen la oportunidad de buscar otras pistas. Charló discretamente con el dueño del Charlot y se enteró de la fecha en que había sido reservada la mesa del hombre de Colonia: cuatro días antes. En otras palabras, con bastante antelación. Con mayor antelación aún, cinco días antes, había sido reservada la mesa de Busche, mientras que la de Feuerbach, eso sí que lo sabía, había sido adjudicada justamente hacía una semana, tras la charla de presentación en casa de ella. Existía por tanto un orden de sucesión que no tenía por qué tener significado. Más significado parecía tener la bala confiscada, calibre especial 45.

—Una Beretta Cougar —susurró Feuerbach—, estoy seguro de ello.

Helen llevó a su socio aparte:

—Y, por tanto, sólo ocho cartuchos, cada uno como para un rinoceronte. Qué extraño ¿no te parece? Quien asalta un local debe, en caso necesario, despejar el camino a tiros y once balas en el cargador siempre son mejor que ocho. Debe intentar mantener a raya a la gente y no despedazarla.

Busche se acercó a ellos —con sus escasos cabellos de punta—, estrechó la mano

de Feuerbach y le llamó «héroe». Le preguntó si tenía algún deseo:

—¿Quizá un viaje?

—Un viaje...

—Tenemos que irnos ya —susurró Helen. Pues el primer equipo de televisión, compuesto por tres mujeres y un hombre, ya se había dejado caer por allí, mientras Vanilla Campus se dirigía hacia la mesa del mantel más ensangrentado para colocar allí su libro, y el dueño del local alineaba a sus camareros.

El caos en el lugar del suceso había alcanzado su punto álgido, cuando Helen y su inquilino se marcharon para alivio de Baltus, ambos al corriente de todo y sin haber tenido que revelar nada a cambio. Feuerbach no había declarado la fuerza con la que había herido al enmascarado ni tampoco había mencionado una palabra sobre sus zapatillas. Sólo cuando se habían abierto paso a través de los curiosos que había delante del local, le dijo a Helen:

—Llevaba las mismas zapatillas que el tipo del vídeo del aeropuerto. Creo que incluso la misma chaqueta debajo de esa gabardina. ¿Puedo hacer una conjetura?

—Por supuesto —dijo Helen.

—Primero se carga a Louis Freytag y después asalta un local caro. Un escritor ofendido en un ataque de *amok*.

—¿Cree usted que no lo ha hecho por dinero?

—A lo sumo iba detrás de los relojes.

—Los escritores no mantienen relaciones actualmente, sólo pierden el tiempo. Y tampoco saben disparar.

—Pero eso fue un golpe de suerte.

—No lo fue —dijo Helen mientras conducía a Feuerbach hacia la Goethestrasse—. Vio perfectamente que el otro estaba a punto de sacar un arma.

—Entonces habría sido en legítima defensa.

—Sí, algo parecido.

—Pero ¿por qué iba a arriesgar el hombre de Colonia su vida? ¿Simplemente por un reloj?

Helen se detuvo.

—Era un Daytona Newman. Usted no entiende de relojes. El Newman y el Mercier de mis padres eran los dos *crack* del local.

—Entonces intentará venderlos y lo pillaremos.

—Quiero recuperar el reloj, Carl, sólo eso.

—También recuperaremos el reloj. Y no me llame Carl.

Helen siguió caminando, se detuvo de nuevo frente a la zapatería Linda y cogió a su inquilino del brazo.

—Mire eso, Feuerbach.

—¿El qué?

Helen señaló hacia un par de zapatos.

—Los zapatos que estaban dentro de la bolsa, pero de color negro.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que antes del asalto entró aquí a comprar —dijo Helen—. Para calmar sus nervios. Y cuando uno compra zapatos, por regla general lo hace con la cara descubierta. Y tratándose de zapatos de mujer, eso significa que tiene novia.

—O que son para uno mismo.

—Sería mejor que pensáramos en el tipo de novia que podría ser. Y mañana debería permitirme adquirir un par de zapatos. En la zapatería Linda.

—Creo que esa novia es rubia —dijo Feuerbach—. Rubia, alta y nada tonta.

Lou Schultz —ciertamente rubia, pero sólo de estatura media, aunque con un hueso sacro tan cóncavo y una cabeza tan erguida que resultaba extremadamente ardiente a cualquiera, y eso aunque ni siquiera se pintaba las uñas— había cerrado en ese momento un tubo de crema Fissan con la que se había hidratado las partes secas del cuerpo y estaba abriendo en su lugar un libro —de los que sólo se encuentran en su tienda favorita, la librería anticuario Rüger situada justo al lado del cine Harmonie—, una novela del escritor Branzger del año mil novecientos setenta y nueve titulada *Salò*.

Conocía o había conocido a Branzger, aunque no al escritor sino al hombre, del que estuvo enamorada durante un mes de septiembre a orillas del lago de Garda, las únicas vacaciones que pasó en compañía de su madre en un viaje en autobús hacia Malcesine. No había nada más barato. Pero a orillas de aquel lago, en una excursión a Gargnano, se había encontrado con él o, mejor dicho, él, un cincuentón, se había dirigido a ella, una quinceañera, mientras ésta leía un libro. Branzger era reservado. Sólo hablaba con ella —sobre libros, sobre los colores del lago y más tarde también sobre el amor— y ella se lo consentía cada vez más, mientras su madre se dedicaba únicamente a broncearse. De hecho, unos días después la visitó en Malcesine —para él, el mayor sacrificio que podía hacerse en aquel lago— y prosiguieron su conversación delante de un puesto de salchichas, con los dedos ya entrelazados. Y, por último, volvieron a encontrarse en Torri, el lugar preferido de él, y comieron cerca del agua mientras presenciaban la puesta de sol. Después llegó el final de las vacaciones y ella no lo volvió a ver hasta que descubrió una pequeña foto suya en blanco y negro en el reverso de un periódico. Debajo estaba escrito su nombre, sus datos y el título de dos de sus libros, así como la noticia de que un taxi lo había atropellado en Londres.

Aquello fue un shock y Lou comenzó ese mismo día a escribir poemas que más tarde enviaría a varios críticos en edad de jubilación. No había rima en aquellos poemas, aunque todo en cierto modo rimaba, y finalmente el *Frankfurter Allgemeine* publicó tres de ellos en su suplemento. Sin haber cumplido los veinte, Lou era ya una poetisa, al menos para Louis Freytag, y alguien como él tenía que saberlo. Pero también era hermosa —hija de un soldado estadounidense, Latino, que se había esfumado después de divertirse con una sirvienta rubia a la que le pirraban los viajes baratos en autobús— y deseaba llevar una vida acorde con su belleza, pero los honorarios de los poemas publicados no alcanzaron sino para comprar un solo par de zapatos. Aparecer en la sección cultural de un gran periódico seguramente se

valoraba, pero en la Goethestrasse aquello no servía de nada. Así que un día insertó un anuncio, «Lou, acompañante para todo», y de ese modo pronto acudió a la ópera y a locales selectos, y conoció Bruselas, Zürich y las debilidades de los hombres con familia y dinero. Hacía lo que le iba saliendo y lo hacía bien. Y no se sentía en absoluto prostituta sino más bien intermediaria entre su propio cuerpo y la cartera del cliente, entre el deseo y los remordimientos de conciencia que despertaba en ellos simultáneamente. El sentimiento de pena o lástima y el interés que sentía por el dinero de aquellos hombres, dignos de compasión, guardaban un equilibrio. Sucedió así durante algunos años. Fue una época relativamente buena que, como todas las épocas relativamente buenas, acabó de una manera más bien lenta que precipitada con la aparición de un nuevo cliente.

El doctor Cornelius Zidona disponía no sólo de mucho dinero sino que además se ocupaba de temas relacionados con el dinero, aunque no era banquero —todos los banqueros estaban completa o parcialmente anquilosados—. Era un experto orador y lo ejercitaba en cualquier postura. No había nada sobre lo que no pudiera parlotear hasta alcanzar una erección. Ya la primera vez le había tomado por un abogado —cosa que él no desmintió—, por uno de esos tipos que primero llevan el divorcio de una mujer y más tarde se convierten en los asesores de la empresa de su nuevo marido hasta que acaban finalmente cortando todo el bacalao. En cualquier caso él cortaba desde hacía un año todo su bacalao. Ella le acompañaba en sus viajes de negocios y se ocupaba de su relajación, aunque también relajaba el ambiente durante los largos almuerzos de trabajo con sus socios que se habían celebrado por último en Manila. Él le permitía viajar en primera clase —no sólo cuando le acompañaba— y le pagaba en efectivo: mil por día más dietas. El piso de ella estaba a nombre de él y disponía de un seguro de enfermedad. Se había acabado el tener que aguardar a los clientes en los vestíbulos de los hoteles. Tras la muerte del dueño del picasso, Zidona era prácticamente su último cliente, con una excepción que él mismo había fijado: cada dos semanas la visitaba un hombre recomendado por él, al que ella no había visto nunca porque sólo le estaba permitido abrir la puerta con los ojos vendados.

Quien paga, ordena, así funcionaba. Y en principio ella estaba contenta con aquella vida, sí; empezaba incluso a conquistarla por sí misma llevando, de este modo, casi una doble vida: una vida en la que se hacía muchas preguntas sobre sí misma y el mundo, y otra en la que no se hacía ninguna, como por ejemplo sobre el picasso. Zidona lo había vendido para ella. Al menos le había hablado de eso, de un trato con un chino de Singapur. «Ha dado una buena señal, en efectivo». El importe restante en negro, cuatrocientos mil dólares, habría sido aplazado varias veces, pero él se ocupaba de ello. En cualquier caso, para la parte intermedia del asunto había, en prueba, un fajo de diez mil dólares escondido en el abrigo de charol rojo. Zidona se ocupó de todo y sólo le pidió que se acostara con él y le escuchara, aunque en ninguna de sus conversaciones reveló mucho de sí mismo.

Por eso se sintió tan sorprendida cuando, dos noches antes, en el bar de Manila

Oriental, él le confesó un pasatiempo secreto junto con el ruego de que le hiciera un favor. Quería que en su vuelo de regreso a Frankfurt —según el plan, ella regresaría dos días antes que él— coqueteara de pasada con su compañero de asiento —un hombre apellidado Pallas, que ya tenía reservado el asiento correspondiente— de forma que éste se sintiera feliz de conseguir su número de móvil. Pallas tenía que realizar para él un trabajo delicado en Frankfurt y de este modo le tendría atado en caso de que surgieran problemas. No se fiaba de él y con esa palabra clave, «confianza», había vuelto a su relación con ella y le había dicho que confiaba en ella cada vez más y que por eso tendría derecho a conocer un pequeño secreto a cambio de aquel favor.

Ella había engatusado en lugar de hacer algo en contra de los herederos que andaban tras ella. A Lou, sospechosa de asesinato, aquello casi le hizo reír y, a pesar de todo, ella había aceptado —coquetear con hombres en vuelos nocturnos era un juego de niños— y de este modo se enteró de que su protector presentaba en la Feria del Libro de esos días su primera novela, un libro escrito bajo un seudónimo que despertaba ya una gran sensación. No le reveló el nombre ni tampoco el título, únicamente le apuntó el género, una obra sensacionalista, en cada una de sus páginas más sensacionalista que todo lo que existía ya de sensacionalista.

Con ello, el tema quedó zanjado y, como siempre, ella tampoco le hizo preguntas. Él sólo dijo lo que tenía intención de decir, pero, ciertamente, había utilizado la palabra sensacionalista, al menos una vez, de más; y de este modo, tras la afortunada huida del aeropuerto, ella le pidió al taxista que la llevara hasta el anticuario Rüger, no muy lejos de su piso, en cualquier caso siguiendo una pista equivocada. Y Rüger, contento de verla, sólo esbozó una sonrisa lánguida cuando ella le preguntó por los grandes libros sensacionalistas de la última década. Zidona había copiado de algún sitio, de eso estaba segura. Práctico y selecto como ningún otro, de inmediato volvió con cinco primeras ediciones, entre ellas la precoz novela *Salò* de su antiguo pretendiente, Branzger, dedicada, como todo lo que tenía Rüger.

Era el primer libro de él que sostenía entre sus manos, pues hasta el comunicado de su muerte no había sabido que él escribía libros —«Uno de nuestros más olvidados», le había dicho Rüger al despedirse—, y cuanto más avanzaba, más comprendía por qué la gente no le había guardado en su memoria o le había despreciado enseguida. Para Branzger el sensacionalismo era algo serio, había dicho Rüger, algo así como esas pinturas sepulcrales que muestran todos los placeres eróticos y los abismos con la misma expresión en los rostros, con una fatiga espiritual que vislumbra la muerte.

Sencillamente no podía imaginar que Zidona, con toda su elocuencia, fuera capaz, siquiera por asomo, de escribir algo así. Por otro lado, confiaba mucho en él. Era megalómano de un modo disciplinado, por tanto no perdía nunca el control en los negocios, los negocios con taladradoras que cortaban cables sin paralizar el tráfico, «without any collaps», como solía decir en calidad de representante de una empresa

de leasing, que precisamente era propietaria de esas taladradoras, aun cuando la mayoría de ellas se hallaban siempre de camino hacia algún sitio. Zidona presentaba documentos y vídeos, todo estaba en regla, sólo que las taladradoras se hacían esperar y a él se le ocurrían de inmediato nuevas historias hasta que finalmente una llegaba aquí y allá y un comunicado sobre su poderosa fuerza daba la vuelta al mundo. «Fuck machines» se decía en las comidas de negocios con la mano delante; ella siempre lo había pillado. Respecto a todo lo demás, más bien ataba cabos. Aquel hombre era un canalla, no había la menor duda, pero un canalla sensible. Era capaz incluso de notar cuándo le venía el período a ella, porque hasta él tenía algo parecido a un ciclo. Cuando le habló sobre su pasatiempo secreto, la escritura, probablemente estuviera en el cénit de su crisis mensual. Naturalmente a ella le inquietaba el arriesgado hobby de su mejor cliente: quería su dinero, nada más. Y algo de talento y desdicha ya tenía por sí misma. Con el dinero del desconocido, que recibía dos veces al mes, el sueldo no estaba mal. Unos años más y tendría lo suficiente para el resto de su vida.

Lou se acercó a uno de los ventanales de su piso con vistas a los rascacielos, que seguían iluminados. Hasta muy entrada la noche en ellos se hacía dinero, como en su piso. Los banqueros y los abogados, que vendían sus servicios a las empresas, no eran tan diferentes a ella. Pero también le gustaban los rascacielos porque apenas habían dejado rastro de la ciudad de su infancia —un padre soldado estadounidense, Latino, que se había largado; una madre que había empezado a beber; una asistente social que la envió a una residencia de estudiantes; y unos terapeutas barbudos a quienes les encantaba hablar con ella de sexo y más, porque incluso habían deseado tirársela—. Cuando cumplió los dieciséis años se decidió por la autocuración y se escapó. Se marchó a Berlín y allí permaneció, oculta por un artista que la fotografiaba y la mantenía. Y con un montón de copias de fotografías y otro montón de poesías, además de liberada de su virginidad y de la grasa de bebé, no regresó hasta el fallecimiento de su madre e insertó finalmente el anuncio.

No habría podido conseguir más en los últimos años, pensaba Lou. Y para equilibrar su alma, desde hacía poco también hacía algo: visitar un grupo de autoayuda en la universidad popular una vez por semana. Mañana le tocaba ir de nuevo. Esa noche, pues, le pertenecía sólo a ella y estaba a punto de celebrar ese instante poniendo música de Dusty Springfield —la mejor herencia de un padre soldado estadounidense— cuando sonó su móvil con una melodía también de Dusty, el comienzo de «Son of a Preacher Man», sin duda algo único. Al otro lado de la línea había un hombre que sólo susurró:

—Soy el del aeropuerto, el que la ayudó. Ahora es usted quien tiene que ayudarme.

Enseguida supo quién era, pero también que estaba en deuda con él, puesto que cargaba ahora con un homicidio. A lo largo de todo el día había escuchado en la radio el trágico final de Freytag, pero sólo a través de las imágenes de la televisión logró establecer una conexión. Y, naturalmente, todo aquello le parecía horrible o el doble

de lamentable, pues de él habían partido en aquel entonces aquellas decisivas líneas: «¡Usted se reirá, pero llevaré conmigo sus pequeños poemas! ¿Qué tal si nos tomamos una taza de té en el Frankfurter Hof?». La carta de respuesta seguía estando sobre su escritorio: una cautelosa aceptación.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó ella.

—Venga al Hotel Burger, en la Zobelstrasse, y traiga consigo esparadrapo, un spray para las heridas y útiles de costura.

—¿Por qué no va usted al médico?

—¿Por qué quería *usted* huir esta mañana?

—¿Sabe realmente a quién se ha cargado?

—Sí, maldita sea.

—De acuerdo, en el Hotel Burger.

—Con esparadrapo y útiles de costura. ¿Tiene usted bicicleta?

—¿Es necesario que me congele de frío?

—Entonces coge un taxi —susurró Hold—. Pero no te bajes delante del hotel. Y tráete también una aspirina.

—¿Contra el dolor?

—Sí, maldita sea.

—Es preferible entonces paracetamol.

—Me da igual.

—Actúa más rápido —dijo Lou—. Pero sólo tengo supositorios.

—Me importa un carajo. ¡Habitación catorce, primera planta!

Willem estaba sentado delante de un plato que contenía la famosa tostada Europa — una mezcla compacta de jamón y queso— jadeando de rabia. En un principio había pedido por teléfono al hombre de la recepción —entretanto también portero de noche — útiles de costura, pero éste no disponía de ellos. En su lugar le había ofrecido el único tentempié del hotel acompañado de su nombre de pila: «¿Y qué le parece una tostada Europa, receta especial Rudi?», y con gran desesperación él había aceptado.

—Déjela en la puerta, Rudi, y tráigame de paso una cerveza.

Pero no podía masticar, lo había olvidado, y ahora se hallaba sentado frente a la famosa tostada —denominada así desde mucho antes de las gestiones para unificar Europa; no era ningún tributo al ogro de Kohl o al mujeriego de Mitterrand— y olía lo que ésta tenía de especial, un aro de cebolla, pero aún más lo que contenía habitualmente, el jamón y el queso fundidos entre unas crujientes rebanadas de pan, como tenía que ser. Pero un solo bocado —lo presentía— acabaría con él y de la cerveza tampoco podía beber, pues nadie que conozca otra cosa prueba una cerveza enlatada. Únicamente podía lavarse las manos con ella porque contenía jabón, o desahogarse con la lata: expulsar esa rabia contra sí mismo que le comía por dentro.

Hold se dirigió al baño con la tostada, la lanzó al retrete y tiró de la cisterna. Después abrió el grifo de la bañera que había tras unas cortinas de color hueso. Tenía que haberlo sabido, detrás de un hombre como Narciso sólo podía esconderse un cerdo todavía mayor; pero al menos seguía con vida, eso sí, con un agujero en la mejilla. Willem hizo de tripas corazón y se acercó de nuevo al espejo. La sangre que rodeaba la herida había dejado de fluir. Era una masa compacta que había que abrir para poder mirar dentro de la cavidad bucal. Un par de puntos y el asunto quedaría solucionado. Se desvistió.

Algo menos furioso —Hold no era propenso a la rabia, más bien a la melancolía — regresó a la habitación y observó el Mercier y el Newman. Algunas cosas nunca salían bien, mientras otras simplemente le salían a uno al encuentro. Tenía uno de sus relojes favoritos y el otro tampoco estaba mal, con estructura plana, de oro, fechado en mil novecientos setenta en Sütterlin, según decía el reverso, y un nombre, Heinrich Stirius, probablemente el padre de la mujer a la cual se lo había robado. Su amigo rubio —casualmente o no en el local, ésa era la cuestión— haría algo, por tanto, para encontrar al ladrón del agujero en la mejilla. Esos polis privados podían ser más tercos que toda la policía junta. Hold descolgó el teléfono y marcó el nueve. El portero de noche respondió de inmediato.

—¿Desea alguna otra cosa, señor Pallas?

—Óigame, Rudi. En breve llegará una dama que viene a visitarme. Todo está en orden. Simplemente indíquele el camino.

—Por supuesto. ¿Le gustaría tomar antes un italiano quizá? Está frío.

—Le llamaré si necesito algo, Rudi.

—¿Qué tal estaba la tostada, si me permite preguntarle?

—Magnífica. ¿Y qué tal *Das Traumsckiff*?

El portero de noche respiró profundamente y Willem comprendió, demasiado tarde, que habría sido mejor no haber abierto la boca.

—Fantástico, señor Pallas. Primero estuvieron en Australia, en la Gran Barrera de Coral, y allí casi se produce un crimen, pero el capitán y Sabine lo impidieron y Eddi Arent también colaboró, como en la época de Edgar Wallace cuando casi estaba acabando. Después continuaron hacia Bali, allí se subió Wussow, que hacía de estafador de novias, y la Berben cayó en sus brazos, pero sólo durante el paseo por tierra, después ya no, porque el doctor habló con ella en la borda por la noche y le abrió los ojos, Dios santo, y finalmente todos descendieron en Singapur...

—Una ciudad asquerosa.

—Pero, señor Pallas, ninguna otra gran ciudad es tan limpia como Singapur. De hecho, en la imagen del final el capitán se sentó sobre una escalera pública con sus pantalones blancos. Pruebe a hacer eso en Frankfurt.

—Tiene razón, Rudi. ¿Se acuerda aún de lo que le he dicho sobre la mujer? Es alta y algo rubia, pero no lleva las uñas pintadas de rojo ni nada por el estilo. Es una dama, así que sea amable. ¿Comprendido?

Hold colgó. Hablar le producía dolor. Al final sólo había susurrado. Portando el arma en la mano regresó al baño, cerró el grifo y se metió dentro de la pequeña bañera con las piernas encogidas. No había nada como el agua bien templada, alrededor de los cuarenta grados, para relajar su piel. Incluso pudo permitirse algunos bellos pensamientos sin sentir de inmediato dolor entre las piernas. Willem depositó la Cougar junto a la bañera, se reclinó y cerró los ojos.

Quienquiera que estuviese detrás de todo aquello, estaría ahora seguramente nervioso y acudiría a Narciso, el mediador. Por tanto, no tenía más que telefonarle y el círculo volvería a cerrarse bajo nuevas condiciones, en el caso de que tuviera que rematar el asunto. Pues el cerdo que andaba detrás aportaría tras la muerte de Busche muchísimos millones, y él se llevaría unos cuantos. Y cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que la mujer de Busche estaba metida en el ajo. Antes del disparo había estado pálida, pálida y tiesa. Después se había puesto colorada como un tomate, agitada e histérica, como los dueños de los gallos de pelea cuando de pronto le desgarran el cuello a su queridito. No pensaba perder de vista a esa pécora con su abecé del sexo, que se las daba de más guapa y joven de lo que era en realidad. Como seguramente se las daría en el amor, con remilgos santurriones, susurros, regímenes dietéticos y una manera de hacer el amor que sólo le dejaba a uno una opción: emborracharse o esperar, a oscuras, a que ella se despojara de los guantes. Su marido

era digno de lástima y, de hecho, a él le producía casi lástima, ese coloso abatido que únicamente seguía con vida gracias a una decisión apresurada y a su manera de disparar, y la famosa mujer, por tanto, tendría que aguantar todavía un poco más a que la liberación llegara. La forma en que llegaría no estaba aún muy clara. Probablemente en forma de accidente, a ser posible en el ámbito del hogar. Esas cosas sucedían todos los días.

Oyó pasos en el corredor y cogió el arma. Alguien se dirigía a su habitación, otro cliente. Las paredes del Hotel Burger eran delgadas. El sonido de un televisor llegaba ahora desde el otro lado, alguna serie cómica que desconocía. ¿O querían distraerle? Willem cargó el arma y apuntó brevemente en dirección a la puerta. Con sus escasos mil gramos, la Cougar se adaptaba de modo tan perfecto a la mano que uno no quería soltarla nunca y, además, era hermosa, realmente hermosa, al contrario que la esposa de Busche. Y su longitud, desde el gatillo hasta la boca, era ideal, como también lo había sido la suya antes de la cura de laca tensora, pues, desde entonces, cuando se agrandaba demasiado dolía, dolía condenadamente, y estaba supeditado a una cantidad inasequible de ternura con el fin de superar aquel dolor, una cantidad que no se podía pagar, para la que hacía falta ofrecer algo más que dinero: una enorme cantidad de amor según su opinión.

La serie cómica terminó y Hold volvió a depositar el arma sobre el suelo y la cubrió con la alfombrilla de baño. La voz metálica de un presentador de informativos atravesaba ahora la pared: los israelíes volvían a disparar en sus alrededores ocasionando gastos de viaje a los americanos; algún delegado viajaba de un lado para otro, y también los alemanes tenían una opinión al respecto. Después siguieron historias sobre tarifas, conversaciones en Frankfurt am Main, y enseguida otra vez el asunto del aeropuerto, el asesinato por venganza de Louis Freytag. Una tragedia, dijeron en general, sí. El presidente de la República Federal habló incluso de «tragedia nacional» y la diversión del baño se esfumó. Sólo había querido ayudar, quizá de forma algo interesada, pero en el fondo sólo había querido ayudar. No era justo para «el Papa» de los libros, como le llamaban, ni tampoco para él que, al fin y al cabo, había utilizado su codo por motivos humanitarios. Al final dieron una noticia de última hora, la información sobre un atraco a un local de Frankfurt, también con víctimas eminentes junto a un fallecido desconocido, víctimas que no se habían llevado más que un susto; a la cabeza de todos la antigua presentadora de telediarios y ahora escritora, Vanilla Campus, así como su mando, el empresario de leasing Busche. Respecto al autor enmascarado, que había huido en una bicicleta, no había el menor rastro.

Willem Hold rió, aun cuando al hacerlo su mejilla casi se desgarra: ¡después de muchos años, alguien regresaba por un solo día a su ciudad natal y ponía todo patas arriba! Quilo el tapón, salió de la bañera y se secó en el cuarto de baño. Tan mal no le habían ido las cosas, podía estar tranquilo. Y lo estuvo hasta que oyó que llamaban suavemente a la puerta de la habitación y, en vez de coger el arma, se cogió el

corazón, y desde su pecho desnudo, tras meditar fríamente, echó mano de su equipaje que estaba en el suelo y sacó unos calzoncillos limpios.

Helen observaba a su nuevo socio e inquilino que simplemente continuaba caminando tan pronto ella se detenía. Parecía no darse cuenta siquiera de que no caminaba a su lado. Había odiado también eso en su marido, pero Feuerbach no era su marido, ¿y por qué tenía que estar educándolo desde el principio? En el asunto del aeropuerto había aparecido un vídeo y hacía un momento había arriesgado su vida en el local.

—¿Podría usted también detenerse cuando yo me detengo? —le gritó finalmente.

Feuerbach se dio la vuelta:

—Lo siento mucho. Estoy pensando en...

Helen avanzó y juntos caminaron un tramo en dirección nuevamente al Main.

—¿Y en qué está pensando?

—Ese detective asesinado no llevaba ningún teléfono móvil consigo, pero sí una documentación falsa y poseía un arma profesional, para la cual reaccionó con algo de lentitud. Como si no hubiera contado con que el enmascarado podía dispararle.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión, Feuerbach?

—Ésa fue mi impresión. Me pareció absolutamente sorprendido cuando le alcanzó el disparo.

—Todo sucedió demasiado deprisa.

—Me fijé en su mirada. Siempre lo hago en momentos cruciales.

—¿Ah, sí?

Feuerbach miró al cielo nocturno que se alzaba sobre la ciudad. Un avión despegaba en ese momento hacia algún lugar y deseó ir en él.

—Desde el punto de vista profesional, en cualquier caso.

—Entonces mantengámonos en lo profesional —Helen caminaba ahora más rápido, quería marcar el ritmo—. Así que estaba sorprendido...

—Porque daba por hecho que él dispararía primero.

—¿Y el enmascarado lo notó en su cara?

—Es posible —dijo Feuerbach—. Quizá sólo irradiaba un exceso de superioridad y por eso le dispararon.

—No tiene sentido.

—Entonces tendremos que reflexionar sobre ello hasta que tenga sentido.

Helen caminó por la Uferstrasse y cogió las escaleras hacia el Eisernen Steg que unía la ciudad con Sachsenhausen. A mitad del viejo paso del Main se detuvo.

—¿Para ser mejores que nuestros ex colegas?

—Sí.

—No tengo cuentas pendientes —dijo Helen.

—Entonces aún seguiría en el servicio.

—No me gustaba el tono que utilizaban. ¿Y a usted qué le sucedió?

—Lo sabe de sobra.

—Sólo sé que disparó a un chico que le apuntaba en la oscuridad con una pistola.

—¡Una pistola de plástico!

—¡Pero eso no lo podía ver!

—¡Tenía que haberlo notado en la cara del chico!

—Pide usted demasiado, ¿no le parece?

Feuerbach se inclinó sobre la barandilla. Un barco pasaba en ese mismo momento debajo del puente con la superficie vacía de carga: dos largos depósitos sucios.

—No —dijo él.

—Entonces salte, si tanto le atormenta. O contésteme a una pregunta: ¿cree usted que puede repararlo de algún modo?

—Quizá.

—Yo no lo creo. Sólo se puede trabajar bien. Usted disparó a alguien que llevaba un arma y ahora póngase en el lugar del enmascarado: ¿por qué *éste* reaccionó así?

—Por pánico. Creyó que le iban a matar. Y disparó primero.

—Yo creo que no había visto el arma de ese hombre. Sólo percibió su intención.

—Uno percibe la intención y se pone de mal humor...

—Más o menos —Feuerbach se separó de la barandilla y se guió caminando lentamente.

Helen le cogió brevemente del brazo:

—¿Y qué más podría haber?

—Quizá los dos se conocían.

—Continúe...

—Y el enmascarado estaba en el local por otro motivo. Las Beretta de gran calibre son las armas favoritas de los crímenes entre gánsters italianos.

—Eso también lo pensé yo.

—Entonces ¿por qué me pregunta?

—Porque es usted mi socio. Y mi inquilino.

Feuerbach caminó entonces más rápido mientras Helen siguió a su lado, y señaló hacia un rascacielos:

—Quizá pueda encontrar algo allí...

—Si se lo puede permitir. Entonces cree usted que el enmascarado era un asesino.

—Sólo creo que lo que vimos no era en verdad lo que ocurría. Ese hombre armado dentro del local no era una casualidad. Y además había allí otros dos invitados eminentes a los que matar: Vanilla Campus y ese Busche.

—Al menos uno de ellos. Nadie quiere matar a la Campus, a ella sólo se la quieren cepillar.

—Yo no —dijo Feuerbach—. ¿O quería usted cepillarse a Busche?

—¿A cambio de tanto dinero? —Helen rodeó su rostro con las manos y giró hacia el parque del museo—. ¿No cedería usted a la tentación?

—No. ¿Adónde va?

—Hay un local allí en el museo ¿o quiere irse a dormir ya? Estamos en la Feria del Libro. ¡Una vez al año Frankfurt se transforma, por fin, en una auténtica ciudad!

Rudi, el portero de noche, habría sido capaz de decir con los ojos cerrados qué gran feria se celebraba en Frankfurt cada momento. Lo sabía por los ruidos que se oían en el hotel —si había canturreos y vómitos, la IAA, los papanatas de los coches— o por el olor a perfume varonil —la Ambiente, los maricas de los regalos—. Sí, lo notaba en la portería que compartía durante la Feria del Libro con un pequeño editor japonés. El señor Sato dormía en el sofá y él se contentaba con la silla. Su jefa, la vieja señora Burger, viuda por decirlo así desde tiempos inmemoriales, no se percataba en absoluto de los ingresos extraordinarios, y siempre que se pasaba por allí se quedaba impresionada con la eficiencia de su portero, pues el hotel funcionaba también como intermediario de todo tipo de excursiones, y no había semana que Rudi no le endosara a algún asiático la excursión a Heidelberg y a Helgoland en un mismo paquete.

Llevaba trabajando en el hotel más tiempo del que Kohl había servido a la patria. Entre el cielo y la tierra nada le resultaba extraño y los huecos los rellenaba *Das Traumschiff*. Por desgracia, sus clientas pocas veces eran tan atractivas como las que había a bordo del crucero, ni siquiera durante la Feria del Libro, y por ello aún le resultó más agradable la persona que había preguntado por el señor Pallas. Rudi la siguió de puntillas, como hacía siempre que la casa recibía visitas femeninas, para escuchar un rato ante la puerta, pero lo que debía ayudar a su fantasía esa noche resultó más un plan de cotilleos que de sexo.

—¿Cómo? ¿No sabe usted quién es la Campus? —gritó la rubia. El señor Pallas murmuró una disculpa —viajaba demasiado por el extranjero— que a ella le provocó la risa y finalmente acabó explicándole quién era la Campus: una ex radia de telediciarios que se había hecho famosa por un comentario hecho en directo sobre el affaire en el despacho «oral» de Clinton —«Yo le habría mordido la cosa»— y desde entonces andaba en boca de todos y había aparecido en una infinidad de anuncios. Ella continuó riendo y Rudi no tuvo claro cómo acabaría aquello, no parecía que se estuviera preparando para el número habitual, y se retiró antes de que la risa se tornara en un silencioso grito.

Willem Hold, hasta ese momento con una mano colocada sobre la mejilla, ya tenía bastante con la conversación sobre la esposa de Busche. Bajó la mano y Lou comprendió el porqué de los útiles de costura. Su grito fue más bien una manifestación de lástima que de susto. Al fin y al cabo, nadie se muere de un agujero en la mejilla.

—Pero la aguja de coser no está esterilizada —dijo ella.

—Así tendremos algo en común. Trae para acá.

Lou, con su abrigo rojo todavía puesto, dejó los útiles de costura sobre la cama. Willem le alargó su espejo de afeitarse.

—Mantenlo quieto.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Mejor pregunta *dónde* ha ocurrido. Esta mañana en el aeropuerto. Yo también tuve que salir huyendo y un tipo con un cuchillo suizo se negó.

—Y todo por mi culpa...

—Y qué. Ya lo estás reparando —Hold colocó juntos los distintos carretes de hilo—. ¿Qué color será mejor?

—Eso lo tiene que decidir usted mismo.

—Entonces escojamos el rojo. Como tu abrigo, me gusta.

Willem cortó un trozo de hilo, pasó un extremo a través del ojo de la aguja e inmediatamente cosió el primer punto. Los dolores aumentaban cuando uno pensaba en ellos, y la puntada que atravesó el borde de la herida inflamada ya era lo bastante molesta. Comenzó a sudar y el pelo de las sienes se le levantó. Podía verlo. Eso y una mejilla que no era la suya. Como si fuera su propia mano, Lou sostenía el espejo delante de ella, en mitad de su rostro.

—¿Duele mucho?

Hold volvió a punzar y pasó el hilo por los dos agujeros:

—Hay cosas peores.

Recordó la vieja historia. Habría podido contarla en ese momento y el tema habría quedado entonces resuelto en el caso de que acabaran en la cama. Odiaba contar esas cosas en el último momento. El sudor le entró en los ojos. Tenía que acabar antes de que no pudiera ver nada.

—¿Ha aprendido a hacerlo en algún sitio? —preguntó Lou.

—¿Por qué? ¿Tan buen aspecto tiene?

Sus ojos asomaron por encima del espejo y él aprovechó ese bello momento para coser dos puntos más, los últimos.

—El resto lo haré yo —dijo ella.

Hold cerró los ojos y respiró profundamente para evitar el dolor.

—Muy amable. ¿Has traído las cosas?

—Un paquete completo.

En ese momento sintió las manos de ella anudando los extremos de los hilos. Sintió también su cabello que le hacía cosquillas en la nariz.

—Siento mucho tener este aspecto —murmuró él.

—No pasa nada, también le he visto antes de esto, Willem sin H. ¿O debo llamarle señor Pallas?

—Mi apellido es Hold.

—¿Pallas es falso?

—Sí.

—¿Y por qué me lo confiesa?

—Porque me gustas. Eres muy bella. Lo siento.

Lou cortó los extremos de los hilos.

—Si así fuera sería famosa, como Vanilla Campus.

—Eres realmente bella, quiero decir —y observó cómo sacaba gasa y un frasco de su bolso. También ella comenzaba a sudar.

—Voy a limpiar la herida, ¿vale?

Hold asintió con la cabeza. Intentaba ahora no hablar, aunque aún quería decir algo. Pero cuanto más la miraba, más difícil le resultaba explicar lo bello en ella, si había de explicarlo. Para él era fácil determinar en qué consistía lo bello o lo atractivo de una montaña. Ella misma debía comprender que su rostro era una especie de droga de la cual era responsable.

—Ese célebre crítico —dijo ella de pronto—, ¿no lo reconociste, Willem?

—Todo sucedió demasiado rápido. Lo siento mucho. Confío en que no fueras su admiradora.

—Pues sí, por un día. Freytag publicaba a veces poesías mías en el periódico.

—¿Escribes poesías? —Hold se contrajo de dolor.

—Ahora no, en otro tiempo. Creo que sólo le gustaban porque nuestros nombres de pila se parecían: Lou y Louis. O por las fotos que le adjuntaba. Él también me escribió algo personal: «Y si Lou Schultz no llegara nunca a convertirse en poetisa, siempre le quedará el consuelo de la belleza...». Además me invitó a tomar el té. Y ahora soy culpable de su muerte.

—Qué tontería. ¿Y qué sucedió *después* del té?

—Nunca llegó el día del té, así es la vida. Sólo falta el esparadrapo y ya estará listo, Willem —Lou colocó el esparadrapo y presionó con precaución—. Parece casi que te hubieras cortado al afeitarte. Y ahora el tratamiento posterior —dijo sacando la caja de Paracetamol de su abrigo, que dejó sobre la mesa, y le tuteó—. Me daré la vuelta. ¿Te parece bien?

—No —dijo Willem. No quería un supositorio ni tampoco que ella se diera la vuelta. También su madre había comenzado un día a darse la vuelta cuando él se desvestía, como si de pronto algo en él hubiera cambiado, como ocurre con las personas a las que la muerte acecha por primera vez. Con una mujer se compartía todo o nada.

—¿Tienes algo que hacer mañana por la noche? —aquello le salió como desde un segundo e intrépido corazón, como si no tuviera la intención de huir tan pronto como le fuera posible.

—¿Mañana? —ella encendió y apagó el televisor. Ese acto le ayudaba a reflexionar—. Mañana por la noche me encuentro con mi grupo.

—¿Y eso qué significa?

—Es un grupo de personas que se reúne para descubrir cosas sobre sí mismas, la impresión que causas en los demás, cómo son en realidad las personas.

—¿Y cómo son? ¿Alguna novedad?

Lou volvió a encender el televisor, pero esta vez sin volumen. Las noticias de última hora comenzaban.

—No puedo explicarlo —dijo—. Tienes que experimentarlo tú mismo. Puedes acompañarme, está permitido. Todos podemos llevar un invitado.

—¿Y ese invitado sería yo?

—Sí. Simplemente les diré: éste es Willem Hold.

—Suenan bien. Pero casi no puedo hablar.

—La mayoría no habla de todas formas.

—¿Y el jefe?

—No hay jefe, sólo una guía, la señora Schmalstieg-Reusch o Ute. Es flaca como una escoba, pero su cabellera parece un arbusto ardiendo. Tampoco habla.

Lou subió el volumen del televisor, en ese momento aparecía una necrológica sobre Louis Freytag. Un editor, el Dr. Dr. Hesselbrecht, al que le unía una amistad crítica con Freytag desde tiempos inmemoriales, según resaltaba, lo encomiaba como «el Nathan de nuestros días» para a continuación saltar hacia los méritos propios, es decir a los de su editorial, que Freytag había equiparado con la cultura. Aquello parecía más un monólogo solemnemente interpretado que una necrológica. Todas las frases comenzaban de la misma forma: «Louis Freytag y yo».

—¿Quién es Nathan? —preguntó Hold, pero Lou observaba absorta la necrológica. Cogió entonces el supositorio de la mesa y liquidó el asunto en el baño. Cuando regresó a la habitación, el editor por fin había acabado y la presentadora leía las últimas noticias sobre su ex colega Campus, víctima de un atraco en el que había habido incluso una víctima, como si sospechara la relación entre ambos fallecidos, el célebre y el desconocido.

—Siento pena por lo de ese Freytag —dijo Willem.

Lou apagó el televisor.

—Yo también, pero ahora es un héroe —ella le quitó de la mano la caja de los sudorosos supositorios y desprendió uno de la lámina sin estropearlo, a él se le había desmoronado en el baño—. Te dejo uno en la mesa de noche para más tarde.

Y Willem Hold observó cómo ella tomaba medidas para su tranquilidad nocturna. No sólo le dejó preparado un analgésico sino que también le abrió la cama, le dejó al alcance un vaso de agua e incluso corrió las cortinas en los puntos en que estaban algo abiertas. Y un sentimiento prácticamente olvidado le invadió, uno tan hermoso como doloroso. El senil miento olvidado de cuando a uno le cuidan, incluso mientras duerme, y de dormir con la seguridad de que lo primero que se encontrará al despertar es una mirada afable.

Se llevó las manos a la espalda —para no precipitarse— y observó el rostro de ella. Algo en él le resultaba conocido o creía conocerlo desde hacía tiempo; los ojos, las mejillas, no sabía con certeza el qué, quizá no fuera sino la mirada intimidada en su presencia. Sólo sabía que le habría gustado contarle el trabajo que le habían encargado.

—¿Quieres que me quede a dormir? —preguntó ella de pronto.

—¿Tú quieres?

—No me importa.

—Entonces quédate.

Lou se quitó finalmente el abrigo:

—Pero ésa no ha sido una verdadera respuesta...

—Tampoco la pregunta lo ha sido.

Willem rozó brevemente los hombros de ella y se dirigió después al baño. Quería lavarse los dientes pero su mejilla no se lo permitía, así que sólo se lavó las axilas, orinó y se peinó para darle algo de tiempo a Lou. Al salir del baño tosió, pero no fue necesario. Ella estaba ya bajo la manta, evidentemente desnuda, pues sus vaqueros y su ropa interior estaban apilados sobre la silla de plástico, y de nuevo veía la tele, alguna repetición de la serie *Fall für Zwei*. Matula, el pequeño —a quien ya su padre había tenido que aguantar—, subía corriendo en ese momento unas escaleras, seguido del abogado. El caso estaba, pues, a punto de ser resuelto.

—Lou —dijo—, apaga el televisor.

—Si te molesta —ella apartó la manta para coger el mando y él vio su triángulo perfectamente definido que, por suerte, no era rubio. Lou apagó el televisor y con la otra mano se subió la manta a la altura del pecho, como hacen las mujeres en las viejas películas de amor—. Acuéstate, el analgésico actuará mejor. Y también apagaremos la luz.

—¿Y después?

—Después ya veremos —dijo ella.

Él apagó la luz y se desnudó. Oyó un coche de bomberos procedente del puesto que había junto a la Ostbahnhof —de dónde si no— y por un instante pensó que podía irse a casa tranquilamente, al número nueve de la Ostbahnhofstrasse, y tocar el timbre de la familia Hold y que todo volvería a ser como antes. Su siguiente pensamiento fue para el ex coman dante. Tenía que llamarle para negociar las nuevas condiciones.

—¿No estás cansada, Lou?

De nuevo susurraba porque le dolía la mejilla, pero ella respondió a aquel susurro como si lo hubiera realizado cariñosamente:

—No, no lo estoy. Cierra los ojos y duerme. Tengo que llamar por teléfono.

—¿A quién?

Ella le pasó la mano por la cabeza de forma tranquilizadora y con la otra encendió su teléfono plano. El brillo de la pantalla reflejó su suave rostro.

—¿Te importa?

Hold juntó las manos sobre el pecho, de esa manera las tenía bajo control.

—¿Hay alguien que cuida de ti?

—Eso lo hago yo misma.

—Pero hay tipos que te pagan...

—En realidad sólo uno. Y en este momento no está aquí.

—¿Y dónde se reúne ese grupo mañana por la noche?

Lou le dio la dirección, Oederweg esquina con Glauburg, y los viejos nombres de esas calles desataron en él una especie de esclusa. Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas de forma aislada y lenta, una exactamente por debajo del esparadrapo. El niño francfortés que llevaba dentro sólo dormitaba, una nadería bastaba para despertarlo. A la mañana siguiente, sin falta, llamaría a Narciso y le comunicaría sus condiciones. Lo siguiente sería contactar con la esposa de Busche, por si estaba metida en el ajo, que lo estaba, y antes del fin de semana estaría de regreso.

—¿No querías telefonear?

—Más tarde, cuando estés dormido —Lou se inclinó sobre él—. ¿Quieres que te acaricie?

—¿Para qué?

—También puedo hacerte una paja.

—Aún no me conoces lo bastante para eso. Pero me podrías despertar mañana a las siete, tengo que telefonear a Manila.

—De acuerdo, ahora duérmete.

Lou le tapó con la manta y después escuchó el buzón de voz.

—¿Alguna novedad? —preguntó Hold.

—No. Sólo un hombre del grupo de autoayuda que me envía saludos. ¿Aún tienes dolores?

—¿Y cómo se llama ese hombre?

—Rubén.

—¿Cómo puede alguien llamarse Rubén? Nadie puede llamarse Rubén.

—Pues se llama así.

—Ahora todos tienen nombres estúpidos.

—No puede hacer nada en contra.

—¿Estás liada con él?

—No, ¿por qué?

—Porque te llama.

—Sólo ha dicho que no podrá venir mañana. Ahora duérmete.

Y diciendo esto, Lou se giró hacia la pared y Willem Hold intentó dormirse y no pensar en ella ni tampoco en sí mismo, ni siquiera en los dos, hasta que, de pronto, el pie de ella se acercó y se colocó, helado, junto al suyo y la oyó murmurar algo, como si la telepatía existiera:

—Me pregunto si ocurrirá algo entre nosotros.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no lo sé.

—Entonces no tendrías que haberlo preguntado.

Ella se giró aún más hacia la pared y pareció asentir con la cabeza. Él observó su nuca bajo la luz que llegaba del Ostend nocturno a través de las cortinas, la luz barata

de su niñez reflejada justamente sobre aquella nuca que siempre había deseado, desnuda y clara, con un hundimiento veloso, y creyó ver en ella algo más grande que él mismo, quizá no di rectamente el sentido de la vida, pero sí el de ese día que había transcurrido de un modo distinto al planificado. Tendría que haber muerto pero vivía, con la perspectiva, además, de amar. ¿O qué debía ocurrir si no?

Kasimir Huemmerich —que habría preferido llevar el apellido Stirius de su madre porque era más rápido de escribir— estaba sentado sobre el pulido parqué de la esquinada habitación de Helen, en la carísima vivienda de construcción antigua de la Morgensternstrasse, mientras fumaba el último cigarrillo de una cajetilla de Gitanes que yacía aplastada junto a una botella de oporto con los mismos años que él, quince, que había encontrado junto a la cama, entre un libro sobre artimañas fiscales y una novela, *Madame Bovary*.

El denso y oloroso oporto le agradaba y Kasimir no pensó siquiera que aquello fuera vino, más fuerte que los vinos normales, ni por un momento tampoco pensó que quizá Helen tenía reservada aquella botella para ocasiones especiales. Lo único que pensaba es que tenía un nuevo inquilino, más joven que ella, y además embarcado con ella profesionalmente en esa aventura de la agencia de detectives. Como si aún existieran personas así, aparte de las que aparecen en las series viejas de televisión. Y algo pasaba con ese nuevo tipo llamado Feuerbach, algo de lo que él no debió enterarse, pues ella le había prometido un fin de semana completo, cine y comida incluidos, si no aparecía por allí durante toda la semana, pero naturalmente él había aparecido. Sólo los estúpidos y los enamorados volvían a cometer dos veces el mismo error. Él no. Lo mismo había sucedido al comenzar la relación con su patólogo, el doctor Eick, un tipo que parecía salido de un programa vespertino, un drama de hospital, hasta que finalmente llegó la separación.

Pero su padre tampoco había luchado, pensaba Kasimir. Era una buena persona, buena y en el paro, aunque también conformista. Alguien que continuamente hablaba de los buenos momentos en McCann, en el Westend, como el director artístico Huemmerich. Todo era una mierda, igual que esa noche en la vivienda vacía. Había confiado en encontrarse con Nola, la teóloga, en lograr ponerla un poco de su lado, del lado del desencanto de la vida (que aún no conocía), pero Nola estaba en otra parte, quizá con alguien que le gustaba más que Jesús, y en la nevera tampoco había nada, sólo un pepino y arroz con leche Müller. El nuevo no parecía tener apetito, o sólo apetito por su arrendataria, ni tampoco muebles. En la habitación —su habitación— no había sino un bolso de deporte delante de la cama. Si con esa edad seguía malviviendo de aquella forma, era preferible que se pegara un tiro. Completamente asqueado, Kasimir apagó el cigarrillo cuando, por fin, oyó la puerta de la casa.

Helen no llegó sola. Al parecer, el nuevo estaba con ella. Kasimir volvió a dejar el oporto junto a la cama, después se dirigió hacia la puerta y la abrió al mismo tiempo

que su madre sujetaba el picaporte. El grito de ella le hizo sentirse bien.

—Soy yo.

—Me has asustado. Además, habíamos dicho que...

—*Tú* lo habías dicho —Kasimir vio que el nuevo tenía intención de salir corriendo—. ¿Por qué huye?

—No huye.

Feuerbach se dio la vuelta. Helen le había hablado de su hijo de camino a casa. Lo consideraba talentoso, eso era normal. Sin embargo, no sabía decir en qué consistía ese *tu* lento o qué tipo de premio Nobel entraría en consideración más adelante. En su lugar, sus ojos se habían llenado de lágrimas. Pero quizá eso también era normal, pensaba.

—Tú eres Kasimir, ¿no?

—Sólo Kasimir, sin el «no». ¿Cómo es que le has hablado de mí?

—Es normal hablar de un hijo —dijo Helen—. ¿Has bebido?

—Sí —Kasimir se dirigió de nuevo a Feuerbach—. ¿Y se quedará a vivir aquí mucho tiempo?

—Sólo hasta que encuentre otra cosa.

—Sabes que mi intención era buscar una mujer —dijo Helen—. ¿Qué has bebido?

—Había una botella junto a tu cama.

—¡Mi oportuno! ¿Sabes lo que cuesta cada trago? Mejor hubieras vaciado la nevera.

—Ya estaba vacía.

—Pamplinas —Helen se dirigió a la cocina, mientras su nuevo inquilino desaparecía en el cuarto de baño.

—Ni siquiera cierra la puerta —dijo Kasimir.

—Hemos visto adónde ha ido, eso es suficiente. ¿Quieres huevos?

—No hay huevos.

—No sabes buscar —Helen abrió la nevera y sacó un paquete de huevos del compartimento de las verduras—. ¿Cuántos quieres?

—Todos.

—Quizá Carl también quiera alguno.

—¿Por qué le llamas Carl?

—No le llamo Carl. Habrá tres huevos para cada uno. También tengo *gyros* en el congelador.

—No como carne.

—¿Desde cuándo no comes carne, Kasi?

—Desde hoy.

—Yo me tomaré los *gyros* entonces —gritó Feuerbach desde el pasillo. Entró en la cocina con las dos manos sobre el pelo y Kasimir, más alto que él aunque también mucho más delgado, le miró de arriba abajo.

—¿No lleva usted arma?

—No, no era una salida relacionada con el trabajo.

—Salimos a cenar —dijo Helen.

—¿Y entonces por qué ahora los huevos?

Feuerbach se sentó.

—Porque la cena se estropeó. Delante de nuestros ojos dispararon a un hombre en el local.

—Un arma habría sido entonces de utilidad —dijo Kasimir.

—En principio ya no llevo nunca armas.

—Entonces ha elegido usted la profesión equivocada.

—En ese crimen ya había un arma de más.

—Por el momento se trata de un atraco con víctima —dijo Helen corrigiendo a su socio, y mientras freía los huevos explicó lo sucedido. Kasimir escuchó la historia sin perder de vista a Feuerbach:

—¿Y le pediste a la Campus al menos un autógrafo? —preguntó.

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

—¿Por qué? Mañana podría venderlo y comprarte una nueva botella de oporto.

—Esa mujer no vale nada —dijo Feuerbach.

—¿Y entonces por qué todo el mundo quiere su autógrafo?

Helen repartió los huevos:

—Al menos ha escrito un libro, así que no debe ser tan tonta.

—En cualquier caso no necesita acoger a ningún inquilino.

Helen se sonrojó y guardó silencio. En ese momento le habría gustado poner a su hijo de patitas en la calle, pero entonces no habría vuelto jamás, y ella le amaba. Le amaba incluso cuando hacía ese tipo de comentarios, sólo que un poco menos. El orgullo que sentía por él era siempre el mismo. Era bien parecido, en su opinión, con ojos azules y el cabello oscuro. ¿Qué chico era así y tenía además los dientes rectos? Kasimir no había necesitado nunca aparato, pero siempre se había sentido como si lo hubiera llevado. Su aparato, decía, era su apellido, que le había jugado una mala pasada. Era el tributo a uno de sus padrinos, fallecido hacía tiempo. Y de este modo se había convertido en un tipo extravagante que fumaba y bebía, aunque leía mucho e iba con frecuencia al cine. Las películas estaban por debajo de su nivel, los libros por encima. En cierto modo cuidaba de sí mismo y, al mismo tiempo, evitaba todo lo que le habría llevado a seguir los pasos de su padre, aun cuando, por decisión propia, vivía con él. Helen todavía seguía afectada por ese «sí» a favor de su ex marido y el argumento de Kasimir había sido muy simple: «Él tiene tiempo y tú no». Eso era realmente lo que los chavales querían: el tiempo de sus padres, tiempo que les pertenecía a ellos. Y contra eso no podía competir, sólo derramar su amor por Kasi, como ella le llamaba, siempre que tenía ocasión, en unión con unos huevos fritos que, ciertamente, le salían mucho mejor que a su marido, que desde hacía poco escribía libros de cocina en sus muchos momentos libres, actividad que, al menos, le mantenía apartado de llevar al papel las memorias de un creativo publicitario.

—¿Quieres otro pan? —le preguntó ella, y el modo en que Kasimir enseñó un trozo de lengua a la vez que asentía levemente, con una mano en las mejillas ya algo enrojecidas, volvió a alimentar su temor más oculto en relación con él: que finalmente pudiera ser gay.

—Los atracos a un local son distintos —dijo Feuerbach con algo de retraso—. El enmascarado no actuó de manera lógica, desde atrás hacia delante, para tenerlo todo bajo control. Al contrario, se precipitó enseguida sobre su reloj, Helene.

—¿Cómo? ¿El reloj del abuelo ha desaparecido? —Kasimir agarró la mano derecha de su madre—. Tenemos que recorrer todos los peristas. Lo mejor será hacerlo esta misma noche. Mañana por la mañana no tengo que ir al colegio hasta segunda hora.

—¿Por qué?

—Porque no hay clase de alemán.

—¿Y por qué no hay clase de alemán?

—Porque hace una semana que no hay clase. Porque la capulla de alemán está haciendo un curso de formación.

Helen le alargó a su hijo una rebanada de pan con mantequilla.

—No digas capulla.

—Le falta sal.

Ella le lanzó la sal mientras su mirada se dirigía hacia Feuerbach:

—Y usted no me vuelva a llamar Helene.

—Pero su nombre lleva una «e» al final.

—No, me la he quitado. Pero está a buen recaudo.

—Es su comodín —dijo Kasimir—. Así es mi madre.

Feuerbach guardó silencio. En ningún caso quería discutir, como tampoco quería acordarse de los *gyros*, por los que seguía volviéndose loco.

—Respecto a la segunda hora —dijo Helen—, podrías quedarte entonces a dormir hoy aquí. ¿Te apetece?

—Depende —respondió Kasimir lanzando una mirada a Feuerbach que excedía con creces su edad.

Lou Schultz estaba tumbada de espaldas intentando reflexionar. Un asunto nada sencillo, pues el hombre del agujero en la mejilla le infundía respeto. El que rechazaba una paja tenía a su juicio personalidad. Sea lo que fuere que Zidona había esperado de su contacto con Hold, no le agradaba participar en ese asunto.

—¿Duermes? —preguntó ella.

—No.

—Entonces cuéntame lo que hacías en Manila.

—Vivir —dijo Hold—, durante diez años.

—¿Con una mujer?

—Tenía un amigo, pero no es lo que crees. Czerny y yo éramos socios.

—¿Y qué le ocurrió?

—¿A Czerny? Murió de sida.

Lou le miró con gesto interrogativo y Hold le contó cómo había conocido a Czerny en Dschidda cuando trabajaban los dos en la construcción —él desde hacía poco y Czerny desde mucho tiempo atrás—, dos solitarios que se encontraban por las noches en el videoclub. Pero un mes más tarde, tras el turno de día, Czerny había ido a verle con una propuesta y él había dicho que sí. Durante las semanas siguientes se hicieron amigos.

—¿Y cuál fue esa propuesta?

—Nada agradable.

—Si no te importa, me gustaría escucharla.

—No me importa contártela, Lou, pero acércate más porque no puedo hablar en voz alta.

Hold esperó a que la oreja de ella se acercara a su boca y después comenzó a contar una historia que nunca antes había contado, ni siquiera en la cama junto a una mujer:

—Kurt Czerny, que era de Viena, me dijo una mañana con su fuerte acento: «Oye tú, hoy hay de nuevo decapitación en Dschidda. Si tienes tiempo y ganas podemos ir a verla, pero no puedes sacar fotos y tienes que llevar puesto un camisón saudí y gafas de sol para que no se den cuenta de que vienes del alto hondo». Así que me compré una camisa de esas en la tienda de souvenirs, y pensé, te la llevas contigo a una decapitación. Y el Kurti y yo nos fuimos para allá hacia el mediodía, a la plaza situada frente a la mezquita grande o algo parecido, donde miles de saudíes aguardaban ya como si un partido de fútbol fuera a celebrarse y entonces, poco antes de las doce, se produjo silencio y cuatro soldados arrastraron hasta la plaza a un

pobre cochambroso que, al parecer, había apuñalado a alguien, y le vendaron los ojos, mientras una especie de superior leía algo, el Corán supongo, y al que tenía los ojos vendados, a ése le temblaba todo el cuerpo como no había visto nunca antes, y yo, yo también empecé a temblar. Y entonces apareció de pronto un tipo inmenso, todo cubierto de blanco, con aberturas sólo en los ojos, portando una espada tan larga como una escoba. «A Sudaneses», me susurró Kurti, «son los que actúan de verdugos aquí; ahora empieza la cacería...». Y ese sudanés, sí, se acercó con calma y solemnidad al pobre cochambroso, que tuvo que arrodillarse entonces, mientras los soldados se colocaban a ambos lados y en la plaza se producía un silencio aún mayor. Y entonces dieron las doce en punto, el calor era sofocante, cincuenta grados, y los saudíes formaban con sus camiones una pared blanca con manchas oscuras: las gafas de sol. Y el sudanés se tomó su tiempo, dio un pequeño golpe de prueba, como Becker antes de un partido, y de pronto pinchó al tipo con la punta de la espada colocada en cruz, y el pobre cochambroso se encabritó debido al susto, y en ese momento el sudanés se separó y levantó la mano como enloquecido asestando un golpe de cuarenta y cinco grados, decapitándolo con un corte limpio desde el cuello, y la sangre brotó en vertical, como un surtidor. Entre la multitud se oyó un suspiro, y yo casi me vomité encima de la camisa.

—Pero Becker ya no juega al tenis —dijo Lou.

Willem se incorporó.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace años.

—Mierda —Willem saltó de la cama, caminó hacia la ventana y miró la calle en donde sus padres habían tenido la tienda, pequeña como una clínica de muñecas—. Pero ¿se ha retirado del todo?

—Sí.

—Los domingos siempre eran agradables: café, tarta y tenis. ¿No crees?

—Sí, pero ven a la cama —dijo Lou.

Willem se volvió a acostar. Se sentía un poco decepcionado con Becker, uno no podía dejarlo así como así cuando tantas personas disfrutaban de ello. Lou se inclinó sobre él.

—¿Y de verdad vomitaste sobre tu camisa en aquella plaza?

—No, sólo me mareé y creí que me desmayaba, pero el Czerny no paraba de susurrar: «Escucha, no sigas mirando hacia allí, piensa mejor en polvos talco».

—¿Y... lo hiciste?

—Yo nunca pienso en esas cosas.

—¿Tampoco ahora?

—No —dijo Hold. Acababa de conseguir alejar el bajo vientre de ella, la única forma de conservar la calma.

—¿De veras no?

—¿Qué te has creído? —preguntó deslizando una mano entre las piernas de ella,

la izquierda, la más mañosa, aquella na la mejor forma de cambiar de tema, y jugueteó con sus labios, los abrió ligeramente y sopló sobre la puntita igual que a un bebé.

Lou le tiró de la oreja:

—Oye, ¿dónde has aprendido a hacer eso, tío? Lo haces igual que una mujer.

Willem cerró los ojos, tenía intención de besarla allí abajo pero no pudo. Acababa de desvelar un secreto, que no era tal, el de su defecto.

—Tenías que haber mantenido el pico cerrado —dijo él.

—Sí, mi viejo error —Lou le acarició el pelo, ensortijó un mechón y metió su dedo dentro como él hiciera en otro tiempo, de niño, hasta que el mechón se convirtió en una pequeña salchicha negra. Llamarle trenza habría sido pedir demasiado.

—Lo siento Willem, sigo siendo una novata.

—¿En tu profesión?

—A la hora de la verdad, resulta difícil.

—Aún eres joven, Lou.

—No. Era joven cuando escribía poesías. Crédula, generosa e injusta.

—No digas tonterías —susurró Hold—. Recítame una de tus poesías.

Lou desprendió el rizo de su pelo y se incorporó con un brazo sobre sus pechos.

—Ya no recuerdo ninguna. Sólo la sensación que tuve cuando aparecieron en el periódico una mañana. Tres poesías, una detrás de la otra, en la página nueve.

—Porque le gustaban a Louis Freytag y ahora está muerto por mi culpa. Qué mal, ¿no?

—Sí, es horrible. Pero en cualquier caso, durante todo un día me sentí una poetisa que tenía, además, éxito con los hombres y me burlé por dentro de todas las otras chicas que también escribían, sólo porque eran feas. ¡Largo!, les grité, ¡largo de aquí chicas, aquí estoy yo! ¡Hagan sitio a la Schultz que, además de unos bonitos ojos, escribe poesía! Todos acabaréis idolatrándome, vosotros y vosotras, idiotas que no veis más allá de vuestro trasero, pero no mi corazón. Y os llamo idiotas porque soy educada. Ésos fueron mis pensamientos. Pero todo resultó distinto, no me preguntes por qué.

—Si no quieres... —Willem agarró su brazo y lo bajó suavemente hasta que sus pechos quedaron al descubierto, unos pechos blancos con unos pezones pequeños que los hacían parecer algo más grandes de lo que en realidad eran. Los levantó y los acarició. Cuánto tiempo hacía que no acariciaba unos pechos blancos, casi quince años, los de una mujer del norte, una estudiante.

Se habían conocido a orillas del Main durante un verano, su único gran amor del verano, con la mirada de una heroína que soportaba su amor, mientras que Lou tenía los ojos de una gata, tan verdes como el Atlántico, y a él le parecían increíblemente bellos, dulces y severos al mismo tiempo, sin término medio, acostumbrados, pensaba, a mirar aquello que querían sin saber por qué, ávidos de curiosidad, igual que su boca, que aún no se había atrevido a besar, sólo a observar, como ocurriera

muchos años antes —a orillas del lago de Garda, durante la única excursión que realizara en compañía de sus padres— con la boca de una chica durante un paseo en un patín acuático.

—Tienes el coño más bonito del mundo.

—¿Tantos has visto?

—No, pero es evidente.

—Eso me halaga, Hold.

Y de este modo prosiguió, ardiendo en sentido literal, y experimentó el mismo orgullo que sintió de joven cuando finalmente logró ensamblar el primer reloj desmontado que evidentemente había que tomar en serio —un Lange & Söhne de Glashütte, el célebre L1 con doble resorte que había visto en casa de Tennenloh, el único rico de la clase, y que se había llevado sin preguntar durante dos días—, el mismo orgullo que sintió cuando todos los mecanismos volvieron a hacer tic tac. Lo más grande que una mujer podía entregar a un hombre era permitirle descubrir el secreto de su alegría, lo mismo que el reloj permitía descubrir el secreto del tiempo, sin perjuicio para ninguno de los dos. Lou le acariciaba agradecida su pelo, le hacía desaparecer el dolor, y así habría podido seguir pero la naturaleza llega siempre a su fin y el de ella se consumó con majestuosa dignidad. Contuvo la respiración y tembló, su ombligo saltaba arriba y abajo, y una vez más no consiguió ver el pequeño tatuaje. Cuando hubo acabado, se dejó caer hacia atrás y tomó aliento a través del hueco de la dentadura para combatir el ardor en la mejilla, mientras Lou continuaba respirando como si hubiese estado corriendo. ¿Le gustaba él o sólo su lengua? ¿Qué debía pensar?

—No siempre soy así —le explicó por si acaso.

—Tampoco podría resistirlo.

Hold la miró de soslayo.

—Me refiero a que he venido hasta Frankfurt para matar a un hombre por dinero. El atraco a ese local, donde estaba la Campus y el muerto, lo efectué yo. Por desgracia salió mal. En realidad debía liquidar a su marido, pero me tomaron el pelo. Yo habría sido el siguiente en la lista y un héroe habría sobrevivido, pero el héroe no estuvo atento, descubrí sus intenciones, disparé antes y me largué de allí. Por desgracia, en el local estaba sentado el tipo que te estaba esperando en el aeropuerto, no sé por qué motivo, quizá fuera casualidad. Él fue quien me hizo el agujero en la mejilla con una botella de vino rota. En cuanto tenga oportunidad me desquitaré.

Con ello quedaba todo dicho y una profunda calma le invadió, la profunda calma que a uno le invade cuando al otro no le queda otra alternativa que marcharse o quedarse.

—Confías demasiado en mí —dijo Lou, pero aquello no sonó muy convincente, ni siquiera para sí misma. Se giró hacia un lado apartándose de él e inmediatamente notó su boca sobre la nuca. Resultaba agradable saber que contaba con su apoyo, aun cuando hubiera matado a dos personas ese mismo día, aunque en ninguno de los dos

casos de forma intencionada, pensaba. Lo del aeropuerto había sido un accidente y lo del local en legítima defensa. No había tenido nunca un hombre así, alguien cortés y lascivo, pensó también, un hombre dispuesto a olvidar su propio dolor y a proporcionarle placer. Siempre había tenido hombres de una brillantez aplastante, hombres como Zidona que confundían las ganas con el placer las veinticuatro horas del día. Y poco a poco se acercaba el momento de hablar sobre Cornelius Zidona, pensó también, de desvelar su papel antes de que quizá Hold se enterara. Tenía miedo a su desprecio y eso también era bueno, pues quién no ha tenido nunca miedo de perder a la persona que ama o que desea amar. Primero hay que aprender lo que es el amor. Y en principio ella ya lo había aprendido, hacía tiempo, a orillas de aquel lago cuyo diminuto contorno adornaba su vientre. Lo había aprendido con un hombre mucho mayor que ella, con ese escritor llamado Branzger, quizá precisamente por la diferencia de edad que existía entre ambos; sólo tenía que refrescar su memoria—. ¿Duermes? —preguntó ella, y una mano rodeó sus costillas y se apoyó cálida sobre su pecho izquierdo.

El doctor Leo Eick, el patólogo más guapo de todo Frankfurt, era uno de esos hombres con una profesión espeluznante que no desaprovechan una sola oportunidad para ganar puntos delante de una mujer con los repugnantes detalles de su trabajo.

—Observa —le decía a su ex amante—, la bala le ha alcanzado justamente en el lado del cuello donde siempre me besabas —y diciendo esto bajó un poco más la lámpara sobre la mesa de disección y Helen buscó el susodicho punto, pero sólo acertó a ver algunos tendones y jirones de piel que unían la cabeza y el tronco del detective privado fallecido de forma más bien simbólica. En otro tiempo se habría marchado al ver una imagen como ésa, pero más tarde se instaló en ella una cierta insensibilidad que en el fondo detestaba. Y durante aquella mañana estaba demasiado cansada para ofrecer cualquier tipo de resistencia, además tenía que estar agradecida de que Eick le permitiera entrar en su reino antes de comenzar su servicio, algo que ya no le concernía.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó ella—. ¿Crees que el disparo fue intencionado?

—¿En el cuello? Sí, en el caso de que fuera un profesional. Siempre disparan a la frente, al corazón o al cuello, querida. Y el cuello es la parte más segura. Aun cuando no aciertes en el blanco, la gente se desangra. Del corazón y de la cabeza se han logrado extraer muchas balas, pero del cuello todavía ninguna, ni siquiera una de gran calibre. Sólo tienes que fijarte en la salida de la bala, no queda absolutamente nada.

—Como de lo nuestro —dijo Helen.

El doctor Eick acarició con una mano bronceada su otra mano igualmente bronceada:

—¿Por qué tengo que escuchar esto?

Helen bajó la mirada hacia el suelo blanco y pensó en algún motivo por el cual Leo Eick le permitía seguir accediendo a su aséptica enfermería. Aquella era su primera visita desde que abandonara el servicio policial y no percibía más que desagrado, mientras se preguntaba cómo había podido enamorarse de una manera tan intensa de un hombre como aquél, frío y vanidoso, como para haber aceptado el divorcio, separarse de su único hijo y finalmente haber tenido que alquilar su vivienda, y todo ello por un verano tonto en una casa tonta de algún lugar de la costa ligurina desde donde ni siquiera se divisaba el mar; con la disminución del calor había pasado lo mejor, había sido su aportación al hedonismo de él, de una naturaleza que podía pasar por italiana a pesar de que ella era originaria del sur de Badén. Él procedía del lago de Constanza, era un especialista del ocio y su dialecto delicadamente rudo, con el que inducía siempre a nuevas excursiones sibaritas, había

jugado también un importante papel.

—No se me ocurre nada —dijo ella—. Enséñame ahora a Freytag.

El doctor Eick se dirigió a una mesa con ruedas que se hallaba en la pared del fondo de la gran habitación imitando a un altar y la empujó hacia Helen. La mesa se deslizó sin hacer ruido, como si el suelo fuera de hielo. Eick cuidaba de que todo en su departamento se deslizara sin hacer ruido, y para ello había hecho poner múltiples ruedecitas a las camillas y a las patas de las mesas.

—Voilà, un homme! —dijo.

Helen frenó la mesa y se inclinó sobre el muerto. Cuántos rostros había visto en la sala de patología, todos vacíos y callados, como los de los inválidos sin ambición. Pero el rostro de Freytag parecía estar todavía poseído por la literatura y por la vida; casi no podía soportar aquella visión y su mirada se fijó en sus pies. Las uñas, arqueadas hacia los lados, eran amarillas y brillaban. Aquel brillo le resultó absurdo, tan absurdo como la muerte de aquel hombre.

—No fue un accidente —dijo el doctor Eick.

—¿Por qué lo dices?

—La persona que conocía a este tipo tan delicado tenía claro que un ataque como éste acabaría indudablemente en catástrofe.

—¿Fue un puñetazo?

—No. Se encontraron partículas de una chaqueta de cuero negra —del mejor búfalo, bastante cara—, partículas típicas de la zona áspera del codo.

—¿Y el que lo hizo era fuerte?

—Era un tipo decidido que conocía bien su objetivo: el tabique nasal. Se había propuesto producirle un shock.

Helen observó entonces el rostro de Louis Freytag. La nariz golpeada le daba un cierto aire de boxeador que ha envejecido con dignidad, y quizá fuera éste también el caso. Sólo unas semanas antes había presenciado una lectura suya, a la que seguía un debate, «El futuro de los libros». Su pasión la había avergonzado y su repentino silencio durante el debate la había impresionado. Le había pasado por la cabeza que era necesaria una catástrofe para que alguien como él se quedara sin palabras.

—¿Qué quieres decir con un shock?

El doctor Eick se acercó a su ex amante.

—Eso tendrías que saberlo tú.

—No estoy hablando de nosotros.

—Lástima. Entonces te lo explicaré. Louis Freytag era un hombre tan simbólico que un simple golpe en el rostro le habría afectado hasta la médula. Que el tabique nasal se rompiera fue algo secundario, en realidad fue su mundo el quise rompió. Ése fue el motivo de su muerte.

—No es una explicación demasiado científica.

—No —dijo el doctor Eick—. ¿Qué haces esta noche?

—Nada —Helen rodeó la mesa, no quería estar junto a Leo Eick, aun cuando

volvía a tener claro lo que le había atraído de él, ese modo tan particular de ver las cosas, incluidas las de la cama. Tocó la mejilla del muerto, no lo pudo resistir. Necesitaba siempre sentir debajo de sus dedos que alguien había dejado de existir; habría preferido abrirle de nuevo los ojos, pero la mirada era lo primero que moría, incluso una tan infalible como la de Louis Freytag.

—¿Tanta simpatía sentías por él o es debido a su fama que sientes necesidad de tocarle? —preguntó el doctor Eick.

Helen no le dio una respuesta, no tenía ninguna. Pero se estremeció al pensar que un cadáver también podía ser eminente. Naturalmente, Freytag había sacado en vida mucho partido de su fama, pero los rumores que circulaban sobre un cierto éxito en el amor, ¿cómo se podían explicar? Con certeza no con eso que yacía ahí. Una mirada puede adquirir fama, pero una boca blanda y húmeda jamás, y sin embargo se decía que Freytag tenía un punto erótico. Helen no podía imaginarlo, pero alguien que desplegaba un lenguaje poético como unas alfombras majestuosas, algo de suerte debía tener.

—Estoy cansada —dijo ella.

—Entonces vuelve a la cama.

—Lo haré.

—¿Sola?

Helen lanzó una mirada al cuerpo que había pertenecido al célebre crítico, después metió sus dos manos en los bolsillos de su pantalón de seda y se dirigió, con la cabeza ligeramente hundida, hacia la puerta oscilante que conducía al pasillo, dispuesta a pisarlo con la punta de su zapato.

—Sí —dijo—, completamente sola.

La belleza normalmente no se ve, más bien se percibe, como se percibe la simpatía o el calor del otro. Pero tras un primer despertar, cuando de pronto el sol entra en la habitación, un reflejo de luz sobre el rostro que hay a tu lado puede hacerlo resaltar de tal forma que uno no se atreve casi a mirarlo, por si al hacerlo fuera a destruir algo.

—Buenos días —susurró Willem, y Lou soltó una frase como si aún estuviera soñando o no quisiera exteriorizar nada con el fin de prolongar su sueño.

—¿Cómo eras de joven? —preguntó medio dormida.

—Era el ídolo de mi calle. La calle que está justo delante de la ventana. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media. Tenías intención de telefonear.

—Sí, pero a las siete —él rodeó la cara con sus manos, la es trujó y ella sonrió. Sus dientes eran algo mates, se los lint piaba mal, seguramente con regularidad pero mal. Él se había acostumbrado a hacerlo en el trópico. Czerny había muerto sin dientes.

Lou observó la mejilla debajo del esparadrapo.

—Tienes que ir al médico.

—No es posible, me están buscando.

—A mí también.

—A ti te buscan un par de herederos, pero a mí me busca todo Frankfurt.

—¿Y cuánto tiempo te quedarás aquí, en esta habitación?

—Hasta que anochezca.

—Quizá podríamos dormir un poco más.

—Tú puedes dormir, yo reflexionaré.

Willem se tumbó boca arriba con las manos cruzadas detrás de la cabeza, mientras Lou se volvió hacia la pared. Se bacía la dormida, e inmediatamente él comenzó a acariciar su nuca. No quería que pensara que se dejaría engatusar. ¿O se había dejado engatusar hacía tiempo hacia una trampa bien distinta? Bueno, ella estaba en deuda con él, pero quizá también le quería de verdad, aunque era poco probable que huyera con él a Manila. Y tampoco él quería imaginar una vida con ella en aquella calurosa ciudad, explotada en todas sus esquinas, que una vez le había absorbido como a una esponja. Naturalmente vivirían en las afueras —cuando todo se hubiera solucionado— en dirección a Quezon, junto a los ricos, en una bonita casa de madera bien ventilada, con generales y estrellas de la televisión como vecinos, bellezas como Chin Chin Gutierrez. Willem arrimó una mano sobre los hombros de

Lou hasta que ella se giró también hacia arriba.

—¿Con quién has estado haciendo «qué» y «con qué fin» en Manila? —preguntó. Era lo único que le interesaba en ese momento.

—¿Qué importancia tiene? Somos libres.

Lou se hacía ahora la profesional, pero no era capaz siquiera de creerse ella misma aquel papel. En el fondo no quería ser libre, sino liarse con él. Desde su fotógrafo artístico berlinés, no había conocido a ningún otro hombre tan tierno —aunque aquella palabra le parecía estúpida, prefería decir «dulce»—, a ningún otro hombre tan dulce como a ese Hold o ese Pallas, con un agujero en la mejilla por su culpa, y todo ello sin quejas ni reproches, sí, incluso se lo había cosido él solito y no había dejado que ella lo hiciera ni le había dicho: «Ven, cósemelo tú...». Ni una sola palabra errónea había salido de su boca hasta el momento, una boca tan pálida y blanda que ella la palpó con sus dedos hasta que él la abrió y sus dientes asomaron intentándola atrapar suavemente.

—Que estuvieras sentado junto a mí la pasada noche en el avión no fue casualidad —dijo ella—. Alguien quería que su cediera así para que nos conociéramos.

Hold cogió aire y lo expulsó:

—¿Quién quería que fuese así? —preguntó reclinando la cabeza, con los puños junto a las sienes—. ¡¿Quién?!

Lou le miró y guardó silencio. Se había puesto pálida, muy pálida, razón suficiente para que Hold agarrara su blanca nariz entre su pulgar y su índice.

—¿Quién, maldita sea?

—No tenía por qué haberlo dicho.

—Es cierto, pero ya lo has dicho.

—¡Me estás haciendo daño!

—Aún no he empezado —dijo girando la punta de su nariz noventa grados como un interruptor viejo, mientras con la otra mano contenía el grito de Lou.

—¡¿Quién?!

—El hombre que acompañé hasta Manila.

—¿Y el que no te pagará hasta que regrese?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Me vas a partir la nariz.

—No necesitas la nariz para tu profesión.

—¡No es verdad!

—Será suficiente para ese tipo.

—Él también paga por mi cara.

Willem aflojó sus dedos y miró sus ojos verdes que se deshacían en lágrimas de rabia.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Se llama Zidona, no sé nada más.

—¿Cornelius?

—Puede ser.

—¿Puede ser o no? —susurró Hold.

—Sí, Cornelius. El doctor Cornelius Zidona.

—¿Y por qué no lo has dicho de inmediato? —él soltó su nariz y acarició la punta—. ¿Es de Munich?

—Va de aquí para allá —dijo Lou—. Munich, Frankfurt, Singapur. ¿Qué te pasa? ¿Le conoces? Por favor, dime que no.

—¿Que si le conozco? —Willem saltó de la cama y caminó de un lado a otro. No quería creerlo, aun cuando siempre había sospechado que Zidona no andaba muy lejos. El encuentro en Hong Kong entre dos vuelos era la prueba—. Conozco sus entrañas. Así que ha sido él quien te ha hecho seguirme...

—Sí, pero te lo he contado.

—Un poco tarde.

—Yo diría que bastante pronto.

—¿Teniendo en cuenta lo que te paga?

Lou cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—¿Qué significa para ti?

—Vivo de él.

—¿Qué significa para ti?! —Willem se precipitó de nuevo hacia la cama y zarandeó a Lou hasta que ella le miró—. ¿Entiendes la pregunta?

—No, no la entiendo.

—¿Amas a ese hombre?

—No, ¿por qué habría de hacerlo? —de pronto se echó a reír y Willem no pudo resistir tocar su boca—. Zidona llama por teléfono, aparece en mi casa y se vuelve a ir. Trabajo para él.

—¿En su mierda de empresa? ¿Y qué otras cosas ha hecho en Manila?

—Negocia contratos, algo relacionado con leasing. Le habla a la gente de unas taladradoras gigantescas hasta que se mueren por comprarlas. Estuve una vez en Marrakech. Hay una plaza allí con narradores de cuentos. Zidona es como ellos. Uno se cree simplemente todo lo que dice. ¿De qué le conoces?

—Le conozco de otra época. ¿Se ha encontrado en Manila con un hombre, un tal Narciso? Un tipo asqueroso que parece sacado de una película, como el viejo Estrada, con traje blanco, pelo oscuro...

—No lo sé. Sólo estuvimos juntos en el hotel.

—¿En cuál?

—En el Sheraton —respondió Lou, derramando a continuación una sola lágrima.

—Así que en el Sheraton, un buen hotel. Allí los gemidos no se oyen a través de las paredes.

—Yo no gimo.

—¿Y entonces para qué te paga? —Hold se dirigió a la ventana y miró hacia la calle a través de la abertura de la cortina.

—Sólo hacemos esto y aquello, enseguida se agota.

—Esto y aquello... ¿Y qué es lo que le gusta?

—¿Es eso tan importante? —preguntó Lou.

Willem se dirigió a la cama, se sentó y se palpó el esparadrapo. Estaba húmedo y caliente.

—Sí —respondió.

—Lo que les gusta a todos —Lou le miró fijamente—. La herida está sangrando de nuevo.

—Eso ya lo sé. Quiero saber lo que le gusta.

—Le gusta mi culo, ¿de acuerdo? ¿Quieres verlo? Así lo entenderás.

—Ya lo he entendido.

—No entiendes nada. Tengo que vivir de algo. Antes escribía poesías, pero las poesías no dan dinero. En una sola hora mi culo produce más dinero que las poesías de toda una juventud, suponiendo que alguien las quiera.

—Freytag las quería.

—Freytag está muerto. ¿Le ha llegado el turno a Zidona?

—No soy un asesino.

—Sólo has volado hasta Frankfurt para asesinar a un hombre.

—Soy tan poco asesino como tú prostituta.

Lou agarró su mano.

—Te creo. Perdona.

Willem lanzó una mirada al techo lleno de grietas. Luchaba contra una oleada de agradecimiento, como cuando su padre le había llevado un domingo al diminuto taller y, sin haber practicado antes, le había permitido desmontar un reloj despertador con la absoluta confianza de que todos los tornillos regresarían a su sitio, y así había sido.

—Está bien —le dijo.

Lou le arrastró hacia la cama y apartó la manta. Yacía tendida en ella con un pie sobre otro y le miraba expectante. Su desnudez era abrumadora, como si existiera una elevación de aquel estado, y él se inclinó sobre su estómago y comprendió el tatuaje del ombligo. En un instante, un trocito de pornografía se convirtió en un trocito de geografía.

—Hey, pero si es el lago de Garda —dijo.

—Sí, ¿lo conoces?

—Pasé unas vacaciones cuando era un chaval —le contó Willem tendiéndose junto a ella—. Allí me enamoré.

—Yo también pasé unas vacaciones cuando niña. Y también me enamoré allí.

—De la pequeña con el nombre estúpido —susurró Hold.

—Para mí sólo era el signore Branzger. El nombre de pila no tenía la menor importancia. Era un escritor. Murió hace poco.

—Como debe ser. Un auténtico escritor siempre está muerto —Willem besó la oreja de ella—. Entonces los dos conocemos de antes el lago de Garda. Y los dos conocemos a Zidona, aunque sólo yo de antes.

—No empieces otra vez.

—Tengo que hacerlo.

—Sólo tienes que desearme —dijo Lou.

—Más tarde, ahora tengo que telefonear.

—En Manila ya es noche cerrada.

Hold se agarró la cabeza:

—La noche sólo existe aquí dentro. Y para la gente como Zidona nunca se hace completamente de día. Él fue quién me encargó este asesinato, es él quien me paga. Pero eso te debe resultar conocido, supongo que le crearás capaz de ello —vio a Lou cerrar los ojos, pero debajo de los párpados parecían ocurrir muchas cosas como en una pesadilla—. Le crees capaz de ello, eso me tranquiliza. Sí, Zidona es peligroso. Pero desde anoche yo también supongo un peligro para él, así que volveremos a negociar. Y nuestro hombre de contacto se asienta en Manila.

—No se asienta en Manila. En este momento está tendido y duerme. Y eso es lo que deberíamos hacer nosotros también: dormir.

—No tengo sueño, tengo hambre —repondió Hold y Lou extendió la mano por encima de él para coger el bolso que yacía en el suelo. Un bolso con mil cosas dentro, como tiene que ser.

—Pero no puedes masticar.

—Puedo hacer muchas cosas.

Lou le miró fijamente, sus pupilas iban de un lado a otro como si aún buscara esas «muchas cosas», y con la destreza ensoñadora de todas las enamoradas, de entre las mil cosas que había dentro del bolso sacó de repente dos Snickers.

Feuerbach odiaba desayunar con personas que no conocía y si encima tenía que cuidar a desconocidos, el desayuno podía volverse prácticamente insoportable. Después de que Helen se hubiera marchado a la consulta de patología tan temprano, en primer lugar cargó auestas con su hijo, que no tenía la menor intención de ir al colegio, ni siquiera a la segunda hora. Kasimir estaba sentado en la cocina comiendo los cruasanes que Nola había comprado, gorroneándole cigarrillos y sirviéndose café. Un espectáculo que finalmente impulsó al nuevo inquilino a meterse en el cuarto de baño frente a un lavabo lleno de pelos y restos de dentífrico.

Nada como salir de aquí, pensó Feuerbach mientras miraba al espejo. La vida en familia se la imaginaba distinta, cuando menos paradisíaca de vez en cuando. Así que consideró los pelos y los restos de dentífrico como parte de su trabajo que, por lo demás, iba progresando: sus insistentes llamadas telefónicas durante la mañana le habían proporcionado una pista que podía llevar hacia la Schultz.

Cuando regresó a la cocina duchado y afeitado, Nola había desaparecido; su devoción era alarmante. Iba al seminario como quien iba a una batalla, la batalla por conseguir el título en teología, y en el sitio de Nola estaba sentado ahora a la mesa Richard Huemmerich, el padre de Kasimir, con una ridícula chaqueta moderna de otra época mejor, la época en que había sido director de arte. Entre tanto, el tipo de hombre que guarda en su memoria el número de móvil de ella.

—Así que es usted el nuevo —dijo.

—El nuevo inquilino provisional —le corrigió Feuerbach.

—Pero socio definitivo. ¿Quiere eso decir que cree usted en el futuro de una agencia de detectives?

—Yo creo en mi futuro.

—Y a mí me gustaría creer en el futuro de mi hijo. Pero está por aquí dando vueltas, en lugar de ir al colegio.

Feuerbach cogió la mitad del cruasán que Kasimir había dejado.

—¿No es *usted* responsable de él?

—¿Está hablando de mí? —preguntó Kasimir—. Creo que debería usted dejarlo, señor Feuerbach.

—¡Feuerbach! —exclamó levantándose el padre de Kasimir con una barba de tres días que parecía cubierta de pimienta y sal—. Un apellido célebre...

—¿Y?

—¿Está usted emparentado con el filósofo?

—Lo dudo bastante.

—¿Quiere eso decir que no lo sabe? ¿No ha tenido nunca curiosidad por saberlo? Seguro que sí.

—No —dijo Feuerbach—. Y ahora me gustaría desayunar —cogió la cafetera en la que aún quedaba un poco de café, y se lo sirvió en la última taza limpia.

Richard Huemmerich se encendió un cigarrillo.

—Le bajaré de Internet todo lo que haya sobre Feuerbach. Llámeme mañana: cero, uno, siete, nueve...

—No quiero su teléfono —dijo Feuerbach.

—Mi esposa lo tiene, en cualquier caso.

—Su ex esposa.

—A la que por desgracia voy a denunciar.

—¡Vaya! —gritó Kasimir.

—Sí. Tu madre ha infringido las cláusulas de la custodia. No me ha comunicado que pasarías la noche aquí. Está obligada a hacerlo, tiene que hacerlo.

Feuerbach dejó la taza.

—¿Y *usted* tiene que fumar aquí como una chimenea?

—Ésta es mi casa. La he comprado yo.

—Pero es su ex esposa quién paga las letras —Feuerbach abrió la ventana de la cocina—. Con el dinero de mi alquiler entre otros.

—Tiene una cierta lógica —dijo Kasimir y el cigarrillo que la mano de su padre sostenía comenzó a temblar. La cabeza siempre roja de Richard Huemmerich se volvió aún más roja. Sufría de hipertensión y sobrepeso. Su rostro guardaba, sin embargo, una cierta proporción. Todo en él era grande: la nariz, la boca, los ojos. No era un hombre guapo pero era imponente. Alguien en quien las mujeres confían sin saber por qué. A Feuerbach no le gustaba aquel tipo con aspecto de oso, que en el fondo era débil. Cogió el periódico que Nola había traído de la panadería y leyó el artículo sobre el atentado en el aeropuerto y el atraco al local. No había nuevos daros. Los nombres de los famosos, Louis Freytag y Vanilla Campus, dominaban los titulares. En el primero de los casos se hablaba de venganza, en el otro de robo con homicidio.

—¿Han recibido Helen y usted algún encargo ya? —preguntó Richard Huemmerich entre calada y calada.

—Sí.

—Pero no deberíamos hablar de ello aquí —Helen apareció de pronto en la puerta con un bol de arroz con leche en la mano:

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó al padre de Kasimir—. ¿Quieres dinero?

—¿Quién no quiere dinero...?

Feuerbach se disponía a fregar su taza.

—Quiere denunciarla. Por infringir las cláusulas de la custodia.

—¿Ah, sí? —Helen colocó el arroz con leche sobre la mesa y se volvió hacia su

hijo—: ¿Por qué no estás en el colegio?

—No tengo clase hasta la tercera hora.

—Ayer era a la segunda.

—Se aprovecha de tu debilidad —dijo Richard Huemmerich.

Helen le quitó a su ex marido el cigarrillo de la mano y lo tiró por la ventana:

—Di lo que tengas que decir y después lárgate —odiaba que cargara sobre ella su propia debilidad. Naturalmente quería dinero, desde que no lo ganaba siempre quería dinero. Lo que les había separado no era tanto su relación con Eick, era la pérdida de su trabajo, su blandura y pasividad cada vez más evidentes. Ella detestaba todos esos aspectos, pero tenía que reconocer que para Kasimir constituían una especie de seguridad, pues para él se convertían en paciencia, la paciencia que a ella le faltaba.

—Lo mejor será que os vayáis los dos ahora mismo —dijo y le deslizó a su ex marido un billete de cien, que él hizo desaparecer rápidamente en su moderna chaqueta, mientras Kasimir se disponía a salir.

—Dios te lo pague —susurró su padre siguiéndole con la elegancia danzarina de los gordos con gracia, pues aquel era hombre con el que Helen se había casado. En él estaba pensando, cuando la puerta de la vivienda se cerró.

—¿Alguna novedad? —preguntó Feuerbach y ella le habló sobre la consulta de patología, sobre la expresión del rostro de Freytag que parecía seguir viviendo de la literatura, hasta que de pronto se acercó a la ventana y le dio la espalda.

—¿Qué sucede?

—Algo que usted no debe ver —un temblor recorrió los hombros de Helen y Feuerbach se esforzó en permanecer sentado. Reunió las migas que había dispersas sobre la mesa y le contó los progresos que había hecho para localizar a la Schultz. Había conseguido hablar por fin con el taxista, un egipcio, en cuyo automóvil se había desplazado del aero puerto a la ciudad, aunque por desgracia no se había detenido en ningún edificio, era demasiado lista para hacerlo.

—Hizo que la dejaran delante de un anticuario, Rüger, en la Dreieichstrasse, en el que entró. He telefoneado a ese Rüger, pero sólo sabía su apellido y me contó que en otro tiempo había escrito poesías y que de vez en cuando le compraba libros de ediciones agotadas, volúmenes sobre arte, psicología y erótica. «Una mujer hecha a sí misma», dijo literalmente, que visita incluso un grupo de autoayuda y que habla sobre ello. Así que sólo hacen falta un par de llamadas más... ¡y es nuestra!

Helen se dio la vuelta:

—¿Sabe usted cuántos grupos de psicoterapia hay en Frankfurt? Puede pasarse la vida telefoneando.

—Eso depende de por dónde se empieza.

—Lo principal es que empieza.

—¿Y usted?

—Lo primero que voy a hacer es tirarme frente al televisor —dijo Helen— y recuperar el sueño de esta mañana.

Vanilla Campus miraba a una cámara como quien mira un rostro querido. Era la primera entrevista larga que concedía tras el atraco. Desde su época como presentadora en el consagrado telediario no había dejado de mirar al público en ocasiones como éstas, como si las informaciones sobre ella misma o de su matrimonio con Big Manni Busche no fueran sino una prolongación natural de las noticias del mundo que, en otro tiempo, ella misma había presentado. Las preguntas las formulaba Jan C. Bartels, de la escuela de deportes de la ZDF, al que de forma descarada le caía un mechón de pelo rubio sobre la frente que disimulaba su edad, lo mismo que Vanilla, cuya edad podía ser cualquiera entre los treinta y los cincuenta.

—¿Y estás segura de que el tipo de la máscara no te reconoció? —le estaba preguntando en ese instante (el mismo en que Willem Hold encendía el televisor de la habitación del hotel y seleccionaba la cadena Sat. 1).

—Habría reaccionado de una manera completamente diferente.

—Te habría pedido un autógrafo...

Vanilla miró sus manos, enfundadas como siempre en unos finos guantes de color negro.

—Su arma habría temblado al menos un poco. Pero no lo hizo.

—Y además mató a un hombre de un disparo —dijo Jan C. Bartels bajando la voz.

—Sí. A un ser humano.

—¿Y qué sentiste?

Vanilla quiso batir palmas, pero se detuvo justo a tiempo y se llevó las puntas de los dedos enguantados a las sienes. No hacía caso ahora de la cámara. Tenía la mirada perdida en el horizonte, mientras sus magníficos ojos se llenaban de lágrimas, como controlados por un microchip. Las justas para evitar que se derramaran sobre las mejillas empolvadas.

Jan C. Bartels arrugó la frente, igual que hacía antaño cuando llegaba de los partidos de los equipos que habían descendido.

—Creo que esta imagen vale más que cualquier palabra —dijo.

Vanilla echó la cabeza hacia atrás con decisión.

—No.

—¿No?

—No, uno no debe de guardar silencio al respecto.

—Entonces deberías decir algo.

—Sí —dijo Vanilla y con la punta del meñique enguantado levantó una lágrima

del párpado derecho.

—Hay que decir algo al respecto. Una persona ha sido asesinada y otras han sido robadas.

—Tú también.

—Sí, me exigió el reloj. Un Piaget. Con diamantes.

—Del que uno no se separa tan fácilmente.

—Yo no crecí con algo así.

—Tú procedes de un entorno más bien modesto...

—Mi madre trabajaba en una peluquería de Hanau. Allí fui al colegio.

—En Hanau.

—Sí. Mi padre era inválido.

—Y te viste obligada a entregar tu Piaget.

—No me quedó otra elección. Estaba apuntándome a la cabeza.

Jan C. Bartels se tiró del lóbulo de la oreja y formuló la pregunta que hacía siempre que tenía ocasión.

—¿Qué se piensa en un momento así?

—Pensé: en cuanto ese tipo contraiga el dedo, caerás muerta.

—¿Rezaste?

—Por supuesto que recé: querido Dios, ayúdame. Y pensé en mi libro. El libro de una mujer viva, no de una muerta.

Bartels miró en su monitor.

—*Bodymotion*, un abecé del sexo. ¿Cuánto tiempo tardaste en escribirlo?

—En el fondo desde que soy mujer.

—¿Y podemos saber desde cuándo lo eres?

Vanilla batió entonces palmas y soltó una carcajada. Jan C. Bartels abandonó la pregunta volviendo al asunto del atraco: cómo había reaccionado su marido.

—Estaba impresionado, igual que yo. Vimos la muerte delante de nuestros ojos.

—¿Crees en el más allá?

—En este momento creo en mi libro.

—Quiero decir... ¿crees en Dios, le buscas?

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Ha desaparecido? —de nuevo se pasó el cabello detrás de las orejas y Bartels volvió a mirar su monitor. Hubo un pequeño descanso, el pequeño descanso que a la mayoría de los espectadores les resulta largo. Vanilla Campus volvió a levantar con la punta de su meñique una lágrima de su párpado, después pidió que le permitieran hacer una declaración personal y, sin aguardar a recibir permiso primero, miró a la cámara y se dirigió expresamente a aquel que había matado de un disparo a un ser humano delante de sus ojos.

—Fue un gran error —explicó—. Y aunque un error tan grande como ése no se puede reparar, debería usted intentarlo. He visto sus ojos y no los olvidaré jamás. —Y diciendo esto, bajó la mirada, mientras Jan C. Bartels levantaba de inmediato la vista de su monitor.

—Creo que a nadie nos ha dejado impasible —dijo—. Gracias, Vanilla, gracias por haber venido.

—Soy yo la que tiene que dar las gracias —respondió ella.

—No, somos nosotros.

—Ha sido un placer. Soy yo la que tiene que dar las gracias.

—Entonces te agradecemos las gracias y te deseamos todo lo mejor para tu libro.
Vanilla Campus, ¡*Bodymotion!*

—*Pussy* de Hanau —murmuró Willem Hold mientras bajaba el volumen del televisor —, te atraparé... —por fin tuvo claro que estaba metida en el ajo, que era una mujer que iba tras el dinero de su marido, que nada era suficiente para ella y que todo estaba relacionado con Zidona, que seguramente también era su amante, para lo cual hacía falta tener sangre fría. Esa Vanilla Campus-Busche no parecía asustarse por nada, se había atrevido incluso a enviarle un mensaje en público. Pero en cuanto comenzara a reparar el gran error, su ondulada cabellera se pondría de punta, y en cuanto a sus ojos, al final conseguirían debilitarla más, aún más si cabe, que todo el dinero.

Willem se agarró la mejilla. El dolor había vuelto en forma de latido leve, como si el corazón tuviera una filial. Buscó el paracetamol en el bolso de Lou y cuidó de no buscar ninguna otra cosa. Algo le instaba a protegerla, incluso de sí mismo. La caja yacía entre llaves y recortes de periódico, artículos sobre el imperio de leasing de Busche. Desprendió uno de los supositorios de la lámina y pensó en ir al cuarto de baño, pero se quedó en la cama. Había que creer en los analgésicos y él no creía realmente en ellos. Sólo creía en aquella mujer que dormía con el rostro vuelto hacia la pared. Los dos habían dormido durante unas horas; después él se había despertado de repente con algún ruido familiar: los sonidos de su viejo Ostend, quizá los gritos de los animales del cercano zoo, los lobos, los monos, quién sabe.

Un rayo de sol descendía a través de la abertura de la cortina, deslizándose serpenteando sobre los hombros de Lou. Era primera hora de la tarde. Podía telefonear de nuevo a Manila, aun cuando el sol estuviera allí empezando a salir, pero el ex comandante manco no era dormilón. Willem lo intentó con su teléfono móvil y funcionó. ¿Por qué los hombres no podían ser tan perfectos como sus inventos? Homobono Narciso estaba entregado en ese momento a una apreciada ocupación masculina —entrenaba a su gallo de pelea, cuyo bronco canto llegaba hasta Frankfurt— y Hold le sorprendió con la noticia de que durante el trabajo en que él había actuado de mediador se había salvado de su propio asesinato por los pelos.

—¿Con quién hablas? —preguntó Lou. Aún no estaba del todo despierta. Con los ojos cerrados se estiró bajo las sábanas y Willem entró en el baño, donde la conexión se volvió peor.

—*Sorry for that* —oyó decir al ex comandante al otro lado de la línea. No era una disculpa particularmente creíble. Le dejó claro quién dictaría a partir de ese momento las normas, y se enteró de que su cliente había telefoneado desde el aeropuerto de Alemania hacía una hora para discutir sobre la nueva situación—: *And he will call me again soon.*

Hold observó en el espejo del baño sus oscuras y redondas pupilas, que casi abarcaban todo el ojo, y se sintió seguro respecto a su decisión. Terminaría el trabajo a cambio de un diez por ciento de todo el pastel, le hizo saber, o de lo contrario arruinaría todo el plan... El ex comandante guardó silencio. Parecía reflexionar. Su gallo de pelea lanzó un sonido gruñón y de pronto le prometió que haría todo lo que estuviera en su mano a cambio de la mitad de ese diez por ciento. Y Willem gritó:

—Why not! —y cortó la comunicación en el momento en que Lou entraba en el baño.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí.

Se quitó el esparadrapo y observó su herida.

—Tienes que ir al médico, Willem.

Hold roció con desinfectante los rebordes cosidos hasta que éstos brillaron.

—Estoy contento. No necesito ir al médico.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy —se pegó entonces al espejo y tocó la herida abierta.

—De acuerdo. Es tu vida —Lou comenzó a peinarse—, pero ya no es sólo tuya.

—¿Qué quieres decir?

—Que te quiero. Así que también a mí me pertenece un trozo —dejó clavado el peine sobre su cabello y rodeó las caderas con sus manos—. Digamos el trozo de la herida. Quiero que se ponga bien.

Willem sintió su mano entre las piernas. No importaba lo que sucediera después, pensaba, el dolor no tenía importancia. Y aun cuando su piel destrozada acabara colgando hecha jirones, aquello seguiría siendo una suerte. Quizá era posible hacer progresos en el amor sin tener sexo; sólo hacía falta pensar en ello cada noche. Todas las noches que había pasado en vela durante su exilio en Manila —sí, había sido un exilio; todos sus temores sobre si alguna vez sería capaz de hacer el amor desvelados en la habitación junto a Czerny, que tenía a su pequeña, la que le trajo la muerte— habían perdido de pronto su fuerza. Por primera vez el presente pesaba más que los malos recuerdos, empezando por el asunto de la laca tensora. De forma sutil pero evidente, el presente se distanciaba del ayer, y ese cambio lo había provocado él. Se dio la vuelta, miró el rostro de Lou y sintió amor.

—Vamos a la cama —le dijo, y se fueron a la cama.

Lou se inclinó sobre él y le miró a los ojos. Parecía no ver otra cosa. Willem no sabía lo que pensaba de él, sólo notaba que a su lado se sentía a gusto. Ni siquiera le había pedido explicaciones respecto al encargo que había recibido de asesinar a un hombre. Tanto para él como para ella, el dinero era la explicación, el dinero y ese hombre que pagaba. Ella posó sus labios en los suyos, pero no le besó.

—Háblame de tu amigo —le susurró como si hubiera leído sus pensamientos, y él le contó que no se habría embarcado jamás en aquel viaje a Frankfurt de seguir Czerny con vida.

—Nuestro negocio no se habría ido nunca a pique. Czerny habría estado atento. Era mi conciencia, a pesar de que me llevara a esa ejecución. Un amigo es siempre una conciencia.

—¿Qué tipo de negocio era? —preguntó Lou.

—Era una empresa de servicios de intermediación. Poníamos en contacto a la gente de dinero que llegaba a Manila con las personas con las que se querían reunir, desde un general a una reina de la belleza.

—¿Y qué ocurrió tras la muerte de Czerny?

—La Iglesia adquirió más poder y Estrada fue derrocado. Era el presidente ideal para un negocio de ese tipo. Las condiciones mejoraron. Por cierto, Zidona ya está en Frankfurt. Acabo de enterarme. El hombre a través del cual me contrató me lo ha dicho por teléfono. Zidona te ha mentado, por tanto, igual que a mí. ¿Sabes dónde puede estar ahora?

Lou apoyó su rostro junto a la mejilla sana de Willem.

—Probablemente en el piso donde me hospedo. ¿Qué piensas hacer?

—Hablaré con Vanilla Campus.

—No podrás acercarte a ella.

—Me acercaré.

Lou le besó en la sien.

—Menosprecias la fuerza de esa mujer.

—Quiere deshacerse de su marido, quiere todo su dinero. Eso la hace débil.

—Pero, en cualquier caso, acaba de publicar un libro.

—Eso la hace aún más débil.

—Es célebre...

—Yo también lo fui una vez. «El hombre que dispara entre los ojos» se publicó en el *Bild Zeitung* en letras bien grandes. Pero fue en legítima defensa.

—La mayoría de los crímenes se cometen en legítima defensa, Willem.

—¿Quién te ha dicho eso, tu protector?

—Nadie. Lo he pensado yo sola.

—Y yo pienso que esa Campus y Zidona...

—No —dijo Lou—, eso se sabría. Vanilla no haría algo así. Sólo se rodea de artistas gays.

—Lo averiguaré —Willem la envolvió con sus brazos—, pero no en este momento. Ahora voy a hacer otra cosa..., si tú quieres.

Y Lou Schultz se dejó besar por Willem Hold, quien casi no podía creerlo. Y así, no fue la boca de ella o el sabor de su lengua lo que le apaciguó el dolor en la mejilla. Sólo desearlo hizo que la besara y se creyera el dueño del mundo. Cielo y tierra se convirtieron en una misma cosa, un largo y cálido estar dentro del otro, y de existir el paraíso por un día, éste se hallaba en el primer piso del Hotel Burger, en la Zobelstrasse, al este de Frankfurt.

El amor no precisa de bastidores, excepto en la televisión; sólo necesita a los interesados y tiempo. Al terminar aquel paradisíaco día, Willem y Lou se separaron frente al hotel por dos horas. Ella deseaba cambiarse de ropa para acudir después a su grupo de terapia. Él la recogería allí.

Con la euforia de todo enamorado, ya pasada la guardia nocturna, Hold se dejó mientras tanto arrastrar al interior de unos grandes almacenes hacia el departamento de artículos de escritorio, mientras se preguntaba lo que estaría pasando por la cabeza de Lou. Nunca se sabía lo que a las mujeres les pasaba por la cabeza. Con su amigo Czerny había viajado a veces desde Dschidda a Addis por las mujeres etíopes. A estas bellezas de Biblia infantil las habían recompensado con dólares, aunque las habían hecho felices con huevos sorpresa que siempre llevaban por docenas dentro del equipaje —quien se iba de vacaciones a casa tenía que traerlos consigo— y los saudís los examinaban todos con rayos X. Necesitaron un tiempo para comprender lo inofensivos que eran los huevos con sus sorpresas infantiles, que incluso, últimamente, podían ya encontrarse en Dschidda, en el aeropuerto, preferiblemente refrigerados. Hold continuaba preguntándose en qué había consistido la auténtica alegría de aquellas jóvenes tan bellas que casi no se atrevía uno a tocarlas, únicamente a ayudar a sus dedos para montar el diminuto automóvil o el barquito siguiendo el plano, cuyas piezas habían aparecido como por arte de magia bajo la capa de chocolate, hasta acabar con un «That's it» por su parte, a lo que ellas respondían con un siempre susurrante «Thanks» o «Grazie».

Estaba en la planta baja y se acercó a un mostrador acristalado en el que se hallaban los mejores bolígrafos, los de metal plateado de punta alargada y un dispositivo que permitía cerrarlos. Willem pidió que le mostraran un Lamy twin pen IT —bolígrafo y portaminas en uno— con estructura de acero, no demasiado barato pero sólido.

—¿También aceptan dólares? —aún llevaba consigo los dólares que sobraban siempre de los vuelos nocturnos. La vendedora los aceptó a un cambio miserable y él deslizó el bolígrafo en el bolsillo interior derecho de su Classic V2.

Hold salió de los grandes almacenes y dio un rodeo —atravesando la Fressgass— en dirección al Oederweg. Quería ir andando hasta la esquina de Glauburg, donde Lou tenía su curso. Había oscurecido, pero en toda la Fressgass seguían realizándose compras en sus tiendas y locales distinguidos, todos nuevos para él. En otra época, frente al edificio del metro, cuando los automóviles aún circulaban por allí, la calle había tenido casi algo de malvada, con el Café Schuille y su escalera curva, y el viejo

Café de la Ópera atestado de señoras forradas de gruesas pieles sentadas frente a sus porciones de tartas. Quien caminaba por allí trajeado y con cartera o descendía de un taxi de color negro y pasaba la tarde sentado en cualquier parte, con blusa y prendedor, se tomaba en serio lo de estar allí, como su padre se tomaba en serio los relojes que le traían porque habían dejado de funcionar correctamente. Y ahora, pensaba Hold, todo aquello no era más que un juego, salvo para él.

Llevaba consigo la Cougar con el cargador lleno. Ocho disparos debían de bastar para salir sano y salvo de todo aquello. El último iría a parar a la entrepierna de Zidona después de que hubiera cobrado por el trabajo de Busche. Sólo tenía que ocurrírsele cómo quitarse de en medio a aquel hombre de un modo elegante, y cómo hacer llegar el diez por ciento del pastel preferiblemente a las Islas Caimán.

El Oederweg, se percató, también había cambiado mucho. El viejo Nordend había desaparecido, sólo los árboles habían persistido, y sintió que era un error caminar por allí con el esparadrapo en la mejilla y el arma en el abdomen. No encajaba en aquel lugar, como tampoco un mono encajaba subido a un tilo. Era un milagro, pues, que todavía nadie le señalara con el dedo. Willem caminó más rápido, como si alguien le siguiera, y después, casi aliviado, dobló hacia la Glauburgstrasse. El número de la calle que Lou le había dado pertenecía a un instituto con nombre de mujer y casualmente también un par de mujeres se hallaban delante de la entrada. Faltaba poco para que dieran las ocho. Se cambió de acera y se colocó detrás de una minivan con asientos para niños. Esos pequeños autobuses estaban ahora por todas partes, dirigidos a familias con un padre que quería, al menos, sus seis marchas, además de aire acondicionado.

Las participantes del curso eran, en su mayoría, madres vestidas de manera informal con un toque de elegancia, pues era de noche y en aquel grupo hacían algo por ellas mismas. Así se lo había explicado Lou, y en ese momento la vio. Llegó en taxi y aquello le gustó, porque las demás habían llegado en sus vans o en bicicleta, con zapatos chatos de varios colores y deportivos, mientras que los tacones de Lou le habrían bastado para vengarse del rubio. El grupo formado por ocho mujeres y tres hombres entró entonces en el instituto, un edificio que parecía una piscina sucia vuelta del revés, y caminando oculto tras un camión de latas de cerveza que pasaba de largo en ese momento, Willem alcanzó, sin ser visto, la puerta, que aún seguía abierta, y entró. Ya sólo tenía que seguir el rastro de su perfume que contrastaba con el olor a spaghetti y jabón de las madres.

La habitación en la que el grupo se reunía se hallaba en un segundo piso, lo que resultaba siempre un problema si a uno le buscaba la policía, pero una voz le decía a Hold que debía permanecer junto a Lou. No bastaba con recogerla después de la terapia de grupo. Le parecía más correcto quedarse cerca de ella en silencio, también durante la sesión o lo que fuera que se impartía allí. La guía del grupo, con unos pelos que ciertamente parecían un arbusto ardiendo, se dirigía hacia la habitación, cuando de pronto se dio la vuelta:

—¿Quiere unirse a nosotros? El grupo sigue abierto. Pero no quiero obligarle.

—¿No hace falta el bachillerato?

—No. En cualquier caso ha encontrado usted el camino hasta aquí.

Willem no sabía exactamente lo que la mujer había querido decir. De los años en su ciudad natal sólo sabía que a las guías les gustaba trabajar con trucos y quién sabe con cuál le saldría una vez estuviera sentado en aquella habitación. Por otro lado, estaría cerca de Lou y ella cuidaría de él como lo había hecho en la cama.

—De acuerdo —dijo.

Estaban sentados en sillas formando un círculo. Eso no se lo había contado Lou. Únicamente le había revelado, entre beso y beso, que aquél ya era su tercer grupo después de varios intentos fallidos. Fallidos por su causa, porque había aturdido demasiado a los participantes masculinos. Un grupo que aún estaba empezando y que se sentaba en círculo por principio. Y cuando Lou lo vio —él entró el último, como conducido por la guía— se pasó lentamente el pelo por detrás de la oreja. Eso fue todo, pero fue suficiente.

Willem se sentó frente a ella, junto a una de las ventanas que daban a la calle, entre dos madres más o menos de su misma edad que vestían traje pantalón con sandalias y llevaban las uñas de los pies pintadas de un color estridente. Quizá no eran sino mujeres que deseaban ser madres o separarse de sus maridos. En cualquier caso, a él le parecieron muy decididas por la forma en que estaban allí sentadas, con las piernas entrecruzadas y los puños sobre el regazo, decididas a valorarse a sí mismas a cualquier precio, empezando por los cuatrocientos que costaba el curso por semestre. Aquello también se lo había contado Lou. Un verdadero dineral para unas mujeres con pintura de uñas color rosa.

—Éste es el señor Pallas —dijo la guía, que se había presentado como Ute, y no como Schmalstieg-Reusch—. Con él, el grupo quedaría completo en el caso de que se quedara con nosotros. Si lo desea puede decir unas palabras, señor Pallas.

Él se había presentado con el nombre que usaba en Manila. Siempre era bien acogido por las mujeres, en cualquier caso por las que concedían importancia a un cierto esplendor.

—Soy soltero —dijo—, trabajo como guía turístico en el sudeste asiático y estoy aquí —Lou le había explicado que, más tarde o más temprano, todos tenían que confesar un drama cualquiera— porque cuando era un muchacho me produjeron quemaduras. Desde entonces, ser hombre me produce dolor. Y no es una metáfora.

Aquella coletilla se le había ocurrido en el último momento y precisamente con ella pareció impresionar a todos, especialmente a Ute, la guía.

—Creo que para los que estamos aquí, ser hombre o mujer no es ninguna metáfora —dijo ella, y todo el círculo pareció asentir levemente, excepto Lou. Ella se sonó la nariz con fuerza al tiempo que reía detrás del pañuelo.

—No he dicho sufrimiento, he dicho dolor —objetó Willem y en prueba de ello casi había mencionado el agujero en la mejilla.

—Sufrimiento es quizá algo más amplio —señaló la más guapa de las dos mujeres que le flanqueaban—. Yo sufro mucho, pero no puedo determinar con exactitud el punto de dolor.

—Yo sí —dijo Hold, intentando reconocer algo de la silueta de aquella mujer que sufría tanto. ¿Tenía cintura? Ésa era la cuestión. Pues aquellas caderas, se había percatado a la primera, sin cintura eran con seguridad su mayor problema.

—¿Y ese dolor se centra, en tu caso, en lo que se denomina generalmente masculinidad...? —la mujer que estaba sentada junto a Lou había lanzado aquella pregunta al círculo sin alzar la vista, como una pregunta dirigida a él, al que tuteaba así sin más, y Willem Hold empujó la silla un poco hacia atrás, como queriendo rehuir la pregunta, y de inmediato uno de los hombres le preguntó si estaba rehuendo algo y Willem contestó que sí, apartándose todavía más, lo que provocó dos cosas distintas, esto es, la compasión por parte de la mujer con las caderas problemáticas y que él lanzara una mirada a la calle a través de la ventana, hacia un hombre con una bicicleta de mujer que en ese momento miraba hacia arriba: era Steve McQueen enfundado en un anorak de color gris con la capucha medio colocada sobre el cabello rubio. Por tanto, no sólo sabía lanzar cuellos de botellas de vino, sino que tampoco parecía ser un mal perro sabueso, dado que había encontrado a Lou de forma tan rápida.

—La pregunta va dirigida a usted, señor Pallas —dijo la guía—. Pero ¿no se esconde algo genérico detrás, en las palabras masculinidad y dolor? ¿Realmente encajan?

Willem se rascó la nuca, lo que le permitió mirar de nuevo hacia abajo. El rubio estaba descendiendo ahora de la bici y se proponía ajustar la cadena alrededor de un poste, pero al parecer no tenía llave para el candado.

—Y por qué no feminidad y dolor —dijo él—. Encajan mucho mejor.

Alrededor de él se produjeron entonces sonidos de desaprobación y, a continuación, hubo un tenso silencio. La guía Ute cerró los ojos, parecía querer dejar que las cosas siguieran su curso.

—Quiero contar algo sobre mi hija —dijo una de las madres con sandalias—. Anoche vino llorando a mi cama y también yo empecé a llorar.

—Oh, mierda, mierda —susurró la que estaba sentada junto a la madre con sandalias, una mujer que llevaba un reloj de Micky Mouse.

—Sí, yo pienso lo mismo —dijo Willem Hold mientras miraba cómo el rubio empujaba la bici de mujer hacia el instituto—. Que las dos lloren no sirve de nada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la guía.

—Lo que acabo de decir, que no sirve de nada.

—¿Y para qué podría servir?

—No tengo ni idea.

La tuteadora sacudió la cabeza con los ojos cerrados:

—Vuelves a huir.

Willem miró a Lou —que continuaba con el pañuelo delante de la boca— y se puso de pie:

—Quiero decir, que necesito tomar el aire. ¿Puedo hacerlo, señora Ute?

—Es usted libre de hacer aquí lo que quiera, señor Pallas.

—Eso es poco frecuente. Ha sido un placer estar con ustedes.

—¿Significa eso que no va a volver?

—Probablemente no.

—Eso tienes que saberlo tú —dijo la tuteadora.

—Quién si no —respondió Hold haciendo una pequeña reverencia ante las miradas de todos que en ese momento cayeron sobre él, el extraviado, y lentamente caminó detrás de las sillas en dirección hacia la puerta por delante de la única participante hermosa que alzó un brazo y tuvo que estornudar, cuando el codo de él rozó su cabello, colocando la mano acto seguido sobre la nuca y dejando entrever una axila como pocas veces se veía en aquella casa, blanca y depilada, una pálida hondonada en la que Willem seguía pensando cuando llegó al pasillo que había delante de la habitación del grupo y cerró la puerta unos centímetros.

Feuerbach, murmurando algo para sí mismo, dejó la bici en el hueco de la escalera. Era de Nola. Lamentablemente no se la pudo pedir prestada antes de cogerla. Su murmullo bajó de tono pero no cesó. Durante todo el viaje hacia el Nordend había intentado grabar en su memoria unos números: el tres, el ocho y el once, el veintidós, el veintinueve y el cuarenta. Mientras recogía la cocina con la radio encendida —alguien tenía que hacer esas cosas en la casa— había escuchado los números, pero no había entendido su significado hasta que estuvo subido a la bicicleta. Se trataba de unas estadísticas sobre el número de niños que venía al mundo por minuto —como si alguien los contara en serio— ordenadas escalonadamente por continentes. Estaba seguro de que al menos cinco o seis números eran correctos, pero en el anorak recién salido de la tintorería no había ni lápiz ni papel, así que tenía que repetirlos machaconamente; unos números que quizá no le harían volverse rico pero sí tener una posición desahogada, lo bastante desahogada como para poder permitirse un buen hotel hasta que encontrara el piso que encajara con él. Feuerbach quería salir de aquella comunidad de inquilinos formada por dos mujeres, una guapa y joven, la otra guapa y algo mayor. No sabía lo que le desconcertaba más, sólo sabía que aquello no podía salir bien. Así que siguió murmurando para sí mismo de camino al primer piso del Instituto Ursula Schmid: «Tres, ocho, once, veintidós, veintinueve, cuarenta», unos números poco originales, pero ¿qué números de la lotería eran originales?, o dicho de otro modo: ¿qué suerte era original? Cualquier suerte era casual, lo mismo que cualquier desgracia. Creía en ello firmemente desde que había disparado contra el chico de la pistola de plástico. Y para él también era una suerte que la Schultz no se hubiera matriculado en su curso de autoayuda de forma particular, sino en la Universidad Popular, que detallaba la dirección.

Feuerbach oyó pasos y pensó que la persona que estaba buscando intentaba de nuevo poner pies en polvorosa. No entendía lo que buscaba en aquel ambiente. Las fulanas de ensueño, como ella, no sufren por lo general con su profesión, ni se permiten un psicoanalista de sienes canosas y con un Volvo. Algo no encajaba bien. Un hombre con una chaqueta de cuero de color negra bajaba las escaleras con una mano sobre la mejilla como si fuera camino del dentista, y Feuerbach vio en él su última oportunidad en cuanto a los números. A más tardar, la presencia de la Schultz los borraría.

—¿Tiene por casualidad un lápiz?

—Un lápiz —repitió Hold, metiendo la mano en la chaqueta Versace, mientras la mirada de Feuerbach descendía hasta unas zapatillas de deporte con cámara de aire,

unas zapatillas iguales a las del vídeo del aeropuerto y el atraco en el restaurante. Una asociación de ideas que requirió el mismo tiempo que Hold necesitó para sacar su afilado Lamy con un «Por favor», antes de que recordara de nuevo con qué fin se había comprado única y exclusivamente aquel portaminas, y quién le estaba pidiendo el favor, y su mano se cerrara en un puño, aunque no hiciera nada, detenido por un instinto que empujó la otra mano hacia la Beretta.

Y tampoco el rubio o Feuerbach —que seguía obsesionado en anotar los seis números— pudo o quiso comprender, en el intervalo entre dos latidos del corazón, a quién le había pedido algo para poder escribir. Y sólo cayó en la cuenta cuando vio las zapatillas o cuando finalmente la mano, que hasta ese momento había estado tapando la mejilla y un esparadrapo, de pronto descendió: al presunto asesino de Louis Freytag y al tirador enmascarado del Charlot. Pero para entonces ya había transcurrido otro valioso segundo, valioso para Willem Hold, que se había dominado y que volvió a asestar un codazo, aunque esta vez no en la nariz sino de forma horizontal, por lo que el Lamy salió disparado de su mano y rodó por las escaleras sin parar.

El codo golpeó directamente el estómago de Feuerbach, que se derrumbó como una ternera tras un disparo y Hold saltó por encima de él. Bajó deprisa las escaleras y recogió el lápiz. Reflexionó por un momento si debía regresar y después cogió la bici de mujer que había en el pasillo del edificio.

Lo primero que Feuerbach oyó tras sufrir una especie de desmayo acompañado de jadeos y sofocos, fue una puerta cerrándose y el sonido infantil del timbre de una bicicleta. Intentando aún coger aire, se afanó por llegar hasta la planta baja y desde allí hasta la calle, donde ya no quedaba ni rastro del hombre con el esparadrapo que había escapado en la bici de Nola. El tráfico fluía con normalidad, los peatones seguían su camino y una mujer con zapatos de tacón alto se dirigía a un taxi y se subía a él. Era la prostituta de lujo, Schultz, quién si no, a quien probablemente habían avisado por el móvil para que abandonara su terapia, y que había pasado a su lado. Había perdido en toda regla. Incluso los números se habían esfumado como demolidos por el golpe. Lo único que había quedado era una posible hipótesis, cuando no una certeza: el hombre del codo estaba relacionado con la persona que los herederos del picasso buscaban. Quizá incluso fuera el propio vendedor del cuadro. En cualquier caso, era la segunda vez que sacaba a la Schultz de un apuro y esta vez sólo había habido un medio muerto: él. Louis Freytag no había sido, por tanto, asesinado, sólo había sido víctima de una trágica casualidad. Y, a cambio de esa segunda hipótesis, había que pagar un precio, pensaba Feuerbach, mientras regresaba en el metro con las dos manos sobre su estómago revuelto.

Sólo cuando iba camino de la vivienda recordó la bici de Nola, la bonita bici de mujer con el cuadro de aluminio, y para justificar su pérdida había preparado unas excusas geniales hasta que pisó la cocina. Allí estaban Nola y Helen sentadas a la mesa delante de una cacerola con pasta, y el recibimiento que le hicieron fue tan

fraternal que no pudo sino decir la verdad.

—No se dice furcia —dijo Nola, cuando él acabó de contar su historia—. Se dice prostituta. Y mi bicicleta era de categoría...

—Te compraré una nueva. Y esa Schultz no es una prostituta. Ésa es una fresca que...

—Una fresca —interrumpió Helen—, y ¿por qué?

—Porque deja sin habla a cualquiera.

—¿Lo dice usted en un sentido literal?

—Lo digo en todos los sentidos, de lo contrario no hubiera llegado hasta el picasso. Es una mujer arrolladora.

—¿Y el tipo de las zapatillas con cámara de aire, con el agujero en la mejilla y mi bonito reloj? —preguntó Helen mirando a su socio a los ojos—. ¿Ése es supuestamente el cómplice de la Schultz?

—Sí, eso creo.

Feuerbach se levantó. Cogió la sartén con los restos de fideos fríos y la colocó sobre la cocina de gas. Su estómago vacío se había vuelto a tranquilizar, pero no quería perder tiempo cocinando, y menos aún bajo la atenta mirada de aquellas mujeres, así que subió el fuego a tope. La maraña de fideos restalló y crujió, y de inmediato se formó una especie de lío.

—Yo apagaría ya el fuego —dijo Nola.

Él los dejó crepitar un poco más y después volcó la rígida maraña sobre un plato.

—¿Cuánto costó la bici?

—No quiero una nueva, quiero la mía.

—Entonces tendré que encontrar al tipo.

—Oh, debería hacerlo —dijo Helen—. Cuando lo tengamos, tendremos probablemente también a esa arrolladora mujer.

—Me pregunto —con el plato en la mano, Feuerbach comenzó a comer de pie— por qué alguien como la Schultz asiste a una terapia de grupo.

—¿Es que una mujer arrolladora no puede tener problemas? —Nola le ofreció una silla a Feuerbach, pero él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—En cualquier caso, es también una prostituta —dijo Helen.

—Eso es falso —los fideos crujieron en la boca de Feuerbach—. Es una furcia de lujo.

Nola abrió una botella de vino tinto.

—No veo la diferencia.

—Hay una diferencia, como también la hay entre una pasta auténtica y estos

fideos duros —dijo Feuerbach, y quiso tirarlos a la basura, pero Helen le agarró del brazo.

—Eso se guarda.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El mayor tiempo posible.

—Tres días —dijo Nola—. O incluso ocho días.

Feuerbach dejó el plato y se fue a su habitación. De golpe le vinieron los números, los seis. Arrancó una hoja del bloc de cartas, los anotó rápidamente y guardó la hoja en el bolsillo. En ese mismo instante sonó el timbre de la puerta. Helen se dirigió hacia el telefonillo y él oyó su relajado «¿Sí, diga?».

Era su ex compañero Baltus. Parecía que lo estuviera esperando, en cualquier caso no se percibía en su tono sorpresa. Apenas puso el pie en la vivienda, ella lo condujo a su habitación y Feuerbach se sintió un poco desplazado. Se dirigió en silencio nuevamente a la cocina y pilló una palabra. Baltus estaba interesado en la cinta de vídeo del aeropuerto desaparecida. Lo mejor era, pues, que él no entrara en escena. Nola se cruzó con él en el pasillo:

—Vamos a mi cuarto —susurró.

Su habitación se encontraba al otro extremo del pasillo y era más grande que la suya. No era un antiguo cuarto de niños sino la antigua habitación creativa de Richard Huemmerich, el director de arte; luminosa y con vistas a la arboleda.

—No está mal —dijo Feuerbach.

No había sillas y Nola le ofreció su cama. Se sentó en el borde mientras ella lo hacía sobre la alfombra entre libros y revistas, CDs y papeles, un par de piezas de ropa interior, pequeños frascos y faxes dispersos, el encanto habitual y algo viciado de cualquier habitación de estudiantes. No se dejó conquistar ni impresionar por ella, como tampoco su tuteo pudo llamarle a engaño respecto a que los dos pertenecían a mundos distintos, el de ella era tierno y abierto, el suyo duro y cerrado, y aquello sólo podía superarse con obcecación. Uno tenía que amar y al final pagar. Lo sabía de su época de militar, dos años en el ejército del aire, un regimiento de instrucción sobre la dehesa alpina suabia. Cuando llegó a teniente estaba separado, pero ya como alférez había causado la infelicidad de dos personas, una mujer, a la que nunca debió tutear, y a sí mismo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Nola, y él hizo un movimiento con la mano. No pensaba en nada. Cuando se hacían ese tipo de preguntas, había que andar con precaución. Y no debía decirse la verdad. Porque pensaba en Inge Osterfeld, la viuda de un piloto que se había estrellado y a la que había consolado durante las tardes de los domingos con las canciones de Tina Turner en algún lugar de la zona de nueva construcción de Herbertingen, un pueblo de mala muerte no muy lejos del emplazamiento—. No se puede pensar en nada —dijo Nola.

—Está bien, estaba pensando en mi época de militar.

—¿Eras soldado?

—Sí, instruía a reclutas.

Ahora quería provocarla, pero Nola sólo sonrió y volvió al tema de su bici, cuando de pronto se oyeron voces en el pasillo. Helen salía del piso con Baltus.

—La bici no ha desaparecido —dijo finalmente Feuerbach—. Sólo ha cambiado de conductor. Pienso que la habrá abandonado en algún lugar tras su huida.

Nola le miró.

—Lleva grabado mi nombre. Y el número de teléfono de este piso.

—Eso también nos ayudará, porque con una grabación así sólo un profesional puede robarla. Lijará el nombre y el número hasta borrarlos y ofrecerá la bici en el mercadillo. Y allí la volveré a comprar.

—Ni siquiera tienes el dinero —dijo Nola—. De lo contrario no vivirías aquí.

Con ello había tocado su punto débil, y Feuerbach tenía la intención de poner límites de una vez por todas, cuando su móvil sonó. Era Helen que llamaba desde la calle. En efecto, Baltus había preguntado por la cinta una y otra vez hasta que finalmente obtuvo lo que buscaba a cambio de un pequeño favor. De camino a su automóvil le había revelado que las investigaciones del caso Freytag estaban ahora centradas también en un escritor novel de apellido Ollenbeck.

—Ollenbeck, es la primera vez que oigo ese nombre.

—El autor sensacionalista. El nuevo portento masculino desde ese reciente artículo en *Der Spiegel*. Su primera obra, *La triste piel*, ignorada por Louis Freytag, ha sido una auténtica sensación.

—Entonces tendría que estar contento.

—Pero Feuerbach, usted no entiende nada sobre las personas.

—Tanto como usted a mí.

—También usted podría ayudarme un poco —dijo Helen y le propuso encontrarse más tarde, a partir de las once, en un pequeño bar, el Orion, de la Oppenheimerstrasse, donde siempre había escritores merodeando—: Quién sabe, quizá nos encontremos allí con Ollenbeck.

—¿A partir de las once? ¿Y qué va a hacer hasta entonces? ¿Por qué no vuelve a subir? —Feuerbach no quería quedarse solo con Nola. Entretanto, ella sostenía en la mano una botella de vino tinto y se la tendía con una sonrisa de lo más conciliadora.

—Voy a pasear.

—Podríamos pasear juntos —dijo Feuerbach.

—¿Por qué no charla con Nola?

—¿Sobre qué?

—¿Qué tal sobre literatura?

—¿Qué tal si ponemos fin a esto? —Feuerbach comprendió que no podría rechazar la invitación a una copa de vino de Nola mientras estuviera hablando por teléfono, sino que, por el contrario, tendría que agarrar por fin la copa, lo que no habría sido posible sin que sus manos se rozaran, dado que la copa era frágil y estaba demasiado llena. La pregunta era, pues, a quién quería desairar, si a Helen o a Nola, y

enseguida decidió que a las dos, aun cuando el movimiento de negación de la otra mano fracasara.

—Oh, querido vino blanco —dijo Nola sacando de inmediato otra copa y una botella abierta que había fría en su balcón, él no tenía balcón aunque pagaba el mismo alquiler, y llenando la copa—. Yo seguiré con el vino tinto, el vino blanco no me deja dormir, me vuelve inquieta.

—¿Qué quiere decir inquieta? —Feuerbach probó el vino, algún producto de la región del Rin, generoso y ácido, y comprendió que la pregunta había sido un error, una estaca en lo más profundo de su alma.

—Inquieta quiere decir inquieta —respondió—. Por lo demás creo que el tipo del codo y la arrolladora están ahora mismo tendidos en alguna cama de hotel. La mujer le está agradecida y seguramente le tratará con delicadeza. Y a él le gustará.

—Eso me temo —dijo Feuerbach vaciando su copa.

Willem Hold había logrado prolongar una noche más su habitación en el Hotel Burger a pesar de la Feria del Libro. Un autor keniano, Johnson Bikuyu, de Mombasa, se había dejado persuadir a cambio de cincuenta dólares para dormir junto al pequeño editor japonés sobre el suelo de la portería de Rudi, lo que para Rudi significaban otros veinte euros; para él, sin embargo, otras ocho horas en la misma habitación con Lou, que en su presencia se había transformado en una suite con Whirlpool y vistas al mar.

Había salido triunfante de su huida y la valiosa bicicleta de señora con el nombre de su propietaria e, incluso, su número de teléfono grabados no la había aparcado, sino que la había subido hasta la habitación, donde se encontraba ahora a mitad de camino entre la cama y el armario, de forma que no se podía entrar al cuarto de baño sin chocar con ella. Lou había aparecido en el Hotel Burger sólo una hora más tarde que él, en cualquier caso, con una mala noticia. Zidona le acababa de enviar un SMS: «Estoy en tu piso esperando...».

—¿A qué espera? ¿Y qué significan esos tres puntitos? —preguntó Willem por segunda vez, mientras Lou desenredaba su cabello con los dedos. Estaban sentados uno junto al otro en la oscuridad. La luz de la calle que penetraba a través de la cortina reposaba en forma de suave brillo sobre el manillar y la silla de la bicicleta.

—Me espera a mí, está claro.

—¿Y los puntitos? ¿También están claros?

—Se imagina algo.

—¿Qué se imagina?

—Por Dios, le gusta mi culo.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué significa gustar?

—Le gusta contemplarlo.

—¿Y por qué?

Willem echó mano del mando a distancia; buscaba en alguna cadena una última edición de las noticias, pero todavía era algo pronto para la última edición; aún había gente sentada en el programa de Biolek —dos mujeres y un hombre— y dejó el programa sin volumen, aunque sin parar de mirarlo, pues le hacía sentir diez años más joven. En otro tiempo Biolek había mostrado esa misma sonrisa, supuestamente sorprendida por la manera de ser de sus invitados, que también habían dicho las mismas cosas, y una estúpida gratitud le invadió, como si pudiera regresar de nuevo al punto en que todo se había fastidiado.

—Por esto —respondió Lou y se desabrochó su cinturón de cocodrilo y de un

solo movimiento se quitó los vaqueros y unas braguitas blancas, lo que la hizo hundirse de espaldas y alzar las piernas con las manos enlazadas detrás de las rodillas.

Hold vaciló brevemente entre Biolek y el trasero de Lou, pero finalmente se decantó por su lado sentimental; una de las invitadas femeninas era Uschi Glas, a quien ya conocía de antes, de hecho de mucho tiempo atrás.

—Tú se lo enseñas, ¿y después qué ocurre?

—Lo habitual.

Willem sintió su corazón; palpitaba casi a la altura de la garganta. Debía ser el estrés, al fin y al cabo habían sucedido muchas cosas en un corto espacio de tiempo. Sólo el billete en primera clase para el vuelo de regreso le tranquilizaba; con él podía subir a cualquier aparato de Lufthansa. El siguiente hacia Manila partía la noche siguiente; hasta entonces tenía que encontrar una solución para Busche y a continuación conseguir un par de millones de la viuda. En su pellejo otros habrían sufrido de un infarto hace tiempo.

—¿Y qué sería lo no habitual?

Lou se enroscó de lado y se cubrió el trasero.

—Eso que todos quieren.

—Yo no.

—Bueno, vale, la gran mayoría. Te contaré algo y después quizá lo entiendas. Tengo además otro cliente, pero sólo dos veces al mes, un hombre al que no conozco porque antes de llegar tengo que vendarme los ojos. Tampoco él me ha visto hasta el momento, sólo por detrás, porque cuando cruza la puerta entornada del piso, yo ya estoy inclinada sobre la cama. Una hora después se vuelve a ir y me deja dos billetes de quinientos detrás de mí sobre la manta.

—¿Y qué sucede durante esa hora?

—Ni idea. No veo nada —dijo Lou.

—Interesante —Willem subió levemente el volumen del televisor, Biolek se dirigía ya al público; el programa estaba, pues, a punto de finalizar y a continuación vendrían las noticias. Uno podía fiarse de la ARD, en realidad hace tiempo que tendrían que haberle hecho un himno regional—. Pero alguna cosa notarás...

—No, casi nada.

—¿Y ese «casi-nada» dura una hora?

—Ya no es tan joven.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por su perfume. Estoy segura, suda intensamente. En cualquier caso se seca continuamente con Kleenex, y después deja caer los pañuelos y éstos me hacen cosquillas junto a las caderas. Una vez conté hasta veinte; los reúne todos después. Nunca deja nada atrás, salvo los dos billetes.

—Pero ¿a santo de qué?

—No lo sé.

—¿Me quieres decir que sólo da vueltas, suda como un loco y se detiene después de una hora?

—Sí, algo por el estilo.

—Pobre cerdo.

—Yo también lo pienso.

—¿Y Zidona sabe lo del tipo?

—Me pregunta incluso por él.

—Entonces ha sido él quien lo ha maquinado. Quiere tener al hombre bajo su control, esas cosas funcionan así —Hold se apoyó sobre los codos—. Dos veces al mes dices...

—Sí. Y siempre a la misma hora. Esta semana de nuevo: mañana a las ocho de la noche.

—Pero a esa hora estaremos en el avión.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos haremos ricos —dijo subiendo todavía más el volumen del televisor. Las noticias estaban empezando—. ¿O no?

—En cualquier caso, debería marcharme ya.

—Si Zidona te está esperando, por supuesto.

—¿Y qué le digo?

—Nada. Dile que te di calabazas. Lo que tiene que saber, ya lo sabe, supongo.

—Quizá baste con aparecer mañana temprano —susurró Lou.

—Si tienes una buena disculpa.

—Estaba de viaje con las mujeres del grupo de terapia. ¡Hasta mañana!

—Mientes bastante bien —dijo Hold señalando hacia el televisor. El asesinato de Louis Freytag seguía dominando aún las noticias, la policía continuaba pensando que se trataba de un acto de venganza. Se escuchó el nombre de Ollenbeck y una foto fue sobreimpresa: una instantánea borrosa en donde aparecía un hombre con gafas de sol y sombrero. En el fondo más nítido se apreciaba el agua y unos elevados cipreses, quizá se trataba de un lago o el mar, una escena vacacional, aunque atenuada por estar subexpuesta y atenuada también la sonrisa del escritor, del que sólo se distinguían las cejas, un pedazo de felicidad demoníaca, evidentemente tomada en la intimidad.

—No puede ser —murmuró Willem.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Lo sabes.

—Siempre piensas que lo sé todo. Ni siquiera sé lo que pasará ahora.

—Pero yo sí —dijo Hold apagando el televisor.

El pequeño bar Orion de la pequeña Oppenheimerstrasse se encontraba a tiro de piedra del rascacielos con vistas sobre la ciudad, en cuyo piso más caro esperaban a Lou Schultz, mientras Feuerbach, rodeado de personas alegres de cabello corto, todas más jóvenes que él, un rato más jóvenes, estudiaba la carta de cócteles. Helen era impuntual, iba con ella.

Nunca antes había concedido mucha importancia a las bebidas, a ese brebaje compuesto de Martini, ron y azúcar de caña y a todo ese hielo triturado sobre vodka con sabor a frambuesa, un lamer y chupar que le recordaba a los polvos efervescentes sobre la palma de la mano de otro tiempo. Había algo en ese tipo de bares que no encajaba; faltaban los adultos, los bebedores solitarios, y por un instante deseó que el tipo que le había dado esquinazo viniera a sentarse a su lado —un asesino fracasado que se dejara emborrachar— para, de fracaso en fracaso, entablar una conversación. La música cesó de repente y en ese momento escuchó cómo una mujer que estaba a su lado le explicaba al barman un deseo especial, previsto en la carta como «Deseo especial concreto». Se sentía realmente orgullosa de su receta privada y él le deseó una enfermedad: reuma o psoriasis.

—¿A mí también me traerán algo así? —preguntó alguien a su espalda. Feuerbach se dio la vuelta.

—¿Qué tal el paseo?

—Bien, gracias.

—¿Qué significa bien?

—He reflexionado largamente —dijo Helen— y he caminado mucho —tenía aún las mejillas sonrosadas, un aspecto lozano que no armonizaba del todo con el jersey negro de cuello alto que llevaba sobre un pantalón de pana beige—. ¿Por qué me mira de ese modo?

—No la miro.

—Entonces debo de estar bebida —Helen pasó con aprietos entre él y la señora de la receta privada, a la que le pidió la carta y la dejó enredar con un consejo. Como resultado, la señora le escribió la receta en una servilleta. Feuerbach tuvo que hacer el pedido bajo la triunfante mirada de la mujer, a la que deseaba ahora piernas con celulitis.

—¿Qué tal con Nola? —preguntó Helen.

—Hemos limpiado juntos la cocina.

—¿Eso es todo?

—¿Qué esperaba? —la música volvió a sonar, algún acorde de tango que en

ningún caso pertenecía a Frankfurt, y Feuerbach propuso salir.

—¿No teníamos intención de comprobar si había escritores?

—Aquí sólo hay analfabetos.

—¿Y cómo lo sabe?

—Fo percibo —dijo Feuerbach—. ¿Puede respetar eso?, aun cuando ésta sea su ciudad y no la mía.

El barman, un afable turco de ojos almendrados y frente ancha, trajo la cerveza y el deseo especial. Helen sacó dinero de su bolso.

—Paga la arrendataria.

Feuerbach se sometió, siempre se había sometido a las mujeres mayores —aun cuando sólo fueran mayores en su comportamiento—, pero nunca a una hermosa mujer que le llevara algunos años, tres o cuatro, pensaba, máximo cinco; y no sabía lo que hubiera preferido, si una diferencia de edad mayor entre ambos o ninguna. Se bebió su cerveza mientras Helen probaba su bebida, evidentemente decepcionada.

—Vayámonos de aquí.

Tuvieron que pelearse en toda regla para lograr llegar hasta la puerta, porque, entretanto, el bar se había llenado por completo, y Helen divisó entonces una cara conocida, un poeta de frente enrojecida y risa sonora, dibujante y bebedor también, sí, un artista en resumidas cuentas, probablemente uno de los últimos, una gran promesa desde hacía treinta años; habría podido recitar todos y cada uno de sus títulos, sólo el nombre lo tenía en la punta de la lengua (mejor que al revés) y permaneció allí obstinada, incluso cuando Feuerbach echó a andar en dirección al Main. Era ella la que se sometía ahora, simplemente le seguía, como había seguido por último al doctor Eick, el guapo patólogo, un gran error —lo había reconocido más tarde— y se había jurado no permitir jamás que un hombre determinara su rumbo. Pero uno más joven, pensaba, y además su inquilino, no entraba en ese precepto; sería una excepción, como un familiar lejano, y como si hubiera hablado en voz alta dando vuelta a los primeros problemas de la edad, su joven socio se detuvo de pronto al final de la Schifferstrasse.

—Dígame, Helen, ¿qué edad tiene usted realmente?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Si trabajamos juntos —dijo Feuerbach— debería saberlo —extendió una mano y siguió andando. Había comenzado a llover. Helen permanecía a su lado.

—Soy cuatro años mayor que usted.

—¿De veras?

—¿Pensaba usted que era más joven?

—No pensaba nada.

Helen le agarró del brazo.

—Naturalmente que pensaba usted algo.

—¿Y qué cree que pensaba?

—Que quizá yo fuera ya algo mayor, mientras usted sigue sintiéndose todavía

joven.

Feuerbach se quitó la chaqueta; la lluvia era aún más persistente.

—Póngasela —dijo.

—¿Y por qué tengo que ponérmela? ¿Cree usted que la lluvia puede hacerme más daño a mí que a usted?

—Puede hacer más daño a su jersey.

Helen sólo pudo asentir. Se dejó poner la chaqueta sobre los hombros y caminó después lo más rápido que pudo para evitar que a alguien se le pasara por la cabeza apoyar un brazo sobre sus hombros. Rodeó el parque del museo, ya conocía el intento de detenerse bajo la protección de un árbol con vistas hacia las luces de la ciudad, y dobló hacia la Schweizerstrasse.

—¿No le gustaría saber qué he estado pensando?

—Si fuera así, ya se lo habría preguntado.

—Miente usted, Feuerbach, quiere usted saberlo.

—De acuerdo, cuéntemelo.

—Sólo pensaba si ese tipo que deambula por ahí con el viejo reloj de mi padre, que derribó a Louis Freytag para que la Schultz pudiera escapar, y hace un rato le derribó a usted para volverla a ayudar, podría en efecto estar relacionado con la venta del picasso. Pienso incluso que quizá fueran sentados en el mismo avión. Sólo tendríamos que averiguar el nombre de ese tipo.

Feuerbach apoyó entonces un brazo sobre los hombros de Helen, pero sólo por un momento con el fin de frenar sus pasos.

—Tengo una idea —dijo él—. Sabemos que la Schultz viajaba en primera clase. Y en ella viajan, a lo sumo, una docena de personas que son atendidas quizá por dos azafatas o dos auxiliares de vuelo. Sólo tendría que encontrar a uno de ellos, estoy seguro de que podrá recordar a la Schultz y a su acompañante.

—¿Y de qué nos serviría eso?

—Podríamos decirles a nuestros clientes que la Schultz tiene un cómplice y que el asunto no resultará tan fácil.

—Eso ya se lo he dicho yo. Llamé hace un momento al hijo del fallecido, anda como loco detrás del dinero. Y agárrate bien: ha subido la recompensa a sesenta mil.

Feuerbach se detuvo entre la tienda Tchibo y una lencería, y miró a Helen, más impresionado por el enmascarado tuteo que por la elevada suma.

—¡Qué bien! —dijo.

—¿Qué significa «¡Qué bien!»? Podría usted alquilarse un piso. Y yo podría pagar el mío sola —Helen señaló un fuelle con manivela para atizar el fuego de la barbacoa por cuatro euros sesenta—: Qué práctico, ¿no?

—Si le gusta la carne a la parrilla.

—¿No le gusta?

—Odio la carne a la parrilla.

—¿Y qué le gusta entonces?

Helen continuó caminando y pasó por delante del carnicero Meyer con sus garmambainas de delicatessen y de otra tienda de lencería, el negocio más extendido en la Schweizerstrasse junto con las tiendas de telefonía, como si las mujeres del barrio de Sachsenhausen tuvieran intención de telefonear siempre con nueva lencería y con nuevos teléfonos móviles.

—Supongamos —dijo ella a la altura de la tienda Tengelmann, donde nadie compraba nada salvo que fuera absolutamente imprescindible— que tuviéramos una prueba de que el tipo del aeropuerto y el enmascarado que atracó el local, y que ahora lleva puesto mi reloj, son la misma persona y que, además, iba sentado junto a la Schultz en el avión. ¿Qué podríamos deducir?

—Que no tiene suficiente con el dinero de la venta del cuadro. Que vino de Manila para solucionar aquí un asunto con el que obtendrá mucho más.

—¿Se refiere usted al atraco? Pero ¿por qué iba alguien a volar de Manila a Frankfurt para robar sólo un par de relojes?

—Exacto. Por eso dudo de que fuera un atraco. Se trataba de algo distinto. Un asesinato.

—Entonces tendríamos dos asesinatos, el de Louis Freytag y el de ese detective.

—No —dijo Feuerbach—, lo de Freytag fue pura casualidad y en el caso de ese detective, una especie de legítima defensa. Creo que había puesto la mira en alguien muy distinto.

—En Busche y la Campus...

—¿Y por quién pagarían más?

—Busche, pues —susurró Helen doblando hacia la tranquila calle de Morgenstern—. Entonces estaríamos ante un asunto gigantesco.

—En el caso de que su ex compañero no haya llegado a la misma conclusión.

—¿Baltus? Ése no piensa en absoluto.

—Pero con nuestras reflexiones tampoco llegamos a ninguna parte. ¿Por qué el enmascarado no disparó a Busche? Cuando fue acosado por el detective pudo efectuar un disparo aparentemente errado.

—Pero el siguiente —dijo Helen— quizá le habría alcanzado a él: su teoría de la legítima defensa, Feuerbach. ¿Y sabe qué me viene ahora a la cabeza? —abrió la puerta del edificio y volvió a susurrar—: Que ese detective con apellido falso estaba implicado en el asunto, pero algo salió mal. La cuestión es qué papel juega la Schultz en todo esto.

Subieron lentamente las escaleras. Desde el piso llegaba una música.

—El concierto de clarinete de Mozart —dijo Helen—. A Nola le entusiasma. Tendrá que soportarlo cada tres días.

—Pues a mí me gusta la obra.

—Dentro de un mes ya no le gustará.

—Para entonces quizá tengamos la recompensa.

—Entonces tenemos que conseguirla —susurró Helen y entró en el piso. El

concierto de clarinete provenía del baño.

Feuerbach aguzó el oído para escuchar el delicado concierto, que asociaba con el desayuno de los domingos en la cama. Aún seguía pensando en el presunto atraco y en el papel de la Schultz, y bajó la voz.

—No deberíamos pensar sólo en la Schultz. Hay otra mujer que podría estar incluso más involucrada que ella en el asunto Busche...

—¿Se refiere usted a la Campus?

—En cualquier caso estaba sentada a la mesa de tal forma que si le disparaban a su marido no le podían dar a ella. Y también lloraba demasiado bien.

Helen miró a su inquilino.

—Entonces quizá haya que acercarse a la dama.

—Me sobreestima usted.

—¿De veras?

—Me temo que sí.

—Me temo que no —Helen entró en su habitación dejando la puerta abierta. Feuerbach se quitó los zapatos en el pasillo.

—¿Eres tú, Carl? —gritó Nola desde el baño—. ¿Estás solo?

—No lo estoy, ¿por qué?

La música se interrumpió y un ligero chapoteo se oyó a través de la puerta.

—Sólo pensaba que...

Helen apareció en la puerta con un cigarrillo encendido en la mano.

—¿Os tuteáis?

—Anoche estuvimos un rato sentados en la cocina. ¿Por qué fuma?

—*Porque* le sobreestimo. Buenas noches.

Habían estado un rato tendidos en la oscuridad sin hablar y sin el consuelo del televisor, hasta que Lou —impulsada por el silencio, pensaba Hold, hacia una especie de desesperación— se había aproximado con su boca, comenzando desde el ombligo y desde ahí continuamente hacia abajo. Y entonces él hizo una primera alusión a que ahí abajo no todo estaba en orden. Por lo general, un aviso era suficiente, pero Lou no se dio por satisfecha y se inclinó sobre él. Ahora, a excepción del Reverso con la correa de cuero amarillo, estaba desnuda.

—Por favor, cuéntame toda la historia —dijo y él simplemente comenzó.

Las palabras surgieron de pronto de forma espontánea, cuando en otras ocasiones había preferido inventar mil excusas a reproducir los hechos tal y como habían acontecido entonces en la residencia, en los aseos que había junto a la sala de gimnasia, un diecisiete de junio, cuando hicieron una hoguera en el exterior para exigir que el país se reunificara, lo que entretanto había sucedido hacía tiempo, mientras él seguía desgarrado. El fuego chisporroteaba en el patio y todos los alumnos y profesores cantaban «Einigkeit und Recht und Freiheit», y por eso ninguno había oído su grito cuando la cura de la laca tensora empezó. Así la había denominado Zidona, una cura, y tras anunciárselo había vertido con una cuchara sopera, gota a gota, la laca sobre su punta bajo la mirada de Wolke y Kickler, que le sujetaban brazos y piernas, y que más tarde extendieron minuciosamente la esmaltada solución con un pincel Pelikan a la luz de una vela, hasta que todo se secó y él, medio trastornado por el dolor, había gritado «por qué» una y otra vez, y la respuesta sólo había sido «porque sí», «porque sí, Hold».

Le contó hasta el último detalle; sus frases fueron concisas y claras, casi indiferentes, y esa indiferencia, su completa falta de costumbre al contar la vieja historia, conmovió a Lou y ella le cogió las manos.

—¿Lo intentamos de todos modos, Willem?

—Si tú quieres.

—A mí no me tienes que preguntar. Te lo pregunto a ti.

Y en lugar de una respuesta, él se arrodilló delante de ella y le separó las piernas —una hacia la izquierda, la otra hacia la derecha— de forma absolutamente simétrica. Después se inclinó sobre ella y le besó el pequeño tatuaje; su vientre tembló y él tembló con ella, mientras un tranvía pasaba sobre la cercana Hanauerstrasse. Debía ser el catorce en la larga recta hacia la parada de la Bärenstrasse; conocía su traqueteo cada vez más rápido, que finalmente se convertía en el pataleo y el zumbido *tadamm, tadamm* que había velado su sueño infantil.

—No pares —susurró Lou—, sigue —ella levantó algo las manos y cada uno de sus dedos se movieron en un minúsculo contrabalanceo.

Willem se tocó la mejilla, no dijo ni una palabra más. El dolor, pensaba, era más fuerte que todo lo demás. La mejilla era su oportunidad como la primera vez lo había sido la excitación, mezclada de orgullo y alegría; tenía veintitrés años, rezagado y virgen a pesar del servicio militar en Somalia. Tan sólo un viaje de Dschidda a Addis había precipitado las cosas una noche en el hotel Harambi con una cristiana etíope, al principio a cuenta de sus dólares, después ya no. Sólo en el vuelo de regreso, sobre el mar Rojo, había empezado el dolor. Lou brillaba entre las piernas; observó su vientre tembloroso, su boca buscándole, se había abierto tanto para él, que se hundió en ella.

—Llega hasta mi corazón —le dijo ella y él atrajo su cabeza hacia la suya. Así permanecieron tendidos durante un rato, tres o cuatro tranvías pasaron de largo. Yacían tendidos en completo silencio, prácticamente inmóviles, a excepción de unos mínimos movimientos, una leve sacudida de él o de ella, apenas perceptible, sacudidas como las que se producen en el vientre de una embarazada, y con cada nueva y leve sacudida de él se iba esfumando la razón por la que se hallaba realmente en Frankfurt. Sólo en el último momento se endureció entre las piernas de ella y entró en una corriente que le arrastró, hasta que de pronto pareció estar fuera de sí, cansado. Aquello le resultaba conocido. Había acabado ya.

Hold acarició el cabello de Lou, su cuello, los brazos que le sujetaban, como si con esas caricias pudiera borrar el cansancio, el atisbo de frialdad que a continuación era inevitable: como una ley fundamental de todas las conductas en la cama además de la de dormir.

—¿Dónde está el piso en el que espera Zidona?

—No muy lejos de aquí, pero en la otra orilla del Main, en la Gartenstrasse. En un rascacielos; abajo hay oficinas y arriba viviendas —Lou cogió un trozo de sábana y le tocó ligeramente—. ¿Me amas?

—Sí.

Sopló sobre la piel destrozada como sobre una quemadura.

—¿Es verdad?

—Sí. Y ahora, maldita sea, hablemos nuevamente de otra cosa. De tus poesías. ¿Todavía recuerdas alguna?

—No, las he olvidado todas.

—Y a ese Freytag le gustaban entonces...

—Pero otro escribió, en cambio, que no valían nada.

—¿Quién lo hizo?

—Se llamaba Kussler. Trabajaba en el *Süddeutsche*.

—Has olvidado tus poesías, pero aún recuerdas ese nombre, Kussler. Le dispararé en la rodilla.

—No —dijo Lou—, eso no es habitual en el sector.

—Pues yo lo introduciré —Hold echó mano de su ropa, buscaba la Beretta—. El

tipo estará seguramente en la Feria del Libro.

—¡No le dispararás en la rodilla!

—Pero te ha ofendido, Lou. Y yo te amo.

—Es absolutamente normal que un crítico escriba algo así.

—No lo es. Las personas simplemente se han acostumbrado a eso.

—*Es normal* —Lou bajó de la cama y se dirigió al baño—. ¿Qué crees que escribía Freytag?

—Entonces merecía morir.

—¡No lo merecía!

—De acuerdo, lo siento —gritó Hold—. ¿Por qué te lavas?

—Porque he de irme.

Lou apareció de nuevo y se vistió.

—Si Zidona no debe enterarse de lo nuestro, no debería hacerle esperar más. En cuanto tengas el dinero nos largamos.

—¿Te vendrías conmigo?

—Sí.

Sacó unos cosméticos de su abrigo de charol rojo y con un pincel extendió unos polvos dorados sobre ambos párpados. De repente le miró:

—Pero ha de merecer la pena.

—Lo merecerá —Willem se dirigió a la ventana y miró hacia la calle—. Zidona también cree que cuando Busche esté muerto tendrá acceso a cientos de millones con ayuda de la viuda, fondos que sin sus horas de fabulación no habrían aterrizado nunca en ninguna cuenta. Sólo tengo que ser más rápido.

—Pero la Campus aún no es viuda...

—¿Crees que Zidona tiene algo con ella?

—Las mujeres que quieren ser jóvenes eternamente no trabajan en exceso en la cama.

—¿Y cómo aguanta eso Busche? —preguntó Hold.

—Supongo que igual que Zidona.

—¿Es él ese otro cliente al que esperas mañana?

—No lo sé, he de irme —Lou se acercó por detrás a Willem y le besó en la nuca—. No te des la vuelta hasta que me haya ido. Y tampoco mires hacia la calle.

—¿Cuándo nos veremos?

—Llámame mañana a última hora de la tarde —respondió ella.

Y Willem aún oyó sus tacones, después la puerta rozando en el suelo antes de cerrarse, a continuación otra vez el tranvía y finalmente su corazón: *tadamm, tadamm*.

Helen fumaba Gitanes sin filtro como lo había hecho en el colegio y posteriormente en el servicio de policía. Si se fumaba, había que hacerlo bien, pensaba, y en general se podía arriesgar más siendo una ex agente: por ejemplo poner nerviosa a la Campus, hacer como si se supiera algo y perturbar también la paz de Busche o seducir al abogado que había tras él... Había corrido las cortinas y fumaba de pie. Antes de nacer Kasis fumaba treinta al día, pero ése era el segundo en toda la noche tras un descanso de meses. Algo desde la mudanza de Feuerbach había dado un giro; en cualquier caso, el concierto de clarinete de Mozart le ponía aún más nerviosa que la semana anterior. No tenía absolutamente nada en contra de Nola, pero sí en contra de Nola, Feuerbach y ciertos efectos de la teología. Nola sabía cómo utilizar el atractivo de su vocación, eran demasiado iguales en ese aspecto. Con un Gitane en la mano, Helen estaba desnuda frente al espejo del armario y se miraba.

Sus piernas eran algo cortas pero en cambio estaban bien formadas, ni demasiado delgadas ni demasiado gruesas, con las rodillas metiditas en carne, era importante no tener ahí ningún adoquinado. Y tenía cintura sin parecer delgada, una cintura con un vientre redondo, lo tenían todos los que no ocultaban ser de la acera de enfrente, lo mismo que los pechos con su incalculable peso. Un cuerpo sin signos de gravedad no era de este mundo; tampoco quería ningún hombre al que no le colgara nada, le resultaban igual de sospechosos que los hoteles de diseño: siempre que se encontraba allí con un muerto, parecía formar parte del interiorismo. Helen retrocedió un poco y lentamente se dio la vuelta; era una lástima que uno nunca pudiera verse del todo por detrás, porque lo que los demás decían sólo contaba la mitad. Qué hombre era de fiar cuando elogiaba un trasero. Miraba ahora por encima de los hombros y estaba a punto en ese momento de inclinarse hacia la luz cuando el teléfono sonó. Será Kasimir, pensó, y lo cogió.

—Tengo su bicicleta —dijo alguien.

—No, no la tiene —dijo Helen apagando el cigarrillo—. Pertenece a la mujer que vive conmigo. Sobre el bastidor aparece el número de teléfono que compartimos.

—Dígale al tipo que la conducía que debería quedarse en casa o, de lo contrario, acabaré con él.

—Está usted hablando de mi socio.

—¿Con el que estaba usted sentada en el local?

Helen se desplomó desnuda sobre la cama:

—Sí.

—De acuerdo, no tengo su bicicleta, tengo su reloj.

—¡El reloj de mi difunto padre!

—Un antiguo Mercier con estructura plana de veintrés por treinta y uno, de oro batido, poco frecuente.

—Me gustaría que me lo devolviera.

—¿Qué me ofrece a cambio?

—¿Qué le ofrezco a cambio...? —Helen repitió sus palabras, así lo había aprendido, así se hacía esperar a los que llamaban. Pero para qué, pensaba, al tiempo que buscaba su pijama—. En realidad ¿por qué ha llamado usted aquí?

—Para prevenirle.

No encontró el pijama, salió al pasillo y se deslizó hacia la puerta de Feuerbach, cuando menos también él debía escuchar.

—¿Prevenirme de qué?

—De mí —dijo Hold—. Si vuelvo a encontrarme con su rubio socio, le haré un agujero en la mejilla.

—¿Como el suyo?

—No exactamente, uno mayor. ¿Qué me ofrece a cambio del reloj?

Helen presionó el pestillo de la puerta y desde el pasillo entró algo de luz en la habitación. Con una mano delante de los muslos, la otra sobre el pecho y sujetando el auricular entre el hombro y la oreja, se dirigió de puntillas hacia la cama. El problema no era su falta de ropa, el problema era el posible chillido de Feuerbach.

—Qué le ofrezco —repitió Helen otra vez y respiró hondo al observar que la cama estaba vacía—. Bueno, podría testificar que disparó usted en el local en legítima defensa.

—¿Y qué más?

Helen salió de la habitación y se deslizó hasta el final del pasillo.

—Podría ocuparme de su herida...

—¿Entiende usted de eso?

Presionó el pestillo de la puerta de Nola:

—Soy médico —aquella mentira fue lo primero que se le ocurrió mientras reunía todas sus fuerzas para la verdad, Feuerbach en la cama de Nola, pero no tuvo que contemplar aquel espectáculo. Nola yacía ingenuamente tendida completamente descubierta hasta el ombligo; una de las piernas estaba doblada y roncaba. La tapó y retrocedió.

—Está inflamada —dijo Hold—. Me la he cosido yo mismo ¿sabe usted?

—Eso ha sido un error. Extraeremos los puntos y los volveremos a coser. Venga aquí y tráigame el reloj.

—El lugar y la hora los decido yo.

Helen se dirigió hacia el perchero. La chaqueta de Feuerbach no estaba. La pregunta era cuándo regresaría.

—Quizá no le quede mucho más tiempo.

—El tiempo es una cuestión subjetiva, he crecido entre relojes. Su Mercier es

bastante valioso.

—La salud también. ¿Sabe usted lo que significa una septicemia en la mejilla? Aullará de dolor.

—Eso ya lo hago.

—Y puede morirse por ello.

—De acuerdo —murmuró Hold—, deme su número de móvil.

—¿Por qué no fijamos la cita ya?

—¿Quiere usted el reloj o no?

Helen reflexionó un momento, pero no había nada que reflexionar. Si había algo que le recordara a su padre, era ese reloj que siempre había llevado puesto.

—Sí —dijo.

—Pues tendrá que darme su número.

—¿Por qué no nos encontramos ya?

—Porque aún he de hacer algunas cosas. Además debería usted dormir bastante antes de una operación de ese tipo.

—Pero estoy desvelada siempre a esta hora.

—¿Y qué va a hacer entonces?

—Escuchar la radio o leer.

—Yo simplemente me tiendo despierto —dijo Hold—. En fin, ¿cómo se llama?

—Mi nombre es Helen Stirus. ¿Quiere el número ahora? Cero uno siete dos, uno nueve seis seis, cuatro seis ocho.

—Gracias. ¿Conoce usted el libro de Vanilla Campus?

—He oído hablar de él.

—¿Y le interesa algo así, Helen?

—Ni lo más mínimo.

—Si eso es así, nos llevaremos bien. Y ahora repita el número.

Y Helen repitió el número y de inmediato oyó el ruido que hizo al colgar, como si hubiera utilizado un viejo teléfono clásico de color negro con dial, uno como el que había junto a la cama en casa de su padre, hasta la última vez en que ella no había consolado al enfermo durante la noche, sino al contrario, la única enferma había sido ella, la desconsolada.

—El sexo es para los demás —solía decir a su marido en la cama Vanilla Campus, nacida supuestamente en el mismo año en que se produjo el aterrizaje en la Luna, mientras en la televisión no perdía oportunidad de exaltar el amor físico como un elixir al que debía su lozanía y, por último, también la inspiración. En verdad había visto la luz antes de que construyeran el Muro y debajo de sus vestidos disimulaba las caderas de una parturienta múltiple, un destino con el que se sentía tan identificada como su firme acompañante, el nuevo autor sensacionalista Ollenbeck, a las raíces del arte de escribir. Ella prefería darse placer ella misma, eso era lo que se deducía por su abecé del sexo; se percibía la forzada ligereza en ese tema, presentado en un capítulo aparte sobre el que la crítica seria se había abalanzado de manera especial. No lo consideraban instructivo ni cómico (Frieda Mueller, *Die Zeit*) y muy alejado de la profundidad de los libros o textos análogos procedentes de Francia, en los que el regazo femenino actuaba siempre como metáfora (Dietrich von Egal, *Der Spiegel*). Ni siquiera con esa práctica parecía la Campus obtener plena satisfacción, como si quedara siempre la tormentosa certeza de que entre cielo y tierra había algo desde donde se podía hacer algo más, si se estaba dispuesto a sacrificar una parcela del propio estilo.

Pero Vanilla Campus habría preferido antes tirarse al pardo río Main que obedecer con un hombre la regla número uno de su abecé «¡Entrégate!», pues, en contra de todas las aclaraciones, ésta no podía significar otra cosa que dejarse llevar hacia un estado lejos de toda farsa, con rojeces en el cuello, el cabello sudado y sonidos como los del reino animal. En lugar de grandiosa, hermosa e inteligente, una estaría encorvada, arañada y mal de la cabeza: un envoltorio jadeante. Prefería encerrarse una vez al día con su Whirlpool en forma de corazón.

Vanilla —enfundada en un traje de Jil Sander de color gris intenso y una chaqueta de aviador— se encontraba de pie junto a la borda del yate a motor que Big Manni había adquirido recientemente, un Squadron Fairline 55, y veía desfilar los bancos de derecha a izquierda, lo que significaba que navegaba contra corriente o que se dejaba arrastrar contra corriente; el propio Busche manejaba su juguete de alta mar que había adquirido por amor a ella para hacer presentable, por decirlo así, el Main a la altura de Frankfurt. Planificaba comidas de negocios con los representantes de todos los partidos, incluidos los Verdes, a bordo del *Vanilla's Affair*, nombre con el que había bautizado el yate y, con motivo de la Feria y de la publicación de *Bodymotion*, esa misma noche —asombrosamente cálida para principios de octubre— estaba prevista, en realidad, una travesía con los críticos de habla alemana más importantes, una de

esas llamadas «recepción a bordo con lectura» que lamentablemente, debido a la trágica muerte de Fouis Freytag, había sido aplazada por recomendación de la asociación de críticos de habla alemana.

—Entonces la haremos solos —había dicho Big Manni, y de ese modo navegaron entre el Raunheim y el Offenbach alcanzando el punto culminante en el tramo de Frankfurt que pasa junto a la famosa Museumsufer, donde se habían apiñado curiosos hasta la medianoche.

Entretanto, todos se habían marchado, incluyendo dos equipos de televisión, y Vanilla miró algo melancólica a la banda de enfrente, a la orilla de las torres de dinero, una superficie verde más bien desolada con un puesto de cerveza y un banco en el que estaba sentado un hombre solo, rubio y con un papel en la mano que pudo distinguir. Nada más irse los últimos fans de Vanilla, ella se había puesto sus gafas, de las que sólo un puñado de personas conocían su existencia, entre ellas su óptico londinense.

El yate dio una sacudida y Vanilla, abrazada desde ese momento a la borda, observó cómo el hombre del banco se volvía de repente más pequeño, porque Busche volvía a pisar el acelerador delante del Eisernen Steg y, de no haber entrado en funcionamiento los cientos de caballos y provocado una poderosa ola de popa detrás del Squadron, quizá se habría percatado de que se trataba del rubio del local que aquella noche había rematado todo aquel fiasco con su lanzamiento de botella. Se cerró la chaqueta de aviador y miró hacia la cabina, al pescuezo de toro de Big Manni que lanzaba fuertes gritos de júbilo conforme su juguete cogía velocidad, surcando el Main, el aire, la noche. Un niño grande jubiloso que sólo pensaba en perforar agujeros y en hacer dinero. Ya en su cajón de arena sólo había cavado agujeros, como atestiguaban viejas fotografías, mientras deseaba taladrar el mundo entero desde su mesa de despacho en el Nordend de Frankfurt. Sus máquinas se hallaban, en un número difícil de calcular —como una familia estrechamente estrafalaria—, sobre el terreno de un cuartel estadounidense en Friedberg. Taladradoras del tamaño de una casa que él había bautizado personalmente con el nombre de hijos únicos mucho tiempo anhelados: Sebastian, Moritz, Gabriel. Aquel hombre estaba loco, también por eso tenía que deshacerse de él.

Feuerbach —cansado de ese día, pero también de confiar en que llegarían días mejores— había clavado la mirada en el papel con los números de lotería. El hermoso barco había pasado delante suyo como el fragmento de un sueño. Entretanto se había quedado dormido sentado, nada de particular después de un año dando la vuelta al mundo; sólo había que estar lo bastante cansado. A última hora de la noche había realizado desde el piso una serie de llamadas telefónicas a varios departamentos del aeropuerto y a un servicio de catering, y finalmente había conseguido el nombre de una azafata que había estado en el último vuelo de Lufthansa Manila-Frankfurt en primera clase. Todo lo demás lo encontró en la guía de teléfonos. Vivía en el Westend, en la Bettinastrasse, y se llamaba Heike Puschmann; una dirección y un apellido de peluquera que le pusieron tan nervioso que salió del piso y dio un paseo a orillas del Main.

La azafata Puschmann, según había sabido, volaba hacia Barcelona al día siguiente por la mañana. Por lo tanto, tenía que levantarse muy temprano, alrededor de las seis, y eso quería decir —cuando despertó en medio de la neblina y miró el reloj— que apenas quedaba una hora. Un poco antes de las seis, pues, podía tocar el timbre de su casa, el número once de la calle, y antes de desayunar con Heike Puschmann pasaría rápidamente por el puesto de lotería. Todo cuadraba, también los números del papel, ¡incluso el once!

De golpe, Feuerbach se levantó del banco y para entrar en calor decidió dar una vuelta sobre el antiguo puente; después paseó a lo largo del Museumsufer hasta el Holbeinsteg, cruzó hacia el barrio de la estación y desde allí se dirigió hacia el cercano Westend. Comenzó a un ritmo lento, pero pronto aligeró la marcha y se sintió bien. Ese día, que apenas había comenzado, parecía pertenecerle a él, sólo a él. En todos los años de funcionario nunca había experimentado una sensación igual, casi un sentimiento de grandiosidad que se desvaneció inesperadamente cuando, delante del museo Städel, pisó algo blando, un enorme montón todavía humeante, y enseguida vio al culpable: el gigantesco perro de la cercana calle de Morgenstern que no estaba con su dueña por su forma rastrera de huir.

Feuerbach le lanzó una piedra que trazó una línea recta en la niebla. Después arrancó unas hojas para untar el zurullo más grande, pero las hojas no le sirvieron de nada, estaban demasiado mustias y el único papel que llevaba consigo era el de los números. Los repasó una vez más: tres, ocho, once, veintidós, veintinueve, cuarenta; cómo iba a olvidarlos. La mayor parte la despegó con ayuda de la hoja, que simplemente lanzó al Main, pero detrás, sobre la piel de las flamantes zapatillas

deportivas, quedó una desagradable película.

Más tarde en los baños de la Hauptbahnhof, a pesar del agua y el jabón, no fue tampoco capaz de eliminar los últimos rastros, y Feuerbach meditó maneras de vengarse. Desde siempre había detestado a los perros, aun cuando estuviera mal visto; eran estúpidos y sumisos, al contrario que los gatos, por los que sentía adoración. Todavía inmerso en sus planes de venganza, entró en el primer puesto de lotería abierto, en la planta baja de la estación, y se desprendió finalmente de los números que retenía en la cabeza. El resguardo lo introdujo en el portamonedas, entre los últimos billetes. Ya iba siendo hora, pensaba, de acercarse a los honorarios prometidos. Después telefoneó a Heike Puschmann, que en ese mismo momento estaba poniendo el café al fuego, y le espetó la verdad: que era detective privado y que sólo ella tenía en sus manos su futuro profesional. Y a las seis y cuarto, la azafata de la primera clase le condujo, ya enfundada en su uniforme, pero descalza y con el cabello todavía húmedo de la ducha, al interior de lo que llamaríamos un piso de diseño.

—¿Qué desea beber? —preguntó Heike Puschmann.

—Cualquier cosa excepto zumo de naranja Dittmeier.

Feuerbach la siguió hasta una habitación, presuntamente la cocina, y se golpeó con la angulosa pantalla de una lámpara. La azafata Puschmann sacó por arte de magia los cubitos de hielo de una máquina cromada y se los extendió diciendo:

—Esto servirá —su naturaleza práctica era seductora, era de esas mujeres que dejaban a Feuerbach sin habla. Sólo cuando se colocó los cubitos de hielo en la frente recordó lo que en realidad quería de ella:

—Se trata de cierta pasajera —dijo— que viajó en el último vuelo nocturno Manila-Frankfurt, alta y morena. De ojos verdes, boca exuberante... Su apellido es Schultz.

—Eso no era una boca exuberante —respondió Heike Puschmann.

—¿Qué si no?

—Ésa sólo tenía labios gruesos. Y tampoco sabía comportarse, en todo el vuelo no dio las gracias una sola vez. Llevó el antifaz puesto todo el rato. El tipo que estaba a su lado tenía mejores modales.

—¿Qué aspecto tenía?

—Bastante bueno, aunque con arrugas. Pero tenía los ojos de Richard Gere, se lo aseguro.

—Pero si ése tiene unos ojos minúsculos.

—Sí, pero prácticamente son todo pupila. Y ese tipo tenía las pupilas tan negras como el azabache.

—¿Recuerda su apellido?

—Pallas.

—¿Aún lo recuerda? —Feuerbach se sentó con precaución en la silla, junto a una mesa en forma de estrella.

—Es normal. ¿Café o té?

—Té oscuro y sin azúcar. El tipo le gustó entonces.

—Tenía algo. Pero ¿por qué me hace todas esas preguntas? En realidad no debería darle ninguna información.

—Sé apreciarlo, señora Puschmann.

—Puede llamarme Heike.

—Heike, ¿es usted de Frankfurt?

—De Gross-Gerau.

—De Gross-Gerau. Eso es parecido a Hanau ¿no?

—No ha contestado usted a mi pregunta, señor Feuerbach.

—Carl. Con C. Ese hombre con los ojos de Richard Gere es un asesino. Nuestro mejor crítico reposa sobre su conciencia.

—Oh Dios santo, esa historia —dijo Heike Puschmann y sirvió el té en una taza con forma de huevera—. ¿Lo hizo él?

—Sí. ¿Le gustan los libros?

—Si no son demasiado gordos y tratan sobre el amor.

—¿Sobre el amor? ¿Sabe usted algo de eso?

—De lo que una se va enterando —respondió Heike Puschmann.

—Bien. Entonces reflexione. ¿Ese asesino bien parecido, Pallas, tenía alguna relación con la mujer que había sentada a su lado, esa Schultz?

—Yo diría que sin ninguna duda. Allí empezó algo.

Heike Puschmann salió de la cocina y regresó con unos zapatos de punta fina y un peine en la mano. Comenzó a peinar su húmedo cabello rubio.

—¿O sea que los dos se conocieron en el avión?

—Ésa fue mi impresión.

Feuerbach se levantó. Rodeó la mesa y se golpeó con la punta de una de las estrellas. Aquel giro arrojaba nueva luz sobre el caso.

—¿Ocurre a menudo?

—Continuamente —dijo Heike Puschmann—. Vayamos mejor a la otra habitación; he de hacer la maleta.

Feuerbach la siguió hacia un dormitorio con salón y buscó un asiento, pero todo aquello que tenía algún parecido le recordaba a grandes insectos.

—¿Difería en algo de un caso normal?

—Para ello debería saber lo que sucede en los vuelos nocturnos en primera clase, cuando después de la película se apagan todas las luces y el Atlántico brilla allá abajo...

—La escucho —dijo Feuerbach.

Heike Puschmann introdujo ropa interior de color azul pálido en su equipaje de azafata.

—En cualquier caso, los señores pidieron, entremedias, vino tinto —cerró la maleta y regresó con Feuerbach a la cocina—. ¿Le gustan los huevos revueltos?

—Prefiero los huevos fritos.

—No hay problema —sacó unos cubiertos que parecían estar rotos y puso la mesa para dos personas—. En el fondo —dijo— por la noche sólo nos entretenemos haciendo la vista gorda.

—Pero a ese Pallas lo vigiló usted...

—Le serví —Heike Puschmann cascó cuatro huevos en una sartén y después continuó peinándose—. Como he dicho, era un hombre cortés.

—Que asesina a personas. No sólo a ese crítico.

—¿Qué tipo de gente cree usted que viaja en primera?

—¿Y lo hacen de verdad? —preguntó Feuerbach.

—Sólo esperan a las turbulencias. En cuanto se tambalea empiezan sin ceremonias. Nosotros lo llamamos *Jetstream love*.

—¿Eso es cierto?

—Por desgracia, sí. Espero que no lo vaya usted contando por ahí. Aquí tiene sus huevos.

—Por supuesto. Gracias.

Feuerbach cogió el cubierto que parecía estar roto y los probó. Los huevos estaban perfectos.

Heike Puschmann se sirvió café, mientras se sujetaba el pelo haciéndose una cola de caballo con la otra mano.

—Acabo de recordar que esa Schultz también viajaba en primera en el vuelo de ida estando yo de servicio. Era la acompañante de un hombre de negocios mayor con gafas de sol, unas Ray Ban negras.

—¿Acompañante o amante?

—Yo diría que era su conejita privada.

—Una diversión muy cara, si es él quien paga el vuelo. ¿Y su apellido?

—No soy un ordenador —dijo Heike Puschmann colocándose una anilla roja alrededor de su cola de caballo.

—Sin duda —Feuerbach se levantó; había desayunado suficiente y se había enterado también de suficientes cosas—. De todos modos, intente recordarlo.

—El nombre se ha esfumado, no hay nada que hacer. Pero era de los que de noche sólo beben café y leen libros. Buenos libros.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque no conocía ninguno de ellos —dijo Heike Puschmann y Feuerbach, a punto de enamorarse ante tanta sinceridad, encontró una disculpa para salir corriendo.

Willem Hold apretó los dientes y tiró del esparadrapo de la mejilla. Los supositorios se habían acabado, también el spray para las heridas e incluso su optimismo en lo referente a aquel agujero. Le seguía doliendo y tenía mal aspecto, sobre todo bajo la luz rojiza de la habitación de una casa de citas no muy lejos de la estación, en la Elbestrasse. El único cobijo que pudo encontrar, a pesar de la Feria del Libro, al precio de cien euros por cuatro horas completas, incluido un pedacito de jabón de color rosa, una toalla ya traslúcida, una habitación de paredes finas con un techo inclinado y vistas al Dresdner Bank. La zona húmeda se hallaba tras una cortina de plástico de color verde. Junto al espejo del lavabo había pegado un logo de Microsoft y sobre el retrete había un póster publicitario de la ciudad de Frankfurt, la city al amanecer. Willem añoró su habitación en el Ostend que, entretanto, ocupaba el autor keniano Bikuju, el cual no estaba dispuesto, ni siquiera a cambio de más divisas, a pasar otra noche en el suelo junto al pequeño editor japonés. El orgullo africano era, pues, el culpable de que tuviera que encontrarse en aquel entorno con la mujer que curaría su herida a cambio de su reloj.

La había telefoneado nada más ocupar la habitación, le había explicado su situación —la cama sobre la que se hallaba tendido tenía que desalojarla a primera hora de la tarde, por tanto tenía que darse prisa— y después le había dejado claro lo que ocurriría con el bonito reloj de su padre si llegaba acompañada del rubio o directamente con la policía a cuestras. Finalmente acordaron encontrarse a las doce del mediodía.

Pero, entretanto, habían dado las doce y media y Hold seguía aguardando a la presunta médico, mientras Helen —tras un cursillo relámpago en curar heridas y poner inyecciones, impartido por su ex amante el doctor Eick— volvía a repasar, en el viaje en taxi hacia el barrio de la estación, todo lo que llevaba consigo: los instrumentos, las ampollas, las pomadas, las grapas y los vendajes; todo colocado, según el orden de utilización, sobre el fondo de un clásico maletín de médico, entre un libro, *Bodymotion* de Vanilla Campus, y una bonita Springfield Target, Luger 9 milímetros, regalo de despedida de sus colegas.

Helen estaba sobre aviso. Había telefoneado a Feuerbach y se había enterado de todo lo relevante sobre su conversación matinal con la azafata Puschmann (todo lo relacionado con el caso) y el doctor Eick la había informado del estado de las investigaciones sobre el asunto del robo con homicidio. Y después de todo, aquel hombre, que la había hecho acudir a una casa de citas para intercambiar el reloj de su padre por cuidados médicos, le parecía a todas luces poco común. Por afecto hacia

alguien que había conocido durante el viaje —la prostituta Schultz, a quien en realidad ella perseguía— había asesinado aparentemente al azar; y por dinero —seguramente no una cuantía pequeña—, dinero que le había traído de Manila hasta Frankfurt, había matado de un tiro a un hombre que le había intentado disparar, pero no a la persona a la que tenía que haber asesinado en medio del caos del atraco. Y el ex amante de Helen, el doctor Eick, le había sonsacado algo más a su ex colega Baltus por teléfono; esto es, que desde la reunificación se había ocupado de manera tozuda, aunque servicial, de todos los atracos a las joyerías de Frankfurt. Y que sólo en dos casos el autor de los hechos había escapado. Uno, sucedido hacía menos de un año, había sido realizado con la mayor profesionalidad; el otro, ocurrido diez años atrás, había acabado con un muerto. El dueño de la tienda tenía un Uzi pero, antes de que pudiera disparar, recibió un tiro en la mitad de los ojos. En aquel entonces se buscó a un tal Wilhelm Hold, cuyos padres tenían una pequeña relojería en el Ostend. El Ejército federal denunció que el arma había sido robada de las existencias reservadas a los tiradores especialmente buenos.

Tenía que andar, pues, con mucha precaución y en el interior del taxi cargó su Springfield, oculta tras el abecé del sexo de Vanilla, que había comprado en Hugendubel de camino a la patología, para hacerse una idea más exacta de la eventual viuda de Busche. Su foto adornaba la solapa: una mujer de cabellos ondeantes, mirada ardiente y toda la boca ligeramente entreabierta mostrando atisbos de una sonrisa. No era una expresión estúpida, al contrario. Por lo demás, resultaba en cierto modo extraña. En cualquier caso no era la típica alemana, tenía un toque de minoría, *puszta* y persecución. Como tiene que ser, pensaba Helen, e introdujo el arma en su abrigo.

En la esquina de la Elbestrasse con la Kaiserstrasse descendió del taxi y caminó el último tramo a pie. La pensión Apollo se hallaba en un antiguo burdel de cinco plantas y sin ascensor que había conocido cuando aún era una agente. Empezó a sudar, aunque no por causa de las escaleras. Hold había amenazado con tirar el Mercier por la ventana si intentaba cualquier artimaña, y se preguntaba qué sería más grande, si su autoconfianza o el dolor en la mejilla. La habitación se encontraba en la planta superior al inicio del pasillo. Helen llamó a la puerta y ésta se abrió de golpe. Vio la oscura boca de un arma.

—¿Por qué se ha retrasado? —preguntó Hold.

—Tenía cosas que hacer. En mi consulta.

—¿Qué clase de médico es usted? —cerró la puerta con llave, se acercó a la ventana, en una mano tenía ahora el valioso reloj y en la otra su Cougar, y miró hacia la calle.

—He venido sola —dijo Helen.

—Eso no responde a mi pregunta.

Helen dejó el maletín de médico y lanzó un vistazo a la herida. También esa forma de mirar había sido la causa de su fracaso como agente de la policía judicial.

—Soy pediatra. Pero no se preocupe, he estudiado estas cosas. Lo primero será extraer el hilo.

—Pediatra —dijo Hold—. Y socia de un polizone privado. Seguro que sabe que está usted aquí.

—No lo sabe, de lo contrario ya habría llegado. Será mejor que baje el arma y me devuelva el reloj.

—Lo recuperará cuando deje de dolerme la mejilla.

—Pero es ahora cuando podría empezar a doler de verdad.

—Habrà algo para evitarlo, ¿no?

Helen extendió la mano para coger su maletín pero Hold se adelantó.

—Lo haré yo —abrió su maletín de médico y vio el abecé de Vanilla—. Creía que este libro no le interesaba ¿o necesita como pediatra saber esas cosas?

—Dañar no puede. Lo he comprado por el camino.

—Veremos qué más sabe hacer, aparte de leer.

—Lo mejor será que se siente.

Helen sacó una jeringuilla del envase esterilizado, descabezó una ampolla que contenía anestesia local y levantó la jeringuilla como Leo Eick le había enseñado.

—Primero le anestesiaré la mejilla.

—Si se le ocurre anestesiar algo más que la mejilla, Helen, me la cargo. Hold apuntó al estómago de la presunta médico, mientras ella se inclinaba con la aguja sobre él.

—¿Me podría decir también su nombre...?

—Willem, sin H. Pero seguro que su rubio socio ya lo ha descubierto.

Helen clavó la aguja en la carne de la mejilla junto al borde de la herida y Hold dio un grito que se confundió con los sonidos que, de pronto, se habían iniciado en la habitación contigua.

—Lo siento, era necesario, pero enseguida se sentirá mejor. ¿Lo nota usted ya?

—¡Yo estoy que me subo por las paredes! Y al lado se están dando el lote.

—Así es la vida, Willem.

Hold se levantó y se acercó a la ventana.

—Quizá sea así su vida, pero no la mía —abrió la ventana y sacó fuera el reloj de Helen—. Dígame lo que su rubio socio sabe de mí o esta hermosa pieza irá a parar a la Elbestrasse.

Helen estaba en ese momento sacando las tijeras, las pinzas, los vendajes y los antibióticos del maletín de médico y observó cómo Hold hacía balancear el Mercier.

—De acuerdo. Viaja usted bajo el nombre de Pallas, aunque se apellida Hold. Sus padres tenían una pequeña relojería en el Ostend. Pero al parecer no era suficiente para usted. Por eso atracó hace unos diez años a un joyero y le mató de un disparo. Desde entonces le buscan.

—Tenía un Uzi. Fue en legítima defensa.

—Ésa es su versión.

—Fue en legítima defensa. Igual que hace dos días en ese local. Usted lo vio.

—Tal vez. Vuelva a sentarse.

Hold se sentó de nuevo con la mano que sujetaba el reloj por fuera de la ventana.

—Entonces seguro que su socio lo ha visto. Seguro que está esperando ahí abajo en alguna parte.

—No es verdad. ¿Tiene la mejilla ya entumecida?

—¿Se acuesta usted con él?

—No.

Helen se dio cuenta de que había cometido un error y empezó con el tratamiento. En primer lugar, había que extraer los hilos, algunos nadaban ya en pus. Pellizcó las primeras pústulas y acercó las pinzas.

—Eso significa que siendo pediatra es usted socio de un detective privado —dijo Hold.

—No debería usted hablar. Además se dice socia.

—¿Y en qué consiste esa colaboración?

—Lo está viendo usted. Pongo las cosas de nuevo en orden. Y ahora cierre el pico

—Helen cerró las pinzas y tiró, la herida entera cedió y del pecho de Hold salió un alarido que superó los sonidos de al lado. El hilo salió de la carne, el agujero se abrió y a Helen le temblaron las piernas—: Joder —susurró.

—¿Qué significa eso?

—Significa que está perfecto.

Helen repitió el procedimiento con los dos hilos restantes. Sus piernas amenazaban con fallarle y el sudor le bajaba por detrás de las orejas. Reconoció una muela y cogió aire antes de empezar con la limpieza de la herida. A través de la pared llegaban ahora gritos cortos y agudos y una especie de gruñido.

—Si le molesta, puedo ir al lado y decirles que paren —susurró Hold.

—Lo único que me molesta es que usted hable.

—¿Quiere decir que lo encuentra bien?

—No, que soy comprensiva —Helen untó una compresa con una pomada antibiótica y cerró el orificio con ella. Ahora sólo quedaba grapar y vendar—. ¿Usted no?

—Si no hay amor, es mejor dejarlo.

—Y usted ama a esa mujer con la que vino de Manila. Por eso ha matado por ella. Directamente al crítico más importante de habla alemana.

—Eso fue un error.

—¿Y cómo lo va a demostrar?

Hold agarró a Helen del brazo.

—Está bien, amo a esa mujer. *Ésa* es la prueba. Por ella derribé al primer hombre que me crucé tras el control de aduanas para crear confusión y, de ese modo, ella pudiera huir de ese rubio que quería cargársela. ¡Su socio!

Helen se zafó del agarre y empezó con el vendaje.

—La señora que usted ama, Willem, ha vendido en Manila un picasso que presuntamente ha heredado, pero que probablemente haya ido a parar a sus manos por medio del asesinato. Mi socio y yo trabajamos para los herederos legales. Creemos que un cómplice le ha tomado el pelo a la Schultz. Deja que ella cargue aquí con el mochuelo y, entretanto, derrocha su dinero. Un auténtico cerdo.

—Eso es cierto —susurró Hold.

—Lo ve. Y por eso tenemos que colaborar. Póngame en contacto con la Schultz. Sólo a través de ella llegaremos hasta ese cerdo.

—Bastará con que yo llegue.

—Pero alguien debería testificar que usted disparó en el local en legítima defensa. Eso es lo que ha hecho ¿no?

—Yo sólo disparo en legítima defensa —Hold volvió a sujetar con firmeza el brazo de Helen—. No quiero vendajes. Un esparadrapo grande será suficiente.

—Como usted quiera. ¿Va a ayudarnos?

—Usted no es médico, ¿verdad?

—¿Me devolverá el reloj de todos modos?

—En cualquier caso, algo parece saber —Hold introdujo la mano y le extendió el Mercier a Helen—: ¿Cuándo lo aprendió?

Helen besó el reloj y se lo puso:

—Hace un rato.

—Entonces sus conocimientos son, al menos, recientes. De acuerdo, consideraré la oferta, Helen.

—Me alegra saberlo, Willem.

Hold sonrió todo lo que su mejilla le permitió. Nada le hacía desconfiar tanto como la amabilidad.

—¿Va usted armada?

—Por supuesto.

—¿Y dónde está el arma?

—En el bolsillo de mi abrigo.

—Qué poca imaginación. Saque el arma lentamente y tírela sobre la cama.

—Pero le tengo cariño —Helen colocó el esparadrapo sobre una capa de gasa—. Es un regalo.

—Haga lo que le digo.

Helen metió la mano en el bolsillo, sacó la pistola y la lanzó sobre la cama. Hold arqueó las cejas asintiendo parcamente con la cabeza.

—Una Luger de 9 milímetros, bonito regalo.

—El regalo de un departamento de hombres con remordimiento. ¿Qué sigue ahora?

—El problema es su socio. Siento la necesidad de vengarme.

—Tenía que actuar así. Pero lo siente mucho.

Hold se levantó. Cogió la Springfield de la cama, se acercó al pequeño lavabo con

el espejo encima y examinó la gasa con el esparadrapo.

—Buen trabajo, señora doctora.

—Gracias.

—Si me encuentro con su socio le haré un agujero en la mejilla y listo. Así que será mejor que no me lo encuentre.

—De acuerdo, llevaremos el asunto entre nosotros dos —Helen guardó los instrumentos; sus piernas le seguían temblando—. ¿Cuándo y dónde puedo encontrarme con la Schultz?

—Si acaso, nos encontraremos los tres —dijo Hold levantando algo la gasa. El agujero tenía en verdad mejor aspecto que antes, en cierto modo ordenado, y su optimismo volvió—. Y de hacerlo —añadió— sería únicamente en un lugar con mucha gente. En un estadio, un pabellón...

—¿Qué tal en la Feria del Libro?

Hold se dio la vuelta.

—Suená bien.

—En el pabellón seis —dijo Helen sacando un periódico del otro bolsillo de su abrigo—. Vanilla Campus concede entrevistas esta misma tarde a las tres en el stand de Bertelsmann.

—¿A quién?

—A cualquiera que sea importante. Pero habrá cientos de personas allí. Usted vaya con la Schultz, yo me reuniré con ustedes allí.

—¿Qué tiene pensado proponerle?

Helen se dirigió hacia la puerta y reflexionó tan pronto su cabeza volvió a quedar despejada tras su incursión en la cirugía. Naturalmente podía proponerle un trato, aquello era normal, no en el trabajo policial, pero sí seguramente en su nueva profesión, pensaba. Una agencia de detectives no era ninguna administración, pero hasta en las propias administraciones sucedían muchas cosas bajo cuerda. Por tanto, tendría que proponerle directamente un trato a la Schultz.

—Escuche con atención. Si la mujer de la que se ha enamorado afloja dos tercios del dinero, le garantizo que los herederos la dejarán tranquila.

Hold abrió la puerta de la habitación.

—Telefonaré a Lou, pero no puedo prometerle nada.

—Para *usted* en cualquier caso habría, además, una exoneración de los cargos.

—En el caso de que me hiciera falta. Ahora márchese.

—No sin mi arma.

—En ese punto estamos de acuerdo —dijo Hold. Caminó hacia la cama, cogió la pistola plateada, vació el cargador y se la lanzó a Helen—: ¿Dispara a menudo con ella?

—No disparo en absoluto —Helen salió al pasillo—. A las tres en el stand de Bertelsmann, en el pabellón seis. Consiga el libro de la Campus, así podrá pedirle un autógrafo. Y no coma, Willem, para que sane bien.

—Lo tendré en cuenta, señora doctora.

Hold cerró la puerta y escuchó los pasos de Helen, que se marchó precipitadamente, casi al ritmo de la chirriante cama de al lado.

En las siguientes horas de la tarde de ese segundo día, como es sabido el más exasperante de todos los de la Feria del Libro, los acontecimientos tanto públicos como privados se precipitaron entre el Westend y la región productora del vino de manzana, el barrio de la estación y el Nordend francfortés, donde al caer la noche, en la famosa recepción de críticos del editor Dr. Dr. Hesselbrecht, fue recordado el trágicamente desaparecido Louis Freytag con la lectura, por parte de la esposa del editor, de unas cartas de Freytag dirigidas a ella, mientras en otro lugar de la ciudad se descubría un cruel asesinato. Pero, entretanto, en Frankfurt habían de suceder algunas cosas más.

Hold había telefoneado a Lou Schultz directamente desde la pensión Apollo y la había convencido del encuentro propuesto en el stand de Bertelsmann. A continuación se había duchado a conciencia y se había puesto su última muda. Después, dos horas antes de la cita, salió de la pensión y se dirigió a la cercana estación, donde dejó en consigna su equipaje y el arma. Y sin ninguna carga, aparte de la abultada mejilla, entró alrededor de las dos y media en la librería de la planta B, debajo de la estación, con el fin de prepararse, en cierto modo, para su escapada a la Feria del Libro.

La mayoría de los autores le resultaron desconocidos, pero tampoco ellos sabían nada de él. Todos aquellos libros, que al día siguiente serían agua pasada, le daban igual. Los best sellers tenían más posibilidades de sobrevivir una segunda primavera, pensaba aburrido, hasta que un libro de color rojo pálido le saltó a la vista igual que un trasero: *La triste piel* de Ollenbeck. Lo cogió, y cuando intentaba acercarse con él hacia una pila de abecés del sexo de Vanilla del tamaño de una persona, un hombre sudoroso, con un maletín que contenía un portátil o una cinta magnetofónica sobre los hombros, le salió al paso. Junto a la solapa llevaba un carnet de periodista en el que estaba impreso su nombre en letra de molde, tan electrizante como el libro de color rojo pálido. Un crítico con un ángel de la guarda, al menos en lo que concierne a su rodilla, pues la Cougar reposaba en la consigna.

Hold caminó unos pasos y miró después por encima del hombro. El hombre sudoroso se encontraba ahora junto a la pila de *Bodymotions*. Exceptuando a la señora de la caja, inmersa en una llamada telefónica, se hallaban solos en la tienda y, dando un rodeo por delante de la sección de *life-style*, regresó. Al parecer, también al señor crítico le interesaba Vanilla Campus y se disponía a abrir su libro cuando recibió un codazo en la nuca junto a la oreja. Se desplomó y Hold lo agarró, le quitó el carnet de la solapa y cogió el maletín antes de colocar boca abajo a su víctima y

sepultar su cráneo bajo una treintena de ejemplares de *Bodymotion*, como si la pila entera se hubiera desplomado sobre él. Después transcurrieron sólo unos segundos hasta que Willem Hold, detrás de un grupo de japoneses que entraba en la tienda en ese preciso instante, desapareció sin ser descubierto entre el torrente humano que había bajo la estación, para volver a aparecer, apenas media hora después, haciéndose pasar por el doctor Kussler del *Süddeutsche Zeitung* en el pabellón seis junto al stand de Bertelsmann, donde Vanilla Campus, flanqueada por unos guardaespaldas, firmaba autógrafos de su abecé del sexo embutida en unos guantes negros.

La aglomeración era tal que Willem sacó de inmediato el nuevo carnet y, de ese modo, alcanzó rápidamente la primera fila. Había acordado con Lou —que visitaba todos los años la Feria del Libro y estaba al tanto— encontrarse exactamente en mitad del enorme stand, pero no la veía por ningún lado, lo que tampoco le sorprendió entre tanta multitud.

Era, como se dijo antes, el segundo día de feria. Las estrellas de la televisión y los políticos se hacían los honores respectivamente, siempre con un libro en la mano o, mejor aún, del brazo de un autor famoso, pero Hold desconocía por completo esas costumbres; únicamente se sorprendió al ver aparecer de pronto a un hombre que se parecía al canciller federal alemán, a quien no conocía más que por los desgastados números del *Spiegel* que habían logrado llegar hasta los bares alemanes de Manila. El hombre se iba acercando a buen paso con una escolta mínima, estrechando la mano a todos con un «Hola, ¿qué tal?», y Vanilla interrumpió bruscamente los autógrafos y se levantó de repente para lograr llegar quizá, con ayuda de sus zapatos de tacón alto mortalmente peligrosos, a la altura de los ojos del canciller que en ese momento se dirigía también a Hold con un «Hola, ¿qué tal?» y que, lanzando una mirada a su carnet, añadía con un trato familiar «Querido Kussler», aunque por un momento se sintiera desconcertado al recibir una respuesta, sobre todo por la respuesta en sí: «Bien, gracias, ¿y usted?». Instintivamente el hombre se detuvo, lo que no estaba previsto en el entorno de Vanilla Campus y su abecé del sexo, mientras la escolta seguía avanzando como estaba previsto, y le formuló una pregunta que se salía también del programa: qué libro creía él que era el más importante de la temporada de otoño. Y Hold no dudó un instante en citar *Bodymotion*. Aquello fue seguido de un grito histérico que provenía del fondo —como gritan las niñas al desenvolver un peluche— y de un «Sí, sí-ajá-ya, ya» del canciller, apuntando a un reportero para que tomara en cuenta la recomendación, y antes de que pasara un solo minuto Willem Hold, en calidad de crítico del *Süddentsche*, ya estaba sentado, casi rodilla con rodilla, frente a la célebre escritora Vanilla Campus con el propósito de entrevistarla en el interior de una cabina prevista para ello, del tamaño y temperatura de una sauna casera, en el stand de Bertelsmann.

—¿Qué le ha ocurrido a su mejilla? —fue lo primero que preguntó Vanilla Campus, con un movimiento de mano en dirección a su propia mejilla confirmando una expresión de autenticidad a su falsa preocupación.

Hold encendió el magnetófono que había efectivamente en el interior del maletín.

—Sólo es un grano tardío. Y ahora hablemos de su libro ¿de qué trata?

—Trata sobre el amor.

—Yo creía que trataba sobre la copulación.

—¡Pero señor Kussler! —Vanilla se quitó los guantes debido al calor e inmediatamente ocultó sus dedos cerrando las manos en un puño—. Mi libro llega al fondo.

—¿Y ha investigado allí, en el fondo?

—¡Oh, sí! He entrevistado a algunas personas.

—¿Antes o después?

—Sólo fueron conversaciones con celebridades.

—Pero al canciller no lo conocía usted.

—Es una persona muy ocupada, y...

—Nosotros nos conocemos desde hace tiempo —dijo Hold.

—Pero, en cambio, conozco a dos de sus ministros.

—¿Cómo de bien?

Vanilla cerró los ojos.

—Bastante bien. ¿Qué significa esto, qué es...?

—Una entrevista. Simplemente intente explicar quién es usted.

—¿Quién soy...? Todos saben quién soy. De lo contrario no estarían aquí sentados. Y yo los conozco a todos.

—A excepción del canciller.

—Olvida usted a los dos ministros.

—A esos ya los mencionó antes. ¿A quién más conoce... al señor Bohlen?

—Quién no lo conoce.

—¿Tuvo usted algo con él?

—¿Cómo dice?

—Estuvieron comprando alfombras. ¿Cree usted que en Manila no hay periódicos?

La flácida barbilla de Vanilla comenzó a temblar y por un momento se quedó sin habla, al menos en lo que al alto alemán se refiere.

—Lárguese ahora mismo de aquí señor Kussler —susurró en un perfecto acento de Hanau, Hesse— o mi marido lo demandará.

—Su marido puede estar contento de seguir con vida —Hold hojeó *Bodymotion*. Antes de cada capítulo aparecía una foto de la autora, bien sobre unos libros junto a la mesa del despacho o bien junto al mar con los cabellos ondeantes. Alzó la vista y contempló dos ojos brillantes—: Yo soy el que tenía que acabar con él.

La cabina pareció entonces encontrarse en medio del solitario, caluroso y silencioso desierto. Vanilla Campus, con los dos puños en la barbilla y un creciente número de diminutas perlas sobre la frente, simplemente suspiró.

—Usted no es el señor Kussler del *Süddeutsche* de Munich...

—No, *pussy* de Hanau. Y además te diré algo sobre tu libro. Sólo dice chorradas, chorradas sobre el sexo que no duele, que gusta a todos, como Rudi Völler.

—¿Desde cuándo el sexo tiene que doler?

Hold tapó un momento el micrófono.

—No tiene que doler en el acto. Pero cuando se experimenta de verdad, con amor, más tarde o más temprano resulta doloroso; en cuanto se recuerda.

Vanilla Campus apretó un puño contra el otro luchando por conservar la calma.

—Con sólo gritar mis guardas se te echarían encima. Y también la policía.

—Que nos llevaría detenidos a *los dos*. Y, además, a tu amante y cómplice, el doctor Zidona.

—El doctor Zidona es la mano derecha de mi marido. Una mano que podría aplastarle a usted con gran facilidad.

—*Pussy* de Hanau, conozco esa mano repugnante desde hace mucho más tiempo que tú. La misma mano repugnante con la que firma autógrafos en los libros... bajo el seudónimo de Ollenbeck, ¿no es cierto? No soy tan estúpido, ¿verdad? En realidad debería ser yo el doctor. Pretendíais tomarme el pelo, pero me di cuenta en el último segundo y fui más rápido. Para mí fue el muerto correcto, para vosotros el erróneo. Por lo tanto, volvamos a negociar.

La puerta de la cabina se abrió y una empleada de la editorial trajo agua mineral y dos vasos. Hold observó durante un instante la multitud de curiosos que aguardaba a que Vanilla Campus se asomara de nuevo. En primera fila divisó a Helen.

—Todavía nos queda un rato —dijo—. Que no haya más interrupciones si es posible.

—Por supuesto, señor Kussler.

La empleada se retiró y Willem observó lágrimas de impotencia en los ojos de la futura viuda de Busche. Había agarrado su abecé y se abrazaba ahora, en sentido literal, a su propia obra, dejando asomar uno de sus pulgares, un pulgar que casi no tenía uña, con el extremo de color blanco en forma de muñón —más garra que dedo, como los monos— pero en absoluto deforme, lo que tal vez le habría inspirado compasión. Simplemente resultaba desagradable, en abierta contradicción con su rostro de muñeca antigua.

—No sé de qué me está usted hablando —susurró.

Hold le acercó su mejilla:

—Esto no es un grano, *pussy*, es un agujero hecho por un polizone privado que estaba sentado en el local donde me citásteis. Un agujero que duele a cada palabra que digo y que te cobraré aparte. Y ahora escúchame con atención: hoy mismo terminaré el asunto de tu marido y nadie descubrirá tus manejos, porque nadie pensará que ha sido un asesinato. Por tanto, todos sus millones, digamos cincuenta, serán para ti. Y yo quiero un diez por ciento; es una suma modesta. Y la décima parte la quiero en efectivo antes de que amanezca. El resto será enviado a las Islas Caimán, te daré tiempo. ¿De acuerdo?

A Vanilla Campus le temblaba ahora toda la cara. Casi sentía lástima de ella por esos pulgares.

—Sí —susurró.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo encontrar a tu marido esta noche?

—En la recepción de Bertelsmann.

—¿Qué es eso?

—Una reunión en donde estarán todos, en el Interconti. Yo también estaré.

—En compañía de Ollenbeck, supongo. El artista amigo de la familia. Qué buena idea.

—Iré con mi marido.

Willem agarró uno de sus pulgares, lo dobló hacia atrás y sintió asco.

—¿Tú y Ollenbeck os lo montáis juntos, verdad?

Los ardientes ojos de Vanilla se llenaron de más lágrimas aún, pero no derramó ni una, sino que le miró a través de ellas.

—O sea que sí —dijo soltándole el pulgar. Su flácida boca se entreabrió y esbozó una leve sonrisa con un atisbo de desprecio en sus labios, que a él le gustó.

—Piense lo que quiera —respondió ella.

—Sólo pienso que debería ir a que Ollenbeck me firmara un libro.

—Antes de la recepción tiene una lectura.

—¿Dónde?

Vanilla se llevó el puño al cabello. Había recuperado el dominio sobre sí misma.

—En la galería Rothe. En la Danneckerstrasse, en Sachsenhausen. En la otra orilla del Main.

—Yo soy de aquí, *pussy* de Hanau. Eso no te lo ha dicho Zidona.

—No.

—Pero te habrá dicho todo lo que te podrás comprar con todos esos millones. Un yate, por ejemplo...

—Ya tengo uno —dijo Vanilla sacando un espejo de su bolso—. Ahora tengo que salir, la gente me espera —con la uña del meñique, la única uña que aparentemente le crecía, levantó las lágrimas de sus párpados e hizo lo mismo con las perlas de sudor.

Hold la observó atónito. Sólo cuando advirtió su mirada, volvió a agarrar la sartén por el mango:

—Tienes un aspecto bastante bueno. E incluso pareces más lista que tu libro. Confío en que también lo seas. No intentes tomarme el pelo de nuevo. Al menor movimiento me alío con tu marido, aunque para ello tenga que representar un western clásico.

La Campus se puso de pie y, antes de salir, se ahuecó el cabello con los dedos y después miró el magnetófono en funcionamiento.

—Esto lo destruiré tan pronto me haya pagado todo —dijo Hold.

—Debe usted tener los nervios de acero.

—Y algo más también...

—Me lo puedo imaginar. ¿Cómo sabré de usted?

—Intercambiaremos ahora nuestros números de móvil, *pussy* de Hanau.

—Mi nombre es Vanilla.

—Mi nombre es Willem.

Los dos se miraron durante un instante, casi un poco asustados, y rápidamente se intercambiaron sus números de móviles antes de salir juntos de la cabina, Vanilla hacia los fans que la aguardaban y Hold hacia su falsa médico sin ninguna explicación de por qué Lou Schultz aún no estaba allí.

Ni siquiera Willem se lo podía explicar y eso le intranquilizó, porque Lou había prometido ir. Le propuso a Helen aplazar el encuentro hasta la recepción de Bertelsmann.

—Todos estarán allí ¿sabe? —dijo—, hasta el canciller. Antes estuvimos charlando... un hombre competente.

Feuerbach se hallaba frente al vestíbulo del Frankfurter Hof que, a última hora de la tarde, se asemejaba a un campamento, la hora intermedia entre el duro negocio de la feria y las recepciones de pie nocturnas, donde bastaba con distinguir entre amigos y enemigos. En el suelo había sentados operadores de cámaras que aguardaban a los grandes autores que se encontraban aún en medio de un atasco o en cualquier otro lugar, mientras la totalidad de los sillones estaban ocupados por mujeres agentes que fumaban como chimeneas al tiempo que, de alguna manera, telefoneaban a cualquiera. Parecía que hubiera estallado una guerra en Frankfurt, y en el fondo era así, la guerra de los cinco días por el más menguante de los bienes terrenales: la consideración.

En especial se aguardaba a Vanilla Campus, que llegaría en cualquier momento, y se mataba el tiempo divulgando rumores, entre ellos que el autor sensacionalista Ollenbeck ya no era sospechoso de haber asesinado a Louis Freytag en virtud de una coartada aducida por la Campus. Y después circuló la noticia de que habían encontrado al colega Kussler bajo una pila de *Bodymotions* derrumbados y se habló de un complot contra él como crítico, a consecuencia de lo cual el gremio al completo se sintió amenazado y la famosa recepción de críticos del editor de Frankfurt, Hesselbrecht, se celebró por primera vez con protección policial. Ya no era, pues, como en los viejos tiempos, se decía, no, y algunos bautizaron el día de la defunción de Freytag como el once de septiembre del sector.

Feuerbach se enteró de todo aquello sólo de pasada. Aquel ambiente le resultaba ajeno, de hecho le asqueaba. Qué tipo de gente podía ser aquella que aguardaba durante horas a una mujer a la que no se le había ocurrido siquiera un solo aspecto novedoso sobre el tema del sexo. Había echado primero un vistazo a su abecé en uno de esos cafés literarios, junto a una tarta ecológica, y a continuación en una taberna donde servían vino de manzana junto al caldo o *Stöffche* habitual, con el fin de hacerse una idea, pero la tarta y el vino de manzana, en especial este último, pronto le habían impedido proseguir con la lectura. Y por eso creyó necesario conocer personalmente a la autora para, de este modo, percibir si estaba o no implicada en el atraco al local. Llevaba ya casi una hora de pie en la aglomeración del vestíbulo y decidió aplazar el obligado paseo hasta los aseos: impensable para él en un ambiente tan exasperante. Así que, cuando vio que quien descendía de una limusina extralarga no era la Campus sino el personaje televisivo y autor de libros, Wickert, en compañía de Dolly Buster y Christa Wolf, Feuerbach abandonó el elegante hotel cuando eran casi las seis de la tarde.

Fue andando hacia la Morgensternstrasse —era lo mejor en el tráfico nocturno— y cuando finalmente llegó a su edificio, algo resentido ya por los calambres, vio luz en el baño de la vivienda y desde el portal oyó el concierto de clarinete de Mozart, señal de que Nola estaba dentro de la bañera junto al único retrete susceptible de ser utilizado. El otro prestaba sus servicios a la gata Naomi. Feuerbach dio media vuelta. Su destino era ahora el restaurante Emma situado en el Museumspark, en cuyos aseos reinaba, hasta cierto punto, una atmósfera privada. Y cuando llegó a la Metzlerstrasse, con sus hermosas y viejas casas junto al parque (casas sobre las que se podía divisar la vivienda de Lou Schultz) le faltó poco para la catástrofe impropia para su edad que amenazaba con sobrevenirle, al advertir que no había luces en el restaurante del parque.

A Feuerbach no le quedó otro remedio que regresar rápidamente, alcanzando la siempre *novémbriga* Morgensternstrasse en un estado de extrema e íntima determinación, precisamente cuando el gigantesco perro, atado a la correa, salía de detrás de un autobús familiar acompañado de su dueña. Lo que siguió a continuación sólo duró unos pocos segundos, quizá un solo instante, y sucedió como dispuesto por una fuerza superior. En cualquier caso, Carl Feuerbach se bajó apresuradamente los pantalones en la acera, constantemente pringada por las heces del cuadrúpedo, para evacuar en cuclillas —con las mejillas temblorosas, en lugar del tembloroso belfo del mutante perruno— delante de su dueña de un modo no menos apresurado.

Se levantó tan rápidamente, ya vestido, que ella no tuvo tiempo ni de gritar. Simplemente se quedó con la boca abierta —el gigantesco perro atado a su lado— delante del reciente montón, mientras su autor se marchaba rodeando el autobús familiar y después doblaba hacia el portal donde casi se choca con su joven compañera de piso. Al parecer tenía prisa —su cabello todavía estaba húmedo— por llegar a alguna cita.

—Hola —le dijo de forma escueta y se estremeció cuando Nola se detuvo.

—¿Qué tal tu día?

De pronto pareció no tener prisa y, por su parte, Feuerbach sólo pudo representar el papel de ajetreado, mientras la dueña del gigantesco perro empezaba a gritar. «¡Cerdo miserable!» resonó a través de la Morgensternstrasse, por lo general silenciosa.

—Las cosas se complican —dijo—, tengo que subir deprisa...

Nola señaló en dirección al grito.

—¿No deberíamos ayudar?

—No, sólo le grita a su perro —Feuerbach se esforzó por sonreír—. ¿A dónde vas? —le preguntó.

Nola bajó la cabeza. El olor de su cabello era tan intenso que contuvo la respiración.

—A una lectura en la galería Rothe, muy cerca de aquí, en la Danneckerstrasse. Ese nuevo autor, Ollenbeck, va a leer fragmentos de su libro. Se llenará hasta los

topes, así que voy con antelación.

—¿Ollenbeck? —preguntó Feuerbach—. ¿Qué sabes de él?

—Es su primer libro y ya está en lo más alto. Un nuevo portento masculino.

—Eso también lo sé yo. ¿Qué más sabes de él?

—He leído que, al parecer, es el acompañante habitual de la Campus.

—¿Y dónde has leído eso?

—En el *Spiegel*.

—Ésos deben saberlo. O sea una especie de perrillo faldero.

—Lo mejor será que vengas conmigo a la lectura —dijo Nola.

—Antes me gustaría ducharme. Iré más tarde.

Nola levantó la cabeza, miró a su compañero de piso a los ojos y Feuerbach cogió aire con el fin de decir algo peligrosamente amable, cuando de nuevo, esta vez desde más lejos, entre las viejas fachadas resonó «¡Cerdo miserable!».

—¿De verdad se refiere a su perro?

—¿A quién si no? —dijo Feuerbach precipitándose hacia la puerta.

Willem Hold había ido por su arma. Un hombre precavido valía por dos. Con su habitual serenidad pulsó el timbre de un consultorio odontológico en la primera planta del rascacielos en el que Lou tenía su piso con vistas a la ciudad, y logró entrar en el edificio sin mayor inconveniente. No había ningún timbre con el apellido Schultz y su teléfono móvil estaba apagado. Detrás del vestíbulo en donde se hallaban los buzones —tampoco allí había ningún apellido conocido— había un vestíbulo con tres puertas de ascensor y una pared de espejos al fondo. Hold se miró en ella hasta que una de las puertas se abrió. Resultaba extraño, extraño pero hermoso, que le gustara tanto a Lou, pensaba, cuando el ascensor comenzó a subir con suavidad. Hasta ese momento en su vida apenas había nada hermoso y de pronto todo lo era. Se alisó el pelo de la frente, se abrochó el último botón de la camisa y ensayó un saludo: «Me alegra verte». Su estilo de vida había sido siempre, sin duda, una isla, pero desde las noches con Lou aquella isla era incluso habitable.

En la novena planta salió de la cabina con la cabeza gacha por si alguien le salía al encuentro. Dos puertas acristaladas de protección contra incendios, a derecha e izquierda, separaban la zona del ascensor de los pasillos, y Hold se decidió por la de la izquierda. Conducía a la vivienda que debía tener las mejores vistas. Sobre la placa, junto al timbre, sólo aparecían las iniciales L. S. Pulsó el botón y el estridente sonido le sobresaltó. De encontrarse, probablemente estuviera dormida, y arrancar del sueño a alguien sin necesidad era para él un pecado mortal. Por otro lado, quizá estuviera en peligro. Recorrió un tramo del pasillo que conducía también hacia otras dos viviendas traseras e intentó reflexionar, pero le fue imposible. O se estaba enamorado y preocupado, o se reflexionaba. Finalmente tocó al timbre de las otras dos puertas pero nadie le abrió. Todo lo demás le resultó a Hold evidente. Sacó la Beretta, enrolló a su alrededor el felpudo de la vivienda de Lou y efectuó uno de los cuarenta y cinco disparos en la cerradura. La puerta se abrió de golpe.

Un pequeño recibidor comunicaba en línea recta con la cocina y a la derecha con un salón, tres de cuyos laterales estaban formados únicamente por ventanales que llegaban hasta el techo. Los iluminados rascacielos, en la otra orilla del Main, arrojaban tanta luz en la habitación que Hold pudo distinguirlo todo. A excepción de un sofá y un televisor con un aparato de música debajo, la habitación estaba vacía. Sobre el sofá había una revista, *TV/Spielfilm*, junto a un viejo single, «Son of a Preacher Man». Y delante del sofá yacían en el suelo dos piezas de ropa, la camisa blanca de caballero que Lou había llevado puesta en el avión, desgarrada, así como su brillante abrigo rojo. Regresó al recibidor. Ni la cocina ni el salón tenían puerta. Sólo

existía una puerta que conducía al baño, abierta casi del todo, y en el ángulo derecho había una segunda puerta, cerrada, que conducía probablemente al dormitorio. Willem acercó su oído pero no escuchó nada. Sólo oía el tráfico nocturno de lejos y, muy de cerca, un ruido que provenía de él, una especie de aleteo, antes de abrir la puerta de un fuerte golpe.

Lo primero que distinguió en la luz procedente del pasillo fue una escoba con las cerdas hacia arriba, en tanto que el palo —y al instante siguiente sus piernas flaquearon— se hallaba metido en el trasero de Lou. Yacía sobre una montaña de cojines ensangrentados, con los ojos abiertos de par en par, y sobre las mejillas tenía un peluquín de color verde. Flold se sujetó con firmeza al marco de la puerta y en las piernas notó algo caliente que salía de él y que ya no era posible contener. Temblaba como lo hiciera una vez en Dschidda cuando el sudanés alzó la espada. Lou estaba muerta, pero él seguía amándola; eso no lo habían matado, simplemente seguía existiendo. Alrededor de la cama había cintas de vídeo, revistas, zapatos y papeles, y los cajones de una cómoda habían sido bruscamente abiertos. ¿Cómo se podía matar a una mujer de esa manera y después seguir estando en sus cabales para simular un atraco? Todo aquello resultaba inconcebible y se golpeó la frente contra la pared hasta que la mejilla volvió a desgarrarse.

Finalmente se quitó los pantalones mojados y se dirigió a la cocina con ellos. Debajo del fregadero encontró dos bolsas de Tengelmann. Cogió una, metió en su interior los pantalones e intentó de nuevo reflexionar, pero todo había acabado. Regresó al dormitorio llorando y le cerró los ojos a Lou. Aquello fue un error, pero un error que había que cometer. La sábana que había debajo de su cabeza estaba también ensangrentada, aunque la boca estaba repleta de slips y las manos, atadas a la armadura de la cama, estaban cerradas formando puños. Faltaba el Reverso. Probablemente antes de la tortura había sido golpeada y después atada. Willem sólo conocía a una persona capaz de hacer algo así. Corrió al baño y vomitó: un segundo error. Aun cuando estuviera en condiciones de escapar de ahí en ese momento, encontrarían alguna huella suya, así que decidió primero echar un vistazo al piso con tranquilidad. Empezó por la cocina. La nevera estaba casi vacía: una botella de agua mineral Hassia, margarina, queso fresco y un yogur. Hold se trasladó al salón. La revista televisiva estaba abierta con las páginas de la programación hacia abajo. La giró y observó que alguien había señalado con una cruz un documental sobre ballenas para esa misma noche, pero ¿quién? ¿Le interesaban las ballenas a Zidona o a su víctima? Se acercó a una de las ventanas y clavó la mirada en los indolentes rascacielos, en la ciudad iluminada. Su odio y su confusión se equilibraron de pronto y, en cierta manera, logró pensar otra vez. Recordó las noches con Lou, pero no sus besos o sus susurrantes palabras, sino lo que le había contado sobre su segundo cliente anónimo: éste iría a su casa nuevamente a las ocho de la noche siguiente, esto es, dentro de poco más de una hora de ese mismo día y, de golpe, el odio y la confusión desaparecieron. Ahora no era más que un ser impasible, con un corazón

palpitante, el impasible corazón palpitante del cazador.

Willem Hold se dirigió a la cocina en busca de pintura, una pintura del mismo color que la de la puerta de la vivienda, y en un armario pequeño encontró rotuladores y una tela de pintor que coloreó con un tono marrón tan parecido a la madera, que el agujero del impacto en la puerta quedó disimulado; no de manera perfecta, pero sí lo suficiente para un hombre que sólo se proponía empujar la puerta con el fin de aproximarse a su tesoro más oculto. Terminó aquello y aún le sobró tiempo, tiempo en el que en ningún caso deseaba perder su frialdad. Hold entornó la puerta de la vivienda y se dirigió después a la habitación con vistas sobre la ciudad. Allí se colocó delante del tocadiscos e intentó recordar cómo funcionaban aquellos aparatos cuando el disco no era un LP de los grandes, sino uno pequeño, pero sólo recordó cómo empezaba el viejo single. *The only one who could ever reach me, was the son of a preacher man, damm damm* —cantó en voz baja al tiempo que cogía el mando a distancia—. De forma pesada pero hueca, como un muerto, se dejó caer en el sofá y observó, entre lágrimas, cómo en la RTL un cartero quería hacerse millonario.

El doctor Eick, el guapo patólogo, frenó delante de un semáforo en rojo e, inclinándose hacia su ex amante, rozó su cabello con la mano en lo que parecía un pequeño gesto cariñoso, aunque en verdad aquello no era sino una excusa para dejar caer su mano en el regazo de Helen.

—Bueno —dijo—, te voy a contar algo sobre el difunto coleccionista de arte y libertador de esa señora Schultz —con eso simplemente había arrastrado a Helen hasta su Porsche y se había ofrecido, además, a llevarla a la recepción de Bertelsmann.

—Te escucho —dijo Helen a la espera de que el semáforo cambiara, pero la fase en rojo tardaba mucho, demasiado. La bronceada mano de Leo reposaba ya en su regazo, la primera mano en meses que había en aquella zona y a continuación le preguntó:

—¿Puedo? —ella no contestó en absoluto y él, o su cálida mano, arremangó su falda negra, la falda negra para todas las ocasiones que le llegaba hasta la rodilla y era de punto fino, y se abrazó entonces alrededor de su vientre como un flotador deformado, mientras la mano se había deslizado ya por debajo de las medias, y allí se quedó cuando, por fin, el semáforo cambió a verde. Pues el doctor Eick, tan previsor como era, ya tenía metida la segunda marcha, con la que alcanzaría cómodamente los ochenta kilómetros por hora y, por tanto, la mano derecha estaría libre, e inmediatamente hizo uso de ella.

—Eh, eh, pero ¿esto qué es? —preguntó Helen a la altura de la Opernplatz cuando todavía quedaban tres semáforos y una obra en construcción entre el Porsche y el Interconti, además de una eventual reincidencia por su parte.

Leo Eick giró levemente la cabeza y enseñó la arrolladora sonrisa de sus momentos de ocio en el lago de Constanza.

—No hables tanto, será mejor que te concentres y que de paso me escuches. Ese libertador y coleccionista murió efectivamente de un infarto, pero, desde el punto de vista jurídico, el desencadenante es lo único que interesa. Tengo una nueva hipótesis.

—No me he subido a tu coche para escuchar una hipótesis.

—He vuelto a efectuarle un examen minucioso y respalda esta hipótesis —Eick conducía ahora de forma más lenta con la mirada puesta en un segundo semáforo y nuevamente logró verse obligado a parar en la esquina de la Kaiserstrasse—: Ese hombre, digno de compasión, tenía en la garganta su propio esperma.

—¿Ah sí? —Helen se deslizó hasta el borde del asiento. Había cerrado los ojos hacía rato y se imaginaba en algún lugar del sur, muy lejos de todos sus conocidos.

—Pero no lo tenía allí voluntariamente, supongo. Después de que fuera a parar a la boca de ella, de común acuerdo digamos, aparentemente ella le besó, de manera extracontractual, al tiempo que derramaba en su boca esa cosa fría y burbujeante.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Helen.

—Tuvo que suceder así.

—Quiero decir, que es frío y burbujeante.

—Eso lo sabe cualquiera.

—Eso no lo sabe cualquiera.

—No cambiemos de tema —dijo Leo Eick—. Ese libertador y coleccionista no sabía nada. Fue un shock para él. Y además había huellas en sus mejillas. Está claro que ella le mantuvo la boca cerrada y que él, al verse obligado, intentó tragárselo pero no consiguió que le bajara. Por lo tanto, un atragantamiento angustioso con miedo a asfixiarse. El resultado: un infarto que en cualquier caso estaba cantado.

—¿Y cómo se puede demostrar que ella se lo derramó?

—Hay huellas de presión en la mejilla y ella conocía sus problemas de corazón. Y, naturalmente, sabía también lo que le repugnaba especialmente. Fue un asesinato, y el móvil fue el picasso que, según el testamento, ella debía recibir.

El semáforo cambió a verde y a Leo Eick sólo le quedó un tramo de carretera reventada para llegar al Interconti. Helen conocía las obras, allí sólo se producían pequeños atascos.

—Será mejor que lo dejemos —dijo ella sacándole la mano, más entristecida que avergonzada por la reincidencia que la había amenazado tan suavemente—. Pero tu hipótesis me gusta.

El autor novel y sensacionalista Ollenbeck, conocido por su timidez ante el público, llevaba puestas —con motivo de su lectura en la galería Rothe de la Danneckerstrasse, completamente abarrotada— unas gafas de sol modelo escritor de cristales redondos; llevaba, además, una camisa blanca de cuello alto bajo un traje Gucci color gris pizarra, pero como a pesar de ello tenía un cuello corto, el cráneo parecía sobresalirle directamente, digamos, de la camisa; su rostro, en cualquier caso, parecía un planeta muerto con dos cráteres —las lentes redondas— sobre el blanco cuello de la camisa. Era grande, pálido y tenía algunas cicatrices producidas por el acné, nariz blanda y en cierto modo alargada y, en cambio, unos labios muy marcados, como tallados con un cuchillo que le legitimaban exclusivamente a él como autor de una novela repleta de experiencias con el mismo sexo y el sexo contrario, su primera novela, *La triste piel*, de la que leyó un fragmento con una voz sorprendentemente masculina.

—Es el nuevo modelo de autor —le dijo Nola a Feuerbach en voz baja, y su compañero de piso, que tras una ducha en profundidad aún había conseguido llegar al comienzo del acto, asintió con la cabeza, aun cuando aquello no le decía mucho, en realidad absolutamente nada.

Bien, ése era, por tanto, el aspecto de los escritores actuales o de los escritores en general, a quienes todos admiraban. Se los había imaginado siempre de otra manera; más bien como los críticos que salían en la tele, bien regados de alcohol, con el pelo desordenado o sin pelo, manos suaves y errores lingüísticos. Sin embargo, Ollenbeck no parecía beber ni fumar y, en cuanto a su rojiza cabellera, ésta aún era abundante y, además, la llevaba peinada hacia atrás, seguramente para que la ancha frente —que una sola arruga horizontal dividía en dos— pareciera más grande o despejada. Sí, su rostro tenía, en principio, algo de despejado, y lo que salía de sus labios no era precisamente apto para todos los públicos.

—Ese día de verano una sola capa de tela cubría mi piel —leyó—, una tela que se abombó tan pronto me detuve tras el atril en el momento en que la nueva alumna, como siempre, entró tarde al curso. Primero descendió las escaleras de la sala, como si aún quedara algún sitio libre en primera fila, únicamente para a continuación volver a subirlas, peldaño a peldaño y, de ese modo, atormentarme. Lo único que pude hacer fue clavar la mirada en el texto que tenía delante, pero mi propia escritura no se dejaba leer. Las letras se dispersaron delante de mí como las cenizas de una voz apagada...

—La de Branzger —dijo Nola—. Lo que estamos oyendo no es nuevo. Así

escribía uno mucho antes que él —dijo susurrando, y Feuerbach arrastró poco a poco a su culta compañera de piso hacia el vestíbulo de la galería. Allí le enumeró los autores en quienes confiaba—: Crichton, Brecht y King. Y esa que tiene mirada de monito, Isabel o algo parecido.

—Allende —susurró Nola—. Pero lee alguna vez a Branzger. Ollenbeck bebe en él, se nota.

—Yo sólo noto mi estómago —Leuerbach miró el reloj. La lectura acabaría pronto. Después podría acercarse a Ollenbeck en calidad de fan y de paso hacerle unas preguntas, por ejemplo, qué papel jugaba en la vida de la Campus, que probablemente seguía pensando en deshacerse de su marido y que mantenía algún tipo de relación con el enmascarado, pero también qué pensaba sobre el autor Branzger, aunque esta última era un poco arriesgada. Quizá debía leer a Branzger primero o, en general, más. Había desaprovechado la literatura, como otros en su juventud habían desaprovechado viajar en autostop, y la señora doctora Schieritz era la culpable de ello; en el colegio le había dado la tabarra para que leyera a Brecht y a Beckett, y él había acabado soñando con ambos tipos: Brecht estaba sentado en un trono de color gris, el mismo gris de la edición de su obra, y le arrojaba sus incontables libros; junto a él estaba sentado Beckett en un trono de color azul y le señalaba con su dedo flaco al tiempo que le decía: «¡Lee eso, cerdo!». De golpe, todo le vino a la memoria y cuando, tras un silencioso instante, llegaron los aplausos, se estremeció igual que entonces en clase, cuando la Schieritz le había agarrado por detrás exclamando: «Feuerbach, el círculo de tiza, ¡andando!».

—¿Te encuentras bien? —preguntó Nola.

—Sólo estoy mal por la tontería que se respira aquí. Hasta después...

Feuerbach se abrió paso entre los oyentes, que aún seguían aplaudiendo, para acercarse al autor, que había comenzado ya a firmar su libro, y aguardó su turno para un autógrafo con dedicatoria, con un billete en la mano.

—¿O no hace usted estas cosas, en realidad?

Ollenbeck sonrió como si estuviera dormido y agarró los cien euros.

—En realidad, hago de todo. ¿Cuál es su nombre?

—Carl Feuerbach.

El autor se inclinó sobre el billete y escribió en él.

—Y ha venido usted sin la señora Campus —dijo Feuerbach.

—Vanilla tenía que dedicarse hoy a su propio libro.

—Pero no hay problemas... en la pareja.

—El dinero, estimado Feuerbach, no ayuda a escribir, sólo calienta los músculos de los dedos. ¿Le ha gustado la lectura?

—Me recordó algo a Branzger —dijo Feuerbach en voz baja.

Ollenbeck volvió a sonreír y le devolvió el billete.

—Todo tiene su origen en alguna parte, amigo mío, incluso las obras de Shakespeare.

—¿Usted cree?

—Sí. Y ahora tengo que irme.

—¿A la recepción de Bertelsmann?

—No, esta noche salgo de viaje. Pero *usted* sí que debería ir a la recepción — Ollenbeck le miró por encima de las gafas de sol—. Quizá encuentre allí a su polvoriento Branzger. ¿No acaba de recibir el bonito premio de la asociación de críticos de habla alemana?

—Oh, sí, es posible —balbució Feuerbach.

Ollenbeck sonrió una vez más como si estuviera dormido:

—Ahora bien, habría sido otorgado a título póstumo, lo que afortunadamente no supone ninguna diferencia en ese premio porque no está dotado económicamente. Que se divierta en la recepción. Supongo que sabrá quiénes asistirán: ¡todo aquel que, en cierto modo, sabe leer y escribir!

Willem Hold se enfadó a pesar del abatimiento. Al menos habría podido responder una pregunta más que el cartero de Düren. Un alférez era un aspirante a oficial, qué otra cosa si no. Al fin y al cabo había odiado a esos alférez con voz gangosa y siempre acicalados, igual que a ese trepa del presentador de concursos. Habría podido matar al alférez Kresse a golpes y, sin embargo, hoy en día podía ganarse dinero sabiendo qué hacer con esa palabra. Naturalmente, un alférez no era *ningún* administrador de banderas; se habría podido embolsar de golpe ciento veinticinco mil sin necesidad de retorcerle un pelo a nadie, además de los aplausos y una bonita habitación de hotel más gastos...

Únicamente el delicado timbre que avisaba de la llegada del ascensor le arrancó de sus pensamientos. Se levantó del sofá y apagó el televisor. De puntillas, se precipitó hacia el dormitorio y cerró la puerta detrás suya. Entró en el rincón donde estaba ella. Su corazón se aceleró cuando miró hacia la cama. El palo continuaba erguido en el aire, pero le pareció que estaba más inclinado hacia la cama que antes. El mango, pensaba, probablemente llegaba hasta el abdomen de Lou. Se mareó al pensarlo y se dominó cuando la puerta de la vivienda se cerró de golpe. A continuación oyó un crujir de ropa y la respiración de una persona tensa, antes de que el picaporte de la puerta del dormitorio descendiera —como en las películas de bajo presupuesto— y la puerta se abriera lentamente, tan lentamente que Willem contuvo el aire hasta que vio un pie descalzo con las uñas largas y percibió el olor de un perfume dulce y herbáceo. En ese mismo instante oyó el esperado grito bronco y ahogado, y entonces abrió bruscamente la puerta.

Johann Manfred Busche (a veces el nombre completo ayuda cuando se narra algo, pero en este caso sólo agrava un momento de pánico) llevaba puestas únicamente unas gafas para leer y portaba en la mano dos billetes, cuando de pronto vio frente a él a un hombre vestido con un esparadrapo en la mejilla, y a la mujer que deseaba yacer muerta sobre la cama, empalada.

—Llega demasiado tarde —dijo Hold y, pasando por detrás de Busche, se dirigió hacia una de las dos ventanas.

—¿Ha sido usted?

—Las preguntas las hago yo, señor Busche.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es usted?

Willem miró brevemente hacia abajo, un acceso con cubos de basura que desde arriba parecían diminutos como juguetes.

—Soy el hombre que amaba a esa mujer, y que lamentablemente ya no puede

hacer nada más por usted.

—He oído mejores historias.

Busche se quitó las gafas. No supo qué hacer con ellas y se las volvió a poner.

—¿Pretendía leer el periódico aquí? —le preguntó Hold.

—El periódico, sí, en efecto. Pero eso a usted no le incumbe.

—Por supuesto que me incumbe. Porque su periódico era el trasero de la mujer a la que amaba. Es usted un cerdo.

—Se lo advierto —susurró Busche volviéndose a quitar las gafas. Esta vez las sujetó en la mano a la altura de un pecho velludo y, sin embargo, sí, blanco. Todo en él resultaba blancuzco: las piernas huesudas, la tripa puntiaguda, el rostro alargado (algunos le comparaban con un *Lipizzaner* prematuramente envejecido, cansado de vivir a pesar de todos sus éxitos o quizá precisamente por ello).

—¿Advertirme de qué? —preguntó Willem señalando los billetes con los que Busche cubría su sexo—. ¿De lo que su dinero puede hacer? ¿Con el que pueden comprarse también coartadas? ¿Dónde se encontraba usted cuando esta señora murió?

Busche se echó hacia atrás un mechón de pelo que le había caído sobre la nariz. Su peinado era sumamente complicado. Algunos mechones que nacían aún con fuerza por encima de las orejas habían sido ensamblados con los del otro lado, a la altura de una raya central imaginaria.

—Acabo de llegar de la famosa recepción de críticos —dijo triunfante.

—¿Qué se le había perdido allí?

—Admiro al Dr. Dr. Hesselbrecht.

—¿Y ése quién es?

—El más grande de todos los editores. Compartimos las mismas aficiones. Él tiene sus autores y yo tengo mis taladradoras.

—Sólo que los autores existen de verdad.

—La mayoría están muertos —dijo Busche—. Por eso se ama tanto la literatura. Yo la amo, en cualquier caso.

—Interesante. ¿Y eso cómo se explica?

—No se puede explicar. ¿Quién es usted? ¿No podríamos ir a otro lugar?

—No —dijo Hold—. Intente explicarlo.

—Los escritores sólo son grandes personas.

—¿Como Ollenbeck?

—Sí, es un buen ejemplo. Crean mundos enteros. Todo mentiras y, a cambio, para colmo, ¡reciben la Cruz Federal del Mérito!

—¿Se acuesta Ollenbeck con su esposa?

—Con ella no me acuesto ni yo.

—¿Ésa es la razón de sus visitas aquí?

—¿Qué significa esto? ¿Es usted de la fiscalía? ¿Cuánto le pagan a su edad?

—Lo suficiente.

Hold ni siquiera había pensado en esa posibilidad —él en calidad de representante de una autoridad investigadora, un servidor del Estado—, pero inmediatamente le pareció el camino más seguro para su plan.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Busche—. Empiezo a sentir frío.

—Lo hago para darle a usted una oportunidad —dijo Willem señalando hacia los vídeos que yacían en el suelo—. ¿Sabe usted lo que hay ahí? Vídeos de todo lo que ha sucedido aquí. Por desgracia faltan aquellos en los que aparece el asesino, que los buscó, encontró y se los llevó. Y los de usted, Busche, están en mi oficina.

—¿De qué está usted hablando...?

—Hablo de la actividad de nuestra mujer topo más profesional. Lou Schultz trabajaba para mi departamento y por ese motivo nos enamoramos; ése fue el único contratiempo.

—¿Qué tipo de departamento?

—No me interrumpa. En esta habitación había una pequeña cámara oculta. Allí, en el ojo de la cerradura del armario. El asesino también se la ha llevado.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque ya no está ahí, señor Busche —Willem se dirigió hacia la puerta del armario y sacó la llave—. Mírelo usted mismo, el agujero está vacío. Pero en su última visita —hoy hace exactamente dos semanas— aún tenía en su interior esa diminuta maravilla electrónica sin cable que transmitía la señal al grabador de vídeo que hay en la sala de estar. Las películas no son particularmente excitantes; más bien son penosas para usted. Una de las veces llegué a contar hasta veinte pañuelos de papel. ¿Siempre suda tanto?

—Esa bruja —jadeó Busche—. ¿Quién más sabe lo de las cintas?

—Nadie excepto yo. Y soy insobornable.

—Qué bobada. ¿No tiene ninguna afición cara?

—Sólo siento debilidad por los relojes.

—Dígame cuál es el reloj de sus sueños y se lo conseguiré.

—Ya lo tengo —Willem sacó el Daytona Newman del bolsillo—. No hay nada que hacer.

—¿Qué quiere entonces?

—Quiero ayudarle —dijo Hold señalando hacia la ventana—. Un pasito al otro lado del borde y se hallará enseguida lejos de todo esto.

Busche se tocó el vello del pecho; un escalofrío recorrió su blancuzco cuerpo.

—Está usted loco —susurró.

—¿Por ser condescendiente con usted?

—¿Quiere quizá algo que vaya bien con el reloj? Un Rolex como ése requiere de un entorno. ¿Qué tal un hermoso yate? Mi Squadron está siendo trasladado en este instante. Pero de momento sólo está ocupado durante una semana en el lago de Garda; una pequeña gratificación para mi mejor hombre. Pero después, si desea usted un yate...

—¿Cómo se llama ese hombre?

—El doctor Zidona. Es quien gestiona mis contratos en el extranjero.

Willem miró hacia el cadáver.

—Era cliente de ella. Su nombre aparecía en muchos de los informes. Usted llegó hasta la señora Schultz a través de él.

A pesar de toda su palidez, Busche enrojeció.

—Sí, él mencionó este contacto y me dio un número de teléfono. Es algo frecuente entre hombres.

—Me resulta extraño —dijo Hold.

—Pero ¿no creerá usted que Zidona sabía que esta dama trabajaba de hombre topo?

—En nuestro departamento la llamamos mujer topo. No, sólo pretendía controlarle.

—No lo creo —jadeó Busche—. Zidona es leal. Hablamos por teléfono hace un rato.

—¿Dónde está ahora?

—Por lo que sé, de camino al lago de Garda. El barco será trasladado hoy o mañana. Parece que en octubre aún hace buen tiempo allí. Podría hacerse cargo del *Vanilla's Affair*. ¿Qué le parece?

—¿Qué le parecería saltar?

Busche dejó caer los billetes, aunque éstos apenas habían cubierto una cosa pálida en medio de unas hebras grises.

—Debe estar loco —balbució.

—No, es buena voluntad por mi parte. Y la única posibilidad para usted de escapar del escándalo, de un final tan doloroso como el que ha tenido nuestra compañera en la cama. Sólo podrá evitarlo no presenciándolo.

Busche sudaba ahora a chorros. Se dirigió a la mesita que había al pie de la cama, la mesita sobre la que estaban preparados los pañuelos de papel para él, se sirvió y se acercó a la ventana.

—Le confesaré algo. Yo mismo he pensado a veces en esa posibilidad.

—Pensar no es suficiente —dijo Hold—, la práctica es lo único que cuenta. Un pequeño salto y podría conseguir tantas cosas...

—Pero la posteridad, la posteridad... El Dr. Dr. Hesselbrecht prácticamente no habló hoy sino de la posteridad en su recepción. ¿Qué pensará ella de mí?

—Los muertos, muertos están. Y estoy seguro de que el infierno está repleto de culos.

—Entonces sería el cielo —susurró Busche, y a través de su velludo pecho se oyó un gemido como un árbol justo antes de derrumbarse.

—Todo habla cada vez más, pues, a favor de ello —observó Hold.

—¿No podríamos llegar a otro acuerdo?

—La ventana abierta es mi mejor oferta.

Busche se inclinó sobre la hundida cornisa y miró hacia abajo:

—No soy capaz de hacerlo, me falta determinación...

—Si se fía usted de mi experiencia, la determinación no depende de las capacidades reales sino de las presuntas. ¡Crea en sí mismo y en su salto!

—No —jadeó Busche—, no, no, no.

—Sí —dijo Willem—, sí, sí, sí —y el Creso del leasing torció la cabeza a un lado y a otro como un león enjaulado, mientras Hold se dirigía ya hacia la puerta—: Ahora le dejaré a solas. Un hombre en su situación tiene derecho a estar solo. Cierre la puerta detrás de mí y haga después lo que tenga que hacer.

—¿Y qué pasará con mis taladradoras...? —de golpe Busche rompió a llorar; todo su cuerpo temblaba.

—Se pudrirán en la tierra —dijo Hold, y salió al pasillo.

—¡Usted destruya las cintas y todo irá bien!

—¡Nuestra mujer topo tuvo que sacrificar su vida por ellas! ¿Cree usted que yo sería capaz de tirar el fruto de su trabajo? Ahora todo seguirá su camino. Este mismo lunes *Der Spiegel* y esa otra revista, *Focus*, y más adelante *Stern*, si es que todavía existe. Su cara aparecerá en portada por triplicado, pero con las fotos de nuestra compañera y sin sus trucos de peluquería. Y en su interior, una junto a la otra, perfectamente ordenadas por fecha y hora, las fotografías de los jueguecitos de médicos, por ejemplo ése en el que sus ojos —del esfuerzo, supongo— parecen dos canicas... Y finalmente el domingo por la noche, como plato fuerte, el programa de Sabine Christiansen...

—¡No! —Busche hundió su rostro entre las manos y sollozó—. Pero si yo no le he hecho nada a ella...

—Supongo que ella lo verá de otra manera, acompañada de sus invitados, en su mayoría mujeres. No me gustaría estar en su piel, Busche.

—A mí tampoco —se oyó entre suspiros a través de las manos, y Willem cerró la puerta con precaución.

Su cabeza ardía, la herida le palpitaba y la frialdad del cazador se había desvanecido. Únicamente el ruido de la llave desde dentro le alivió. Unos segundos más tarde se produjo un llanto desgarrador —como ningún animal es capaz de emitir, tan sólo una persona que en el último instante siente lástima por su vida— y se oyó, además, el crujir de la celosía, que una mano intentaba sujetar, antes de producirse de nuevo el silencio. Incapaz casi de pensar, contó hasta cinco con los dedos. El golpe sonó hueco.

Todo lo demás resultó sencillo. Willem se quitó los zapatos y salió del piso. Se decidió por las escaleras de incendios. Las bajó en calcetines, deprisa pero sin precipitarse, y nadie le salió al paso, ni siquiera en el vestíbulo. Sólo cuando se halló en un pequeño parque con vistas a los rascacielos, y las ventanas se iban abriendo y los gritos se intensificaron, golpeó la palma de su mano con el puño.

Como todos los años, en la recepción de Bertelsmann se agolpaban más personas de las que habían sido invitadas: los célebres golosos habituales y parásitos del ron que se habían colado de algún modo, unos con la ayuda de los pases de prensa y otros exponiendo sus rostros universalmente conocidos o, en general, universales. Helen lo consiguió enseñando su anticuado carnet de servicio.

Vanilla Campus estaba junto al bufé, al lado de un hombre babeante de ojos diminutos. Éste llevaba puesto un caro aunque deformado traje, del cual sobresalía el cuello de la camisa, y trataba de persuadirla de algo al tiempo que comía rollitos de salmón. Helen se acercó dando un rodeo y logró escuchar lo que resumió con la boca llena:

—Ollenbeck es genial. Ha sacado el sexo a la luz como nadie lo había hecho antes.

—Porque es su baby —gritó Vanilla, tras lo cual el babeante rió tanto que las gotitas de sus labios salieron disparadas. Una fue a parar a la boca de Helen y ella la levantó con la uña del dedo meñique, un gesto que provocó que Vanilla reparara en ella.

—Oiga, ¿no estaba usted en el local que fue atracado cerca de la Opernplatz?

—De hecho estuvimos charlando allí.

—Ya lo recuerdo. Es usted la acompañante del señor rubio que finalmente intervino de forma tan valiente. Si no hubiera sido por él, ahora mismo estaría sin reloj. Pero afortunadamente todo acabó bien.

—Exceptuando al muerto —soltó Helen.

—Sí, horrible, un muerto —Vanilla, que volvía a llevar puestos sus guantes negros, señaló hacia el salivoso—: A él no es necesario que le presente.

Un camarero les ofreció champán y Helen se sirvió. No había reconocido al interlocutor de Vanilla de inmediato porque en la televisión tenía un aspecto más seco y aparecía, además, siempre a la sombra de Freytag.

—No —respondió, bebió un trago y habló entonces del autor sensacionalista—. ¿De verdad vale la pena leer el libro de ese Ollenbeck?

—Leer y cumplir —dijo Vanilla.

—¿Y qué consejos da?

El salivoso apoyó una mano ardiente sobre el brazo de Helen.

—¡En cualquier caso, hacerlo! —sus diminutos ojos se hicieron todavía más pequeños, al tiempo que sus enrojecidos carrillos se hincharon, estallando al siguiente instante en una carcajada, una risa que oyó hasta el presidente de la junta directiva y

que fue interrumpida tan súbitamente como había empezado al ver a alguien en mitad del salón. Susurró un nombre, como quien susurra una absolución, Hesselbrecht, y desapareció.

—¿No es encantador? —gritó Vanilla mirando hacia otro lado, hacia un hombre con el níveo peinado del príncipe Eisenherz y la mirada de un extraterrestre. A Helen no le quedó más remedio que accionar el freno de mano para no quedarse sola.

—Me gusta su libro —dijo.

—¡Mi libro! —Vanilla dio un giro completo sobre sus tacones y por poco se tuerce el pie, lo que la habría hecho menguar un palmo, y Helen volvió a retomar el tema del accidente preguntándole si no habría podido ser su esposo el objetivo de todo aquello...

—No lo creo. En ese caso el enmascarado habría consumado su encargo con el segundo disparo —dijo Vanilla como si charlaran animadamente sobre el sentido y el sinsentido de la trama a la salida del cine. Helen, todavía sin habla por un motivo diferente, sólo pudo asentir con la cabeza mientras aguzaba el oído. El otro motivo era Willem Hold que se dirigía hacia ella.

—Qué pequeño es el mundo —dijo—, pequeño y pérfido.

Hold estrechó la mano de Helen y sonrió de forma irónica mirando a los ojos a Vanilla Campus, que retiró los puños de su barbilla.

—Nuestro señor Kussler —susurró.

—El *doctor* Kussler. He empezado a leer su libro.

—¿Y?! —la pregunta resonó como un tímido grito de gozo e inmediatamente algunos fotógrafos y un equipo del programa *Aspekte* de la ZDF aparecieron en el lugar, oportunidad que Willem aprovechó para susurrarle al oído a Helen que se dirigiera hacia el bar que había al final del salón y que él la seguiría enseguida.

—¿Cómo encuentra la Feria del Libro? —preguntó la redactora de cultura de la ZDF.

—Muy interesante —dijo Vanilla, al tiempo que Helen retrocedía y la entrevista ya había finalizado.

Los fotógrafos continuaban sacando fotos, una segunda oportunidad que Willem aprovechó para desprenderse de algo. Simplemente se colocó junto a Vanilla, en la zona del vacío que rodea a todas las estrellas provisionales, y le habló en voz baja.

—*Pussy* de Hanau —dijo—, tu querido esposo está muerto. Ha saltado hace una hora desde la novena planta de un rascacielos, de una habitación cerrada desde dentro. Más perfecto, imposible. Espero el primer pago mañana sobre las diez de la mañana. En la autopista de Würzburg, en el primer albergue de carretera que hay después de Frankfurt. Quinientos mil.

—¿De verdad está muerto? —preguntó Vanilla, que se había vuelto tan pálida como el papel secante— con un tono casi de negocios.

—Sí. Y ven sola con el dinero, en tu coche. ¿Tendrás coche, no? Y uno rápido, supongo.

—Mucho. Pero tan rápido no podré conseguir una suma así de grande...

—Reúne lo que puedas —susurró Hold—. Pero estate en ese albergue de carretera a las diez con tu coche. De lo contrario habrás estirado la pata a más tardar después de las noticias de las doce.

Y diciendo esto la dejó plantada y atravesó el salón en dirección al bar, mientras la viuda de Busche se retocaba el cabello por si acaso hubiera trascendido ya el final de Big Mannis y uno de los equipos de la televisión estuviera aguardando con impaciencia para preguntarle su opinión sobre el suicidio.

El bar estaba rodeado de presentadores, canosos bebedores de Pilsner, que, en cierto modo, Willem reconoció, porque habían llenado los vacíos domingos de su juventud de informes deportivos, y que ahora tenían el aspecto de unos viejos sabuesos, locos por un hueso: la sonrisa de su recuerdo. Helen estaba sentada al margen del grupo. Fumaba y, en general, todos lo hacían, oportunidad que Hold aprovechó para derramar un par de lágrimas cuando susurró lo ocurrido a Helen al oído, aún enrojecido, sin mencionar en un principio a Lou, únicamente a Busche: se lo había encontrado estrellado contra el suelo cuando se dirigía al edificio para persuadir a Lou de que cediera en el asunto del picasso. Naturalmente había un riesgo en aquella versión. Ella podría exculpar a Zidona del asesinato que le colgarían ahora a Busche. Pero, por otra parte, nadie le seguiría la pista a aquel hombre hasta el lago de Garda. Y entonces sería suyo.

Helen apagó el cigarrillo.

—Pero ¿por qué ha hecho eso Busche? ¿Por la Schultz, por desesperación? He de hablar con ella, Willem. Y mi oferta sigue en pie: le exculparé a usted.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Hold saludando con una inclinación de cabeza al canciller que en ese momento pasaba de largo con su escolta junto al bar.

—Encuentro que tiene algo —dijo Helen.

—Sí, de Estrada. Si me disculpa.

Willem se retiró del bar y se dirigió directamente hacia un pasillo en cuyo extremo se encontraban los aseos.

—¿Estrada? —le gritó Helen desde atrás desoyendo el teléfono que sonaba dentro de su bolso—. ¿Ése quién es? —Hold se dio la vuelta. Era una pregunta legítima a la que tenía intención de responder en ese preciso momento, cuando un grito perturbó la cháchara de miles de bocas.

Vanilla Campus se había enterado, oficialmente, de la noticia de la muerte, y el salón al completo miraba ahora a la desesperada viuda que, por obra de un milagro, tenía los pelos de punta; hasta el canciller cambió la ruta prevista. Todo marchaba, por así decirlo, ligeramente del revés, y Helen, igualmente impresionada, contestó al teléfono en el último momento.

—¿Dónde se ha metido? ¿Estaba vendiendo sus memorias? —preguntó Feuerbach al otro lado de la línea—. Venga inmediatamente a la Gartenstrasse. ¡Busche ha asesinado a la Schultz!

Willem estaba de pie junto a una pared de espejos delante de los urinarios, que desafortunadamente estaban todos ocupados, pensando dónde y cómo pasar la noche, cuando un hombre con la tez de un pato laqueado entró en los aseos flanqueado por dos guardaespaldas. Enseguida reparó en el Rolex Oyster que llevaba y automáticamente susurró:

—Bonito reloj —ante lo cual el laqueado comenzó a pronunciar un discurso sobre el tiempo y su fugacidad, hasta que Willem observó que por fin un urinario había quedado libre.

—Primero mearé.

Fue uno de esos grandes alivios que inmediatamente pasan de la vejiga al cerebro y que alivian al mismo tiempo cualquier pensamiento. Pasaría la noche en una iglesia. Era lo que se hacía tras la pérdida de una persona, y allí también podría dormir. Los urinarios de la izquierda y de la derecha también se quedaron libres y el laqueado apareció en uno de ellos, mientras en el otro se colocó un hombre que susurraba para sí mismo enfundado en un traje de pana color marrón y con el rostro de color ceniciento.

—Mi nombre ya lo conoce —dijo el laqueado con una sonrisa de mandarín—, pero desafortunadamente yo no conozco el suyo.

Willem cerró los ojos; de ese modo se orinaba todavía mejor.

—Desafortunadamente, tampoco yo conozco el suyo.

—¿No sabe mi nombre?

—No.

—Asegura que no conoce mi nombre —le dijo el laqueado al ceniciento del traje de pana, el cual seguía susurrando al tiempo que le hacía un hueco a ese ágil extraterrestre con el níveo peinado del príncipe Eisenherz, a quien la Campus había hecho señas con la mano—, ¡y, sin embargo, lo conoce perfectamente!

—No lo conozco —dijo Hold intentando escuchar al susurrador, que parecía no comprender algo.

El laqueado se inclinó hacia delante y miró hacia el níveo príncipe.

—¿Puede usted creerlo? No sabe quién soy.

—Incomprensible —respondió.

Willem comenzó a sacudirse.

—De veras no conozco a este hombre.

—¿De dónde es usted? —preguntó Eisenherz.

—En cualquier caso no soy de Marte.

El laqueado también se sacudía ahora con la mano colocada delante.

—No disimule. Usted sabe quién soy.

—No puede ser, no puede ser —susurraba continuamente el ceniciento.

El laqueado alzó el dedo índice.

—¿Lo está usted oyendo?

—Se refiere a otra cosa —dijo Hold—. Vamos, dígame ¿qué le atormenta?

El susurrador cerró la cremallera del pantalón de pana.

—Estábamos cuatro —empezó diciendo, y de golpe le salió una voz normal. Una voz que hizo aguzar el oído a todos los que estaban en los aseos. Hasta el crujido del papel en el interior de las cabinas remitió—, cuatro escritores alemanes que todos los que están aquí conocen. Y entonces apareció Hesselbrecht con esa chilena enfundada en un traje Chanel, ¿no?, y nos presentó diciendo: «¡Some German authors, Isabel!».

—¡Puf...! —dijo Eisenherz—. Se acabaron los buenos tiempos.

Hold se acercó a un lavabo y el laqueado se colocó a su lado.

—Sé que sabe usted quién soy.

—No lo sé. ¿Por qué está usted tan bronceado?

—¿Bronceado? —el laqueado se sobresaltó mientras el ceniciento volvía a susurrar: «Some German authors, Isabel».

—Pero los recuperaremos —dijo el príncipe extraterrestre. Y desde una de las cabinas alguien gritó con una «r» vibrante:

—¡Mire, por ejemplo, Ollenbeck! —y, desde otra de las cabinas, repleta de crujidos de papel, llegó la réplica:

—¡Ése sólo copia!

—¿A quién? —gritó Hold.

—Lea usted al joven Branzger, ¡en él encontrará todo sobre la frigidez del deseo!

—¿Y por qué no escribe nadie sobre eso? —Willem se acercó entonces al espejo, miró debajo del esparadrapo y el dolor le volvió.

—¡Porque todos están felices de que tengamos a Ollenbeck!

—Hay que medir siempre las palabras —explicó el príncipe lavándose las manos con tanta fuerza que los blancos moños de pelo sobre sus orejas se agitaron—. ¿Queremos la grandeza o la verdad?

—La gran literatura no es rentable —gritó alguien desde otra cabina—, la pequeña hace lo mismo.

—Yo acabo de una vez —dijo el descolorido.

—Lo cierto es que sabe usted perfectamente quién soy —susurró el laqueado de soslayo a Hold.

—No sé quién es usted.

—Entonces ya es hora de que lo sepa —y con ello pareció darse relativamente por vencido, pues comenzó con un discurso sobre su persona —su persona en la época actual, pero también en la historia de los tiempos— que expuso en frases hechas, mientras Willem observaba el agujero que seguía inflamado y, de pronto,

comprendió la razón por la cual Lou había tenido que morir; porque había desenmascarado a Ollenbeck y con ello a Zidona como lo que eran: dos estafadores. Se peinó y después dejó plantado al disertante.

—Pero aún no he acabado —gritó éste—, aún no sabe quién soy, de lo que estoy hablando...

Willem abrió la puerta del baño —el aire parecía puro— y una vez más se dio la vuelta.

—Basura lista para imprimir.

Había que fijarse bien para lograr reconocer aún a Johann Manfred Busche. Su cogote había reventado y el rostro yacía, por decirlo así, extendido allí como una máscara de terror barata, aunque con ojos: dos hemisferios de color rojo fresa.

El comisario jefe Baltus y su gente apartaban a la fuerza a un equipo joven de la Sat. 1 —la reportera pataleaba de rabia con sus botas de montar, el cámara se había subido ya encima de un automóvil— mientras cada vez más curiosos bloqueaban la Gartenstrasse. Y Feuerbach aprovechó el alboroto general para conseguir entrar en el edificio con su arrendataria que llegaba en ese preciso instante. Había sido uno de los primeros en llegar junto al cadáver de Busche alarmado por el sonido de las sirenas. La galería en donde Ollenbeck había entrado en escena estaba situada a sólo dos manzanas.

—Uno de los dos tiene que subir de inmediato a la vivienda de la Schultz —le dijo a Helen en voz baja, y rápidamente ella se abrazó a dos antiguos colegas que vigilaban delante de las puertas de los ascensores, oportunidad que Feuerbach aprovechó para desaparecer de soslayo escaleras arriba, las que Willem Hold había descendido en calcetines.

Eran los agentes patrulla que habían visto a Busche aún antes que el médico de urgencias. Helen los conocía de otras misiones. Eran buenos muchachos; aún así, jamás los hubiera abrazado en aquella época. Los dos se sorprendieron tanto que a ninguno se le ocurrió preguntar el motivo de su presencia.

—Enseguida reconocí a ese tipo —dijo uno de ellos—. Aunque haya mucha papilla, lo peculiar permanece siempre —tras lo cual su colega gritó:

—Hey, ¡no sigas! —y sacó una tarjeta platino de American Express—. La han encontrado a su lado. Uno tiene de todo y va y se suicida. Tuvo que ser una depresión, ¿no es cierto?

Helen estuvo de acuerdo con ellos. Charlaron sobre la riqueza y la infelicidad y pronto llegaron a la viuda, probablemente la única heredera y multimillonaria en breve.

—¿O existen dudas respecto al suicidio de Busche? —formuló aquella pregunta con los brazos aún en torno a los dos ex colegas, embutida en una risa forzada, y se enteró de que la cerradura de la puerta había sido acribillada a balazos, como si alguien más estuviera en juego, probablemente el asesino del palo de la escoba, y también supo de la celosía arrancada, como si Busche sólo se hubiera asomado demasiado a la ventana; por tanto, un accidente aunque con la habitación cerrada.

—Y desde dentro —dijeron a dúo los dos cuando, a sus espaldas, la puerta

acristalada que conducía al hueco de la escalera se abrió y Feuerbach, bañado en sudor tras la carrera, alcanzó de dos saltos la salida y desapareció entre los periodistas que aguardaban, una proeza a ojos de Helen. Ella preguntó por las esposas y los hijos de sus antiguos colegas y después, como consecuencia de una llamada telefónica, salió de allí con más facilidad de lo esperado.

Con el teléfono al oído se abrió paso entre los curiosos que se agolpaban delante del edificio y se volvió buscando a Feuerbach. Éste estaba apoyado en un semáforo al otro lado de la calle, todavía jadeando, y anotaba algo. Cuando Helen se acercó a él, ya tenía una cita con Willem Hold a última hora de la noche, quien al parecer confiaba en ella como su médico de familia.

—¿Y? —preguntó ella.

Feuerbach guardó su block de notas y se limpió el sudor de la cara.

—Caminemos un rato primero.

Marcharon en dirección a la orilla del Main sobre la estrecha acera de la Schifferstrasse, en un primer momento en silencio, aunque casi hombro con hombro, pero apenas habían avistado la ciudad iluminada Feuerbach comenzó a contar una historia que hizo subir peligrosamente la elevada opinión que Helen tenía de él. Esto es, que había conseguido quedarse a solas durante un momento con el cadáver de la Schultz mientras la patrulla de seguridad de huellas se reponía de aquella espantosa imagen lanzando un vistazo sobre la ciudad desde la habitación.

—Y entonces encontré algo en su puño —dijo sacando una caja de aspirinas del pantalón y mostrando con cuidado el estuche con los comprimidos. Sobre ellos yacía una esquina rota de papel de buena calidad, apenas más grande que la uña de un pulgar: los restos de la página de un libro con una palabra y un número, la página número veintinueve y la palabra «grieta» justo encima—. El autor de los hechos le tuvo que arrancar la hoja de la mano —explicó Feuerbach—. Pero, por suerte para nosotros, dejó un trozo —volvió a cerrar la caja, la guardó y después, como incitado por algo, sacó su recibo de lotería del bolsillo del pecho. Había marcado el veintiocho en lugar del veintinueve, aunque éste aparecía en la hoja bien grande y claro, la hoja con la que se había limpiado el zurullo de perro del zapato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Helen—. ¿Tan duro fue el espectáculo? Será mejor que vaya pensando lo que podemos hacer con esta información. Estoy viendo que se nos escapa la recompensa.

—Yo también. Pero todavía podemos ir tras ella —Feuerbach cerró los ojos y se concentró—. Busche no asesinó a la Schultz, de lo contrario habrían encontrado la hoja junto a él, salvo que se la haya tragado; y eso debería descubrirlo su ex novio hasta mañana.

—Probablemente —dijo Helen—. Continúe...

—Pero si no lo hizo Busche, lo hizo otra persona que conocía muy bien a la Schultz como para lograr atarla a la cama y para quien esa página poseía un significado mortal. Tenemos que descubrir a qué libro pertenece y... —Feuerbach

volvió a abrir los ojos y de pronto éstos brillaron— quién acompañaba a la Schultz en el vuelo hacia Manila. Creo que aún he de hacer algunas gestiones que podrían ocuparme hasta mañana.

—Algo parecido también iba a decir yo —respondió Helen. Y sin hacerse más preguntas el uno al otro, quizá no profesionales pero sí humanas, quedaron para desayunar juntos y se marcharon por separado, ella en dirección al barrio de la estación y él en dirección al Westend.

Willem Hold —de nuevo junto a su bolso de viaje y el billete de primera clase en su interior— se encontraba aún en la consigna con una mano sobre la mejilla dolorida, cuando decidió que tenía hambre. Tenía un gran vacío en el estómago —que había llenado por última vez en el vuelo junto a Lou— pero encima del estómago, donde en realidad no debía existir hueco, parecía también haber un agujero. Anduvo un trecho y pensó en salchichas amarillas, las salchichas amarillas que su madre le había envuelto siempre para el largo recreo. Más adelante, cuando todo estuviera resuelto, tuviera el dinero y hubiera vengado a Lou, se comería una salchicha amarilla antes de partir hacia Manila. Pero una risa bronca le arrancó de sus pensamientos.

Unos borrachos estaban burlándose de una paloma coja, tirándole de las alas y escupiendo sobre su cabeza. Le dio una patada a uno en las corvas, al otro en la espinilla y a continuación le retorció el pescuezo a la paloma. Eso ocurrió alrededor de las once; en un monitor de la planta inferior de la estación de trenes estaban dando el último informativo. Louis Freytag seguía siendo primera noticia. Se hablaba ahora de un asesinato por encargo y se buscaba al autor de los hechos entre los círculos de escritores que tenían contacto con Polonia, etcétera; es decir, más bien entre los viejos escritores que Freytag había humillado, así como entre los que había subido hasta las nubes y hasta la máxima categoría fiscal, corrillos en donde al parecer circulaba un manuscrito, *Muerte de un crítico*, presuntamente una ambiciosa novela policíaca, bajo las sospechas de la ARD. Los primeros interrogatorios ya habían tenido lugar, dijeron, y se barajaban nombres como Kristlein y Mahlke. Mala suerte para vosotros, pensaba Hold, cuando divisó a la mujer con la que estaba citado. Llevaba puesto un estrecho vestido negro con unos tacones de media altura, un abrigo fino sobre los hombros y estaba con los brazos cruzados.

—¿Dónde está su maletín de médico? —preguntó.

—Lo siento mucho, pero no pasé por casa.

—Entonces tendremos que ir *los dos* a por el maletín.

—¿Quiere decir a mi casa?

—¿O debería decir a su consulta? —Willem pasó una mano por debajo del brazo de Helen, caminó con ella hacia las escaleras mecánicas más próximas y enseguida llegaron a la Münchnerstrasse, donde pasearon como una pareja hasta llegar a la altura de una tasca que hacía esquina, desde la que provenía una vieja canción maravillosa.

—Bebamos algo primero —dijo Helen, esforzándose por conservar la calma. *Sweet little sixteen*, Leo Eick le había jugado una mala pasada con aquella canción.

Sólo al oír ese número había cogido un verdadero impulso, como si fuera a esquiar, y la había arrastrado a ella hacia la época de su promoción, seduciéndola para que cantara y batiera palmas. *They're really rockin' in Boston*, aún recordaba la letra y siempre la recordaría. Y sobre la alfombra los dos se habían dejado caer durante aquella canción, llena de pausas en el estribillo, en cada una de las cuales él se había detenido alelándola cada vez más de su hogar, de Kasi y de su oso creativo.

—Hey, ¿qué sucede? —preguntó Willem—. ¿No se encuentra bien?

—Simplemente me he acordado de algo.

—Es esta canción... Será mejor que bebamos —había pedido dos Pilsen y un camarero con un aro en la oreja las trajo al instante a la mesa. En ningún otro lugar se tiraba la cerveza tan rápido como en Moseleck; siempre había sido así. Levantó el vaso junto al de Helen y las crestas de espuma se mezclaron.

—Y dejemos aparcado el usted mientras bebemos. Salud.

La propuesta llegó de forma suave y repentina, y Helen sólo pudo asentir con la cabeza al tiempo que la fría cerveza fluía ya en el interior de su boca. Aquella canción parecía no querer acabar nunca y se dio cuenta entonces de lo mucho que se había apartado de lo que una vez había sido su vida, la de una agente de homicidios casada y con un hijo en una hermosa vivienda, sentada ahora a la mesa de una tasca con un gángster que la tuteaba.

Willem dejó su vaso y apoyó un dedo sobre la mano de Helen.

—Tengo novedades para ti. La mujer a la que amé y a la que persigues ha sido brutalmente asesinada hace un par de horas.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Me llamo Willem.

—Está bien, Willem. ¿Y cómo lo sabes?

—Yo mismo la encontré en su piso. Por desgracia tuve que abrirlo de una forma algo brusca. Yacía empalada sobre la cama. Detrás de mí llegó Busche, y aquel espectáculo fue demasiado para él.

Helen sintió la cerveza en el estómago removiéndose, y comenzó a sudar.

—¿Y por qué debo pensar que no has sido *tú* el que la ha asesinado?

Willem cogió entonces la mano de Helen, la envolvió con la suya y la cerró con fuerza.

—La felicidad con ella era así de fuerte, ¿comprendes?

—Sí, y si no paras inmediatamente no podré hacer con esta mano nada más por ti.

—Tenía que hacerlo —dijo Hold, mientras comenzaba a masajear la mano apretada—. Escúchame, los dos tenemos intereses distintos. Tú quieres el dinero del cuadro que Lou ha vendido, y yo quiero a su asesino. Mi teoría es que ambos asuntos están relacionados entre sí. Y, por tanto, los resolveré de una vez... yo solo. Así que mantente alejada, lo mismo que tu rubio socio.

—No tengo ni idea de dónde se ha metido.

—Dondequiera que esté, es el canalla que me hizo un agujero en la mejilla. Y que

sólo se parece a Steve McQueen de muy lejos. Es feísimo, si quieres saber mi opinión.

—No, está bastante pasable.

—¿Estás loca por él?

—Creo que no —dijo Helen.

—Eso creía yo también. Hasta que se produjo el chasquido. O el flechazo. ¿Cómo se dice?

—El flechazo.

—Hasta que se produjo el flechazo.

—Entiendo.

—No entiendes absolutamente nada. Pero ya lo harás.

—¿Cuándo?

—Cuando estemos en la cama.

—Debes estar loco —dijo Helen.

Willem Hold dejó dinero sobre la mesa.

Feuerbach estaba en casa de Heike Puschmann, todavía en la llamada zona lounge, pero a punto de conquistar un hueco en la cama de diseño de la zona de dormir. En los preliminares había averiguado ya, en medio de informaciones sobre la red comercial de Busche, el planning actual de la azafata. Había volado de Barcelona a Frankfurt a mediodía y no volaría de nuevo hasta pasado mañana en dirección a Extremo Oriente.

Por medio de un masaje en la cabeza y de pequeños besos en su vellosa nuca — ambos estaban colocados uno detrás del otro, en el paso de la zona lounge hacia la zona de dormir— Feuerbach intentaba poner remedio a la mala memoria en cuanto al compañero de asiento de la Schultz en el vuelo de ida hacia Manila.

—Intenta recordar —susurraba—, ¿cómo se llamaba ese tipo? —y cambió de las sienes a los senos que asomaban desde unas cestitas de color amarillo limón, pero aquello no fue una buena idea, pues en lugar de intentar recordar con más fuerza o, cuando menos, reflexionar, Heike Puschmann suspiró y, finalmente, se dio la vuelta y le llamó «rubio canalla», circunstancia que él aprovechó para arrastrarla hasta la cama circular que, para colmo, comenzó a girar—. Entonces descríbemelo al menos —dijo Feuerbach jadeando al primer asalto.

—Ya te lo dije, un aficionado al café que lee buenos libros.

—Quiero saber qué aspecto tenía.

—Llevó puestas esas gafas de sol todo el rato.

—¿Para leer también?

—Creo que sí.

—¿Qué significa «creo»?

—Sí, las llevaba puestas también para leer. ¿Vamos a hacerlo? Porque entonces he de ir al baño.

—Iremos los dos juntos. Una ducha fría y recordarás el nombre.

La azafata se deslizó bajo la colcha de la cama.

—Nunca me ducho con agua fría —se quitó la ropa interior y la lanzó al suelo—. ¿En realidad por qué necesitas ese nombre?

Feuerbach se inclinó sobre Heike Puschmann y clavó la mirada en sus ennegrecidas pestañas.

—La mujer que acompañó al tipo de las gafas de sol y bibliófilo hacia Manila ha sido hoy asesinada de una forma bastante desagradable, por él muy probablemente. Intenta recordar. O busca el antiguo listado de pasajeros; tiene que haber un fichero de datos.

—No puedo acceder a él.

—¡Entonces abre el de tu cabeza!

—No hay nada que hacer, se ha esfumado —dijo Heike Puschmann incorporándose junto con la colcha—. Desde entonces he tenido muchos vuelos, ya no recuerdo cómo se llamaba ese hombre. Sólo sé que leía un libro y que en el descanso hojeaba algunos documentos con fotografías de unos aparatos.

—Aparatos... —Feuerbach atrajo suavemente la colcha hacia él y se sobresaltó ante la perfección de los pechos de Heike Puschmann que, aunque opulentos y redondos, tenían unos pezones infantiles y guardaban una perfecta simetría entre ellos, sí, parecían salirle al encuentro, pero no se atrevió a tocarlos.

—Sí. Unas máquinas grandes. Excavadoras o taladradoras, con tenazas y cosas que dan vueltas.

—¿En qué quedamos? —preguntó Feuerbach descendiendo lentamente la mirada sobre ella, sobre un vientre casi plano y lo siguiente que había en la unión de sus dos piernas que parecían no tener fin. ¿Excavadoras o taladradoras?

—Creo que eran taladradoras —Heike Puschmann comenzó a susurrar de pronto —, unas taladradoras gigantescas... Una mezcla entre fotografía y animación. ¿Vamos a hacerlo?

Feuerbach cerró los ojos y comenzó a asentir suavemente con la cabeza.

—O sea, un vendedor de taladradoras gigantes.

La azafata se quitó el reloj y lo colocó sobre una presunta mesa de noche.

—Espero que lleves encima alguna protección...

—O un representante de taladradoras gigantes que volaba hacia Manila con una prostituta de lujo —murmuró Feuerbach—; es más, desde cuyo piso se ha arrojado hoy nuestro Creso del leasing, Busche. Lo que significa que se trata de un colaborador suyo.

—Voy yendo al baño —explicó Heike Puschmann. Quiso levantarse, pero Feuerbach seguía sentado sobre sus pies, murmurando.

—Y los dos tenían algo con la Schultz. Por lo tanto, no era un colaborador cualquiera sino alguien que compartía la prostituta con Busche y que, con ello, pretendía quizá tenerle bajo su control. Y evidentemente lo consiguió.

Feuerbach saltó de la cama, corrió hacia su chaqueta y sacó las notas sobre el imperio del leasing de Busche: algunos nombres de filiales y bancos, de localizaciones y clientes, así como de ingenieros y abogados que trabajaban para él. La redacción económica del *FAZ* también le había ayudado. En los últimos años habían sido publicados tres artículos; casi había más admiración que escepticismo. Y desde la boda con Vanilla, también envidia.

—Si no llevas ninguno encima —gritó Heike Puschmann desde la ducha—, ¡puedes bajar a comprar!

Feuerbach repasó de nuevo los nombres y después entró en el baño, que parecía más un laboratorio destinado a la transformación de seres humanos en seres

sobrenaturales, que el lugar habitual para la excreción y el aseo personal. Heike Puschmann estaba dentro de una cabina acristalada de espaldas a la puerta, una espalda que brillaba por el agua y el jabón, y no le fue fácil mantenerse en el tema.

—Te voy a leer un par de nombres —dijo él—. En cuanto recuerdes alguno, grita.

Y leyó los nombres por orden alfabético, mientras debajo de la ducha la azafata de Lufthansa no desperdiciaba ocasión para desviarle del tema. Sólo cuando llegó al último nombre, ella gritó, aunque también el grito fue efectuado con estrategia, casi fue un gemido anticipado.

—Zidona entonces —dijo Feuerbach.

—Sí, creo que se llamaba así.

—Pero en realidad es abogado, no un representante de taladradoras.

Heike Puschmann salió de la ducha y cogió una toalla.

—Los abogados hacen siempre de todo, como los actores. Además, leía un buen libro y no contratos.

—¿Qué libro?

—Una novela. ¿Esto va a seguir así toda la noche? La ducha está libre.

Feuerbach se desnudó.

—Intenta recordar el título. O el autor. O al menos la cubierta.

—¿Y qué sacarías con ello?

—No lo puedo saber todavía.

—De mí sacarías más, eso ya lo sé.

Heike Puschmann, con el cuerpo aún enrojecido por el agua caliente, dejó caer la toalla y se aferró al pecho de su huésped. Evidentemente era una de esas mujeres que manejaba cualquier aventura en caso necesario.

—De hecho mucho más —dijo.

Feuerbach sujetó sus manos extendiéndolas como quien dice hacia atrás.

—Sólo estoy intentado valorar en cierto modo a ese abogado Zidona. Probablemente no haya cometido sólo un asesinato, sino que haya vendido también un picasso que no le pertenece. Nosotros andamos detrás de la retribución.

La azafata comenzó a untarse crema con movimientos ascendentes desde los pies, primero deprisa y después lentamente.

—¿Quiénes sois «nosotros»?

—Mi socio y yo.

Feuerbach entró en la ducha, buscó el regulador del agua y nuevamente la mano de ella apareció, ahora húmeda por la crema.

—Antes de mojarte, Carl, ¿llevas alguno encima o no?

—Lo podemos hacer de otra manera...

—Me gustaría saberlo con antelación.

—Yo que sé —dijo Feuerbach mostrando su sonrisa más amplia, pero aquello no era suficiente, no para la primera clase de Lufthansa, así que enseñó también su dentadura y la mitad de su lengua. Pero la azafata, en su baño de diseño, seguía sin

comprender nada, sólo le miraba de forma interrogativa hasta que él se cansó. Cerró los ojos y enderezó un dedo.

—De esta forma, con la boca así, con esa boca que tienes de anuncio...

—¡Damundzio! —gritó Heike Puschmann—. ¡El autor de la novela se llamaba Damundzio!

—¡Hey, eso suena bien! —Feuerbach salió disparado de la ducha y besó los labios de ella que aún seguían perfilando una «O»—. Creo que bajaré rápidamente a comprarnos algo...

Helen había vuelto a curar el agujero de la mejilla de Willem lo mejor que sabía — había aflojado las grapas y con ayuda de una pinza había extraído las diminutas astillas de vidrio que aún estaban metidas en la carne— y estaba buscando en ese preciso momento una vena para inyectarle otra dosis de analgésico y antiinflamatorio, cuando tocaron a la puerta. Los dos estaban sentados en la cocina. Nola estaba en alguna fiesta de la feria y su inquilino y socio tendría al parecer una especie de misión nocturna. Hold hundió la mano izquierda debajo de la mesa.

—No estamos aquí ¿vale?

—Sólo puede ser mi hijo, y *estamos* aquí —Helen le clavó la jeringuilla y comenzó a inyectársela—. ¿Eres tú, Kasi?

—Sí. ¡Abre la puerta!

—¿Qué le vas a decir? —susurró Hold.

—La verdad.

—Entonces tendré que cargarme a los dos —sacó el arma, pero Helen siguió inyectando—. ¿Qué contiene exactamente la jeringuilla?

—De todo.

Willem quitó el seguro de la pistola y apuntó a Helen. Tocarón una segunda vez a la puerta.

—Dime qué contiene...

—Vamos, abre —se oyó a través de la puerta—, ¡me va de culo!

Helen sacó la aguja.

—Los americanos suelen usarlo en sus cárceles siempre un minuto después de la medianoche. El efecto es inmediato —se levantó y salió de la cocina caminando de espaldas—: ¡Ya voy, Kasi!

—Pero ¿qué te he hecho? —susurró Hold.

—No confía en mí y eso me molesta.

—Si no confiara en ti, no estaría aquí.

—¿Por qué no me dice entonces todo lo que sabe? Todo acerca de la señora Schultz o Lou...

—Porque he amado a la señora Schultz o Lou.

Helen abrió la puerta del piso y Kasimir perdió literalmente el equilibrio; sus pupilas estaban dilatadas y oscuras.

—¿Tienes visita, mamá? —ahora balbucía, aunque todavía tenía la cabeza lo suficientemente despejada como para llamarla mamá, algo que no hacía nunca, y por tanto para irritarla.

—Sí, ve a mi habitación.

—¿Es un hombre? —Kasimir se dirigió a la cocina haciendo eses sin que ella pudiera impedirlo y los dos aparecieron en el marco de la puerta.

—Hola —dijo Hold, y Kasimir vomitó salpicando el suelo de terracota, aún por pagar, la camisa y los pantalones de Willem.

Helen se cubrió el rostro con las manos, un gesto teatral que, no obstante, le proporcionó un respiro. Cuando retiró las manos, el hombre con el agujero en la mejilla —el único que quizá podía decirle dónde estaba el dinero de la venta del picasso— ya se había arrodillado sobre las baldosas sujetando una bayeta en la mano en lugar de la Beretta. Sonreía mientras fregaba. De súbito, una peligrosa serenidad emanaba de él; le recordó al toro que se lanza sin miedo a la arena porque sabe que su contrario no es la capa sino el hombre que la mueve. Un toro con *sentido*, eso le había explicado Leo Eick, un entendido en el ocio y en España. De pronto recordó aquello y el suelo pareció tambalearse bajo sus pies.

—¿Follas con él? —preguntó Kasimir.

—No. Vamos al baño.

—No os mováis —dijo Hold—, no pienso limpiar esto yo solo. Y no estaría de más dar las gracias de vez en cuando.

Helen inspiró profundamente, le dio las gracias, y condujo a su hijo hacia el fregadero. Y Kasimir, pálido, comenzó a hablar con voz ronca, vomitando sin parar. Había pillado a su padre, un director de arte en el paro, con una mujer:

—Era rubia, gorda y gemía como si la estuviera golpeando, aunque no lo estaba haciendo.

—Esas cosas ocurren —dijo Hold—. Y después acaban fumando porros.

Kasimir vomitó algo más de bilis cristalina en el fregadero.

—Otro médico —susurró.

—Qué va, tiene que ver con la Feria del Libro —a Helen no se le ocurrió nada mejor y lanzó una mirada hacia Hold que continuaba fregando.

—Un escritor entonces —bramó Kasimir echando un último aluvión mientras Helen sostenía su cabeza bajo el chorro de agua fría.

—Sí, algo parecido —dijo Hold—. Escribo.

—Yo también lo haré después —se oyó desde el fregadero.

—¿Y qué harás antes?

—Televisión.

—Concéntrate en vomitar —dijo Helen mirando el viejo reloj de su padre. Pronto serían las doce y Nola solía llegar antes de esa hora. Tenía que lograr de algún modo echar a aquel hombre armado del piso, aun cuando fregara el suelo de una forma tan desinteresada o, al menos, meterlo en su habitación.

Cerró el grifo, envolvió la cabeza de Kasimir en un paño de cocina y le condujo a la que llamaban habitación común, al sofá en el que había dormido durante tantos años en un principio sola, en algún momento acompañada y finalmente con un niño

entre sus brazos. Hacía tiempo que sabía que Kasimir experimentaba con toda clase de cosas, pero también ella había experimentado con todo y seguía viva.

—Tumbate —le dijo y él oprimió un dedo contra su vientre.

—Si te has liado con él, al menos será un buen autor...

—No me he liado con él. No me he liado con nadie.

—Entonces me das lástima.

—Será mejor que intentes dormir —Helen acostó a su hijo en el sofá y le tapó con el cubrepíés. Después corrió las cortinas, cerró a continuación la puerta lentamente y se dirigió al baño. Allí advirtió que estaba llorando. Era necesario que sucediera algo en su vida, pensaba, y también en la de él, en resumidas cuentas, en el tiempo que todavía les quedaba a ambos como madre e hijo. En un año podía ser demasiado tarde, demasiado tarde para siempre, temió, y al mismo tiempo se lavó la cara hasta que no quedó ni rastro de sus temores, tan sólo una pregunta: cómo podría hacer hablar al hombre del agujero en el carrillo sin ofrecerle una cama.

Cuando regresó a la cocina, Hold estaba sentado a la mesa en calzoncillos, con el arma en la mano y el resto de la ropa en el brazo.

—Seguro que tienes lavadora.

—Sí, pero en el piso de abajo duerme gente. De noche no se ponen lavadoras.

—Pero mi ropa está llena de vómitos.

—Puede cepillarla cuando esté seca. ¿Le importaría volver a vestirse y apartar su arma?

Willem colocó la Beretta en su regazo.

—Tu hijo es toxicómano, ¿lo sabes?

—Mi hijo sólo es un chico curioso.

—Está desesperado. ¿Por qué no vive aquí su padre?

—Porque nos hemos separado.

Willem extendió su ropa sobre la mesa de la cocina.

—¿Lo quiso él así?

—No, lo quise yo.

—¿Y por qué?

—Eso no le incumbe. Hablemos mejor de la señora Schultz. ¿Qué le contó sobre Manila?

—¿Por qué te separaste? Primero aclaremos ese tema.

—Por un hombre —dijo Helen—. Pero eso ya terminó.

—¿Era guapo?

—Un médico bronceado.

—Ésos son los peores.

—Probablemente. ¿Podemos continuar ahora?

—Por mí vale. Pero no la llames señora Schultz. Llámala Lou.

—Como usted quiera. Lou entonces.

—La difunta Lou. Mi difunta Lou, a la que amé ¿vale?

—De acuerdo, su difunta Lou, a la que usted amó, vendió un picasso en Manila o en algún otro lugar ¿no es así?

—¿Tienes un secador de pelo? —preguntó Hold.

—Sí, por supuesto.

—Pues tráelo.

Helen se mordió el puño. Notaba que avanzaba, pero al mismo tiempo percibía la fragilidad del suelo que se cernía bajo sus pies desde que carecía de una placa policial válida. Finalmente fue en busca del secador y después, sin rodeos, le preguntó, como en los buenos y viejos tiempos durante los interrogatorios, por el dinero de la venta del cuadro, mientras Hold secaba la bilis que había en su ropa.

—Lou no tenía el dinero —dijo al cabo de un rato—. Lo dejó todo en manos del hombre con el que viajaba.

—¿Qué sabe de ese hombre?

—Nada —dijo Willem.

—¿Y cuál es su opinión?

—Mi opinión —dijo apagando el secador de pelo— es que es un cerdo. Ahora necesitaría un cepillo.

Helen salió al pasillo en busca de un cepillo y, a continuación, ella misma se puso manos a la obra. El contenido del estómago de Kasimir salió volando en forma de pequeñas nubes. Willem la miraba atentamente.

—Muy amable, gracias —dijo.

—No hay de qué. ¿Qué piensa hacer ahora?

—¿Me va a echar?

—Su herida ya está curada.

—No hay una sola habitación en todo Frankfurt.

—Ni siquiera en Mannheim encontrará una durante la Feria del Libro. Pero hay bares que no cierran hasta la madrugada.

—Pero me gustaría estar cómodo —Willem dejó el arma sobre la mesa, se levantó y comenzó a vestirse.

—¿Me va a disparar? —preguntó Helen.

—¿Con una 45? ¿Para despertar a todo el vecindario?

—Si no me va a disparar, entonces sígame ayudando.

Hold comenzó a vestirse.

—Escucha, Lou sólo me contó que ese picasso existía, que lo había heredado y que se lo llevó consigo a Manila dentro de una maleta. Cuando le pregunté dónde estaba, me dijo que no tenía la menor idea. Y lo siguiente que supo es que había sido vendido. Alguien lo había hecho por ella y también había invertido el dinero. Pero en aquel entonces apenas nos conocíamos. Creo que mentía. Manila no es lugar para deshacerse de un picasso.

—¿Y dónde está el cuadro entonces?

—Ni idea —Willem se abotonó la camisa y se miró. Los calcetines, los

pantalones y el cinturón, todo en cierta manera tenía un color claro a excepción de la chaqueta de cuero, pero ni siquiera ésta parecía de luto.

—Necesitaría algo de color negro...

—¿Por Lou?

—Sí, maldita sea.

—Pero no tengo nada.

—Entonces ve a por tu costurero. ¿O no tienes costurero?

—Algo parecido —Helen salió al pasillo y regresó con una caja de zapatos que colocó sobre la mesa—. Esto es lo que tengo.

Hold abrió la tapa. Era un costurero caótico. En él había montones de botones y de agujas sueltas, ovillos de lana, carretes de hilo, cremalleras enredadas con restos de tela, una cinta métrica en medio de patrones, unas tijeras y la cabeza de una muñeca. Y de entre todo aquello, con la egocéntrica mirada de un enlutado, pescó una cinta de terciopelo negro y se la puso delante a modo de corbata.

—Le felicito —dijo Helen—. Es toda suya. En el pasillo tiene usted un espejo —ella se quedó sentada junto a la mesa de la cocina con las manos dentro de los bolsillos y empezó a sudar al ver que, aparentemente, la treta había funcionado. Él se dirigió al pasillo, dejando la Cougar sobre la mesa. Perlas de sudor recorrieron su frente y todos los dedos se le contrajeron. Dos meses antes habría actuado sin reflexionar, pero ahora lo estaba haciendo. Ésa era la auténtica diferencia, esos segundos para sopesar. Naturalmente la policía le buscaba por asesinato, pero ¿no lo había hecho en realidad por amor y por su vida? En cualquier caso, podía verse de aquella manera, y seguramente sabía más sobre el picasso de lo que aseguraba, y eso afectaba a su propia vida que acababa de empezar otra vez.

—No se te ocurra hacer ninguna tontería —gritó Hold.

—No estoy haciendo ninguna. ¿Es posible que Lou regresara a Frankfurt con el picasso?

—Yo no lo he visto —Willem apareció en la puerta con la cinta negra atada a modo de corbata—. ¿Y?

—Está usted muy guapo —respondió Helen—, quiero decir, muy solemne. ¿Piensa asistir a su entierro?

—No, tengo que solucionar un asunto —cogió el arma de la mesa y se la guardó—. ¿Hay libros en alguna parte de esta casa?

—¿Qué tipo de libros?

—Literatura y demás. Necesito algo bueno para leer.

—Acompáñeme —Helen se dirigió a la habitación de Nola. En ella había toda una pared repleta de libros. Willem entró detrás de ella—. Pero no son míos —dijo.

—Lo traeré de vuelta.

—¿Qué busca? —Hold hizo como si reflexionara—. ¿Novelas policíacas?

—No, de éstas ya tengo.

—¿Algo que tenga sexo?

—He dicho algo bueno. Hace poco se ha publicado una nueva novela de un tal Ollenbeck, la he visto en la Feria.

Helen recorrió las filas con la vista. Nola era una amante del orden en lo que a sus libros se refería.

—No —dijo—, por la «O» sólo está *La historia de O*.

Willem inclinó la cabeza.

—Entonces será mejor que me vaya. Gracias por todo.

—Quizá podríamos beber algo más...

—Si le parece bien —con una sonrisa volvió a tratarla de usted, y Helen hizo un esfuerzo por mirarle a los ojos.

—Me refiero única y exclusivamente a eso.

Cuanto más simples le parecen a uno las almas, más complicado resulta a menudo el amor físico con esos presuntos ingenuos, pues atribuyen precisamente todos los secretos de la vida a esa actividad que, desde tiempos inmemoriales, depara siempre lo mismo a pesar de todos los abecés del sexo (y de la literatura más elevada. Sólo la literatura común logra entonar una canción acertada al respecto). Cuando Feuerbach había regresado con su pequeño encargo, la azafata Puschmann había encendido velas en todas las habitaciones hasta que la vivienda de diseño se transformó en una única habitación donde se reparten regalos navideños que él debía atravesar levitando como un ángel desnudo —cubierto sólo por una unidad del paquete que había comprado— para finalmente aterrizar entre sus muslos. Pero en el último tramo de ese vuelo erótico, cuando a aquello se sumó una falda de peluche, había cambiado, por así decirlo, de rumbo, argumentando sentirse súbitamente mareado y se había marchado tan precipitadamente que hasta Heike Puschmann le creyó para no perder la confianza en sí misma. En cualquier caso, no le siguió ninguna maldición al cruzar el Main a altas horas de la noche al aire fresco y con la sensación de una libertad recién recuperada, con las ideas muy claras respecto a su primer caso privado que parecía alargarse cada vez más.

Si ese íntimo colaborador de Busche —pensaba Feuerbach en el Eisernen Steg—, si ese Zidona que había acompañado a la Schultz en el vuelo hacia Manila era su asesino, era también el mismo que antes de su acto demencial arrancara un libro o una página del libro de su mano, sin advertir que había dejado atrás un recorte con el número de la página veintinueve y la palabra «grieta». Por tanto, aquello sólo había podido suceder en un estado de máxima excitación —pero en ningún caso sexual, no tenía mucho sentido—, en un ataque de ira. Pero ¿qué le había provocado semejante ira? Ésa era la pregunta. Feuerbach dejó atrás el viejo puente peatonal y caminó en dirección a la Schweizerplatz intentando atenerse a los hechos. Ira, pues, y ésta sólo podía estar relacionada con los libros o con el arte de escribir libros. La Schultz había mostrado quizá a Zidona, en el caso de que se tratara de él, una página que lo dejaba en evidencia. Pero respecto a qué cualidad, ésa era la siguiente pregunta, y entonces recordó lo que Nola le había comentado durante la lectura de Ollenbeck, lo poco novedoso que le resultaba aquello porque había sido escrito por otro mucho tiempo atrás. Por tanto, podía tratarse de una prueba de plagio, lo que significaba que la Schultz le había restregado a su protector y vanaglorioso hombre de letras la página de un libro de la que éste había copiado especialmente, por las narices, junto con la amenaza de desenmascarar el engaño si no le pagaba lo que le exigía. No era un

móvil tan descabellado, se dijo Feuerbach, que había llegado ya a la Schweizerstrasse (todavía tranquila durante la noche, a excepción de un taxi que pasó de largo con un viajero que iba en su interior leyendo, Willem Hold, a quien Helen le había prestado el abecé del sexo, y que se dirigía al barrio de la estación).

Por otro lado no conocía a ningún escritor con aquel nombre tan fácil de recordar, Zidona. Al contrario, en todas las revistas, desde *Gala* hasta *Spiegel*, se decía precisamente que aquel Ollenbeck, con su carrera relámpago como autor sensacionalista y prodigio, era también el acompañante más habitual de la Campus, desde hacía poco la viuda de Busche, el Creso del leasing, con quien Zidona iba de viaje con las taladradoras legendarias. En resumidas cuentas, una constelación tornasolada que inevitablemente llevó a Feuerbach a la tornasolada conclusión de que el autor Ollenbeck no era en realidad Ollenbeck, sino un elocuente abogado y hombre de negocios, es decir Zidona, que había elegido de manera brillante a la alta sociedad como tapadera para llegar finalmente a los miles de millones desviados procedentes del comercio de los castillos en el aire. Para ello sólo hacía falta que los socios principales estuvieran bajo tierra, esto es, en primer lugar Busche, de lo que ya existían los mejores indicios, y en segundo lugar el instigador de todo, esto es, el propio Zidona, lo que había planeado probablemente mucho tiempo atrás.

Feuerbach dobló hacia la Morgensternstrasse y recorrió a la carrera el último tramo, preocupado porque las ideas, que aún no había acabado de meditar y que sólo él conocía, pudieran cambiar de forma o incluso derrumbarse antes de que las hubiera comunicado a su arrendadora o al menos a Nola, pues sabía por experiencia que esos momentos de descabellada claridad no duraban demasiado, y cuando llegó al piso y encontró a las dos en la cocina, junto a enanitos de fruta y vino tinto —Helen con un batín bordado, tipo geisha, y el cabello recogido como si tuviera intención de darse un baño, y Nola en vaqueros y con una camiseta que decía «Parlando»—, lo desembuchó inmediatamente y no paró hasta contarle todo.

Helen rasgó el envoltorio del penúltimo enanito de fruta y se lo ofreció a Feuerbach junto con su cuchara, pero no le apetecía comer nada, y menos aún papilla de frambuesa; sólo le apetecía la cuchara que ella había tenido en la boca, algo que en ningún caso podía reconocer abiertamente, así que cogió la copa de vino que Nola le ofrecía y se sentó.

—Me gustaría saber lo que piensa —le dijo a Helen.

—Pienso que podría tener razón. Pero ¿de qué nos sirve? Solo perseguimos el dinero del picasso.

—Pues entonces tendremos que ceñirnos a Zidona, y éste debe estar ahora en alguna otra parte con el fin de aparecer de nuevo como Ollenbeck.

—No creo que esté o aparezca en otra parte —dijo Nola— Aparecerá en un lugar que encaje con su nueva vida, por ejemplo en un lugar literario. Quizá ese trozo de página nos ayude.

Feuerbach sacó del bolsillo la caja de aspirinas, extrajo el recorte y lo colocó

sobre la mesa delante de Nola.

—El número de la página veintinueve y la palabra «grieta». Si consigues algo más con esto, me arrodillaré ante ti.

—Cuidado, cuidado —murmuró Helen. Ahora era ella misma la que se comía el enanito temeroso mientras Nola desaparecía en su habitación y Feuerbach se dirigía a la nevera. Había comprado dos botellas de cerveza a mediodía, en el Tengelmann de la esquina, pero no estaban allí. Sólo había agua salubre de Volvic y un paquete de leche mantecosa.

—Aquí había dos cervezas Beck —dijo.

—Es cierto —Helen abrió el último enanito de fruta—. Las he cogido yo.

—¿Las dos?

—Sí. Pero sólo me he bebido una.

—¿Y la otra?

—Recibí una visita —respondió Helen— relacionada con nuestro caso, así que tuve que ofrecerle algo para beber. Seguramente usted también invitó a esa azafata a un café.

—Estuve en su casa. Pero le llevé un regalito... —Feuerbach se rascó la cabeza y se precipitó hacia la puerta.

—Oye, Nola —gritó en el pasillo—. Hay un autor que ese Zidona leía sin parar durante el vuelo. Tiene un nombre ridículo, enseguida me acordaré.

—¿Por qué tuteas a Nola? —susurró Helen.

—Porque no tengo que trabajar con ella.

—Nosotros tampoco tenemos que trabajar siempre...

—Pero ahora mismo lo estamos haciendo. Ya lo tengo, Nola, ya lo tengo, ¡Damundzio!

Helen le miró.

—¿Está seguro?

—Naturalmente —dijo Feuerbach—, una cosa así no se olvida. Y esa azafata tampoco lo ha olvidado. Sólo tuve que echarle una mano para que volviera a recordarlo.

—¿Y de qué manera le echó una mano?

—Desde luego no con cerveza.

Nola llegó con dos libros. Uno delgado, un tomo que aparentemente había pasado por innumerables manos —la novela corta *Salò* de Branzger, el autor fallecido en un accidente— y un libro voluminoso y bien conservado que le extendió a Feuerbach.

—Gabriele D'Annunzio. ¿Te referías a él? Vivió durante mucho tiempo en el lago de Garda, el escenario de la novela corta de Branzger. El libro al que Ollenbeck le debe tanto.

—D'Annunzio, ¡a ése me refería! —dijo Feuerbach.

—¿Y qué pone en la página veintinueve?

—En él hay un himno al compañerismo, pero en el de Branzger, en la última

línea, la línea que hay justamente encima de ese número de página, dice: «lo abriría, esa grieta entre todas las grietas, y hundiría la mirada en él y...». La palabra «grieta» en nominativo está exactamente sobre el veintinueve.

—Quizá deberíamos leer toda la página —dijo Helen, y Nola le extendió a Feuerbach la novela abierta—. Seguramente será más creíble si la lee un hombre.

—Nunca he sabido hacerlo.

Nola se sentó.

—La lectura es lo de menos.

Helen se sirvió vino.

—Lo que cuenta es el contenido.

Y Feuerbach comenzó a leer en el margen superior, en mitad de una frase, con un ritmo monótono. Pero tras unas cuantas palabras se volvió mucho menos monótono de lo que deseaba: «... debería usted, pues, estar de acuerdo conmigo» —leyó— «en que cualquier relación entre una joven que escribe cartas tan delicadas, aun cuando la mujer ya sea del agrado de él, y un hombre que se ocupa principalmente de temas de dinero, siempre va en perjuicio de la joven, pues, a todas luces, la ocupación del dinero educa a una persona a barrer para adentro, mientras que la vida de una joven de apenas diecisiete años con el talento para describir, sin un tono de falsedad, uno de los más hermosos lugares de la tierra, su paradisíaco hogar, está compuesta de transparencia y entrega; pero permítame con toda franqueza decir, a modo de desesperada advertencia, que si la puerta de ese pequeño hotel ubicado en el lugar más hermoso del mundo, como usted dice, se cerrara una sola vez, yo haría todo lo posible por engañarla, como vulgarmente se dice, en ese lugar que usted propone para nuestro encuentro con vistas al grandioso lago que conozco. La agarraría a usted, amor mío, y no una sola vez, ni tampoco con la delicada perseverancia de sus cartas, sino muchas veces y con modos cada vez más bruscos, sin ninguna consideración hacia su juventud o inexperiencia, al contrario, me aprovecharía de su inexperiencia y la persuadiría de que las cosas que más le espantan son las más indispensables para el deseo; y créame, *bella fata del lago*, ni siquiera su joven trasero estaría a salvo conmigo; lo abriría, esa grieta entre todas las grietas, y hundiría la mirada en él y...». Feuerbach cogió aire y cerró el libro. Sus mejillas habían enrojecido ligeramente.

—Jo —dijo Helen mientras Nola, con las manos en alto, hacía como si aplaudiera, la puerta de la cocina se abría y Kasimir entraba tambaleándose como si sólo hubiera aguardado al final de la lectura.

—¿Dónde está tu escritor, mamá? ¿Esa mierda la ha escrito él?

Feuerbach dejó el libro sobre la mesa.

—¿Qué escritor?

—El que se ha bebido la cerveza —dijo Helen agarrando a su hijo—. ¿Por qué no estás durmiendo?

—Porque no sirve de nada.

—Pues entonces no hagas nada —Helen cogió la novela y abanicó con ella a

Kasimir a la altura de la boca—. Ese Zidona o ese falso escritor Ollenbeck podría encontrarse en cualquier lugar hermoso del mundo.

Kasimir amenazó entonces con vomitar y Feuerbach le agarró por debajo del brazo.

—Existen muchos lugares hermosos.

—Sólo existe uno —dijo Nola— y se encuentra junto a un lago, enfrente de Saló. Podéis llevaros mi Golf. Yo cuidaré de Kasimir.

—¿Está enfermo? —preguntó Feuerbach—. No tiene buen aspecto.

Helen se volvió hacia la ventana. De nuevo derramó una combinación de lágrimas distintas: unas sobre la página recién leída, una vida amorosa perdida, y otras sobre el particular curso de las cosas, su sueño no cumplido de tener una familia.

—No está enfermo, se siente decepcionado —dijo dando un giro completo sobre los talones—. ¿Qué has tomado?

—Lo que había, mamá.

—¿Y dónde lo has conseguido?

—En Aldi —Kasimir alzó la cabeza—. Pero tienes que darte prisa, porque hay que hacer cola...

—Se lo haré saber a tu padre.

—Pues entonces toma buena nota tú también.

Helen empalideció y buscó dónde apoyarse. Feuerbach avanzó rápidamente hacia ella y, al instante, ella apoyó su mano sobre el hombro de él, casi aferrándose, con los nudillos en blanco, mientras Kasimir se tambaleaba hacia Nola.

—Sólo caca —murmuró Helen y Feuerbach le susurró al oído:

—También podría haber sido ladrón o bailarín, así que tranquilízate. Nola cuidará de él, nosotros debemos marcharnos...

—Pero ¿adónde?

—A ese hermoso lago. ¿A cuál exactamente?

Vanilla Campus, ataviada completamente de negro a juego con sus dediles, giró en un Jaguar Coupé XKR de color verde oscuro hacia el albergue de carretera Weiskirchen. Sobre el asiento del copiloto llevaba un maletín de maquillaje con quinientos mil euros debajo de una capa de lápices y de pinceles. Estaba absolutamente tranquila, como antes de cualquiera de sus negocios, y únicamente tenía las manos húmedas porque hacía tiempo que no había conducido ningún automóvil y, menos aún, sin guardaespaldas. De forma algo brusca frenó el valioso automóvil en el aparcamiento de autobuses junto al albergue de carretera y, al instante, el hombre que la había convertido en una viuda riquísima emergió de detrás de un cartel publicitario de yogur Ehrmann. Eran exactamente las diez cuando bajó el cristal de su ventanilla.

—Me llamo Vanilla —fue lo primero que dijo—, y si no me llama usted por mi nombre, daré media vuelta junto con el dinero —se había estado preparando aquella frase inaugural en el trayecto del Deutsche Bank a la autopista, y ésta tuvo su efecto.

—*Thriller-Vanilla* —respondió Hold—, déjame subir.

—¿Para qué? —preguntó ella agarrando el maletín.

—¿Para qué? ¿Piensas que voy a contar el dinero a la intemperie?

Vanilla se dio por vencida y abrió el cerrojo de la puerta del copiloto, mientras Hold —en la mano su maleta de viaje y debajo del brazo el ejemplar de *Bodymotion* — corría alrededor del Jaguar. Había estado sentado toda la noche en un bar delante de una cerveza y del abecé, y después había ido en taxi a Weiskirchen para continuar leyendo en el albergue de carretera tras el desayuno.

—Pero dese prisa en contarlo, por favor —dijo Vanilla—. Nunca había tenido tantas citas como desde que soy viuda.

Willem arrojó el equipaje al asiento de atrás y se dejó caer en el voluminoso asiento de cuero.

—Sólo tienes una cita y es conmigo. Y ahora pon en marcha la calefacción debajo de mi trasero.

—La calefacción de los asientos produce impotencia.

—Me importa un carajo. Ponía en marcha y arranca.

—¿Está usted loco? —gritó Vanilla—. Su dinero está ahí.

—Soy más normal que usted —Willem se contrajo, la mejilla le dolía. Se había movido con demasiada brusquedad pero, en cambio, tenía ahora la Beretta en la mano.

—¿Has visto alguna vez algo parecido? —dijo apuntando a la cabeza de Vanilla—. No sé lo grande que es tu cerebro, pero con esto lo puedo comprobar fácilmente.

Por cierto, mi más sentido pésame.

—¿Adónde me quiere llevar?

—Muy sencillo, hacia el sur.

—Eso es del todo imposible, a las doce he de estar en la Sat. 1, después en la RTL junto al féretro y a las tres en *Fliege*.

—¿Y eso qué es?

—Un talk show, qué otra cosa si no. Y a las cinco estaré en el vuelo hacia Berlin, en dirección a Maischberger.

—Ahora escúchame con atención —Hold le quitó el seguro al arma—, a las cinco todavía seguirás sentada al volante porque yo no tengo carnet de conducir, y con algo de suerte habremos alcanzado para entonces Bolzano, es decir, estaremos cerca de nuestro destino. Puedes escoger: la muerte o Italia.

Vanilla Campus miró en el espejo retrovisor y sonrió un momento:

—Dinero, tenemos.

—E incluso un buen libro —dijo sacando el abecé del sexo de debajo del brazo—. Lo he leído entero.

—¿De veras? —Vanilla puso en marcha la calefacción del asiento y arrancó—. ¡Entonces será usted el primero!

Un Golf no es un Jaguar y, menos aún, un viejo Golf, pero Helen y Feuerbach se habían puesto en marcha cuando todavía era de noche tras dormir sólo tres horas, y después, en contra de todas las teorías de los usuarios del Golf, habían conducido a velocidad constante y sin decir palabra por el carril del medio. De este modo, alrededor del mediodía ya habían conseguido hacer el «trayecto del terror» hacia Munich y dos horas más tarde también el tramo Haider-Brenner.

—Fíjate en el color de las casas —dijo Helen cuando Feuerbach aceleró tras cruzar la vieja aduana italiana. Eran las primeras palabras desde Frankfurt. Nada más subirse al coche habían discutido por Kasimir. Él había calificado de blanda su actuación y le había dicho que nunca habría tenido que permitir que el chico se marchara, e inmediatamente ella había hurgado en la herida y le había dicho que un hombre que había disparado a un quinceañero no era quién para decir aquello. Después sólo había habido silencio por parte de los dos, una lucha terca y tétrica, mientras el cielo se volvía cada vez más azul y, de pronto, aquella frase rescaladora.

—Sí —respondió él—, es hermoso.

A ambos lados se alzaban ahora edificios vacíos de color marrón pálido, viejos cuarteles, un hotel abandonado, colores tan viejos como la memoria. «CINZANO» seguía reluciendo en un color todavía azulado. Después comenzó un bosque empinado hasta que el valle se abrió repentinamente y en el automóvil entró el primer aire cálido y el aroma de la fruta caediza bajo el sol. A la izquierda y derecha aparecieron de pronto plantaciones de manzanas, en medio de éstas un río, y bruscamente las montañas, casi metálicas, de las que se desprendían guijarros, paredes envueltas en una neblina que se volvía cada vez más densa; en medio de ellas aparecían continuamente poblaciones, torres de iglesias desnudas y enmohecidas, tejados pintados de un color rojo sangre y un tramo del río de un tono verde jade, quieto, tan quieto que se podía escribir en él.

—¿Habla usted italiano? —preguntó Helen.

—Ni una palabra.

—¿Y sabe usted, Feuerbach, dónde tenemos que girar?

—Sí, signora.

—¿Y se encuentra usted bien?

—Abbastanza bene.

Helen giró la manivela y bajó su ventanilla. Miró hacia una cadena de colinas que descansaba en silencio delante de las montañas. Sólo al llegar a Trento, tras la invisible frontera de idiomas, ya en el bajo valle del Adige con sus fortalezas a media

altura, algunas como suspendidas en la neblina que cubría las poblaciones cercanas al río, con el extenuado rojo y amarillo de las casas, preguntó si conocía realmente bien aquel país y por qué le estaba tomando el pelo.

—No le tomo el pelo.

—Claro que sí, Feuerbach. Lo estás haciendo.

—Está bien. Conozco un poco la zona.

—¿Y por qué no me lo ha dicho enseguida?

—¿Quién estuvo la pasada noche en el piso? ¿Me lo ha dicho usted enseguida? ¿Lo ha hecho siquiera?

Helen sostuvo una mano al viento.

—El hombre que se llevó mi reloj estuvo en mi casa —metió la mano en el coche y se subió la manga—: Lo he recuperado.

Feuerbach aceleró.

—¿Y por qué no sé nada de todo eso?

—Hay asuntos que ha de solucionar una misma. Al igual que las investigaciones en casa de una azafata... Hold me llamó por teléfono. El número aparece en la bicicleta de Nola que él se llevó. Nos encontramos y me devolvió el reloj.

—¿A cambio de qué?

—Le dije que era médico. Y que podía curar su herida. Y la curé.

—¡Ha asesinado al menos a tres personas y usted le deja escapar a cambio de un viejo reloj de pulsera!

—¡El reloj pertenecía a mi padre! Y Hold es el único en quien la Schultz confiaba. ¡Los dos se amaban!

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¡¿Quién se ama hoy en día?! Sólo gracias a eso Hold se enteró de algunas cosas por ella. ¡Ese picasso probablemente aún no haya sido vendido!

—No me extraña, teniendo en cuenta el cuadro —Feuerbach pisó de nuevo el acelerador, se aproximaban a Rovereto, la salida hacia el norte del lago de Garda—. A pesar de todo, tuvo oportunidad de capturar a Hold.

—¿Para qué?

—¿Para qué? Antes en la gasolinera, mientras pagaba, eché un vistazo al *Bild Zeitung*. La ZDF ofrece una recompensa a cambio de información sobre el asesino de Freytag. Treinta mil.

—Nosotros no somos cazadores de recompensas —dijo Helen—. Además, llevaba consigo una 45 que sabía manejar.

—¿Y usted? ¿No sabe manejar nada?

—Sí hacerlo...

—¿Pero?

Helen miró a través de la ventana. El paisaje parecía pasar volando.

—Creo que no encajamos bien.

—¿Porque soy de otra opinión? Sólo soy cauto.

—Es usted desconfiado, Feuerbach.

—Porque la aprecio.

—Ahora comprendo todavía menos.

—Entonces le ocurre lo que a mí, por eso mi precaución. Tengo que cuidar de los dos.

—¡Será mejor que cuide de la carretera! —un camión con un yate a motor de color blanco sobre la superficie de carga se salió de la fila delante de ellos. Feuerbach frenó en seco y Helen levantó una mano. Con gusto habría gritado «imbécil»—. Y sé cuidarme yo solita.

—Si fuera así, no me habría cogido como inquilino.

—Me dio usted pena.

—No, yo no. El alquiler que se le habría escapado.

El vehículo pesado con matrícula de Frankfurt volvió a meterse a la derecha y Feuerbach aceleró para adelantar.

—¡Eh, despacio! —gritó Helen asomando la cabeza por la ventana y con la mano ahora sobre la pierna de Feuerbach—. ¿Sabe cómo se llama ese yate? —le preguntó golpeándole sobre la rodilla—. ¡*Vanilla's Affair!* ¡Vuelva a ponerse detrás, tenemos que seguirle!

—¿Cree usted que nuestra viuda tiene intención de hacer un crucero?

—No, pero quizá su amante sí. Y puede que ella llegue más tarde.

—Ese abogado ¿Zidona? Quizá ni siquiera exista.

Helen retiró la mano, no sabía qué hacer con ella.

—Entonces no existiría el imperio financiero de Busche —dijo ella—. Sin los cuentos de Zidona sobre las taladradoras no habría habido contratos de leasing.

Feuerbach se rascó la rodilla. Volvía a estar detrás del vehículo, a una mayor distancia, e imaginó que era el propietario del yate blanco, un hombre sin necesidad de vivienda.

—¿Adónde se dirigirá con ese trasto, al Adriático? ¿O más lejos aún? ¿Al Egeo, a Turquía...?

—O hacia el lago de Garda —dijo Helen—. ¿Qué salida correspondería?

—La de Affi. La de Rovereto no viene bien, la carretera es demasiado empinada.

—Parece que se orienta usted pero que muy bien.

—Sólo sé leer planos. Seguramente se dirige al lago de Garda...

—Zidona ha elegido el paraíso para su final.

Feuerbach miró a su acompañante. Se había pasado el cabello detrás de las orejas y le sorprendió la curva larga y suave de su mejilla.

—Le cree usted demasiado capaz a ese tipo.

—Le creo capaz de cualquier cosa.

—Si está en lo cierto, debe haber otros que también estén detrás de él.

Helen reclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia la izquierda.

—Todos a los que ha hecho daño. Por eso huye. Creo que incluso de su vida.

—¿Para resucitar como escritor?

—Cerebro tiene para ello.

—De cualquier modo, resulta dialéctico —dijo Feuerbach—. ¿Cómo?

—O muy francfortés. El gran estafador y su abogado muertos, la clientela a punto de un infarto de miocardio, el fiscal sin los autores de los hechos y los bancos en la miseria. Y una de Hanau que se las da de trágica, triunfa.

El cerebro asimila las cosas y el corazón tiene que cargar con el muerto, pero hasta el corazón más fuerte —acostumbrado a bombear bastante sangre a unas piernas ágiles y a unos puños al viento— no toma parte en todo. Durante el sueño, y todavía más en el duermevela, si la rutina falta, pueden producirse daños. Willem Hold tenía un corazón fuerte (no como el de Freytag o el del difunto pretendiente de Lou) y estaba sentado en el confortable asiento del Jaguar Coupé con la calefacción encendida (pese al riesgo de impotencia) soñando para sus adentros y sufriendo.

No tenía que haber dejado sola a Lou, jamás. Tendría que haberla vigilado igual que la leona a sus pequeños. Porque cuando ésta sale en busca de presa se producen desgarraduras, y él había salido en busca del botín y alguien había desgarrado a Lou. Le había parecido invulnerable, como una parte de sí mismo, la única parte buena o la mejor, pero el amor no es un carro de combate. No es nada, porque puede llegar a ser cualquier cosa: un pequeño corte en un labio extraño, el de ella, el olor de su cabello —un blanco seguro en lo más profundo de su corazón—, la presión de la mano de ella en la suya, confundirse con ella sin dolor. Todo en él se había disuelto, salvo el músculo del pecho; no había sobrevivido a ninguna otra cosa, sólo a ese imperturbable y sufrido corazón que seguía creyendo que Lou estaba viva o que el amor que sentía por ella le pertenecía. El que ama siempre cree que el amor es de su propiedad, como una casa que permite que la habiten; pero no es así, no pertenece a nadie.

Se dio cuenta de ello, de repente, durante el viaje, ya en Austria, entre montañas, poco después de la frontera que había dejado de existir. El amor hace lo que le viene en gana. Lo mismo que una abeja, se posa aquí y allí, recoge cosas, las transporta a otra parte y deposita de nuevo su diminuta y transformada carga donde quiere y cuando quiere, un hálito que Hold creyó experimentar cuando, recostado profundamente en el asiento, tomó aliento y se sintió más aliviado, aliviado como por un contrapeso depositado sobre un segundo corazón que sólo late por otros.

Habían alcanzado la ciudad de Kufstein, la famosa Kufstein bajo la luz otoñal, la Kufstein de la canción, pero también la de las cuentas corrientes en dinero negro.

—Tengo que salir de aquí —dijo Vanilla de Hanau, y a ciento diez kilómetros por hora dobló hacia una salida.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque quiero aumentar los fondos del viaje.

Willem miró el espejo retrovisor; tenía la Cougar en el regazo.

—¿Cuánto tardará?

—Diez minutos. Puede estirar las piernas mientras tanto.

—No necesito estirar las piernas. Y conduzca más despacio.

Vanilla desaceleró y frenó después con suavidad. Un reloj clásico, incrustado en la madera veteada del salpicadero, señalaba casi las dos cuando el Jaguar cruzó Kufstein. Hold encontraba que hacía bien su trabajo, en realidad las mujeres sabían manejar bien los coches, ése había sido siempre su parecer, por esa razón no había ido nunca a la autoescuela. Le bastaba con lo que sabía hacer con las armas y su codo, más que la mayoría. Vanilla se detuvo delante de un banco con vistas a las montañas que recordaba más bien a un chalet adosado con contraventanas, jardineras y unas verjas muy monas. Deslizó las gafas de sol, que llevaba sobre el cabello a modo de diadema, hasta la nariz y estaba a punto de bajarse del coche cuando Willem le tocó en los hombros.

—Si das la voz de alarma, acabo contigo.

Vanilla sonrió un instante y señaló los botones de la radio.

—Será mejor que escuches las noticias —dijo y al instante salió del coche, ni demasiado rápido ni demasiado despacio. Como una reina, caminó hacia el banco y desapareció tras una puerta automática.

Hold encendió la radio, buscó por costumbre la Deutsche Welle y escuchó que la ZDF ofrecía por la captura del asesino de Freytag —es decir, por la suya propia— treinta mil euros; una recompensa a cambio del asesino con el fin de que el caso se resolviera para convertirlo más tarde en una película policíaca de dos sesiones para toda la familia. Sus propios padres eran seguidores de la ZDF. Cuántas veladas no había compartido con ellos viendo películas policíacas en el sofá del salón con unas cervezas Kaiser-Pilsner de Henninger y unas chips, en una salmuera compuesta de padre y madre, saladillos, cerveza y el asesino de la ZDF que había sido acorralado mientras la Pils bajaba helada por la garganta, la madre cogía al padre de la mano —la del reloj, imprescindible para cualquiera que fijara la hora del Ostend en su taller— y las patatas chips crujían en las bocas como si fueran una sola. Y precisamente esa salmuera entremezclaba dichas que más tarde sólo había encontrado en dos ocasiones: al calor de Manila, sentado junto a unas chicas en algún cobertizo con baile, bebiendo una San Miguel helada con una servilleta colocada alrededor de la botella perlada de gotas y gastando bromas sobre los alemanes en camiseta interior o cantando una canción, «We are the world», y por último con Lou: en la espuma de otra alma que le había inundado de golpe. Aquello no debía haber acabado jamás, pensaba, y se sobresaltó cuando la puerta del conductor se abrió.

Vanilla Campus, con un paquetito en la mano, subió al coche mirando por encima de sus gafas de sol.

—No tiene buena cara, Willem.

—No me encuentro bien.

—Quién se encuentra bien. Yo he perdido a mi marido.

La viuda de Busche levantó el apoyabrazos situado entre los asientos y colocó el

paquetito en el interior del compartimento que había debajo de la tapa tapizada de piel, que cupo perfectamente. Arrancó el motor y viró el Jaguar para tomar la dirección contraria, sacando la punta de su lengua por entre los labios, en lo que parecía más un pequeño show que un gesto de tensión, ya que le resultó tan fácil salir de la ciudad como si Kufstein fuera su segundo hogar. Tan pronto pisó la autopista, adelantó a un tirolés que iba en un BMW trucado, lo que le hizo recordar a su difunto marido y le preguntó si las noticias habían mencionado algún dato nuevo.

—No, nada —respondió Willem sentado de forma ligeramente inclinada con las sienes junto a la ventana, mirando el espejo retrovisor y con la mano izquierda debajo de la chaqueta—. ¿Qué hay en ese paquete?

Vanilla deslizó las gafas de sol hacia atrás sobre su cabello.

—Provisiones. Para uso personal.

—¿Tienes más de esos depósitos?

—En Europa no. Y supongo que nos quedaremos en Europa. O hacia donde nos dirigimos...

Hasta ese momento ella no se había atrevido a preguntar, siquiera una sola vez, por el destino de aquel viaje, y aquello le gustaba. Simplemente pisaba el acelerador. Desprendía una especie de fuerza, una energía vulgar que, por lo general, había decidido ocultar, al igual que sus provincianos pulgares tras una máscara de descuidada bondad y resplandor, reavivados semanalmente en los chismes de celebridades sobre sexo, salud y arte.

—Nos dirigimos al lago de Garda —respondió él sacando su libro de debajo del asiento—. Lo que pone aquí acerca de hacerlo puede ser verdad, pero lo que escribes sobre el amor...

—¿Y por qué al lago de Garda? —preguntó Vanilla.

—Porque una vez pasé allí unas vacaciones, las únicas junto a mis padres. Y allí me enamoré por primera vez.

—¿Y por eso tenemos que ir allí?

—Entre otros motivos.

—¿Y cuáles son esos otros motivos?

Hold sacó la mano de debajo de la chaqueta y acarició la nuca de Vanilla, que se alzaba sobre un cuello de piel color negro.

—Ya los conoces.

Vanilla pasó de largo junto a un tirolés que iba en un Alfa, le hizo señas con la mano y, sin hacer ruido, el Jaguar salió disparado.

—No —dijo sonrojándose, con un rubor parecido al de Lou después de haber hecho el amor. Willem lo recordó de súbito y cerró los ojos. Soñó durante un rato hasta que se pellizcó la pierna.

—¿No tienes un barco? —preguntó.

—Un yate. ¿Por qué?

—¿Y dónde está ese yate en este momento?

El sol de pronto dio de frente y la viuda de Busche bajó el parasol. Había dejado Innsbruck atrás y conducía ahora en dirección al sur, obstinadamente callada por la pregunta del yate pero con un esbozo de sonrisa (el famoso esbozo, hay que decir). Hold parpadeó por el sol.

—Te lo voy a decir. Vamos un buen trecho detrás de él.

—¿Y tú cómo lo sabes?

De repente le tuteó en el modo en que los futuros hijos políticos lo hacen con el fin de contrarrestar en cierta manera la seriedad de la situación, y él respondió:

—Por tu amante y la persona que me ha contratado.

—No es mi amante.

—¿Entonces qué es?

Vanilla señaló la guantera que había debajo del airbag.

—Dentro hay chocolate. Dame un trozo.

Hold sacó el chocolate, una tableta de chocolate negro extrafino de Sprüngli, y partió una barrita. La Campus abrió la boca, él dividió en dos la barrita y le introdujo, uno tras otro, los dos trozos.

—Si lo prefieres podemos cambiar de tema.

—No estaría mal. Sírrete chocolate.

Willem se partió un trozo y lo masticó lentamente mientras miraba el espejo retrovisor.

—¿De qué te gustaría hablar, de tu libro?

—No vale nada —dijo Vanilla—. Háblame de ese primer amor, ya que nos dirigimos a la zona.

—¿Conoces el lago de Garda?

—No.

—Por dónde empiezo...

Willem apoyó las sienes de nuevo contra la ventana; se resistía a cerrar los ojos. Como un perrito a un gato, había rondado a una chica durante uno de esos veranos que determinan para siempre lo que son la felicidad y la desgracia, incluyendo los decorados, las montañas escarpadas, los campos de olivares y un lago que se abría hacia el sur como el mar.

—Tenía catorce años —comenzó— y ya pensaba que lo sabía todo sobre el amor, aunque no sabía nada. Y ella tenía quince a lo sumo, pero mucho más mundo que yo, el mundo de sus voluminosos pechos, entiendes, con un bikini rojo y unos ojos tan arrolladores bajo unos párpados achinados que me dejaban paralizado. Hasta que una mañana, yo había estado lanzando cantos redondos sobre el agua a orillas del lago, me dijo su nombre: Annika. Y entonces todo cambió. Yo sólo conocía Anitas y un gran número de Annas, y los patos que espantaba con los cantos eran *anitras*. Y ella llegó con ese estúpido nombre que había inventado para mí por debilidad, pensé, y entonces creí tener alguna posibilidad con ella. «¿Paseamos en patín?», le pregunté arrojando otro canto a la bahía de Garda, con sus orillas llenas de juncas delante de

San Vigilio, y ella contestó que sí —Willem se giró brevemente hacia la izquierda y vio la sonrisa de Vanilla—. En la vida no hay muchos «síes» que uno recuerde —prosiguió—, «síes» que abran el cielo. Seguramente el cielo no me había parecido nunca tan inmenso como entonces en el patín, mientras se deslizaba con nosotros entre los chasquidos de los juncas hasta que finalmente se detuvo y pensé en aquel nombre, en tanto ella se quitaba sin avisar la parte de arriba de color rojo, entiendes, como si fuera costumbre en el juncal, y los latidos me subieron hasta la garganta, de forma que sólo pude susurrar: «¿De veras te llamas Annika?», le pregunté. Y ella contestó que sí por segunda vez en aquella mañana, y entonces todo mi coraje para lograr un acuerdo con su mundo, el de sus voluminosos pechos, se vino abajo. «Aquí hay demasiados mosquitos», le dije, «regresemos». Y su respuesta la tengo todavía grabada en mi mente, como una canción de moda de la que uno no se puede librar: «¡No hagas reír a Annika!». Eso fue lo que me dijo exactamente, con una crueldad aún mayor que cualquier profesora, si te das cuenta. Una chica sin la parte de arriba hablándome en tercera persona, mientras, de golpe, mi bañador se volvía demasiado ajustado, y me venía entonces el terrible dolor allí abajo... Pero ésa es otra historia que quizá solucione hoy... En aquel entonces, en cualquier caso, entre los juncas, en ese lago que te va a gustar, te lo prometo, aprendí quién era yo. Y eso fue lo que sucedió. Eso fue todo. El primer amor únicamente vale la pena en el cine.

Willem se tocó la mejilla, volvía a dolerle. Tiró del esparadrapo al mismo tiempo en que se giró hacia la izquierda.

—Y ahora *Vanilla-Thriller*, me gustaría saber quién nos sigue desde hace horas en un Mercedes nuevo.

La viuda de Busche torció la boca, se mordió los labios y se sonrojó, un rubor que no tenía ya nada de desvergonzado, al contrario. Estaba visiblemente avergonzada.

—Lo siento mucho, pero así son las cosas.

—Ésa no es una respuesta, *pussy*.

—No me llames así. Sólo sé que Zidona ha hecho venir a un hombre desde Manila. Puede que me haya seguido esta mañana temprano.

—Te *ha seguido*. ¿Qué aspecto tiene ese hombre? —Willem sacó la Beretta y comprobó el cargador—. Contéstame o de lo contrario podrías quedarte en breve sin nariz.

—Yo también le habría podido contar algo. ¿Qué piensas hacer?

—La pregunta es qué piensa hacer *él*.

—Probablemente nada bueno.

—¿Así me pagas por mi trabajo? Busche ha saltado desde la ventana. ¡No habría podido ser más elegante!

—Sólo ha hecho lo que siempre quiso hacer. O estoy en lo más alto o me desplomo de golpe, ésa era la divisa de Manni.

—Precisamente así me lo había imaginado. Sólo tuve que dejarle claro que había llegado el momento. Y yo odio esa mierda psicológica. Pero funcionó. Y entonces

¿por qué me quieren matar? ¡¿Por hacer mi trabajo?!

—Porque sabes demasiado —susurró Vanilla.

—Me gustaría saber entonces por qué te querías deshacer de tu marido. ¿¡No te iba lo bastante bien!?

—No fue idea mía.

—Pero estuviste de acuerdo.

—Las ventajas son evidentes.

—Para Zidona sin duda —dijo Hold. Vanilla aceleró alejándose del XKR y se adentró en el valle del Adige antes de Bolzano.

—Podría dejar atrás al Mercedes.

—Dejarle atrás quizá, pero no librarte de él.

Hold cargó la Cougar y volvió a mirar en el espejo retrovisor. Narciso, el detective manco y ex comandante, había cometido un error con todas las buenas referencias que había recibido sobre él —ésa era, al menos, su forma de pensar— y en la época en que había servido en el ejército bajo el comandante Marcos esos errores se solucionaban personalmente.

El camión, con matrícula de Frankfurt F-EF 5000, y el yate a motor de color blanco como única carga, había abandonado la autopista en Affi y circulaba ahora en primera por la estrecha carretera litoral del extremo sureste del lago de Garda en dirección a Torri del Benaco, el único lugar desde el que partía regularmente un transbordador hacia el otro lado, la orilla de la novela corta *Saló* de Branzger.

—Pero ese lugar, San Vigilio, según dicen el más hermoso del mundo, está aquí a este lado —dijo Helen apuntando sobre el plano—. Debería verse en cualquier momento...

Feuerbach le quitó el plano.

—Será mejor que mires por la ventana.

Circulaba ahora a cierta distancia por detrás del transportador del yate, cruzándose continuamente con italianos que hacían un alto y que fastidiaban las vistas sobre la extensa superficie del lago, resplandeciente en la neblina de un día otoñal surcado por el sol. Las montañas del otro lado sólo se dejaban adivinar a excepción de una: su cima se alzaba, como una nariz, sobre el velo que cubría las laderas llenas de olivos.

—Se detiene —dijo Helen.

El transportador con el Fairline Squadron se dirigió hacia un aparcamiento, desde el que un camino bordeado de cipreses contrahechos conducía hasta la cima de la lengua de tierra de San Vigilio. Feuerbach se detuvo junto a la pendiente y descendió del coche. El aire era tibio y aún se podía escuchar desde los cercanos olivos con hojillas trémulas el canto de unas cigarras aisladas que parecían querer evocar agosto.

El conductor saltó desde la cabina, habló brevemente por teléfono y después se encendió un cigarrillo. Feuerbach se acercó a él.

—¡Vaya barco! —gritó, y al instante los dos estaban fumando juntos. Su viejo talento había vuelto: charlar con gente sencilla sobre cosas sencillas al tiempo que hacía preguntas con total indiferencia, a pesar de que aquel primer cigarrillo se le subiera a la cabeza después de mucho tiempo—. Mi esposa —dijo cuando Helen llegó. Y el conductor le contó que también él estaba casado, con una polaca, antes de saltar al interior de la cabina para entregar la carga en la siguiente población, Torri del Benaco.

—¿Y? —preguntó Helen—. ¿Qué tienes que contarle a tu esposa? —Feuerbach le hizo señas junto al coche, al que los dos se subieron de nuevo, y tomó el camino arbolado que conducía hacia una vieja mansión, Helen estiró un brazo a través de la ventana—. Suéltalo de una vez.

—En realidad pensaba encontrarse aquí con el receptor del barco. Pero éste se ha adelantado y ya va camino de Torri, donde lo dejarán en el lago.

—¿Y ese hombre es Zidona?

—No ha mencionado ningún nombre. Sólo ha dicho que ese hombre pensaba alojarse en el hotel.

—Ya me gustaría a mí también.

—Lo haremos —Feuerbach dobló hacia la izquierda delante de la mansión y bajó una estrecha carretera cubierta de viejos adoquines por delante de unos establos y de un jardín de limoneros lleno de faunos y dioses marmóreos. La carretera terminaba en un pequeño patio que había detrás del Hotel San Vigilio, en otro tiempo al parecer edificio anejo a la casa principal, que daba directamente al agua, con un puerto lateral apenas más grande que el patio en el que Feuerbach logró encontrar un hueco para aparcar, entre un Ferrari de Munich de color amarillo y un Jaguar Daimler K-C 356 de color negro.

—Será mejor que llame a nuestro cliente —dijo Helen.

—¿Por qué? —Feuerbach descendió del Golf—. El picasso no estaba asegurado. Nos pagarán una suite aquí si consiguen a cambio encontrar su dinero.

—¿Y si sale mal?

—Aún tengo mil ahorrados.

—Eso no alcanzará más que para una noche. Sin incluir la comida.

—En el coche aún quedan algunos frutos secos. Echemos un vistazo primero.

En dirección al puerto, Feuerbach pasó por debajo de un viejo arco de piedra que presentaba un aspecto casi grácil: una especie de pila entre la pared del edificio y un muelle completamente techado con hojas de parra. Dos barcos estaban amarrados en el puerto, pero sólo uno armonizaba con los coches que había en el patio: un Riva bien cuidado, de caoba y cromo de proa a popa. El dueño, un grandullón, se hallaba de pie tras el timón y hablaba excitado por teléfono. El largo casco se balanceaba y una rúbrica, *Nemax II*, resplandecía en plateado. El otro barco parecía más bien un chiste y se hallaba torcido en el agua con una capa de pintura parcialmente multicolor y llena de burbujas; una especie de barca con un motor fueraborda cubierto de musgo y sobre el techo de la tosca cabina un colchón neumático doblado en forma de asiento, sobre el cual se hallaba recostado un hombre flaco de cabellos blancos que escribía a mano. Un excursionista en busca de inspiración, pensó Feuerbach, y además propietario del *No Comment*, nombre de su artística barca.

Helen se cogió del brazo de su socio.

—El tipo que está hablando por teléfono en el barco aerodinámico es ese fulano...

—Correcto —susurró Feuerbach.

—Entonces no podremos pagar nunca este hotel.

—No es tan caro —gritó el flaco de cabellos blancos desde su elevado asiento—. Pero no encontrarán nada.

—¡No es verdad! —el dueño del yate Riva y el *Gute-Nacht-Clown* más famoso entre el mar del Norte y los Alpes, escrupuloso, suabio, enojado y aparentemente de vacaciones fugaces, guardó su móvil y se quitó con brusquedad sus robustas gafas—. Hace un momento dejó el hotel alguien que está recogiendo su yate. Uno de esos con grifos de oro.

—El suyo tampoco está mal —gritó el conductor de la barca.

—¡Tendría que haber visto entonces el *Nemax I*!

Helen dio un empujón a su socio:

—Vayamos a ver si conseguimos la habitación —ahora era ella la que corría delante y atravesaba por debajo el arco de piedra, salvajemente decidida a pasar una noche en el hotel de cinco estrellas más recóndito de Italia. Feuerbach corrió tras ella:

—Pero no puedo dormir si alguien respira a mi lado.

—¡No llegaremos a dormirnos!

Helen dio un rodeo al Ferrari y asaltó después, en sentido literal, la recepción del viejo edificio. Y antes de que Feuerbach la alcanzara y pudiera decir algo, ya lo había gestionado todo y tenía una hoja de inscripción en la mano.

—¿Su apellido o el mío?

—Si usted paga, con mucho gusto el suyo.

Helen comenzó a escribir:

—En ese caso me apellido Feuerbach. ¿De dónde viene ese nombre?

—Algún día se lo contaré. ¿Qué hacemos ahora?

—El que ha estado conduciendo, descansa. Así que vaya *usted* a la habitación. Yo comprobaré quién ha recibido el yate.

Feuerbach frenó la mano de Helen que sujetaba el bolígrafo y se inclinó sobre su oído.

—¿Por qué nos vamos a alojar aquí si ese Zidona ha salido ya del hotel?

—Porque ha reservado una mesa para esta noche, según acabo de saber. Y porque este sitio es endiabladamente hermoso.

—Sí —dijo Feuerbach—, demasiado hermoso.

La lengua de tierra de San Vigilio —un punto destacado, incluso en las imágenes de los satélites, que se extiende hacia el lago de Garda— se hallaba bajo el resplandor del crepúsculo. Su luz descendía de forma casi horizontal sobre el edificio principal —un palazzo más bien modesto y en forma de sillar del siglo dieciséis, cuya fachada miraba hacia la masa meridional del lago— haciendo brillar los cristales de las ventanas arqueadas como si fueran viejos cristales de gafas. Unos grupos de cipreses flanqueaban el edificio; un laurel podado servía en cierto modo de colchón contra las olas, y el acceso para desembarcar había sido realizado por la mano de un jardinero de tal forma que las mujeres que pasaban por ahí solían ruborizarse. Sobre las zonas ajardinadas, separadas del palazzo, se hallaba el edificio anejo que daba directamente al agua; abajo había un restaurante con unas pocas mesas y en la primera planta un número aún inferior de habitaciones, todas mirando al sur y frente al lago, igual que el minúsculo puerto, destino de todos los fantoches en temporada alta, pero durante aquella tarde otoñal sólo ocupado por dos barcos muy distintos —lo que también llamó la atención de un ex comandante de Manila.

Homobono Narciso, el manco, tras una llamada telefónica a su cliente, se desvió en Rovereto para dirigirse desde el norte del lago hacia el sur por la carretera del litoral, y se había encontrado con Zidona en Torri. Los dos eran de la opinión de que Hold acabaría justamente en donde tenía que acabar, esto es, en el hotel situado sobre la lengua de tierra, aunque sólo fuera porque, en principio, Vanilla ponía rumbo siempre hacia lo más caro. Y los dos también opinaban que, en primer lugar, era más razonable averiguar todo lo que Hold sabía y que quizá había consignado en algún lugar, y sólo después abandonarlo a la fuerza de la gravedad con una cadena alrededor de las piernas entre Torri y Gargnano, donde el agua del fondo del lago era el mismo desde la última era glacial, donde no llegaba ni luz ni oxígeno, una tumba única.

Detalles como éstos eran los puntos clave de un plan que no debía ponerse en peligro, aun cuando quizá Hold ya lo sospechara. Zidona consideraba que el refinamiento del viejo compatriota era ciertamente mayor que la discreción de su cómplice, Vanilla. Sólo así podía entenderse una contramedida que a él mismo debía resultarle dolorosa. Pues le había cedido al ex comandante una codiciada mesa, reservada ya desde hacía semanas, en el balcón del ventanal del restaurante situado sobre la lengua de tierra. Allí era donde debía cenar con Hold y aprovechar ese entorno paradisíaco como una especie de tranquilizante para sonsacarle, agasajándole con aperitivos italianos, cumplidos y abundante vino hasta que estuviera lo bastante

despreocupado como para dar un paseo por el nocturno muelle...

Narciso, o el comandante Bony, se hallaba en el extremo del muelle, desde donde debía empujar a Hold al yate que se deslizaría a su lado, y observaba los ventanales ya iluminados del restaurante: cuatro balcones exclusivos —que a lo sumo dos brazos separaban de la lisa superficie del agua que goteaba en silencio junto al viejo muro— de los que uno estaba reservado para él. Aunque había sido educado en el catolicismo en Infanta (conocida por los cronistas), una población no alejada de la guerra civil de Mindanao, nunca se había imaginado el paraíso, pero en ese momento pensó: «*That's it*». Pensaba en inglés, el idioma de sus negocios, pero soñaba y sentía en el dialecto de su tierra natal. Como un pedazo de alma universal que se alza sobre el agua, el ex comandante contemplaba el decorado de San Vigilio como una gran animación natural sin patatas chips, acrecentada todavía más por una luna que estaba saliendo y que arrojaba sobre los olivares que había detrás del edificio una luz como de un humo color plata. No era un lugar para asesinar a nadie. Narciso se sentía parte de un equilibrio entre tierra y agua, y a ello se sumaba el lujo que siempre le había tentado. Tuvo que hacer un esfuerzo para no olvidar que debía matar.

—Jesus, my God —murmuró en su paseo por el muelle junto a los barcos desiguales. En la cabina de la barca se divisaba ahora la luz azulona de un portátil—. Jesus, my God —no cesaba de murmurar, y no advirtió en ese mismo instante una figura que se hallaba tras el arco de piedra. Y pronunciando su dicho preferido, *life is a knife*, atravesó a la carrera el patio y el aparcamiento, pasando suavemente la única mano que tenía sobre el Ferrari antes de entrar decidido en el restaurante del hotel.

Hold conocía el dicho preferido de Narciso. Había tenido que ver con él un par de veces, cuando Czerny aún vivía. Los clientes de Narciso eran también sus clientes. Los alemanes querían seguridad y diversión en Manila (una sola vez, el ex comandante y él habían cazado en vedado ajeno en los disturbios que habían tenido lugar durante el golpe de estado de Estrada; para consolidar su posición, Narciso pretendía ofrecer a los corresponsales protección personal y masaje en un mismo paquete).

Willem salió de entre las sombras del viejo arco de piedra y cruzó el patio. Estaba solo. Después de que Narciso se hubiera desviado cerca de Rovereto —aparentemente de común acuerdo con Zidona, cuando estaba claro que ambos, la Campus y él, seguían al camión que transportaba el yate y que por tanto arribarían al punto más solicitado del lago San Vigilio—, Vanilla había hecho un alto en el viaje. Y en el bar de una gasolinera se había gestado el plan de entrar en el pequeño hotel por separado. Había que partir de que el ex comandante avanzaría bastante por la carretera del litoral en período de temporada baja y que alcanzaría San Vigilio antes que ellos, tal y como había sucedido. Y que el nuevo SL no estuviera en ninguna parte encajaba a la perfección. Con inteligencia estratégica y experiencia en la velocidad, Narciso había realizado el último tramo a través de la región, naturalmente. Willem se arrastró en medio de los nobles coches y tomó la decisión de

hablar en inglés en la recepción.

El XKR verde oscuro de Vanilla se hallaba ahora junto al Daimler de color negro, en el hueco en el que anteriormente estaba el Golf. Ella estaba sentada en la oficina del director del hotel, uno de los italianos del norte más familiarizados con los asuntos alemanes, que hacía todo por poder ofrecer a su eminente huésped, en su aflicción, mesa y cama. Vanilla habló de un encuentro con el doctor Zidona, abogado de su difunto marido, cuya hermosa habitación, como el director dijo, había sido adjudicada por desgracia dos horas antes a una pareja de Frankfurt, los Feuerbachs, quizá ella los conociera, buena gente. La viuda de Busche negó conocerlos, en tanto que el director le había conseguido al menos una mesa para cenar, «persino con vista!», y un par de habitaciones más allá. Willem Hold recibía la misma información en la recepción, aunque también se enteraba de que la señora Helen Feuerbach había salido de nuevo sola en el coche y que su esposo se encontraba en la habitación.

—Still blond, her husband? —preguntó, y la respuesta no le sorprendió:

—Blond and handsome.

Al parecer todo coincidía allí, en aquella lengua de tierra de San Vigilio, junto al lago en cuyo patín una vez había fracasado. Ocasión ideal para poner en orden las cosas, pensaba Hold, y empleó uno de sus trucos típicos que le habían llevado hasta las suites de hotel más selectas de Manila para contactar con los clientes. Se hizo pasar por un viejo amigo de Feuerbach que había venido desde muy lejos, New South Wales, con el único fin de sorprender a la pareja en su aniversario de boda, en calidad de padrino de boda de entonces...

No habría podido decir nada más inteligente. La empleada le mostró una sonrisa que contenía toda la moral y la indolencia italianas: «Room number five, Sir», y Willem le dio las gracias y bajó las escaleras hacia la planta baja con la mano derecha debajo de la chaqueta, sujetando la Beretta, y en la otra, con mayor fuerza aún, el Lamy twin pen con la punta de acero.

Feuerbach se había desvestido. Estaba tendido en ropa interior, con bóxers a cuadros y una camiseta blanca, sobre la cama de matrimonio de la habitación de seiscientos euros disfrutando de las vistas desde la ventana sobre el lago anochecido para saborear cada minuto libre de la costosa estancia, cuando, al modo de la servidumbre, tocaron sigilosamente a la puerta.

—¿Sí? —gritó, y una voz de hombre, de nuevo sigilosamente, le respondió: «Servicio de habitaciones», seguramente lo habitual en un hotel como aquel, pensaba, y al abrir la puerta de la habitación se encontró con la inconfundible boca de una 45.

—Sobre la cama —dijo Hold, al tiempo que desde el restaurante provenía un canto, alguna pieza de aria ni demasiado fuerte ni demasiado trágica, el tipo de CD que le gusta escuchar a la gente mientras cena.

Feuerbach regresó a la cama, oyó cerrarse la puerta y respiró hondo:

—No tiene ninguna posibilidad.

Willem quitó el seguro de la Beretta. Con la otra mano sostenía el bolígrafo plateado en lo alto.

—¿Sabes lo que es esto, rubiales?

—Un boli.

—Incorrecto. Es un Lamy twin pen. Una vez estuve a punto de prestártelo, cuando necesitabas algo para escribir en las escaleras de aquel instituto. ¿Y sabes para quién lo he comprado?

Feuerbach guardó silencio, reflexionaba. Tenía que hacer algo, pero ¿el qué? Ni siquiera cuando era funcionario había sido un matón y, aparte de eso, los hombres con profesiones que concedían un cierto margen a lo heroico lo tenían cada vez más difícil. Siempre que se les desafiaba de súbito, como ahora en aquel preciso instante, todo el universo de las series televisivas se les aparecía delante de manera casi prepotente, como quizá el padre en tiempos pasados, al que aún se podía superar en caso necesario, al contrario de lo que sucedía con todos los héroes de la pantalla, y de este modo se quedó completamente sorprendido al preguntarse asimismo de qué serviría arriesgar su cabeza en aquel entorno endiabladamente hermoso.

—Lo he comprado —dijo Hold— para hacerte un agujero en la mejilla con él. En el mismo sitio, ¿entiendes?

—No era mi intención hacerte el agujero, lo lamento.

Willem se colocó el bolígrafo detrás de la oreja y con la mano libre tiró del esparadrapo de la mejilla.

—¿Ves esto?

—Sí. Tiene buen aspecto. Desde el punto de vista médico, quiero decir. Mi socia se halla en los alrededores, en cualquier caso.

—Lo suponía. ¿Y te ha contado también que escuchamos «Sweet little sixteen» en Moseleck?

—No, no lo ha hecho —dijo Feuerbach.

—Así que no lo ha hecho —Hold volvió a agarrar la Lamy—. Entonces confías en ella demasiado, quizá —colocó la punta sobre el lugar en cuestión, lo marcó y después cerró el puño en torno al bolígrafo—: Si no te mueves, resultará menos doloroso. Y si por mí fuera, te atravesaría también la otra mejilla.

—Tengo que decirle —susurró Feuerbach— que preferiría no tener ningún agujero en mi mejilla.

—Yo también lo habría preferido, rubio de mierda. ¿Sabes que me he enamorado con este agujero en el carrillo?

Feuerbach asintió con la cabeza.

—Pero no sabes lo que eso implica. Cada beso era un tormento. Y un beso no debería ser un tormento, ¿no crees?

—No, no debería serlo.

—¿Cuándo te enamoraste por última vez?

Feuerbach se encogió de hombros:

—En algún momento...

—Piénsalo, no tengo todo el tiempo del mundo —Willem tenía ahora la boca del arma junto al cuello de Feuerbach. Con la otra mano dibujó un pequeño círculo en el punto que tenía intención de perforar—. ¿Qué pasa con tu socia?

—Pasa las noches con usted.

—Sólo nos hemos ayudado mutuamente. Y por eso estamos todos aquí en este lago.

—En realidad, ¿detrás de quién va? No será de mí.

—De un cerdo superior. ¿Y tú?

—Detrás de un picasso que su cerdo superior podría tener consigo.

—Ese cerdo superior, rubiales, es mío. Y ahora piensa en algo hermoso, un trasero redondo o el reflejo de la luna sobre el agua, pero que no se te ocurra ninguna idea retorcida porque eso haría peligrar tu ojo. No seas estúpido y estate quieto.

Hold levantó la mano que sujetaba el bolígrafo y a Feuerbach le asaltaron tres dudas al mismo tiempo: si no sería, en realidad, más inteligente no evitar en absoluto el ataque, y en qué podría pensar mientras tanto —en Helen, por ejemplo—, pero también en cómo acabaría todo aquello.

—Un segundo —murmuró—, creo que *estoy* enamorado.

—¿De veras?

—Sí. A veces uno es el último en enterarse. ¿Cómo se dio cuenta usted con la Schultz...?

—¿Con Lou? —Willem bajó ligeramente la mano que sujetaba el bolígrafo y

observó el círculo junto a la pálida mejilla de Feuerbach—. Sentía hambre en su presencia.

—Eso es comprensible.

—Pero no es lo que piensas. La felicidad junto a ella era algo tan duro.

—¿Por qué duro?

—Era tan grande. Casi no podía soportarlo. Pero tampoco podía comer por este maldito agujero que tengo en la mejilla y que te debo a ti. Y ahora no me vuelvas a decir que lo lamentas. Tenía, pues, hambre de felicidad y me di cuenta de que amaba a esa mujer y le confesé las dos cosas a la vez. ¿Y sabes lo que sacó de su bolso? Dos Snickers.

—¿Ah, sí?

—¿Qué significa «Ah, sí»? ¿Te gustan los Snickers?

Feuerbach reflexionó un momento y después asintió con la cabeza brevemente.

—Mejor para ti —dijo Hold—. Pero intenta masticar un Snicker con un agujero en la mejilla. Te voy a decir cómo lo hicimos. Lou me los daba ya masticados, si entiendes lo que quiero decir. Y ya he hablado demasiado.

—Nunca se habla lo suficiente.

—Eso sólo vale para las mujeres —Willem colocó la punta del Lamy junto a la mejilla de Feuerbach, sobre la zona dibujada—. Pero podemos hacer un trato. Si me dejas a mí al asesino de Lou, te regalo este bolígrafo y portaminas en uno. Más tarde.

Feuerbach cerró los ojos e hizo acopio de todo su valor.

—Sólo me gustan los bolis normales. Y quiero el picasso.

—Si lo encuentro. ¡Escúchame bien, este bolígrafo ha costado mucho dinero! ¡Al menos, échale un vistazo!

Feuerbach abrió los ojos y observó el bolígrafo. La punta temblaba ligeramente.

—Será tuyo —dijo Hold—. Sólo tendrás que limpiar tu sangre y estará como nuevo.

—No acepto regalos. No se debería empezar nunca con ellos. Nuestro trato será el siguiente: el asesino de Lou será para usted y el picasso para mí. Y mi mejilla permanecerá intacta.

El canto que provenía de abajo se extinguió y, sin embargo, algo siguió traspasando la habitación, el silencio del lago, si es que existía, y a ratos un chapoteo, cuando un pez atrapaba un mosquito o cuando unas olas diminutas golpeaban contra la pared del edificio. Willem miró a través de la ventana. Las primeras estrellas habían aparecido ya a pesar de la presencia de la luna. Un agujero en la mejilla del rubio no le devolvería a Lou la vida y, en un sentido estricto de la palabra, no deseaba otra cosa. De nuevo un pez saltó y él guardó su bolígrafo en el interior de la chaqueta. Pero cuanto más riguroso se vuelve uno, le había dicho Czerny una vez, más solo se está. Algo tenía que ocurrir, más allá de las viejas historias. Se levantó y caminó hacia la puerta.

—Tienes mucha suerte, Mr. Handsome.

Entretanto, Vanilla Campus estaba sentada en la habitación privada del director del hotel y sostenía una copa en la mano. El signore Veronesi había hecho traer una botella de Gavi di Gavi y un pan de pizza fresco con romero. El champán, en atención a su atuendo, había sido retirado.

—Salute, signora.

Brindaron por Busche en forma de ruego: que, a pesar de todo, el Señor se lo llevara consigo.

—Por Giovanni Manfredo —añadió Vanilla en voz baja. Veronesi no la había llevado a su refugio porque sí. En un breve discurso le pidió permiso para sacarle una foto después de la cena y Vanilla se mostró enseguida conforme. Lo único que deseaba era estar a solas un momento y más tarde iría a cenar, un deseo comprensible. El director se retiró y ella se abalanzó sobre el pan de pizza.

Pues la Campus no pensaba en absoluto cenar en el local, esto es, renunciar a su posición estratégica en una habitación que hacía esquina en el viejo edificio —con vistas sobre la entrada de los coches por un lado y el pequeño puerto por el otro— pero tampoco a unos prismáticos que Veronesi utilizaba cuando algunos de sus huéspedes se hallaban aún en el lago durante un aviso de tormenta. De este modo pudo seguir de cerca cómo Homobono Narciso se dirigía de nuevo hacia el muelle y escondía allí un objeto antes de irse a cenar, pero también pudo observar cómo un Golf con matrícula de Frankfurt entraba en el patio y se detenía, y de él descendía la mujer que había estado en el atraco al local. En cambio, lo que no pudo ver, pero sí sospechar, es que la mujer se dirigió enseguida a la habitación donde seguramente la esperaba su rubio acompañante, quién si no.

Y mientras Vanilla Campus se entregaba a sus presentimientos, Willem Hold entraba en la planta directamente de abajo al bar del restaurante y se enteraba allí de que tenía una mesa reservada junto al ventanal. Su anfitrión le estaba esperando. Aquella jugada no le sorprendió; en el fondo era una jugada absolutamente torpe. La gente como Narciso sentía siempre una debilidad por el lujo, la típica debilidad de todos los investigadores privados y de cualquier guardaespaldas. De esta forma cometían errores, de los cuales se había beneficiado ya en Manila.

Willem se abrochó la chaqueta V2, que le daba un aire apuesto. Todos los bolsillos interiores estaban repletos de billetes de quinientos euros; había distribuido el medio millón completo (mientras Vanilla llevaba su paquetito en el bolso de mano de color negro) y, tras palpar por última vez la Cougar que portaba a la cena sobre el coxis, entró en un comedor —alumbrado sólo por la luz de las velas— con miradores

en forma de arcos que daban directamente al agua y en cada uno de ellos una mesa para sólo dos personas, tres de ellas ocupadas por parejas bronceadas y la última, completamente apartada, por un único huésped delante de una botella de San Pellegrino. El ex comandante agitó el dedo índice —la mano que le quedaba la tenía apoyada junto al mentón— quizá para dar mayor relieve a su reloj, un IWC plano, probablemente una edición limitada, en principio no resistente al agua, el reloj para los hombres que no friegan los platos y que se podía adquirir a partir de unos veinte mil. Willem atravesó la habitación sólo ocupada por trincheros con entremeses, un impresionante despilfarro de espacio. Unicamente se comía en los miradores y en las esquinas. Había una docena de huéspedes, seis mozos, tres camareros, en pocos pasos lo captó todo; después se acercó a la mesa de Narciso y un mozo le aproximó la silla, se sentó y miró hacia el lago.

—Have you ever seen something like this?

—No —respondió Narciso—, I can't remember.

Hablaban en inglés, en qué idioma si no. El ex comandante, con la mano aún junto al mentón, afirmaba haber venido en calidad de negociador. Pero Willem no mostraba interés sino por aquel reloj esnob.

—Nice —dijo.

Una sonrisa torcida recorrió el rostro de Narciso e inmediatamente se quitó el IWC de la mano y lo deslizó sobre la mesa. Willem Hold asintió con la cabeza. Casi con ternura colocó el reloj sobre su plato. Después agarró la botella de Pellegrino y presionó el fondo contra la redonda estructura, hasta hacer saltar resortes y ruedecillas. Un reloj roto también daba la hora correcta dos veces al día, susurró.

—Why are you here, Major?

Narciso agarró su vaso de agua. El mentón le temblaba. Ese reloj, empezó diciendo con un bronco susurro, había sido un regalo personal de Imelda Marcos traído de uno de sus viajes a Suiza, un regalo por sus servicios. ¡La mano que había perdido luchando contra los sublevados!

Hold deslizó resortes y ruedecillas en su cuchara sopera y los dejó caer desde la cuchara al agua mineral de Narciso.

—You didn't answer my question.

El ex comandante apartó la mano del vaso, parecía intentar contenerse.

—Okay. I will. But not here. Let's go outside.

Un mozo trajo la carta y Narciso, ya de pie, le deslizó dinero en la mano en un gesto reflejo, mientras Hold aún divisaba una ruedecilla finísima en el suelo. La recogió rozándola levemente y se la extendió al antiguo luchador, que la cogió asintiendo con la cabeza de forma casi imperceptible. Willem sonrió, todo lo que su esparadrapo se lo permitía.

—You are welcome, Major.

Helen entró precipitadamente en la habitación con novedades no sólo respecto al yate. Acababa de descubrir también una matrícula inconfundible: la F-VC 1.

—La Campus tiene que estar aquí —gritó y vio que Feuerbach estaba desnudo junto a la ventana con la espalda brillante por el sudor—. Y el yate se aproxima a San Vigilio.

Feuerbach, que se acababa de desvestir para ducharse, observaba la punta del muelle frente a la oscura masa del lago.

—Pero apenas se mueve por sí solo. ¿Ha visto a alguien a bordo?

Helen cerró la puerta detrás suya.

—Era un recinto de un club de yates cerrado. ¿Me doy la vuelta?

Feuerbach se giró hacia la derecha, hacia el lado longitudinal del lago desde donde debía acercarse el yate, pero aún no se divisaba luz sobre el agua, sólo se podía distinguir bien el destello de la otra orilla, Salò y Gardone, y después la carretera en dirección al norte, hacia Gargnano.

—Eso es cosa suya —dijo.

Helen miró la cama revuelta.

—¿Ha ocurrido algo aquí?

—En efecto.

—Entonces cuéntemelo ya, Feuerbach...

—Siéntese.

Y Helen se sentó, esforzándose por mirar sus zapatos en vez de la ventana, mientras Feuerbach le explicaba lo que había sucedido de forma breve y atendiendo a la verdad.

—Y usted estuvo escuchando música con ese asesino —dijo tamborileando con los dedos—. *They're really rockin' in Boston...* El viejo numerito, ¿no?

—No es ningún asesino —dijo Helen—, de lo contrario no estaría usted cantando ahora. Lo que sucedió no pudo ser tan grave.

—Gracias —Feuerbach miró por encima del hombro en dirección a la cama—. Únicamente estuvo a punto de darme un ataque al corazón.

—Eso ocurre también en otras circunstancias.

—Vaya consuelo.

—Sólo quería recordárselo. ¿A qué acuerdo llegaron?

—Tuve que prometerle una cosa: que el asesino de la Schultz sería para él. Probablemente el hombre al que ella le confió el picasso. En estos momentos estará seguramente al timón de ese yate.

Helen levantó los ojos de sus zapatos.

—Yo también tuve que hacer una promesa. Por teléfono.

—¿A su hijo?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo supuse. ¿Cómo está?

—Está tumbado en la cama de Nola, pero sin ella. En su lugar, sobre la colcha, está Naomi. Tuve que prometerle un gato. ¡Pronto cumplirá los dieciséis y quiere un gato!

—Entonces cómprele un gato.

—¿Está seguro?

—Sí, Helene.

—Helen.

—¿Quién la llamaba así, Helen, su guapo patólogo?

—¿No quería usted ducharse?

Feuerbach volvió a mirar por la ventana. En el muelle había ahora dos personas, pero aún estaban debajo de la parra, delante de la elevada punta que se abría hacia el lago.

—Primero quería hablar y después ducharme.

—¿Le he hablado del doctor Eick? —Helen no lo recordaba, pero debía de ser así—. ¿Sabe usted lo que ha descubierto en la garganta del difunto cliente de la Schultz? Su propio esperma. Ella lo utilizó para provocarle la muerte de un shock. Y así llegar hasta el picasso.

—¿Eso se puede demostrar? Quiero decir, ¿se pueden repetir las condiciones en un laboratorio?

—Si tiene usted valor para hacerlo, Feuerbach, en cualquier momento.

Helen sintió arder sus orejas. Sea como sea, se había entrometido demasiado en ese tema y continuaba haciéndolo.

—Todo apunta a que sucedió así —dijo—. Y hay que reconocerle a Eick una cosa: sabe hacer su trabajo. Sabe incluso que dentro de la boca el esperma burbujea.

—Burbujea...

—Sí, burbujea.

—Yo eso no lo sé —dijo Feuerbach—. Pero lo que sí sé es quién se está esfumando allá abajo en dirección al agua: su amigo Hold. En compañía de un hombre que sólo tiene una mano.

Helen se precipitó hacia la ventana. Vio a Hold y al otro dirigiéndose a la punta del muelle, hacia el asta de una bandera, mientras el yate a motor aparecía de pronto por la derecha a lenta velocidad.

—Alguien pretende escapar.

—Eso lo ha sabido ver enseguida —Feuerbach cogió su ropa y se subió a la grupa de sus pantalones—. ¿Sabe conducir barcos? En el puerto hay dos. Uno de ellos parece bastante rápido.

—Cogeremos ése —dijo Helen, mientras abajo, en el restaurante, la música de ópera volvía a atacar.

Era un popurrí de Aída, uno de esos CDs que les encanta a los supermercados italianos ofrecer con descuento, y resonaba a la hora en que se servían, en torno al lago, los platos de pescado: alrededor de las nueve. Y como casi siempre a esa hora exacta de la noche, en especial las últimas noches tibias de Octubre, el agua de San Vigilio estaba tan quieta que parecía que pudiera andarse sobre ella.

Aun sin haber bebido nada, como era el caso de Willem Hold y del ex comandante, las vistas del lago, sobre el que se hallaba ahora suspendida la luna como una vieja lámpara rojiza sostenida por sabe Dios qué fuerza, le inducían a uno a una cierta locura o cuando menos imprudencia —difícil de imaginar por aquellos que conocían el lago sólo de oídas—, imprudencia que indudablemente jugó un papel determinante —si se suma, además, el efecto Verdi—, cuando Narciso, en lugar de agarrar inmediatamente el objeto que antes había escondido, se detuvo junto al asta de la bandera y miró hacia el agua.

—It's like a big movie —dijo, y para entonces Hold ya había advertido la navaja militar en la base del asta, pero también un barco que se aproximaba sin luces, de casco delgado y cubierta elevada, y la mirada de Narciso en dirección al yate al mismo tiempo que su zapato pisaba ya sobre la base, la cerradura para escalar estaba abierta, y se disponía a cerrarla y agarrar la navaja simultáneamente: para qué si no. En el plazo de un segundo, en el intervalo entre dos latidos de corazón, Hold vio y advirtió todo aquello —lo bien que habían planeado su muerte en aquel muelle, junto con la desaparición del cadáver y del autor de los hechos— y sacó la Beretta de debajo del cinturón, mientras Narciso seguía inclinado, decidido a golpearle la coronilla con ella, lo que no produciría detonación ni tampoco carnicería alguna, puesto que aún seguía utilizando munición especial. En el intervalo entre otros dos latidos de corazón le vino aquello a la mente, pero para entonces el ex comandante ya tenía la navaja en su única mano, que era más efectiva que dos, una Long John tan afilada como la propia vida, *life is a knife*, y en lugar de alzar la mano para disparar con la Beretta, Willem apretó el gatillo antes de que la hoja partiera en dos su hígado. Un estallido ensordecedor quebrantó el silencio y, en realidad, toda la animación en el extremo de la lengua de tierra, además de la mitad izquierda del cráneo de Homobono Narciso. Ésta, junto con el cerebro y los ojos, salió disparada hacia el agua, mientras en el restaurante comenzaba en ese preciso instante la popular «Marcha triunfal», concediéndole a Hold todavía algo más de tiempo.

Escondió el arma y levantó del suelo el cadáver manco con la media cabeza, mientras el yate se acercaba ahora deslizándose cerca del muelle. Evidentemente

alguien lo conducía desde su interior, pues el timón de la cubierta de fuera estaba vacío, un plan seguramente acordado que, en cualquier caso, sólo se podía explicar como sigue: el cadáver y el autor de los hechos debían de subir a bordo. Por consiguiente —con un esfuerzo que hizo reventar de nuevo su mejilla— volcó el cuerpo de Narciso en la zona descubierta de la popa del yate y saltó detrás de él en el mismo momento en que los primeros clientes del restaurante, alarmados por el disparo, se asomaban a las ventanas y desde las habitaciones del director del hotel llegaba un grito dosificado, mientras el yate, formando un círculo de espuma alrededor de un peñón situado frente a él, cambiaba de rumbo hacia la orilla occidental.

Alguien detuvo el CD de Aída y tras unos segundos de tensa quietud —tan sólo un silencioso rumor de voces, entre ellas las de Helen y Feuerbach— llegó un ruido procedente del agua, como si el lago se agitara. Dos motores de seiscientos caballos cada uno hicieron salir de allí a toda velocidad el *Vanilla's Affair* produciendo unas olas traseras de dos metros, un espectáculo que distrajo también de la comida a los últimos clientes. Y mientras en todas las mesas se enfriaban los filetes de rodaballo acompañados de un refinado risotto, pero también los bogavantes dispuestos sobre un puré de berenjenas y el famoso hígado veneciano, Helen y Feuerbach corrían presurosos por el muelle seguidos de Vanilla Campus —que iba acompañada de su bolso con el paquetito de Kufstein— así como, justo detrás de la Campus, de una figura alta que llevaba las gafas en la mano, el igualmente famoso payaso suabio (que seguramente podía medirse con el hígado veneciano al ron) que al parecer temía por su Riva, como los clientes del restaurante por su estado de ánimo.

Aun cuando todos sabían perfectamente que acababa de producirse un acto sangriento —por qué, por amor de Dios, precisamente allí; ésa era la cuestión—, aquello, sin embargo, no cambió en nada esa hermosa noche. Sea como fuera, todos siguieron disfrutando de la cena y bebieron, además, su Lugana o su Brunello, conversaron sobre automóviles, inmobiliarias y deportes, y todo aquello sentados a unas mesas que habían sido reservadas desde hacía mucho tiempo. En cualquier caso, por tanto, disfrutaban de una posición que nadie quería sacrificar así sin más. Lugares como San Vigilio no están hechos para la realidad. Le parecen a uno algo artificial, como un volador extraviado.

Los primeros regresaban ya de nuevo a sus mesas, cuando Helen alcanzó la punta del muelle y aún pudo divisar el rastro espumante del yate, mientras el yate desaparecía tras la lengua de tierra. Sólo el estruendo de sus motores seguía escuchándose.

—¡Tenemos que seguirles! —gritó la Campus casi chocándose contra el famoso night-clown que estaba comprabando, ayudado de una linterna, la cubierta de madera de caoba de su barco.

—¿Puede llevarnos? —el famoso y escrupuloso se dio la vuelta, acercó sus gafas a los ojos y reconoció a Vanilla en el mismo instante en que ella le reconoció a él.

Cuatro brazos se alzaron súbitamente y, a pesar de la excitación general, aún hubo tiempo para el espectáculo ante el encuentro entre dos grandes de la pantalla —júbilo, besitos, locura— hasta que los dos recordaron que Vanilla era una viuda, de hecho recién salida del cascarón, y se zafaron con extrema precaución para no estropear sus peinados, ocasión que Vanilla aprovechó para hacer de su pregunta un ruego.

Y naturalmente el rogado se declaró dispuesto a participar. Toda la seriedad de la existencia parecía de pronto hacerle señas. Se quitó los zapatos y saltó al barco; por fin el *Nemax II* tenía alguna utilidad. Introdujo la llave en el contacto, la giró y un delicado clic —como el de los viejos Jaguar cuando ya nada funciona— reveló un fallo del dispositivo de arranque por un período indeterminado. Aun así, lo intentó de nuevo, mientras Helen y Feuerbach —a quienes Vanilla hacía señas con las manos para que se acercaran— ya se estaban quitando los zapatos —sin duda lo habitual a bordo— y la puerta del camarote de la barca vecina se abría. Con un mechón de pelo blanco sobre la frente y un diskette en la mano, el flaco propietario del *No Comment* salió del fueraborda lleno de musgo.

—¿Puedo ayudar?

—¡Qué estupidez! —gritó el night-clown—. Enseguida arrancará —pero el delicado clic sonaba cada vez más delicado.

Feuerbach se volvió a poner los zapatos.

—En el caso de que arrancara, ¿cuánta potencia habría dentro de la parte trasera?

El famoso alzó la mirada. Pareció confundido. Nunca antes alguien le había mirado de aquella forma.

—En un Riva —respondió— lo importante no es lo que haya dentro de la parte trasera sino lo que haya encima de ella —tenía intención de explicarlo con más detalle, pero el contacto del fueraborda dio entonces un estallido y una nube de aceite quemado se elevó.

El flaco de pelo blanco —había introducido primero el diskette, después había retirado la tapa del motor y había maniobrado con una cuerda— enrollaba ahora, por segunda vez, la cuerda alrededor de la polea del dispositivo de arranque. Se tomó su tiempo y todos siguieron sus movimientos, incluido el contrincante, mientras en el agua, junto a la barca, algo de un color blanco rojizo, parecido a una masa formada por salchichas de menor tamaño, se acercaba y, al siguiente instante, un pez, con la boca perezosamente abierta, se zampaba un buen cuarto de la identidad de Narciso. La cuerda, por fin, estuvo completamente enrollada y el flaco se apoyó con un pie contra el banco trasero antes de tirar bruscamente del asa. Se produjo un estallido, humo y malos olores, pero a un arranque sucedió otro de forma entrecortada y, con un temblor que sacudió toda la barca, el motor de dos tiempos cogió velocidad.

—Cuarenta caballos —dijo a Vanilla su propietario en voz alta— ni más ni menos. Pero naturalmente también puede usted remar en un auténtico Riva.

Esta observación, con su no desoída arrogancia, fue realizada a las nueve y media en punto, hora en que las luces para advertir a los barcos se encendían sobre los peñones situados frente a San Vigilio, aun después de la temporada estival. En cierto modo una ayuda a la hora de reproducir los acontecimientos que a partir de ese momento se precipitaron, aunque en un principio todavía en lugares separados.

Pues mientras el dúo formado por Helen y Feuerbach subía a bordo del *No Comment* junto con Vanilla Campus, y los tres tomaban asiento sobre un banco lleno de grasa en la parte trasera de la estructura del camarote con forma de troncos macizos —salpicada de excrementos de gaviota, y que descendía dos peldaños hacia proa de forma aparentemente aerodinámica—, el yate con el dúo formado por el timonel y un polizón, así como un cadáver, había pronto recorrido la mitad del trayecto hasta el lugar más solitario del lago, entre la población de Pai en la costa oriental y Gargnano en la parte lombarda, exactamente a trescientos cuarenta metros sobre el fondo.

De noche nadie era capaz de reconocer desde la orilla lo que sucedía en medio del lago, ni siquiera con los mejores prismáticos. El hombre que manejaba el timón, el doctor Cornelius Zidona, no sólo conocía todas las novelas cortas y los relatos cuya trama se desarrollaban en el lago de Garda, también conocía todos los libros de ensayo sobre los vientos, las corrientes y las particularidades del lago. A un día de viaje desde Frankfurt, no había mejor lugar para evadirse del mundo, y ninguno más ideal para volver a emerger en él. Y hasta ese momento todo marchaba perfectamente, aun cuando se hubiera producido un disparo. Pero no hay asesinato sin cadáver, y el cadáver también tomaba parte en aquello, lo mismo que el autor de los hechos, un honrado ex oficial al que quizá echaran en falta algún día pero sólo en el otro extremo del mundo, cuando el *Vanilla's Affair* llevara largo tiempo en las profundidades, hacia donde se dirigiría en breve exceptuando, se entiende, un único superviviente.

Ésos eran, tal vez, los pensamientos de Zidona cuando Willem Hold alcanzó la puerta de la cabina con la Cougar en una mano y dos metros de cable eléctrico italiano en la otra —cable que había encontrado en el bolsillo de la chaqueta de Narciso, previsto probablemente para él como alternativa a la navaja—, y como todos los cables finos de los países meridionales, de uso múltiple: no había en Manila un solo cadáver que no tuviera atados el cuello y las manos con él. Pero Hold no tenía prisa; disfrutaba observando cómo el antiguo torturador alejaba el yate cada vez más, en cierto modo rumbo a sus sueños, sin sospechar quién tenía a sus espaldas, del que

sólo le separaba una puerta. Ahora las máquinas se habían moderado un poco, como si tampoco él tuviera prisa, quizá con el fin de demorar todavía más la despedida de sí mismo, tiempo que benefició a los perseguidores.

El fueraborda lleno de musgo, un Yamaha, más que propulsar empujaba el *No Comment* hacia delante, aun cuando su dueño mantenía el acelerador presionado a tope junto al asiento del volante, un viejo taburete de bar.

—Dígame —gritó Vanilla debido al ruido del motor—, ¿es usted también famoso?

—¡No a bordo de este barco!

—Pero sería de gran ayuda saber su nombre. ¡El mío ya lo conoce usted!

—Por mí, puede llamarme signore Franz. ¿A quién perseguimos exactamente?

—¡A un hombre que tiene intención de matar a otro!

—¡Ése no es mi género precisamente!

—¿Es usted artista, Franz?

—Signore Franz.

—Pero Franz es un nombre alemán. ¡Como nuestro kaiser!

—¿Y qué pasa con Francisco de Asís? ¡Él fue quien introdujo los limones en este lago!

—¿Un empresario?

—No, un santo. ¡O Kafka!

—A ése le conozco —gritó Vanilla—, ¿usted también?

—¡Muy bien de hecho!

—Porque se dedica usted a escribir, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Algo que objetar?

—¡No, entonces escribimos los tres: Kafka, usted y yo! ¿Ha oído hablar de mi libro, *Bodymotion*?

—Acaba de publicarse —intervino Feuerbach mientras el Yamaha comenzaba de nuevo a vibrar ruidosamente.

—¿Qué ocurre, signore Franz? —Vanilla se levantó, se agarró fuertemente a la cubierta del camarote y miró hacia delante. El yate sólo seguía siendo un punto blanquecino en la oscuridad, y de golpe la ruidosa vibración a sus espaldas se transformó en silencio. La barca se deslizó aún un trecho sobre el agua y después se quedó quieta sobre el lago. Vanilla se giró. Estaba pálida.

—¿Se ha roto?

—No, pero el tanque está vacío.

Helen se reclinó sobre Feuerbach, temblando ligeramente de frío.

—¿Y ahora?

—No se preocupen —el signore Franz entró en el camarote y salió de nuevo con un bidón—. Si son tan amables de levantarse...

Helen y Feuerbach se pusieron de pie, la barca se tambaleó, y el signore Franz levantó el banco. Debajo estaba el tanque.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Vanilla.

—Mejor no —respondió. Abrió el tanque, del cual se desprendió el antioxidante, introdujo un embudo y comenzó con el despacioso trasvase de veinte litros de gasolina. A excepción de un glogloteo sigiloso, en la barca y en sus alrededores reinaba el silencio.

—¿Qué escribe usted? —preguntó Vanilla viendo que el bidón de plástico transparente no parecía vaciarse nunca.

—Esto y aquello. Para cuarenta caballos alcanza.

—Cosas, pues, que no funcionan muy bien. Tiene usted que salir con ellas en la televisión. Entonces funcionarán.

La gasolina se derramó fuera del embudo. El flaco de pelo blanco levantó la mirada.

—Hace treinta años que en la televisión no se ha leído nada que dure más de treinta segundos.

—Y tras la muerte de Freytag —dijo Helen— las perspectivas son aún peores, ¿no cree?

El signore Franz guardó silencio y se concentró en el trasvase.

—Bueno, para mí Louis Freytag era una especie de Dios que aparecía en la ZDF —explicó Vanilla—. Sencillamente lo sabía todo. ¿Está usted de acuerdo conmigo, Franz?

—No —respondió. De nuevo la gasolina se derramó por fuera y Feuerbach le ayudó entonces a sostener el bidón.

—¿Cómo que no?

—Porque Dios únicamente encarga a alguien leer. Él mismo es analfabeto.

—Ya —dijo Vanilla—. Pero sabía siempre qué libros y qué autores eran importantes y cuáles no lo eran. ¿A usted lo consideraba importante?

Todo un cargamento se salió entonces por fuera, a pesar de la ayuda de Feuerbach, y el signore Franz alzó el dedo índice de la misma mano que dirigía el chorro de gasolina.

—Desde mediados del siglo pasado, los importantes en Alemania son siempre los mismos: como si Freddy Quinn y Peter Krauss aún fueran a ser grandes éxitos de ventas. Des de la guerra, Alemania sobrevive con dos escritores.

Vanilla dio un salto:

—Con Freddy estuve recientemente en un talk show, en Kerner, es encantador. Quizá no tan encantador como Biolek, pero más que Beckmann.

—Más encantador sería que se quedara usted sentada y callada. Si esto se vuelve a salir cuando arranque, saldremos todos volando por los aires.

—¿Escribe usted novelas policíacas? —preguntó Vanilla.

—Sí. Para sobrevivir.

—¿Y en ellas no se conoce al autor de los hechos hasta la última página?

El signore Franz dejó el bidón y cerró la tapa de rosca; había trasvasado una

buena mitad.

—Si me lo permite, sólo los mentecatos desean saber quién es el asesino en la última página. Las personas sensatas se preguntan quién podría amar a quién al final.

Bombeó gasolina en el motor, no demasiada, después quitó la tapa y repitió la maniobra de la cuerda, mientras la Campus contemplaba el lago asintiendo levemente con la cabeza.

—¿Tiene por casualidad un arma a bordo? —preguntó Feuerbach cuando el signore Franz estaba por fin preparado para tirar de la cuerda, e inmediatamente lo hizo arrancando el Yamaha entre estallidos.

—¡Sólo tengo una pistola de plástico de mi hijo, si le sirve!

—¡Sí, eso serviría!

—Está en el camarote, a la izquierda, junto a la radio.

Y Feuerbach entró en busca de la pistola, una Colt, una copia de la Peacemaker, y echó mano también de la radio a pilas, mientras el *No Comment* volvía a coger velocidad.

Willem vio las luces de la barca. Las había visto desde hacía rato —un puntito rojo y otro verde, y en el centro uno blanco más luminoso— y éstas volvían ahora a acercarse. Por tanto, iba siendo hora de poner en orden su vida, desde lo del asunto de la laca tensora hasta lo de Lou. Colocó la Beretta en un depósito que había bajo la borda —segundo error, tras el error de mirar hacia atrás en el estruendo de los motores— y en ese momento estaba tensando el cable italiano para lo que preparaba, cuando detrás de él una voz ronca —la misma voz del teatro municipal de entonces— dijo primero «Hola» y después «Date la vuelta, Hold».

Algo le decía que tenía las peores cartas, al menos en ese momento, y lentamente se dio la vuelta, muy lentamente de hecho —el tiempo era ahora su salvador, él le socorrería— y reconoció a Zidona en la puerta de la cabina. Sujetaba una hermosa y diminuta Derringer en la mano, modelo Twinny, plateada como el bolígrafo pero letal, con dos cartuchos del calibre treinta y ocho, un chisme que se puede adquirir en cualquier tienda de souvenirs en forma de mechero, que podría resultar engañosamente real, sobre todo de noche. La doble boca del arma apuntaba hacia su vientre, era imposible errar el blanco.

—Entra —dijo Zidona retrocediendo con pasos cortos hasta el interior de la cabina del yate, que seguía navegando sin luz en la oscuridad. Continuó apuntándole con el brazo completamente extendido, al tiempo que con la mano izquierda agarraba el acelerador que estaba junto al volante. El ruido de los motores se extinguió en el oleaje. Finalmente sacó la llave del contacto y el *Vanilla's Affair* se detuvo tras medio giro a babor.

Exceptuando la luz de los cuadros de mando, en la cabina reinaba la oscuridad, pero Hold pudo distinguir la elegancia de la decoración: un banco esquinado alrededor de una mesa, sí, la calidad de los materiales, el cuero, la madera y el cromo, como reconoció también la locura de Zidona, la locura de una persona que estaba a punto de romper con toda su vida anterior. Con una mano en el volante y un juguete letal en la otra, ahora estaba de pie junto al elevado asiento de la cabina y sonreía con sus labios color rojo clavel.

—De acuerdo —susurró Willem con el cable aún entre las manos—, acaba de una vez. Pero primero dime un par de cosas: por ejemplo, cómo se consigue llegar tan alto.

—Arruinando todo lo que hay abajo —dijo Zidona—. Entonces sólo queda el camino hacia arriba.

—Y en la residencia ya empezaste a hacerlo.

—Puse todo mi empeño —lo decía con una seriedad que habría convencido de inmediato a cualquier profano, la seriedad de un hombre que en la humildad de su vida habla al servicio de la generalidad, y en Hold fue creciendo un deseo: hacer frente a la pequeña Twinny.

—Explícame una cosa —dijo—, ¿por qué el asunto de la laca tensora en aquel entonces, en los aseos del polideportivo?

—¿Por qué? —Zidona sacudió la cabeza y de pronto sus ojos también sonreían—. Porque sí.

—Eso ya lo dijiste entonces. Pero ¿qué significa?

—Pues que resultó divertido, Hold. Gritabas como un cerdo. Así que la cura fue un éxito. Pero si me lo preguntas hoy, naturalmente que lo siento mucho. Esas cosas no se hacen. Confío en que no supusiera demasiados trastornos.

Willem intentó respirar hondo, pero algo se lo impedía, era como si Zidona le estuviera oprimiendo el pecho con su rodilla.

—No, no demasiados... Sólo que durante veinte años no pude hacerlo como Dios manda.

—Quién puede hacerlo como Dios manda.

—Sólo pude hacerlo con fuertes dolores hasta hace muy pocos días. Hasta que conocí en el avión a la mujer a la que le encargaste que me siguiera, pero que sólo participó en tu juego por poco tiempo. Porque enseguida nos gustamos mucho.

—Qué conmovedor —dijo Zidona, y Hold se acercó algo más a él, sujetando el cable ahora con una sola mano.

—Yo amaba a Lou ¿entiendes?

—¿Por qué no lo iba a entender, Hold? Todos amamos alguna vez.

—Pero ella fue la primera a quien amé realmente. ¡Y la primera con quien no sentí dolor al hacerlo!

La voz de Willem se quebró y en su interior comenzó a experimentar un deseo cada vez mayor, el deseo o la fuerza, incluso, de atrapar una bala. Y si el arma que empuñaba Zidona fuera una imitación, pensó, al tiempo que éste metía la otra mano en el bolsillo y sacaba los cigarrillos y el mechero como queriendo demostrar que el arma era de verdad y no un juguete. Ya entonces también fumaba Stuyvesant, el sabor de la alta sociedad. Pero, entretanto, fumaba Nil y sólo necesitó levantar la tapa para coger uno, el que Zidona sostenía ahora con objeto de encenderlo de una forma en la que nadie lo hace, entre los dedos corazón y anular, al tiempo que la manga de su chaqueta se deslizaba hacia atrás. Y en el destello del mechero Willem vio el segundo de sus relojes de ensueño: el hermoso Reverso de Lou, se lo había robado. Se quedó sin respiración. Tres veces tuvo que coger aire antes de poder pronunciar sólo dos palabras.

—¿Por qué? —dijo, mientras Zidona fumaba ahora de la misma manera, con el cigarrillo en el centro de la mano.

—¿Cómo que por qué?

Willem cogió aire una vez más, y a la pregunta que realmente tenía intención de hacer se le adelantó otra a empujones, una pregunta en cierto modo estúpida: por qué fumaba de aquella manera tan ridícula.

Zidona sonrió de nuevo expulsando el humo hacia Willem.

—Muy sencillo. Porque el célebre autor Ollenbeck fuma así —hizo una pausa y le quitó el doble seguro a la Derringer, aunque lentamente, como intentando evitar la chispa del mechero—. El hombre al que más tarde llevaré a tierra en un pequeño bote neumático. Supongo que ella te habrá hablado de mi afición literaria.

—¿Y por eso tuvo que morir?

—No. Pero Lou había dado con un libro del que el escritor Ollenbeck había copiado un poco con el fin de dar el empuje necesario a su carrera.

—Podía demostrar que habías plagiado.

—Ése no era el problema —Zidona apagó el cigarrillo sobre el asiento, tapizado de piel, de la cabina—. El problema era que quería demostrarlo. Porque ese viejo libro lo había escrito en realidad un tipo al que conoció una vez. Y nuestra Lou tuvo de pronto los defectos de un carácter con cierta firmeza. No había quien la hiciera cambiar de opinión. ¡Quería desenmascarar a Ollenbeck!

—¿Y por eso la mataste con el palo de una escoba?!

—Sí.

Su «Sí» sonó muy fácil —como en aquel entonces su «Adelante» en el momento en que dejó caer gota a gota la laca tensora de la cuchara— y Willem contrajo todos sus músculos antes de, por fin, formular a gritos la última y verdadera pregunta, aunque ésta ya estuviera en parte contestada:

—¿Por qué de ese modo?! —gritó como si le estuvieran infligiendo a él mismo esa tortura. Observó la agitación en los ojos de Zidona, al igual que el impacto de sus palabras, y se abalanzó sobre él como una jabalina a la que nada puede detener.

Hold no oyó el doble estallido del arma —que finalmente no era ningún juguete —, sólo oyó su propio grito y notó algo cerca de las costillas. Después, su grito se confundió al instante con el de Zidona que cayó violentamente de espaldas. Con los ojos dilatados, permanecía tendido como un caballo derribado, mientras Hold le golpeaba hasta que se asustó: como si aquello sobre lo que se hallaba arrodillado fuera una edición basura de sí mismo. Respiraba con dificultad y se tocó a un lado de la chaqueta Versace hecha jirones y llena de dinero, bajo la cual apenas había sangre, un dinero que había sido de gran utilidad. Le quitó el reloj a Zidona y se lo guardó. Después buscó a tientas el cable eléctrico que yacía sobre el lustrado suelo de madera.

De forma leve pero inconfundible —inconfundible como disparo— todos los que estaban a bordo del *No Comment* habían escuchado el doble estallido sobre las aguas quietas, después de que el motor hubiera vuelto a fallar, esta vez presuntamente ahogado. Y mientras Vanilla oprimía un puño contra la boca y Helen preguntaba por el manual del Yamaha, Feuerbach, recordando su época de militar —teniendo en cuenta que no habría faltado demasiado para haber estado con Hold en tierras de Somalia—, calculaba la distancia a la que se hallaba el yate: a unos cuatro kilómetros. En cualquier caso, estaba muy liado con números, pues en la radio, un receptor universal, habían dado el resultado del sorteo del miércoles. De haber marcado el veintinueve, que había lanzado al Main con el zurullo de perro, ¡habría acertado cinco números!

Accediendo al deseo de Vanilla, habían seguido las noticias breves de las diez y media y se habían enterado de que la autopsia realizada a Busche confirmaba su suicidio. Sobre la posible relación entre todas las muertes antinaturales acaecidas a lo largo de aquella semana, empezando por la de Louis Freytag, no se mencionó una sola palabra, pero aún hubo un mensaje relacionado con Freytag: la recompensa de la ZDF, a cambio de alguna pista que permitiera capturar al autor de los hechos, había aumentado a cincuenta mil euros. Aquella cifra aún seguía, como quien dice, flotando en el aire, cuando oyeron el estallido sobre el agua. Y mientras todos dirigían sus miradas hacia el yate —y Feuerbach se guardaba para él el premio evaporado—, el signore Franz, propietario de la barca, dijo que aquella cantidad seguía siendo muy baja:

—¡Freytag se habría puesto enfermo!

Tan sólo después de esta observación, levantó la capota del motor y Feuerbach le susurró a Helen de forma insistente que si aún quedaba alguien con vida en el yate, era preferible que fuera Hold, a quien no debían dejar escapar.

—Sabe dónde está el picasso —susurró, y Vanilla se sacó el puño de la boca.

—Si busca un cuadro en el que aparece un hombre haciendo sus necesidades, he oído hablar de él.

—¿Oído? —Helen se levantó de pronto—. ¿Qué ha oído usted?

La Campus —que estaba ahora sentada sobre el bolso que contenía el paquetito de Kufstein— posó sus manos, embutidas en guantes negros, una sobre la otra y reflexionó un instante para, a continuación, abrir todos los dedos como electrizados por la propia decisión.

—Un colaborador de mi marido me contó que estaba en posesión del cuadro y

que no se separaría de él.

—¿Cuál es su nombre?

—Cuál es su nombre... —Vanilla de pronto empezó a susurrar, pero poniendo un acento agudo sobre las vocales como si tuviera una segunda voz, la de una veinteañera achispada haciendo el amor sobre un lago—. Su nombre es doctor Zidona. Y le he prestado mi yate.

—O sea que el cuadro está allí —gritó Helen—. ¡Es nuestro!

Vanilla sacudió la cabeza.

—Incluso aunque estuviera allí, Zidona tiene intención de hundir el yate.

Feuerbach, empuñando aún la Colt de plástico, pasó la mano por encima del canto y la metió en el agua.

—¿Y después? ¿Tiene intención de nadar? El agua está demasiado fría.

—Tiene un bote neumático. Pretende llegar con él a tierra.

—Dejando atrás un picasso —gritó Helen—. ¡Mierda! ¿Hace algo el motor, Franz?

El canoso levantó la mirada.

—Signore Franz... No hace nada. Cuando un motor se ahoga sólo cabe esperar.

—¡No podemos esperar! —Feuerbach se cambió de sitio y se arrodilló junto al dueño de la barca que, por su parte, ya estaba arrodillado frente al Yamaha y soplaba a intervalos cortos por el tubo de la gasolina.

—Ahora escúcheme bien, signore. En el yate al que tenemos que llegar va sentado al volante alguien que también escribe libros, mejor dicho, que hasta ahora sólo ha escrito uno. Uno de esos llamados autores sensacionalistas que le quitan a usted el pan de la boca, aun cuando lo único que haga sea expulsar humo de cigarrillo. El nuevo portento.

—Entonces podría ser ese tipo que empieza por O...

—Es ese tipo. ¡Y ahora ponga en marcha ese motor!

El signore Franz —en cuyo semblante se reflejaba ahora una firmeza glacial, y en el que se apreciaba que aún no era tan mayor, empezando los cincuenta— agarró la cuerda por el asa de madera y la volvió a enrollar alrededor de la polea del dispositivo de arranque.

—¿Le conoce? —preguntó Feuerbach en voz baja.

—Conozco a los que besan sus pies y eso me basta.

La Campus intervino:

—Es usted un amargado. Por eso tiene los cabellos grises.

—Mis cabellos son blancos, el color del desprecio. ¿Cómo es posible que Ollenbeck tenga un yate como ése? Eso no se consigue siquiera con una portada del *Spiegel* y Louis Freytag confesando haber llorado con él.

—Freytag ya no puede llorar —dijo Feuerbach.

—¡Y ese Ollenbeck no puede tener un yate como ése!

—¿Sólo porque usted tiene esta barca? Por favor.

—Porque conozco los límites de este sector —murmuró el signore Franz—. Hasta el autor más agasajado es un papanatas comparado con cualquier cantante de pacotilla que lleva guardaespaldas —agarró el asa y apoyó un pie contra el banco trasero—. Recientemente almorcé con mi editor en San Vigilio y escuché una conversación entre un organizador de conciertos de Verona y el maître. Al parecer, una estrella de rock tenía intención de visitar el local la noche siguiente y el empresario comentó que la estrella comería exclusivamente *un* plato italiano: spaghetti a la boloñesa. Le encargó que los espaguetis estuvieran ya cocidos cuando la estrella los pidiera y que el maître le respondiera que aquella elección era, sin duda, la mejor de todas. Ésas son las reverencias que se hacen a un artista. ¿Ve la claridad al otro lado? Eso es Gardone. El último autor que consiguió crear un mundo según su representación fue D’Annunzio. Y hoy ese mundo todavía puede visitarse allí. Ollenbeck no es más que una sombra.

—Debería usted tirar ya de ese chisme —dijo Feuerbach, y el signore Franz depositó todo su desprecio en un movimiento que arrancó el Yamaha.

La luna se había ocultado, pero aún parecían quedar vestigios de su luz, como si la extensa superficie del lago fuera de vidrio rojizo en un punto determinado, en algún lugar lejano, frente a la bahía de Saló o el paseo de Gardone, con sus destellos en dirección a Maderno y más allá: como estrellas caídas del cielo unidas por un cordel que, unas veces más oscuro, otras más luminoso, llegaba hasta Gargnano, hacia donde el yate era arrastrado por la corriente de forma tan poco perceptible como el serpenteo del cordel —porque al fin y al cabo la tierra es redonda y el hombre muy pequeño, pensaba Hold.

Había atado a Zidona de manos y pies con el cable italiano —como le habían enseñado para la misión en el desierto— y en ese momento estaba sacando su arma del depósito que había bajo la borda.

—¿Hay en alguna parte grasa de motor? —gritó hacia la cabina y Zidona describió una trampilla debajo de la cual había de todo.

—También hay dinero —jadeó—, euros y dólares —pero Willem sólo se interesó por la grasa. Estaba dentro de un tubo grande, y con el tubo y la Beretta regresó a la cabina y encendió la luz que había encima de ella.

—Es para verte mejor.

—¿Qué tramas, Hold? Te puedo ofrecer una tercera parte.

—¿A cambio de qué?

—¡Por mí, fifty-fifty!

—¿A cambio de qué? —volvió a preguntar Willem depositando el arma sobre la mesa de la cabina y junto a ella el tubo de grasa. Después se giró hacia el atado, le desabrochó el cinturón y le bajó los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas.

—Apesta, Zidona.

—¿Tienes idea, Hold, de cuánto dinero conseguiré tras la muerte de Busche? ¡Cientos de millones!

—Tú no conseguirás nada.

—No, yo no conseguiré nada —gritó Zidona— ¡porque moriré ahogado! ¡Y de este modo los bancos no podrán hacer responsable a nadie más! ¡Pero el autor Ollenbeck no morirá ahogado y él sabe dónde está el dinero y cuáles son las claves de seguridad!

—Eso no cambia nada —dijo Hold—. El dinero se quedará donde está y se pudrirá —agarró a Zidona alrededor de las costillas y lo enrolló sobre su vientre—. Porque ambos moriréis.

Con el rostro girado hacia un lado, Zidona sacudió la cabeza tanto como su

postura se lo permitía.

—Como tú digas, Hold, pero entonces moriremos los tres.

—No. Alguien tiene que cuidar de la viuda de Busche.

—¿De Vanilla? ¡Ésa se sabe cuidar sola!

Zidona intentó girar la cabeza.

—¿Dónde está el Bimbo de Manila?

—El Bimbo está muerto. Le falta la mitad de la cabeza. Y a ti también te faltará. Pero antes hay algo más —Willem le sacó a Zidona los zapatos de los pies y le quitó los calcetines—. También me ocuparé de este asunto.

—Si tienes tiempo, Hold. Porque el Bimbo de Manila formaba parte de una patrulla especial que saltaba por los aires toda clase de cosas. En este yate hay una bomba con temporizador. Uno que no hace tictac. Y que está preparado para las once en punto. Y si no me hubieras quitado mi bonito reloj...

Willem le metió a Zidona los dos calcetines dentro de la boca.

—Era el bonito reloj de Lou —dijo sacando el Reverso del bolsillo. Eran las once menos diez—. ¿Se lo quitaste a *ella* antes o después?

Zidona quería decir algo, pero sólo se oían sonidos como de alguien que está en la silla del dentista con el torno dentro de la boca. Hold le sacó uno de los calcetines y guardó de nuevo el reloj.

—¿Antes o después?!

—Vamos a hundirnos todos —gritó Zidona a través del otro calcetín—. ¡No sabes lo que haces!

—Oh, claro que lo sé. Y lo haré en menos de diez minutos.

Willem cogió el arma y el tubo, y se sentó en el suelo junto al rostro de Zidona. Abrió el tubo y untó una especie de salchicha amarillenta sobre el visor de la Cougar. Después comenzó a engrasar concienzudamente el cañón con dos dedos.

—Estás loco —dijo Zidona respirando bruscamente.

—En ese caso te dejaría con vida.

—¿Qué piensas hacer, Hold?

—Tengo la intención de sacrificar mi arma. ¿Sabes lo que hacen las balas expansivas? Son de lo más efectivas en el blanco, pero a la larga arruinan los reguladores de tiro del cañón. Pero, dado que ese cañón se quedará en el mismo punto donde voy a introducirlo, no habrá ningún problema.

Zidona se atragantó entonces con el calcetín y lo escupió.

—Moriremos todos en el acto —jadeó agitando la cabeza.

—No todos —respondió Willem interrumpiendo el engrasado—, sólo tú y Ollenbeck —agarró a Zidona del pelo hasta que su cabeza se detuvo completamente. Únicamente los ojos continuaron moviéndose. Seguían la punta del cañón que Hold movía a un lado y a otro—. ¿Sabes qué longitud tiene? Muy pequeña comparada con el palo de una escoba. ¿No estás de acuerdo conmigo? —un aluvión de retortijones salió de las tripas de Zidona como si una rana croara en su interior—. Pero... —dijo

Hold prosiguiendo con el engrasado— pero las ventajas del palo de una escoba se ven compensadas, sin embargo, con tres factores. En primer lugar, el cañón no es redondo por delante y además no tiene el visor soldado, lo que podría resultar desagradable. En segundo lugar, reposa en un, llamémosle, tobogán que llega hasta la punta, lo que aumenta el calibre y que convierte todo el lado inferior en una especie de cuchilla. Y, en tercer lugar, el cañón es un cuerpo hueco a través del cual salen despedidas las balas.

—Dime lo que quieres —bramó Zidona, y Willem le tapó la boca y le volvió a introducir los dos calcetines.

—Quiero justicia. Y no estoy pensando en mí. Pienso en Lou. Entre Lou y tú tiene que haber una especie de ajuste de cuentas, tienes que comprenderlo, aun cuando no pueda colocarte encima un mechón de pelo verde. Liquidaremos el asunto con un solo color: el rojo.

Una sucesión de sonidos como los que emiten los sordomudos llegó entonces atravesando los calcetines que había dentro de la boca de Zidona, al tiempo que las venas de sus sienes se hinchaban.

—Según veo, mis palabras te han llegado —Hold abrió el cargador de la Cougar y dejó que Zidona echara un vistazo a los cartuchos—. Míralos con atención porque con ellos ajustaremos las cuentas. Las balas expansivas, al igual que el palo de una escoba, están hechas de un material más bien blando. Por eso cuando dan en el blanco se dilatan momentáneamente, empujando la materia que encuentran a su paso como lo haría un alud. Si esto lo aplicamos al cuerpo humano, esto quiere decir que en el mismo instante en que alguien recibe un disparo en el trasero evacúa por la boca.

Cerró de nuevo el cargador y cargó el arma. Después extrajo media bola de calcetines de entre la dentadura de Zidona. De los huecos salieron burbujas, acompañadas de sofocos y jadeos, mientras el yate, arrastrado por alguna corriente, volvía a girar sobre sí mismo.

—La bomba —manifestó con ímpetu Zidona— puedo detenerla...

Willem sacó su otro reloj de ensueño del bolsillo. El Rolex marcaba las once menos ocho minutos. Lo hizo balancear delante de Zidona.

—Un Daytona Newman; raro de encontrar. ¿Sabes de dónde lo he sacado? Del tipo que debía liquidarme —dijo, al tiempo que continuaba tirando de la bola—. ¿Por qué, por qué no dejaste que se ocupara *él* de todo el asunto, por qué me elegiste a mí?

Zidona intentó tomar aire:

—Durante nuestro encuentro en el aeropuerto, en Hong Kong, cuando casi me ahogas en el recipiente de arena para las colillas, supe de lo que eras capaz. Así que solicité informes sobre ti —volvió a coger aire; el Newman balanceaba delante de su nariz— y sólo recibí elogios. Te podía utilizar, Hold. Y al mismo tiempo deshacerme de ti.

—Pero no estabas seguro de lo bueno que soy en realidad y encargaste a Lou que me siguiera. Ése fue tu error.

—Sólo quedan siete minutos —jadeó Zidona.

—Siete minutos dan para hablar de muchas cosas. Tras la historia en el local, me despacharon ¡con un agujero en la mejilla! —dijo Willem arrancándose el esparadrapo.

—Yo no tengo la culpa...

—¿No? —Willem sacó el twin pen de la chaqueta, levantó la mano y perforó la mejilla de Zidona. Cuando gritó una espuma rojiza brotó del boquete—. No fui yo, fue el bolígrafo.

Hold volvió a meter la bola de calcetines en su sitio hasta que sólo se oyó un gemido. Limpió el bolígrafo y lo deslizó de nuevo en el interior de la chaqueta.

—Casi acaban conmigo y, para colmo, tenía este agujero. Fue como en un terremoto, Zidona. De pronto te das cuenta de que el suelo sobre el que siempre te habías sentido seguro, es en realidad de mentira. Todo mi mundo se tambaleó y entonces llamé a Lou y ella vino a verme, con útiles de costura y supositorios, al repugnante hotelito de la calle en la que mi padre tenía su todavía más repugnante relojería. Y los dos nos enamoramos.

Willem miró el Newman y lo volvió a guardar. Después tiró suavemente de la bola de calcetines.

—¿Has amado alguna vez?!

Tiró aún un poco más. De debajo de la bola salieron burbujas de color rojo. Zidona intentaba pronunciar una palabra con dificultad:

—Amado...

—Sí. ¿Has oído hablar de eso?

—Oído...

—¿No? Entonces te lo explicaré. Por la mañana te despiertas y lo primero que ves es el rostro que siempre has querido ver y te sientes en paz contigo mismo y con el mundo. Después te diriges sigilosamente al baño, porque la persona a quien amas aún duerme, y ves un cepillo de dientes junto al tuyo y lo único que piensas es: «Sí, sí, *así* es como debe ser».

Zidona intentó sacudir la cabeza; gemía y respiraba con dificultad.

—¿Un cepillo de dientes que no es mío en mi baño? —susurró—. Entonces vomitaría desde primera hora de la mañana.

Willem se agachó un poco hacia Zidona. Éste se balanceó sobre sus pantalones abolsados que formaban un anillo en torno a sus rodillas.

—Tenemos que empezar pronto —dijo apuntando con el visor de la Beretta uno de los carrillos velludos que tenía delante.

Zidona giró la cabeza.

—Escucha, Hold. ¡Creo que amé una vez!

—¿De veras?

—Sí. ¿Recuerdas a la pequeña descarada de la residencia? La que ya tenía delantera cuando todas las demás aún no tenían nada. Con esos cabellos cortos, los

estrechos párpados y una voz un poco chillona, como la del ratón del tiempo de la Sat. 1, unas veces más débil, otras más fuerte, pero siempre estridente.

—Sí, la recuerdo. De vez en cuando me sonreía.

—La amé, Hold.

Willem deslizó el engrasado cañón en medio de los carrillos de Zidona.

—No. Lo único que te molestaba es que me sonriera. Has confundido ese sentimiento con amor. Y te inventaste la cura de la laca tensora para mí. Pero, a cambio, yo inventaré la evacuación intestinal por la boca. ¿Estás preparado?

Zidona gritaba ahora, repitiendo «¡No!» una y otra vez, un «¡No!» como nunca antes Hold había escuchado, y a la mente le vino todo lo contrario: el calmado «Sí» de Lou entre sus brazos, que suponía la mayor felicidad del mundo. Apartó el cañón un poco y Zidona enmudeció. Allí estaba conteniendo la respiración, la cabeza hacia un lado y el ojo bien abierto.

—Sólo dime una cosa. ¿Por qué la mataste de ese modo?

El ojo se cerró. Al mismo tiempo, desde una cierta distancia, llegó un ruido bronco procedente del lago. Willem miró al primero y oyó el segundo, mientras Zidona seguía conteniendo la respiración.

—De acuerdo, no me lo quieres decir. Lo respeto. Pero vas a decirme, ahora, que has matado de una forma espantosa a la mujer que amé.

El ruido se acercaba lentamente. El ojo de Zidona se abrió de nuevo. Hold metió la mano en el bolsillo, miró el Newman. Faltaban cuatro minutos para las once y en un Newman se podía confiar plenamente.

—¡Dilo! —gritó.

Un leve chapoteo de agua, golpeando los costados del yate, llegaba ahora desde la cabina, como si se hubiera levantado viento, pero el agua seguía quieta, una superficie lisa y oscura, y en el horizonte el cordón luminoso cuyo dibujo serpenteante apenas se apreciaba.

—¡Dilo!

Su ojo pareció querer salirse de la órbita y un temblor recorrió la espuma de la mejilla.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, la he matado de una forma espantosa. ¡Surgió así, Hold, y ahora larguémonos de aquí! Hay un bote neumático y también dinero. ¡Tengo incluso un picasso auténtico a bordo!

Zidona volvió a jadear, sus fuerzas se habían debilitado y también Hold sentía una especie de cansancio. Durante un instante pensó simplemente en levantarse y marcharse, pero no había más que agua a su alrededor, como alrededor de Lou —se le ocurrió— sólo estaban las paredes de la habitación.

—No —dijo—, nadie se va a largar. Te quedarás aquí tendido y yo te contaré algo, una historia, la historia entre la mujer que has empalado y yo, la historia de la

noche en la que Lou y yo nos amamos. La vas a escuchar. Estábamos en ese hotelito del Ostend, que siempre ha sido un rincón deplorable y lo seguirá siendo en el futuro. El Ostend no puede salvarse, Zidona, igual que tú tampoco, y aunque levanten allí el Banco Mundial continuará siendo el último rincón del mundo. Pero en la cama de nuestro hotel aquello no tenía importancia. Porque los dos, Lou y yo, los dos estábamos salvados. Ambos estábamos tendidos de costado, uno frente al otro, y teníamos hambre, entiendes. El amor puede ser tan agotador, la sensación de estar mirando justamente a la persona correcta, a la única persona posible en la vida. La felicidad era tan agotadora, Zidona. Tiene tales proporciones que cuando llega de pronto no sabes siquiera cómo debes contenerla, una pelota demasiado grande para los dos brazos y, aún así, lo intentas sin descanso, y eso produce hambre. Pero quién desea levantarse cuando yace cálido y suave junto a la persona amada para ir a en busca de una pizza al Ostend francfortés. Lo único que se podía hacer, por tanto, era echar mano de lo que había y lo único que Lou llevaba consigo eran dos Snickers. Sabes lo que es un Snicker, ¿no?...

Zidona guardó silencio, parecía volver a contener la res piración. Willem le clavó el cañón en mitad de las mejillas.

—No lo sabes. Entonces también te lo tendré que explicar. Los Snickers son unas barritas cubiertas de chocolate con le che, rellenas de caramelo y cacahuètes, compactas, para que crujan en la boca como si fueran auténtica comida. Y por eso, con el agujero en la mejilla, desgraciadamente no me las pude comer. Sólo pude observar cómo Lou los desenvolvía y los colocaba entre los labios, sus hermosos labios siempre un tanto pálidos, si lo recuerdas. Chupeteó los dos Snickers hasta que se ablandaron, después se metió la masa de color ocre en la boca, donde se ablandó todavía más, antes de besarme —su rostro estaba encima del mío— y de alimentarme con esa papilla, como la madre pájaro a sus polluelos, y yo consiguiera tragármela sin que llegara a la herida mientras nos seguíamos besando... Ésa fue la historia, Zidona, y ahora intenta relajarte como si estuvieras en el urólogo. Supongo que no tendré que explicarte lo que es un urólogo. A partir de los cuarenta se debería visitar; a mí también me tocará pronto.

Willem miró su mano, la mano que sostenía el arma, y advirtió su temblor, como si no le perteneciera en absoluto, mientras los carrillos a ambos lados del cañón no hacían más que temblar, porque él temblaba, y alejó el cañón.

—¿Zidona?!

Hold le golpeó en la región lumbar con la boca del arma. Primero suavemente, después con fuerza. Gritó de nuevo su nombre y volvió a golpearle, ahora en las costillas. Y gritó una tercera vez, en actitud ya casi implorante, y tampoco esta vez hubo respuesta. Aguzó el oído hacia el exterior. Desde el lago ya no llegaba ningún ruido, tan sólo el ligero chapoteo del agua contra los costados del yate, como un vientre encima de otro, y deseó entonces desaparecer o tan sólo yacer tumbado bajo el sol en cualquier parte, muy lejos de la muerte.

Durante varios segundos estuvo poseído por ese deseo, el de vivir sin existir. Después le interrumpió la idea de que Zidona estaba muerto, reventado por el miedo, si se puede decir así. El simple peso de las palabras le había matado, quizá también salvado, sólo que algo más despacio que a la paloma de la estación de tren. Willem se inclinó hacia delante, apoyándose, tal y como se había inclinado sobre Lou para besar su nuca; observó el ojo inmóvil y se dio cuenta de que todo había pasado, se había acabado, cuando desde popa se oyó un bramido «¡¡Suelte el arma!!» y apenas un segundo después, a las once en punto, una detonación sorda desde la quilla estremeció el yate.

Feuerbach apuntaba la espalda de Hold con la copia de la Peacemaker, mientras el yate flotaba visiblemente inclinado y del bloque de máquinas salía humo negro.

—¡Tire el arma! —gritó aquella orden del mismo modo en que lo había hecho la última vez (cuando el chico con la pistola alzó el brazo y los nervios le traicionaron, a continuación él disparó y la pistola cayó al suelo produciendo el inocente chasquido del plástico mientras el chico, perplejo, se sujetaba los intestinos). Entró gritando en la cabina, cuyo suelo estaba cada vez más inclinado y vio cómo, sobre las piernas desnudas de otro hombre que estaba agachado, Hold se giraba con la mano extendida sujetando con los dos dedos el cañón de su arma:

—¡Está bien! —dijo dejando caer el arma.

Feuerbach se aproximó.

—¿Ese hombre también está bien?

—Está muerto. Y nosotros también lo estaremos pronto.

Del bloque de máquinas salían ahora llamas y a través de algún agujero el agua entraba a caudales hacia el interior de la cabina. Feuerbach seguía apuntando a Hold, empuñando con férrea firmeza la copia de la Cok como si de ese modo deviniera más auténtica.

—Empuje su arma hacia mí —gritó cuando, de golpe, el yate se escoró tanto que la Beretta resbaló hacia el agua que había entrado.

—Se acabó —dijo Hold—, puedes apartar tu chisme.

Feuerbach patinó, se deslizó junto a la mesa, se agarró con una mano y le lanzó a Hold la Peacemaker.

—¡Dígame que uno puede dejarse engañar por algo así!

Willem tomó aliento y aplastó la Colt entre los dedos de la mano.

—¡De eso hablaremos más tarde, primero hemos de encontrar algo aquí!

Feuerbach se subió al canto de la mesa; tenía los zapatos dentro del agua.

—¿Un cuadro por casualidad?

—Exacto.

El yate se estremeció de nuevo, los cajones y las tapas se abrieron de golpe, el cuerpo de Zidona resbaló hacia Feuerbach y éste le agarró de la arteria carótida.

—A este hombre le conozco, he asistido a una lectura suya, he hablado con él. ¡Es Ollenbeck!

—*Era* Ollenbeck. Pero sobre todo era Zidona, el socio de Busche. ¡Y dijo que el picasso estaba aquí!

—¿Cómo es que está muerto?

—Porque se le había acabado el tiempo.

—¡Le ha matado usted!

—¿Quiere hablar ahora o buscar, rubiales? Yo tengo lo que quiero, pero usted todavía no.

Feuerbach se arrastró sobre la parte que aún quedaba seca en la cabina, abrió bruscamente la ventana cercana al *cockpit* y gritó si en el yate había alguna caja fuerte u otro lugar seguro; pero no recibió respuesta o ésta se confundió en medio del chapoteo y el crepitar del agua y del fuego.

—¡¿Con quién hablas?! —gritó Hold.

—He venido en una barca. Debe estar al otro lado. Vanilla Campus está a bordo. Ella conoce bien este barco.

—¿Se encuentra bien? —Hold abrió bruscamente la puerta de un armario.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? ¡Será mejor que se preocupe por nosotros!

—¡Pero yo prefiero preocuparme por las mujeres, sobre todo por una! Y tus preocupaciones han terminado ya... ¡lo tengo!

Feuerbach se dio la vuelta y vio a Willem Hold con el agua burbujeante hasta las rodillas: en una mano, un papel de embalar desenrollado; en la otra, un cuadro de unos cuarenta centímetros por sesenta en un sencillo marco de madera; en él, dos viejas prostitutas en ropa interior y un hombre agachado con grandes ojos.

—¡Mierda, es él!

—¡Entonces nos podemos largar ya!

Y Hold, sosteniendo el picasso sobre la cabeza, se esforzó por llegar hasta la puerta de la cabina; ésta se había cerrado debido a la inclinación del yate. Consiguió abrirla empujándola y un gran torrente de agua entró a la fuerza. La mitad de la popa estaba inundada. Feuerbach batallaba detrás de él.

—¡Que no se moje el cuadro!

—¡Hasta ese punto, yo también entiendo de arte!

—¡De muertos parece entender todavía más!

Hold tiró, con la mano libre, del cadáver de Narciso; el resto de su cabeza yacía sobre el bote salvavidas que comenzaba a arder.

—Porque Zidona voló hasta aquí para liquidarme. Yo sólo fui algo más rápido.

—¡Parece que es usted siempre algo más rápido!

—¿Quieres salvar el cuadro o quieres discutir?

—Sobre todo quiero salvarme yo. ¡Y no sé si debo de salvarle a usted también, Hold! ¿Qué ocurrió con Louis Freytag? ¿También fue usted algo más rápido?

—Eso fue un accidente. ¡Cosas que pasan!

—Sí —dijo Feuerbach—, ya...

La barca apareció de pronto detrás de la humareda que provenía del bloque de máquinas. Las dos mujeres estaban arrodilladas sobre la proa, hombro con hombro, como dos hermanas disparejas. Helen sostenía un cabo en la mano. La Campus agitaba la mano. Hold le devolvió el saludo agitando el picasso. Y Feuerbach alzó un puño.

—¡Lo tenemos!

—¡Yo lo tengo! —gritó Hold.

El signore Franz intervino. El tono de su voz era sorprendentemente elevado:

—¡Tienen que nadar, no puedo acercarme tanto como antes!

Todo el bloque trasero ardía ahora, pero de la cubierta de proa también salía humo y la inclinación era tan pronunciada que el difunto ex comandante flotaba junto al bote neumático ardiendo, mientras Feuerbach y Willem Hold se sujetaban a la borda que paulatinamente se iba convirtiendo en una barra fija con vistas al lago —que continuaba tan calmado como antes con todo lo sucedido, con un reflejo rojizo por las llamas, como si la luna hubiera vuelto a salir para abrirse paso nuevamente sobre el lago de Garda.

—¡Dente el cuadro! —gritó Feuerbach—. ¡Puedo nadar con un solo brazo!

Willem se subió sobre la borda del yate y se quitó los zapatos.

—¡Sigue siendo el picasso de Lou y seré yo quien lo rescate!

Sacó los dos relojes de la chaqueta Versace y se los abrochó en la mano que sostenía el cuadro. Después comprobó los cierres de las cremalleras de los bolsillos en los que estaba el dinero. Finalmente cogió el cuadro entre los dientes y se volvió para mirar la barca. Vanilla, con las manos enguantadas delante de la boca, le hizo un gesto ladeando la cabeza y Hold se deslizó en el agua sin pestañear. Nadó de espaldas, sosteniendo el picasso en el aire, y de repente hubo una gran calma a su alrededor. Apenas había veinte metros entre el yate hundido y la barca salvadora, entre su antigua vida y una nueva cualquiera sobre la base de los billetes secos o de lo que fuera. Nadó mirando hacia el gimiente Squadron y vio cómo Feuerbach saltaba desde la borda.

—¡Ten cuidado! —le gritó Helen, pero éste no pudo oírla porque se había zambullido ya en el gélido lago. Sólo Hold la oyó y se dio por aludido. Los dos nadaban ahora hacia ella, que se hallaba a bordo de la barca, y Helen se inclinó ampliamente sobre el canto de goma. Ya nada podía salir mal, y tampoco nada salió mal. Logró agarrar el cuadro: no había caído una sola gota sobre el lienzo. El trasero del hombre agachado brilló en el destello de la barca ardiendo, de su proa que aún se elevaba empinada y que, tras un perezoso giro sobre sí misma, se hundió, como si una mano gigantesca la hubiera sumergido bruscamente.

El signore Franz ayudó a los dos nadadores a subir a bordo. A excepción del castaño de sus dientes, el silencio era absoluto. El agua sobre el lugar fatal se apaciguó. El remolino había arrastrado todo consigo: el bote neumático ardiendo y las zapatillas con cámara de aire de Willem, el difunto ex comandante y el cadáver de Zidona, el arma real y el de mentira, y también el mito de un autor que no era tal.

—Dentro encontrarán toallas —dijo el signore Franz quitando el capó para el proceso de arranque.

Helen, con el picasso entre sus brazos como un bebé, llegó la primera a la cabina donde había una cama y una mesa. Colocó el cuadro sobre la mesa mientras

Feuerbach se desnudaba detrás de ella y Vanilla cogía una manta de lana de la cama y envolvía con ella a Hold.

—En realidad no encuentro tan descabellado el cuadro —dijo Helen—. La señora Grütel, una vecina que tiene un perro, me habló ayer de un hombre que se agachó delante de ella, en mitad de la acera y...

—Sería mejor que telefoneara a nuestros clientes —le interrumpió Feuerbach—, deberíamos volver a negociar.

Se oyeron ruidos y estallidos en popa, el Yamaha había arrancado. Helen le dio la vuelta al picasso.

—¿Cuánto costará?

—Eso depende de la opinión del espectador —el signore Franz apareció en la puerta de la cabina sujetando aún en la mano la cuerda con el asa y un mechón de pelo blanco sobre la frente.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Hold—. ¡Regresemos!

—Eso no va a ser posible —dijo el signore Franz señalando en dirección a la orilla más cercana, hacia las luces de Gargnano—. Este accidente es competencia de la parte lombarda. Allí tendremos que dar parte de lo sucedido, vayan pensando en la versión. Si no se les ocurre nada, puedo ayudarles.

—¿Y qué sucederá después? —preguntó Vanilla.

El signore Franz se apartó el pelo de la frente y sonrió.

—En Gargnano junto al puerto hay un pequeño hotel. Allí se alojó D. H. Lawrence con el joven Richthofen. Así que debería bastarles. Y dos pueden quedarse a dormir aquí.

—¿Y qué hara usted? —preguntó Helen.

—Lo que hago todas las noches. Escribir sobre el amor.

El amor resulta siempre un esfuerzo excesivo para todos los interesados, ya sean dos o tres, pero en este caso eran directamente cinco, al menos al principio, un número impar desesperanzador...

Habían alcanzado la orilla occidental dando pequeños rodeos alrededor de las boyas de los pescadores, en unos buenos doce minutos sólo gracias a la quietud del lago. Ya a la altura de la vieja villa de Mussolini (antes Feltrinelli, más tarde nuevamente Feltrinelli y ahora el hotel) habían sido capturados por un representante de la policía fluvial y las fuerzas de salvamento locales, que hacían piruetas con su bote. No habían distinguido mucho desde tierra firme, tan sólo llamas a lo lejos, así que no hubo dudas respecto a la versión que el signore Franz expuso en un italiano académicamente sencillo tan pronto todos pisaron tierra firme. Un yate de motor alemán, molto magnifico, que había partido de San Vigilio con dos hombres a bordo, uno de ellos muerto accidentalmente víctima de un disparo ya antes de la salida, estaba ardiendo en llamas, cuando él y su *barca*, a punto y dispuesta a perseguir al fugitivo, lograron por fin aproximarse, pero ya era demasiado tarde.

El carabiniere competente, a quien habían arrancado del televisor hogareño, de ahí que estuviera vestido de civil y sin dentadura, había tomado nota de todo, incluidos los datos personales del testigo Franz, que presentó al resto de los pasajeros como algunos amigos que sólo habían subido a bordo para dar una pequeña excursión, *escursione spruzzante*, cuando, tras el disparo, el yate a motor cambió de rumbo de forma sospechosa. Y, naturalmente, el agente quiso saber también el nombre de esos otros testigos, en especial de los dos que estaban mojados —que, además, habrían intentado ayudar, perdiendo en el camino dinero y documentos—, en vista de lo cual Hold y Feuerbach, siguiendo el consejo de su salvador, se habían presentado como el doctor Paul y el doctor Heyse, casados con las damas que se hallaban en la barca, lo que complació al policía y esposo tomando en consideración su noche libre —y la historia llevó de nuevo al tema.

Los curiosos del puerto acababan de dispersarse y el patrón del Albergo Gargnano, ante cuya fachada descolorida se hallaba el *No Comment* junto al muelle, había regresado de nuevo al partido de la Champions-League del Juventus Turin —como lo hiciera el carabiniere antes que él— cuando la Campus, con pañuelo negro y gafas de sol para que no la reconocieran, dijo «Quiero ir inmediatamente a la cama», a la vez que lanzaba una mirada de soslayo por encima de las gafas hacia el hombre que la había acompañado desde Frankfurt, el que aún seguía envuelto en la manta de lana, que se había comportado de forma sencilla y conmovedora a sus ojos, que

incluso había ascendido a esposo ficticio, mientras Busche y Zidona, el uno enfermo del alma, el otro enfermo del corazón, habían sucumbido lastimosamente.

Hold se percató de las miraditas de soslayo por encima de las gafas, al tiempo que observaba un letrero junto a la puerta de entrada del Albergo Gargnano, ni muy grande ni muy pequeño —aconsejado por la insistencia del signore Franz—, una alusión a la famosa pareja que allí se había abrazado, en el primer piso, más tiempo atrás de lo que dura una vida, y en ese mismo instante, en el que todavía aquellos ojos estaban posados sobre él, pensó: de lo que sea capaz ese Lawrence, yo también lo soy. Fue una imagen más que un pensamiento, la imagen del abrazo a todo lo sucedido, y aquello desató una sonrisa como las que sólo se ven en el cine cuando el héroe, al final de la película, exhibe el resplandor de su supervivencia y uno le disculpa los medios que ha utilizado para llegar hasta allí.

—Bueno —dijo—, tomemos la habitación que ese tipo ocupó con su novio. He leído algo de él alguna vez, algo que encontré tirado por ahí en Manila, y Manila tampoco está tan mal en general, sólo es calurosa y pobre, aún tengo cosas allí... —con el rostro cubierto por las manos y la palpitante mejilla protegida, Hold simplemente continuó hablando de su mobiliario y de una terraza de madera con hamacas, con vistas a las plataneras hechas jirones, de taxis multicolores y de la cerveza fría San Miguel, aunque Vanilla, aún aturdida por aquella sonrisa de cine, ya no le prestaba atención.

Sacó las llaves de su Jaguar y los papeles del coche de su bolso y deslizó ambos en la mano de Feuerbach.

—Es de ustedes, pero no lo utilicen dentro de la ciudad. Viajar en taxi resulta más barato —después le pidió al signore Franz su dirección para enviarle un libro dedicado—: *Bodymotion* ¿ha oído hablar ya de él? —con una inclinación de cabeza saludó a Helen, que en ese mismo momento hablaba excitada por teléfono con los clientes, y finalmente entró en el comedor en forma de salón del Albergo Gargnano, iluminado exclusivamente por el televisor que había sobre una cómoda, para interrumpir al patrón que seguía de cerca un tiro de balón de once metros de largo, mientras Willem Hold, cada vez más y más silencioso ante tanta determinación, finalmente cerró el pico por completo y colocando sólo dos dedos junto a las sienes se retiró. Se sentía incapacitado para hablar en serio y decir adiós era hablar en serio.

Los cinco participantes se convirtieron, pues, en dos mas tres, tres que aprovecharon aún para adquirir una botella de Bardolino, unas chips al páprika y un Tartuffo nero helado de postre en la pizzería que había junto al hotel del puerto —la dueña estaba a punto de cerrar—, y dos que se instalaron, presentando un documento de identidad con el apellido de soltera de la mujer de Hanau, Kumpas, sustituido más tarde por el refinado Campus, en la única habitación con balcón del viejo hotel, la llamada Càmera Chatterley, una habitación que un letto matrimoniale de hierro ocupaba casi por completo, desnuda salvo por un doble retrato del famoso inquilino anterior de color blanco y negro, en un marco ovalado y barnizado en el mismo modo

que las fotos de las tumbas para resguardarlo de cualquier influencia del exterior, salvo una mano que lo separaba de la pared.

—No más público —dijo Vanilla antes de salir con Willem al angosto balcón y enmudecer ante las vistas, un silencio al que él se sumó gustoso.

La localidad de Gargnano, vista desde el agua, parecía el decorado de una ópera al aire libre con sus edificios anaranjados y de color marrón pálido a ambos lados del puerto, relativamente próximos al lago, y casas que, montadas unas encima de otras en lo alto de la montaña, en segunda y tercera fila, actuaban como anfiteatros y palcos emparrados de un color violeta sobre desfiladeros y escaleras ocultos, en torno a una cúpula descolorida y los muros de unos viejos jardines de limoneros, como si estuvieran clavados a la pendiente por los cipreses o en suspensión. Y, finalmente, un cielo propio que velaba por todo el conjunto: las luces de villas liliputienses sobre una angosta cresta y las campanas iluminadas de viejas capillas sobre terrazas de roca inclinadas. Y todo aquello se iba volviendo cada vez más pequeño para los que se iban adentrando en el lago anochecido, mostrándose sólo entonces como un todo.

El *No Comment* seguía aún deslizándose marcha atrás con un bajo número de revoluciones, pero para los dos pasajeros, que estaban sentados uno junto al otro en proa, no se trataba ya de un traqueteo sino de un latido al lado del propio. Se habían comido su bola de Tartuffo y Feuerbach quería deshacerse del vaso en ese mismo momento, cuando la mano de Helen se lo impidió. Con total ligereza, la mano se posó sobre la suya y se quedó allí, mientras Gargnano se iba haciendo cada vez más pequeño al tiempo que parecía extenderse. Desde que se habían alejado de la orilla no habían cruzado palabra. Helen se reprimió las ganas de hacer algún comentario, aun cuando estaba segura de no haber visto nunca nada tan hermoso, y Feuerbach dejó para más tarde su pregunta sobre cuál había sido el resultado de la llamada telefónica. Tan sólo cuando la pareja que se hallaba en el balcón del hotel del puerto, un punto negro en la luminosa campiña, entraba al parecer en la habitación, le preguntó:

—Bueno, ¿cuánto dinero recibiremos, qué han dicho? —y tenía intención de retirar de paso su mano, que se hallaba debajo de la de ella, pero ésta se volvió más pesada.

Helen le miró y sus labios se movieron antes incluso de hablar:

—Recibiremos setenta y cinco mil. ¿O pensaba *usted* negociar con esas personas, Feuerbach?

Era un silencioso y cariñoso «usted», a la vez que el peso de su mano se incrementó todavía más, un «usted» que superaba a la mayoría de los «tú», en su opinión en cualquier caso, y él apoyó entonces su otra mano sobre la de ella.

—No, yo no hubiera conseguido más. Ahora sólo falta que el cuadro llegue sano.

—Está dentro de la cabina, embalado sobre la cama.

—Quizá deberíamos tumbarnos allí junto a él...

—Todavía tenemos tiempo de hacerlo.

—Después podría ser demasiado tarde —Feuerbach cogió la mano de Helen y señaló con ella hacia la orilla—. Mire allí, esos dos también acaban de entrar en la habitación, el puntito negro en el hotel ha desaparecido. El asesino y su clienta. Y nosotros simplemente nos marchamos con discreción.

—No llegarán muy lejos —dijo Helen—. Llamarán la atención de cualquiera, sobre todo él.

—A mí no me llamó la atención.

—Eso es asunto suyo.

—A usted le gustaba, ¿es eso?

Helen liberó su mano, pero no supo qué hacer con ella.

—Sí, esas cosas pasan. Y eso es asunto mío.

—¿Y cuál es el nuestro?

—Sólo el picasso.

El signore Franz metió la marcha hacia delante y dio un giro a estribor hasta que la barca puso rumbo a las luces de Torri. Después lanzó dos chalecos salvavidas hacia delante, gritó algo como «Pónganselos» y «Sujétense» y seguidamente aceleró. El Yamaha lleno de musgo produjo un estrépito y el *No Comment* arrancó. Los dos que estaban en proa se pusieron los chalecos y se abrocharon recíprocamente los cinturones.

Navegaban ahora hacia la oscuridad y, cuanto más se alejaban, más olas pequeñas, algunas de ellas espumosas, hacían saltar arriba y abajo la barca, mientras el lago se hacía cada vez más grande a su alrededor, como si las orillas retrocedieran. Helen miró de nuevo a su inquilino y socio —en el fondo no sabía lo que era ahora— y en ese mismo instante también él la miró, una sorprendente simetría desde la cual ella le gritó algo.

Le preguntó si le podía besar una vez y Feuerbach simplemente asintió con la cabeza, en principio digamos interesado, aunque tan sólo engatusado por las palabras «una vez», pero rápidamente alzó un dedo y pareció objetar algo (al tiempo que el cronista sacaba un bloc y comenzaba a tomar apuntes de pie detrás del volante). Y en respuesta a la objeción Helen gritó «De acuerdo, sin lengua» y a continuación le cogió los dedos de la mano, cuando él ya le estaba sujetando la cabeza, y su frente chocó con la de ella, y él volvió a decir algo que se confundió con el ruido del motor, pero muy probablemente «Ich lieb dich». Helen se quejó de que faltaba una «e», como ocurre tan a menudo con esa frase, y él hizo un gesto como si un chaparrón le hubiera caído encima, pero no llovía, al contrario, y ella dijo que casualmente le sobraba una pequeña «e», la que le había quitado a su nombre, a lo que él respondió algo que no se confundió del todo con el ruido, algo como «*Entonces póngamsla ahí*» y, seguidamente, por fin, pusieron fin a la conversación. Lo único que les faltaba ya era cerrar los ojos y organizar las narices, lo que precede obligatoriamente a todo primer beso que no surge de forma espontánea.

Realizar una travesía en barco de noche se asocia a menudo con la idea del amor, y sobra decir que los barcos, u otros medios de transporte menos románticos como los cruceros y los aviones, resultan idóneos como trampas para el alma. Sabemos, además, por incontables libros y películas, quizá incluso por experiencia propia, que los que buscan el amor siempre son aventureros auténticos o falsos, sí. En el caso de los falsos, esta búsqueda está más relacionada aún si cabe con el agua y la noche.

—Fíjate —dijo Vanilla— cómo resplandece el mar ahí abajo.

—Es imposible que resplandezca, está completamente oscuro.

—No está oscuro, se ven las estrellas. Y debajo de ellas resplandece, ¡fíjate!

Willem Hold —ya sin esparadrapo, tan sólo con una costra de color rojo oxidado — se inclinó sobre la mujer que había convertido en viuda y miró por la ventana.

—Está bien, resplandece.

Ocupaban los dos mejores asientos de primera clase en un vuelo hacia Oriente, delante a la derecha, puesto que el sol entraría más tarde por la izquierda y brillaría incluso al anochecer. Eran altas horas de la noche —su segunda juntos, después de que la noche anterior se hubieran mantenido firmes en sus respectivos lados del letto matrimonial—, la hora entre la proyección de las películas y las primeras maniobras de los auxiliares de vuelo en la cubierta superior, dos hombres y una mujer, en la preparación de los desayunos. El resto de pasajeros, hombres de negocios y estrellas del deporte, dormían en sus asientos reclinables, y Vanilla Campus y Willem Hold también estaban tendidos uno junto al otro, o lo habían estado. Pues, tras echar un vistazo a través de la ventana, él había regresado sólo a medias a su asiento.

—Dime, ¿tuviste algo con Zidona?

Vanilla deslizó sus manos, enfundadas en guantes negros, debajo de su mentón.

—Sentimos debilidad el uno por el otro durante veinticuatro horas, en un viaje a Kufstein —dijo clavando la mirada en la mejilla de Hold, y de pronto susurró—: ¿Le disparaste?

—No hizo falta en absoluto. Supo que la miserable muerte le llegaba y se murió.

—Su corazón nunca dio mucho de sí —Vanilla giró la cabeza hacia la ventana y fijó nuevamente su mirada en el resplandor—. ¿Qué mar es el que hay allá abajo?

Hold agarró una de sus manos y comenzó a quitarle el guante lentamente.

—El mar Árabe.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo estoy viendo.

—¿Y qué será lo próximo?

—La India.

—Pero no te has fijado que estreno zapatos.

—Claro que sí —los había comprado antes del despegue en el aeropuerto. Eran los zapatos de libélula. Del mismo color incluso.

—¿Y te resultan familiares, Willem?

—¿Cuánto has pagado por ellos?

—Doscientos ochenta.

—Yo pagué sólo doscientos veinte.

—¿Y para quién eran?

—Para mis nervios. Los compré para calmar mis nervios.

Vanilla se volvió nuevamente hacia él y asintió con la cabeza. Sus ojos siguieron sus movimientos. Él continuaba quitándole el guante.

—Siempre tuve hombres con nervios templados —susurró—. Nervios templados, pero corazones frágiles.

—En mi caso es al revés.

—¿Y cómo es Manila?

—Pobre —respondió Hold—. Y en ninguna parte encontrarás salchichas amarillas. Y es calurosa y húmeda también. Pero no olvides que nos están buscando.

—¿Y la India?

—Leí que allí los buitres habían muerto. Parece que se murieron todos de alguna enfermedad. Y qué se puede hacer en un país sin carroñeros.

—Creo que allí *queman* a las viudas...

—Hace tiempo que no las queman a todas. Y, en mi opinión, unos árboles sin buitres es como si les faltara algo. Esa reunión de viejos paraguas...

Casi había sacado el guante y entonces tiró bruscamente de él como si de un esparadrapo se tratara, y la Campus quiso esconder el dedo pulgar, pero él lo atrapó con el puño y contempló la yema del dedo en forma de garra.

—Podría ser peor —dijo—. Y tampoco tiene tan mal aspecto.

Vanilla se mordió el labio inferior y Willem acarició la uña deformada.

—¿Has oído hablar de Mindanao?

Ella negó con la cabeza mientras el avión comenzaba a vibrar, una de esas típicas turbulencias sobre el mar.

—Allí hay buitres todavía. Y con tus fondos y los míos podríamos vivir allí como reyes. ¿Quieres que lo hagamos?

En ese momento Vanilla sólo quería enfundarse nuevamente su guante negro, pero él lo introdujo en la bolsa para el mareo y comenzó a quitarle también el otro.

—¿Quieres que lo hagamos?

Las turbulencias se intensificaron y, en vez de responder, la Campus se aferró a Hold.

—Ten cuidado —le advirtió—, no soy amigo de largas pausas en conversaciones como ésta.

La auxiliar de vuelo caminaba entre las filas por si alguno de los preciados clientes necesitaba que le tranquilizaran. Le sonrió. Era una belleza suburbana que llevaba una placa con su nombre sobre la solapa azul; le resultó conocida y, al parecer, él a ella también.

—Por mí —susurró Vanilla—. ¿Hay peluqueros allí?

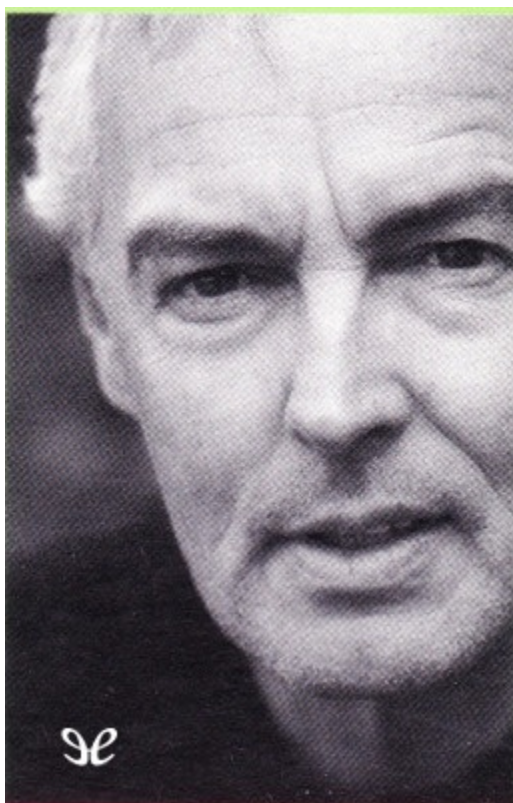
—Beauty salons a montones.

—Entonces de acuerdo, intentémoslo.

—Bien —dijo Hold—, muy bien. Entonces voy a revelarte algo. Este bamboleo es el *jetstream*. ¿Y sabes lo que pasa siempre en primera clase? Que la gente lo hace debajo de las mantas porque no llama la atención; de todas formas todo se tambalea y siempre hay alguien que grita de miedo. Lo llaman *Jetstream love*. ¿Lo intentamos también?

La Campus le miró guardando silencio, pero dejó que una luminosa fila de dientes asomara y Willem notó el comienzo de una erección, sin preocuparse de que el dolor pudiera comenzar en cualquier momento. Naturalmente no era Lou quien le miraba —en absoluto podía ser ella ni tampoco volvería a serlo nunca—. Sin embargo, la sonrisa de Vanilla y su despreocupación lograron, casi al mismo tiempo, el milagro. Sólo quedaba pendiente la cuestión de cuándo apagarían las luces y miró sus dos relojes de ensueño: en primer lugar el Newman, que llevaba en la muñeca izquierda y que marcaba ya la hora de Manila —pronto sería mediodía allí—, y después el Reverso con la hora de Frankfurt —allí era noche cerrada.

Calculó que aún disponían de una hora mientras sus dedos, como si no le obedecieran, abrían la caja del Reverso. Siempre había algo ahí grabado, a veces el nombre del propietario, otras una fecha o un dicho, pero en este caso era un contorno —y no un símbolo, se dio cuenta enseguida—: el contorno del lago de Garda todavía más pequeño que el tatuaje del ombligo, como si hubiera conseguido rescatar ese trozo de ella para siempre. Volvió a cerrar la caja mientras las turbulencias no parecían querer terminar. Pero en los asientos de lujo continuaban durmiendo o aparentaban hacerlo, ocupados en pequeñas aventuras, en donde todavía había auténticas y grandes, sólo hacía falta estar dispuesto a ello y estar ahí. Él, en cualquier caso, estaba ahí y lo único que necesitaba lo tenía directamente a su lado, con la cabeza apoyada sobre su hombro. Y el maldito amor, pensaba, ése ya llegaría... ¡y listo!



BODO KIRCHHOFF (Hamburgo, 1948) vive en Frankfurt am Main y a veces en el lago de Garda. De su extensa obra hay que destacar *Infanta* y *Zwiefalten*, ambas publicadas en castellano, *Parlando* y su última novela *Wo das Meer beginnt*.